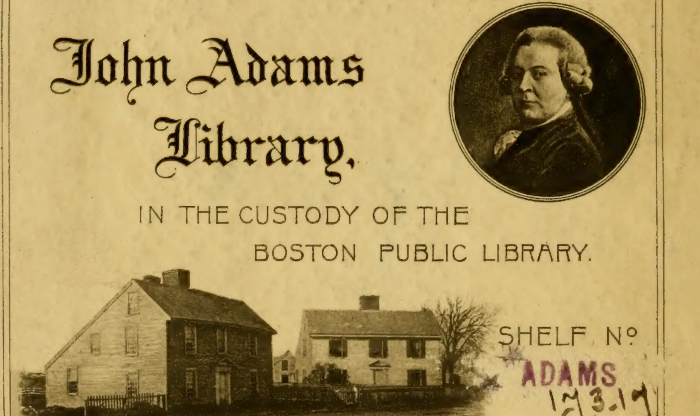



John Adams
Library,
IN THE CUSTODY OF THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY.
SHELF Nº
ADAMS
173.17
Vol. 1.

D. QUIJOTE DE LA MANCHA CAVALLERO DE LA TRISTE FIGURA Ó DE LOS LEONES.

Josephus Camaròn invenit *Emman.l Monfort sc.t*

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTA

Por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

Corregida, è ilustrada con várias Láminas finas, y la vida del Autor.

TOMO I.

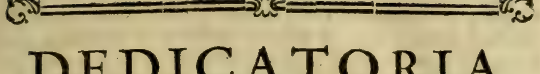


MADRID. MDCCLXXVII.

En la Imprenta de D. ANTONIO DE SANCHA.

Con las Licencias necesarias.

A costa de la Real Compañia de Impresores, y Libreros del Reyno.



DEDICATORIA

AL VALIENTE, Y ANDANTE

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA,

ALIAS EL CABALLERO

DE LA TRISTE FIGURA, Y DE LOS LEONES.

CIDE HAMETE BENENGELI SU CRONISTA,

D. O. C.

ASaz mal guisado os debiera yo considerar hácia mí (ò bien molido, y mal andante Caballero) si vuestra Historia, que sale nuevamente à la luz pública, fuese ofrecida à Mecenas de ventolera menos acreditada: porque quantas apreciables circunstancias suele buscar el capricho, ò el deseo de los Dedicadores en los sugetos à quien dirigen las Dedicaciones, tantas, con mejora de Tercio, y Quinto, se hallan en vos, Manchego valeroso. La nobleza heredada es tan rancia en vuestra QUIXOTESCA prosapia, que yá en tiempo de Adan andaba por los montes Orientales, en huesos, de puro vieja; y así sabemos que se halló un QUIXADA en compañia de Cain en el primer sangriento destrozo que vió el mundo. Y porque à un origen tan claro se siguiese la gloria de la mas fecunda extension, ha permitido la Providencia que haya habido siempre, y haya de haber para siempre QUIXOTES, como llovidos; y así se vén hoy, con

gran complacencia mia, un QUIXOTE en cada esquina, y ciento en cada Lugar; pero con tanta felicidad suya, que lo mismo es darse à conocer por hijos de vuestra casa, que ponerlos en posesion de todos los Privilegios de vuestra QUIXOTERIA. Si buscamos en vos nobleza adquirida, ¿habrá por ventura de Oriente à Poniente, ni de Polo à Polo Caballero parado, ò andante, no digo que os iguale, pero ni que os llegue à la suela del zapato? Intrépido, y casi temerario os vieron los quatro elementos acometer à treinta, ò quarenta gigantes, tamaños como otros tantos molinos de viento. Sin armas, y aun en camisa, vencisteis durmiendo la descòmunal batalla, que por acorrer à la triste Princesa MICOMICONA, tuvisteis en la Venta de Sierra-Morena con el furibundo gigante PANDAFILANDO, que se vió à vuestros pies, à pesar de su cimitarra, partido como requeson, descabezado como espárrago, y al fin convertido en pellejo de vino horadado. Sin salir de la misma Venta os hallasteis por los encantos del Maese Pedro à las puertas de Sansueña: visteis salir por ellas à la relamida MELISENDRA, y ponerse à las ancas del caballo del venturoso D. GAYFEROS. Notasteis que el Bárbaro Rey MARSILIO iba en seguimiento de los dos amantes con un exército volante, echando los bofes por alcanzarlos: y vos, insigne protector de forzadas doncellas, libertasteis de tamaña angustia à aquella enamorada señora; pues sin temor de la multitud, ni de las armas, acometisteis como un leon al emperrado Moro, y à sus canes, y à dos idas, y venidas no dexasteis títere con cabeza. Ultimamente atemorizó vuestro fulminante brazo hasta la ferocidad de los LEONES, quando à vuestra vista no se atrevieron à sacar la cabeza de la jaula, sin duda de miedo de vuestra cortadora espada. Y cierto que si quando en Cataluña os avino la cerduda aventura, que os puso la ceniza en la frente, no hubiéseis estado con censuras reservadas para no tomar las armas, tal estrago hubierais hecho en aquellos descorteses, y zafios animales, que *mutatis mutandis* se podria cantar de vos (como el Cómico Español de Alcides Tébano)

Aquel

Aquel prodigio Manchego,
Que forzar supo, y rendir
En Sierra-Morena al Leon,
Y en Cataluña al Espin.

Pero sin embargo de que esto no se pueda con verdad decir, fuisteis siempre sin duda verdadero enderezador de tuertos, desfacedor de agravios, sazonador de malos guisados, tutor de pupilos, curador de viudas, y acorredor de doncellas, sufriendo, por sacarlos de sus cuitas, aquí coces, allí bocados, allá patadas, acullá moxicones, y en todas partes ayre, sol, agua, hielo, calor, y quantas inclemencias caben en la inconstante variedad del tiempo. Todo esto se vé claramente en vuestra Historia, para comprobacion de vuestro descomunal valor: porque trabajos como los vuestros no los padeció ninguno de quantos Caballeros Andantes hubo desde el principio del mundo, hasta la posteridad. Por vengar à Rocinante de los injustos palos de que le viais lleno, os molieron con estacas los desalmados Yangueses. Por resistir la superchería amorosa de Maritornes, un Asturiano os llenó de cachetes; y de aceyte, y mocos de candil un Quadrillero. Por defender los diestros, y retumbantes rebuznos de Sancho, visteis descargar sobre vuestras costillas un nublado de pedradas. Por no condescender vuestra casta voluntad à las amorosas instancias de la desenvuelta Altisidora, sufrieron vuestros oídos el runrun de cien mil cencerros, y vuestras narices los araños de las agudas uñas de un gato. Y últimamente, porque à Caballero de tan alta guisa como vos no faltasen las fatigas mas dolorosas para un noble, y apasionado corazon, sufristeis en muy alto grado los mas exquisitos efectos de amor, por la muy sobaxada Dulcinea del Toboso. Ferido de punta de ausencia, y llagado de las telas del corazon, estuvisteis en cueros en las entrañas de Sierra-Morena, haciendo áspera penitencia por aquella divinal señora, hasta que salisteis de entre las breñas para ir à conquistar el Imperio de Micomicon. Enviástela Gigantes, y Malandrines vencidos, y cautivos libres, para que se certificáse con aquellos presentes de vuestras

victorias, y de vuestro amor; pero jamás os correspondió, no digo como amante, sino ni aun como agradecida: con que si vuestra mesura no hubiera sido tan desmesurada, pudierais haberos quexado de su tyranía, diciéndola lo que tantas veces habiais leido: *La razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quexo de la vuestra fermosura.* Sin embargo fuisteis à visitarla à sus Alcázares; y quando esperábais hallarla ensartando perlas, ò sembrando aljófares, la hallasteis convertida por los encantadores *malignantis naturæ* en rústica, y chata Labradora, mudadas, como dixo Sancho, *las perlas de los ojos en bagallas alcornoqueñas, y los cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo*; y sobre las broncas voces del campesino desden con que despreció vuestras melífluas, y derretidas expresiones, sentisteis que exhaló de su cuerpo, para regalar los órganos de vuestro olfato, en lugar del suave olor de un ambar gris, que esperábais, un insufrible tufo de ajos crudos, que os encalabrinó la cabeza, y os atosigó el alma. Verdaderamente (celebérrimo D. Quixote) fuisteis sin par en las hazañas, y en los trabajos; y dixo muy bien Orlando quando dixo:

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares:
No puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamás vencido.

Pues si se busca en vos entendimiento claro, amor à los Libros, y noticias de las principales Artes, todo se halla con perfeccion: porque fuisteis dotado de un entendimiento, no solo claro, sino *lucido*: teniais en la uña quantos Libros Caballerescos hubo, hay, y habrá; y fuisteis, y sois tan leído, quanto ninguno otro hombre en el mundo. Entendiais de música como un cuervo: hablabais de política como un tordo: discurriais en matemática como una marica: disputábais en retórica como un papagayo; y en fin (elevando à mas propiedad lo comparativo) erais tan Poeta como Merlin, tan Medico como Gayferos, tan Filósofo como Calaínos,

nos, y tan Teólogo como el noble Marqués de Mantua. Por ende (¡ò Caballero de la Triste Figura!) vá de justicia à ser protegida de vos esta dama, tan dulce como Dulcinea, tan graciosa como Sancho, y tan famosa como vos mismo. Recibidla en vuestro amparo: cubridla con el yelmo de Mambrino: enristrad la lanza en su favor, y blandidla contra todos los malandrines follones, críticos, y envidiosos que viven, y engordan quitando famas, entortando honras, y ensuciando candores. Y si no quisieres,

Cruel Vireno,
Fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe,
Allá te avengas.

Cide Hamete Benengeli.

Al Libro de D. Quixote de la Mancha Urganda la Desconocida.

SI de llegarte à los bue-
Libro, fueres con letu-,
No te dirá el boquirru-
Que no pones bien los de-.
Mas si el pan no se te cue-,
Por ir á manos de idio-,
Verás de manos à bo-
Aun no dar una en el cla-;
Si bien se comen las ma-,
Por mostrar que son curio-.
Y pues la experiencia ense-
Que el que à buen arbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Bejar tu buena estre-
Un arbol Real te ofre-,
Que dá Príncipes por fru-;
En el qual florece un Du-,
Que es nuevo Alexandro Ma-:
Llega à su sombra, que à osa-
Favorece la fortu-.
De un noble Hidalgo Manche-
Contarás las aventu-,
A quien ociosas letu-
Trastornaron la cabe-.
Damas, Armas, Caballe-
Le provocaron de amo-,
Que qual Orlando Furio-,
Templado à lo enamora-,
Alcanzó à fuerza de bra-
A Dulcinea del Tobo-.
No indiscretos hierogli-
Estampes en el Escu-,
Que (quando es todo figu-)
Con ruines puntos se embi-.
Si en la direccion te humi-,
No dirá mofante algu-,
Que D. Alvaro de Lu-,
Que Anibál el de Carta-,
Que el Rey Francisco en Espa-,

Se quexa de la fortu-:
Pues al Cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-,
Como el Negro Juan Lati-,
Hablar Latines rehu-.
No me despuntes de agu-,
Ni me alegues con Filo-,
Porque torciendo la bo-
Dirá el que entiende la le-,
No un palmo de las ore-:
¿ Para qué conmigo flo- ?
No te metas en dibu-,
Ni en saber vidas age-,
Que en lo que no vá , ni vie-,
Pasar de largo es cordu-.
Que suelen en caperu-
Darles à los que grace-;
Mas tú quémate las ce-
Solo en cobrar buena fa-,
Que el que imprime neceda-
Dalas à censo perpé-.
Advierte que es desati-
(Siendo de vidrio el teja-)
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-.
Dexa que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con pies de plo-:
Que el que saca à luz pape-
Para entretener donce-
Escribe à tontas , y à lo-

De Amadis de Gaula a D. Quixote de la Mancha.

SONETO.

TU que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente , y desdeñado , sobre
El gran ribazo de la Peña Pobre,
De alegre à penitencia reducida:
Tú , à quien los ojos dieron la bebida,

De

De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño, y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al menós que en la quarta Esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo.
Tendrás claro renombre de valiente:
Tu Patria será en todas la primera,
Tu sabio Autor al mundo único, y solo.

D. Belianis de Grecia a D. Quixote de la Mancha.

SONETO.

ROmpí, corté, abollé, y dixe, y hice
Mas que en el Orbe Caballero Andante:
Fui diestro, fui valiente, fui arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí à la fama, que eternice:
Fui comedido, y regalado Amante:
Fue enano para mí todo Gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfice.
Tuve à mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura
A la calva ocasion al estricote.
Mas (aunque sobre el cuerno de la Luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura)
Tus proezas envídio, ò gran Quixote!

La Sra. Oriana a Dulcinea del Toboso.

SONETO.

¡O Quién tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Mira-Flores puesto en el Toboso,
Y trocára sus Londres con tu Aldéa!
¡O quién de tus deseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornára; y del famoso
Caballero que hiciste venturoso,

Mi-

Mirára alguna desigual pelea!
¡ O quién tan castamente se escapára
Del señor Amadís, como tú hiciste
Del comedido Hidalgo D. Quixote!
Que así envidiada fuera, y no envidiára,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozára los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE D. QUIXOTE.

SONETO.

SAlve, varon famoso, à quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Yá la hazada, ò la hoz poco repugna
Al andante exercicio: yá está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al sobervio que intenta hollar la Luna.
Envidio à tu jumento, y à tu nombre,
Y à tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ò Sancho! tan buen hombre,
Que à solo tú nuestro Español Ovidio,
Con buz corona te hace reverencia.

PRÒLOGO.

DEsocupado Lector, sin juramento me podrás creer, que quisiera que este Libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿ qué podria engendrar el estéril, y mal cultivado ingenio mio, sino la Historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las Musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla, y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una benda en los ojos, para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta à sus amigos por agudezas, y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de D. Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, Lector carísimo, que perdones, ò disimules las faltas, que en este mi hijo vieres: y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre alvedrio como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el Rey de sus alcavalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debaxo de mi manto al Rey mato. Todo lo qual te esenta, y hace libre de todo respeto, y obligacion: y así puedes decir de la Historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres de ella.

Solo quisiera dártela monda, y desnuda, sin el or-

ornato de Prólogo, ni de la inumerabilidad, y catálogo de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, que al principio de los Libros suelen ponerse; porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion, que vás leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dexé, por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla pensando lo que diria, entró à deshora un amigo mio, gracioso, y bien entendido; el qual viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dixe, que pensaba en el Prólogo que habia de hacer à la Historia de D. Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni menos sacar à luz las hazañas de tan noble Caballero; porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso, el qué dirá el antiguo Legislador, que llaman Vulgo, quando vea, que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estílo, pobre de conceptos, y falta de toda erudicion, y doctrina, sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones en el fin del Libro, como veo que están otros Libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon, y de toda la caterva de Filósofos, que admiran à los oyentes, y tienen à sus Autores por hombres leídos, eruditos, y eloqüentes? ¡Pues qué quando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Thomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distrahído; y en otro hacen un sermoncico christiano, que es un contento, y un regalo oírle, ò leerle. De todo esto ha de carecer mi Libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin; ni menos sé qué Autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos por las letras del A B C,

co-

comenzando en Aristóteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoilo, ò Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno, y Pintor el otro. Tambien ha de carecer mi Libro de Sonetos al principio; à lo menos de Sonetos, cuyos Autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, ò Poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese à dos, ò tres oficiales amigos, sé yo que me los darian, y tales, que no les igualasen los de aquellos, que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor, y amigo mio, yo determino, que el señor D. Quixote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapáz de remediarlas por mi insuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso de andarme buscando Autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension, y elevamiento en que me hallasteis, bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oído. Oyendo lo qual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa, me dixo: Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que me he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo, que estais tan lexos de serlo, como lo está el Cielo de la tierra.

Como ¿ qué es posible, que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender, y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho à romper, y atropellar por otras dificultades mayores? A la fé esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. ¿ Quereis vér si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis como en un abrir, y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís, que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar à la luz del mundo la HISTORIA de vuestro D. QUIXOTE, luz, y espejo de toda la Caballería Andante. Decid, le re-

repliqué yo, oyendo lo que me decia: ¿De qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir à claridad el caos de mi confusion? A lo qual él dixo: Lo primero en que reparais de Sonetos, Epigramas, ò Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de Personages graves, y de Título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar, y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ò al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos Poëtas; y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos Pedantes, y Bachilleres, que por detrás os muerdan, y murmuren de esta verdad, no se os dé dos maravedis, porque yá que os averiguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribisteis.

En lo de citar en las márgenes los Libros, y Autores de donde sacárades las sentencias, y dichos que pusiéredes en vuestra Historia, no hay mas sino hacer de manera, que os vengan à pelo algunas Sentencias, ò Latines, que vos sepais de memoria, ò à lo menos que os cuesten poco trabajo el buscarlos: como será poner, tratando de libertad, y cautiverios: *Non benè pro toto libertas venditur auro*; y luego en el margen citar à Horacio, ò à quien lo dixo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudid luego con *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraos luego al punto por la Escritura Divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton, que os dará su dístico:

Donec eris felix multos numerabis amicos:
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos, y otros tales os tendrán siquiera por Gramático; que el serlo no es de poca honra, y provecho el dia de hoy. En lo que toca

el

el poner anotaciones al fin del Libro, seguramente lo podeis hacer.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en Letras Humanas, y Cosmógrafo, haced de modo como en vuestra Historia se muestre el rio Tajo, y os vereis luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo (fue así dicho por un Rey de las Españas) tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa; y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tratáredes de Ladrones, yo os diré la Historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres Rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará à Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará à Medéa. Si de Encantadores, y Hechiceras, Homero tiene à Calipso, y Virgilio à Circe. Si de Capitanes valerosos, el mismo Julio Cesar os prestará à sí mismo en sus Comentarios; y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de Amores, con dos onzas que sepais de la lengua Toscana, toparéis con Leon Hebréo, que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneis à Fonseca del Amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertáre à desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ò tocar estas Historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dexarme à mí el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones; que yo os voto à tal de llenaros las márgenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del Libro.

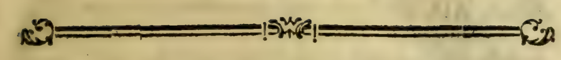
Vengamos ahora à la citacion de los Autores, que los otros Libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene, es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un Libro que los acote todos desde la A hasta la Z, como vos decis; pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro Libro, que puesto que à la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos de ellos, no importa nada, y quizá alguno habrá tan simple, que crea,

crea, que de todos os habeis aprovechado en la simple, y sencilla Historia vuestra. Y quando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo Catálogo de Autores à dar de improviso autoridad al Libro; y mas que no habrá quien se ponga à averiguar, si los seguisteis, ò no los seguisteis, no yéndole nada en ello. Quanto mas que si bien caygo en la cuenta, este vuestro Libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los Libros de Caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dixo nada S. Basilio, ni alcanzó Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología: ni le son de importancia las medidas Geométricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien se sirve la Retórica: ni tiene para qué predicar à ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun christiano entendimiento; solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira à mas que à deshacer la autoridad, y cabida que en el mundo, y en el vulgo tienen los Libros de Caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de Philósophos, consejos de la Divina Escritura, Fábulas de Poëtas, Oraciones de Retóricos, Milagros de Santos, sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes, y fuere posible vuestra intencion, dando à entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra Historia, el melancólico se mueva à risa, y el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta à derribar la máquina mal fundada de estos Caballerescos Libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia; y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este Prólogo, en el qual verás, Lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincéra, y tan sin revueltas la HISTORIA DEL FAMOSO D. QUIXOTE DE LA MANCHA, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente Caballero, que de muchos años à esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte à conocer tan noble, y tan honrado Caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso SANCHO PANZA su escudero, en quien, à mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los Libros vanos de Caballerías están esparcidas. Y con esto Dios te dé salud, y à mí no me olvide. VALE.



IN-



INDICE

De los Capítulos que en este Tomo se contienen.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

Sier-





INDICE

DE LA VIDA

DE MIGUEL DE CERVANTES.

VIDA
DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
SU AUTOR
D. GREGORIO MAYANS Y SISCAR.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, que viviendo fue un valiente Soldado, aunque mui desvalido; y Escritor mui célebre, pero sin favor alguno; despues de muerto es prohijado à porfia de muchas patrias. Esquivias dice ser suyo. Sevilla le niega esta gloria, y la quiere para sí. Lucena tiene la misma pretension. Cada una alega su derecho, y ninguna le tiene.

1 Defiende la parte de Esquivias D. Thomas Tamayo de Vargas, Varon eruditísimo: quizá porque Cervantes llamó *famoso* este Lugar; pero el mismo Cervantes se explicó diciendo: *Por mil causas famoso: una por sus ilustres Linages, y otra por sus ilustrísimos vinos.*

2 El grande émulo de Tamayo, D. Nicolas Antonio, patrocina la causa de Sevilla; y para probarla alega dos razones, ò conjeturas. Dice que Cervantes, siendo niño, vió representar en Sevilla à Lope de Rueda; y añade, que los apellidos de *Cervantes*, y *Saavedra* son Sevillanos. La primera conjetura prueba poco. Yo, siendo niño, ví representar en el Teatro de Valencia un gran Comedion (que es el único que he visto) y no soi de Valencia, sino de Oliva. Fuera de esto, diciendo Cervantes, que (*a*) *Lope de Rueda, Varon insigne en la represencion, y en el entendimiento, fue natural de Sevilla*, era natu-

(*a*) *En el Prológo de sus ocho Comedias.*

ral tambien llamarla su patria: y ni en ese, ni en otros lugares donde nombró à Sevilla, la reconoció como tal. La segunda conjetura aún prueba menos: porque si Miguel de Cervantes Saavedra hubiera sido de los Cervantes y Saavedras de Sevilla; siendo nobles estas Familias, lo hubiera él apuntado en alguna parte, hablando en tantas de sí; y lo mas que dixo fue, ser Hidalgo, sin añadir circunstancia que indicáse su solar: y à ser natural de Sevilla, en las mismas Familias Sevillanas de Cervantes y Saavedras se hubiera conservado desde aquel tiempo la gloriosa memoria de haber dado à España tan ilustre Varon: prueba que hubiera alegado D. Nicolas Antonio, siendo de esta opinion, y natural de Sevilla.

3 En Lucena dicen que hai tradicion de haber nacido allí. Quando se pruebe la tradicion, ò se exhiba la fé de su bautismo, deberémos creerlo.

4 Entretanto tengo por cierto, que la patria de Cervantes fue Madrid, pues él mismo en el *Viage del Parnaso*, (*a*) despidiéndose de esta gran Villa, le dice asi:

A Dios, dixe à la humilde Choza mia:
A Dios, Madrid, à Dios tu Prado, y Fuentes,
Que manan nectar, llueven ambrosía.
A Dios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y à dos mil desvalidos pretendientes.
A Dios, sitio agradable, y mentiroso,
Dò fueron dos Gigantes abrasados
Con el rayo de Jupiter fogoso.
A Dios, Teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.
A Dios, de San Felipe el gran paséo,
Donde si baxa, ò sube el Turco galgo,
Como en Gazeta de Venecia leo.
A Dios, hambre sotíl de algun Hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi PATRIA, y de mí mismo salgo.

5 Hecha esta observacion, he recurrido à los *Apuntamientos* que hizo D. Nicolas Antonio para formar

(*a*) *Cap.* 1.

mar su Bibliotheca, y en la margen de ellos he hallado añadida esta misma prueba de la patria de Cervantes; pero deseoso D. Nicolas de mantener su antigua opinion, concluye asi: *Si bien MI PATRIA se puede entender por España toda.* Qualquiera que lea atenta, y desapasionadamente los Tercetos de Cervantes, juzgará que esta interpretacion de D. Nicolas Antonio es violenta, y aun contraria à la mente de Cervantes: porque los cinco primeros Tercetos son una definicion descriptiva de *Madrid*: los dos primeros versos del sexto Terceto una apóstrofe, ò razonamiento dirigido à su hambre; y el último verso un retorno à la Villa de Madrid, donde yá habia dicho que tenia la *humilde Choza suya*, de la qual salía para ir al Parnaso: Viage, cuya descripcion le sacaba de tino.

Hoy de mi Patria, y de mí mismo salgo.

Fuera de esto en el Terceto immediato dice asi:

Con esto poco à poco llegué al Puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado à todos vientos, y encubierto;
A cuyo claro, y singular renombre
Se postran quantos Puertos el mar baña,
Descubre el Sol, y ha navegado el hombre.

6 Si Cervantes entendiera por *patria suya* à toda España (cosa mui impropia, y que no cabia en su pluma) al salir de ella sería quando la llamaría *patria*; pero no hablando con Madrid, y al salir de esta Villa para Cartagena; y mas caminando *poco à poco* para llegar à aquel famoso Puerto, donde se habia de embarcar para hacer con Mercurio el Viage del Parnaso.

7 Quéde, pues, por asentado que Madrid fue la patria de Miguel de Cervantes Saavedra, y tambien el lugar de su habitacion. El mismo Apolo dió las señas de ésta en el sobrescrito de una graciosa Carta, que dice asi: (a) *A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las Casas donde solia vivir el Principe de Marruecos, en Madrid. Al porte medio Real, digo diez y siete maravedis.* Y parece que su habitacion no era mui acomodada, pues en el fin de la

(a) *Viage del Parnaso, cap. 8. en la* Adjunta.

la Descripcion de su Viage, dixo:

Fuime con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua, y lóbrega Posada.

8 Nació Miguel de Cervantes Saavedra año 1549. segun se colige de esto que escribió, (*a*) dia 14. de Julio del año 1613. *Mi edad no está yá para burlarse con la otra vida, que al cinqüenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano. Por la mano* entiendo yo la anticipacion de algunos dias: de manera, que en mi sentir nació en el mes de Julio; y quando escribía eso tenia 64 años, y algunos dias.

9 Desde sus primeros años tuvo grande aficion à los Libros: de suerte que hablando de sí, dixo: (*b*) *Yo soy aficionado à leer, aunque sean los papeles rotos de las calles.* Amó muchísimo las buenas Letras; y totalmente se aplicó à los Libros de entretenimiento, como son las Novelas, y todo género de Poësía, especialmente de Autores Españoles, è Italianos. En estos géneros de Letras fue su erudicion consumadísima, como lo manifiesta el donoso, y grande Escrutinio de la Librería de D. Quixote: (*c*) las freqüentes alusiones à las Historias fabulosas: los exâctísimos juicios de tantos Poëtas; (*d*) y su *Viage del Parnaso.*

10 De España pasó à Italia, ò bien para servir en Roma al Cardenal Aquaviva, de quien fue Camarero; (*e*) ò bien para militar, como militó algunos años, siguiendo las vencedoras Vanderas de aquel Sol de la Milicia Marco Antonio Colona. (*f*)

11 Fue uno de los que se hallaron en la célebre batalla de Lepanto, donde perdió la mano izquierda de un arcabuzazo: (*g*) ò à lo menos herida de él, le quedó inhabil. (*h*) Peleó como debia un tan buen Christiano, y Soldado tan valiente. De lo qual él mismo se gloría no sin razon, diciendo muchos años despues: (*i*)

Arrojóse mi vista à la campaña
Rasa del mar, que trujo à mi memoria

Del

(*a*) *En el Prólogo de las Novelas.* (*b*) *Part. I. cap. 9.* (*c*) *Part. I cap. 6.* (*d*) *En el mismo cap. 6.* (*e*) *Véase la Dedicatoria de la* Galatea. (*f*) *Véase la misma Dedicatoria.* (*g*) *Prólogo de las Novelas.* (*h*) *En el Viage del Parnas. cap. 1.* (*i*) *Viag. del Parnas. c. 1.*

Del heroico Don Juan la heroica hazaña,
Donde con alta de Soldados gloria,
Y con propio valor, y airado pecho,
Tuve (aunque (a) humilde) parte en la vitoria.

12 Despues no sé cómo, ni quándo le apresaron los Moros, y le llevaron à Argél. De aquí coligen algunos que la *Novela del Cautivo* (b) es una relacion de las cosas de Cervantes. Y por eso añaden, que sirvió en Flandes al Duque de Alba, que alcanzó à ser Alferez de un famoso Capitan de Guadalaxara, llamado Diego de Urbina, y despues hecho yá Capitan de Infanteria se halló en la batalla Naval, yendo con su Compañia en la Capitana de Juan Andrea, de la qual saltó en la Galera de Uchalí, Rei de Argél; y desviándose ésta de la que habia envestido, estorvó que con sus Soldados le siguiesen, y así se halló solo entre sus enemigos herido, sin poder resistir; y en fin, de tantos Christianos vitoriosos, solo él gloriosamente cautivo. Todo esto, y mucho mas refiere de sí el Cautivo, que es el principal sugeto de la dicha *Novela*; el qual despues de la muerte de Uchalí Fartax, que quiere decir, *el Renegado Tiñoso* (porque habia sido uno, y otro) recayó en el Dominio de Azanaga, Rei cruelisimo de Argél, el qual le tenia encerrado en una prision, ò casa, que los Turcos llaman *Baño*, donde encierran los Cautivos Christianos, así los que son del Rei, como de algunos particulares, y los que llaman de Almacén, que es como decir, Cautivos del Concejo, que sirven à la Ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios; y estos tales Cautivos tienen mui dificultosa su libertad; que, como son del Comun, y no tienen amo particular, no hai con quien tratar su rescate. Uno de los Cautivos, que por aquellos tiempos habia en Argél, juzgo yo que fue Miguél de Cervantes Saavedra: y tengo para esto una prueba manifiesta en lo que de él dixo el Cautivo, hablando de las crueldades de Azanaga: *Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba à este, desorejaba à aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian* que

(a) *Alude à que solo era Soldado, sin grado alguno.*
(b) *Part. I. de D. Quixote, c. 39.*

que lo hacía no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un Soldado Español, llamado Tal de SAAVEDRA; al qual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas Gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dár, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado; y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no dá lugar, yo dixera ahora algo de lo que este SOLDADO hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Hasta aquí Cervantes hablando de sí mismo en boca del otro Cautivo: de cuyo testimonio consta, que solo fue Soldado: y así se llamó en otras ocasiones, y no (*a*) Alferez, y Capitan: títulos con que se hubiera honrado, à lo menos en el frontispicio de sus Obras, si los hubiera tenido. Cinco años y medio fue Cautivo, donde aprendió à tener paciencia en las adversidades. (*b*) Volvió à España, y se aplicó à la Cómica. Compuso varias Comedias, que se representaron con aplauso, por la novedad del arte, y adorno de las Tablas, el qual debieron al ingenio, y buen gusto de Cervantes los Teatros de Madrid. Tales fueron, *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La Batalla Naval*, y otras muchas, (*c*) manejando Cervantes el primero, y último asunto como testigo de vista. Tambien compuso algunas Tragedias, que fueron bien recibidas. (*d*) Su buen amigo Vicente Espinél, Inventor de las Décimas, que por él se llamaron *Espinelas*, le juzgó digno de ponerle en su ingeniosa *Casa de la Memoria*, (*e*) quexándose de la desgracia de su cautividad, y celebrando la gracia de su genio poëtico en esta Octava:

No pudo el Hado inexôrable avaro,
Por mas que usó de condicion proterva,
Arrojándote al mar, sin propio amparo

En-

(*a*) *En el Viage del Parnas. c. 1. En el Prólogo de la Galat. En la Aprobac. de la II. Part. de D. Quixote, y en los Tratos de Argel M. S.* (*b*) *En el Prólogo de las Novelas.*

(c) *D. Quixote Part. I. cap. 48.* (*d*) *Véase el mismo cap.*

(*e*) *Rimas de Espinél, fol. 44. col. 2.*

Entre la Mora desleal caterva,
Hacer, Cervantes, que tu ingenio raro,
Del furor inspirado de Minerva,
Dexáse de subir à la alta cumbre,
Dando altas muestras de Divina lumbre.

Antes que Espinél explicó estos mismos pensamientos Luis Galvez de Montalvo en uno de los Sonetos, que preceden à la *Galatea*, que dice así:

Mientras del yugo Sarraceno anduvo
Tu cuello preso, y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fé amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo:
Gozóse el Cielo: mas la Tierra estuvo
Casi viuda sin tí; y desamparada
De nuestras Musas la Real morada
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana, y tu garganta suelta
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el Cielo,
Gózase el Mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas Musas.

La conclusion de este Soneto prueba que Miguel de Cervantes Saavedra, aun antes de ser cautivo, era yá tenido en España por uno de los mas ilustres Poëtas de su tiempo.

13 Pero como el informe que se tiene por los oídos, no suele ser el mas exâcto, quiso Cervantes sujetarse al riguroso exâmen que hacen los juicios de los Letores en vista de las Obras En el año, pues, 1584 publicó *LOS SEIS LIBROS DE LA GALATEA*, los quales ofreció como primicias de su ingenio, à Ascanio Colona, entónces Abad de Santa Sofia, y despues Presbytero Cardenal con el titulo la Santa Cruz de Gerusalen. D. Luis de Vargas Manrique celebró esta Obra de Cervantes con un Soneto, que por ser mucho mejor que los que suelen hacerse, le pondré aquí.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes los Dioses soberanos;
Y, qual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió Naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza

De

De palabras, que mueven pedernales;
Diana el exceder à los mortales
En castidad de estilo con presteza:
Mercurio las Historias marañadas:
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve:
Cupido, y Venus todos sus amores:
Apolo las Canciones concertadas:
Su Ciencia las hermanas todas nueve
Y al fin el Dios Silvestre sus Pastores.

14 Este Soneto es una igualmente verdadera que hermosa descripcion de la *GALATEA*: Novela en que Cervantes manifestó la penetracion de su ingenio en la invencion: su fecundidad en la abundancia de hermosas descripciones, y entretenidos episodios: su rara habilidad en desatar unos ñudos al parecer indisolubles; y el feliz uso de las voces acomodadas à las personas, y materia de que se trata. Pero lo que merece mayor alabanza es, que trató de amores honestamente, imitando en esto à Heliodoro, y Athenágoras: de los quales aquel nació en Emisa, Ciudad de Fenicia, y escribió *Los Amores de Theágenes, y Clariquéa*; y éste no se sabe si vivió jamás, porque, si son verdaderas las conjeturas del sabio Obispo de Avranches Pedro Daniel Huet, Guillermo Filandro fue el que compuso la *Novela del perfecto Amor*, y la prohijó à Athenágoras. Como quiera que sea, nuestro Cervantes escribió las cosas de amor tan aguda, y philosóphicamente, que no tenemos que envidiar à la voracidad del tiempo las *Eróticas*, ò Libros amorosos de Aristóteles, de sus dos discipulos Clearco, y Theofrasto, y de Aristón Ceo, tambien Peripatético. Pero esta misma delicadeza con que trató Cervantes del amor, temió que habia de ser reprehendida: y así procuró anticipar la disculpa. *Bien sé* (dice) *lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella; pues el Príncipe de la Poësía Latina fue calumniado en algunas de sus Eglogas, por haberse levantado mas que en las otras. Y así no temeré mucho que alguno condéne haber mezclado razones de Philosophia entre algunas amorosas Pastoras, que pocas veces se levantan à mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo que muchos de los disfrazados Pastores de ella, lo eran solo*

en

en el hábito, queda llena esta objecion. No tuvo Cervantes igual disculpa que alegar en satisfaccion de otra censura, que viene à parar en una nota de la fecundidad de su ingenio: y es, que entretegió en esta su Novela tantos Episodios, que su multitud confunde la imaginacion de los Letores, por atenta que sea; porque enlazados unos con otros, aunque con gran artificio, este mismo no dá lugar à seguir el hilo de la narracion, freqüentemente interrumpida con nuevos sucesos. Bien lo conoció él, y aun lo confesó, quando en boca del Cura Pero Perez (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) y del Barbero Maese Nicolas, introduxo este coloquio: (a) *Pero qué Libro es* (preguntó el Cura) *ese que está junto à él?* (Habla del *Cancionero* de Lope Maldonado) *LA GALATEA de Cervantes* (dixo el Barbero.) *Muchos años ha* (respondió el Cura) *que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos. Su Libro tiene algo de buena invencion: propone algo, y no concluye nada. Es menester esperar la Segunda Parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega: y entretanto que éste se vé, tenedle recluso en vuestra Posada.* No llegó el caso de publicar la Segunda Parte de la *Galatea*, aunque la prometió muchas veces. (b) Una cosa noté algunos años há, (c) y la repito ahora por ser propia del asunto; y es, que el estilo de la *Galatea* tiene la colocacion perturbada, y por eso es algo afectado. Las voces de que usa son muy propias: su construccion violenta, por ser desordenada, y contraria al comun estilo de hablar. Imitó en esto los antiguos Libros de Caballerías: se conoce que de industria, y por el deseo que tenia de la novedad; pues su Dedicatoria, y Prólogo tienen la colocacion mas natural y las Obras que publicó despues mucho mas: de suerte que son una manifiesta retractacion de su antiguo error. En la *Galatea* hai Coplas de arte me-

(a) *D. Quixote, Part. I. cap. 6.* (b) *En el fin de la Galatea, y en el Prólogo de la II. Part. de D. Quixote.* (c) *En la Oracion en alabanza de las Obras de D. Diego Saavedra Fajardo; la qual precede à su República Literaria, reimpresa en Madrid año 1735.*

menor, de suma discrecion, y dulzura, por la delicadeza de los pensamientos, y suavidad del estilo. Sus composiciones de arte mayor son inferiores; pero hai en ellas muchos versos, que pueden competir con las mejores de qualquier Poëta.

15 Pero no es esta la obra por la qual debe medirse la grandeza del ingenio, maravillosa invencion, pureza, y suavidad de estilo de Miguel de Cervantes Saavedra. Todo esto se admira mas en los Libros que compuso del ingenioso Hidalgo *D. QUIXOTE DE LA MANCHA*. Este fue su principal asunto; y el desapasionado exâmen de esta Obra lo será tambien de mi pluma en estos mis Apuntamientos de su Vida, la qual escribo con mucho gusto, por obedecer à los preceptos de un gran honrador de la buena, y feliz memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, que quando no tuviera, como tiene, una fama universal, la conseguiria ahora por el favor de tan ilustre Protector. (*a*)

16 Es la letura de los Libros malos una de las cosas que corrompen mas las costumbres, y de todo punto destruyen las Repúblicas. Y si tanto daño causan los Libros, que solamente refieren los malos exemplos, ¿ qué no harán los que se fingen de propósito para introducir en los ánimos incautos el veneno almivarado con la dulzura del estilo? Tales son las *Fábulas Milesias*, llamadas así porque se introduxeron en Mileto, Ciudad de Jonia, Provincia infamemente aplicada à todo género de delicias; como tambien los Sibaritas en Italia, de donde tomaron nombre las *Fábulas Sibaríticas*. El asunto de estas *Fábulas* (hablo ahora solamente de las malas) suele ser destruir la Religion, embravecer los ánimos, afeminarlos, ò instruirlos en todo genero de maldades.

17 Escribieron los Hebreos las desvariadas *Fábulas de la Cabala, y el Thalmud*, para sostener los desatinos de su incredulidad con la crédula persuasion de las mentiras mas ridículas, enormes, y despreciables, que se pueden imaginar, y para no dar asenso à la verdad de la Religion Christiana, mas visible al mundo que la luz del Sol: y es tal su aficion à las patrañas, que en la misma verdad desco-

(*a*) *El Excmo. Señor Milord Carteret.*

conocieron la verdad, llegando à persuadirse, sin otro fundamento que su aficion à las Fábulas, que el Libro de Job es una mera Parábola. Diéronles fé los Anabaptistas, y arrojada, y temerariamente dixeron, que la Historia de Esther, y de Judith tambien eran Parábolas compuestas por los Hebreos para diversion del Pueblo. Así abusan ellos de sus Fábulas para confirmar su Secta, y de sus propias invenciones para destruir la verdad de las Historias mas auténticas que tiene el mundo, y como tales nos las conservaron sus propios mayores.

18 Con este mismo intento de destruir la verdadera Religion está escrito tambien *el Alcorán de Mahoma*; el qual, segun observó el doctísimo Maestro Alexio Venegas (*a*): *Contiene una Secta quarteada, cuyo principal Quarto es la Vida Porcuna, que dicen Epicurea. El Segundo es texido de Ceremonias Judáicas, vacias del significado que solian tener antes del advenimiento de Christo. El Tercero Quarto, de las Heregías Arriana, y Nestorea. El Quarto Quarto, es la Letra del Evangelio, torcida, y mal entendida, conforme à su desvariado propósito. Tambien son Fábulas à este jaez* La Cuna, *y* Jara, *que urdieron los Moros en su Iglesia de Malignantes.*

19 El otro designio de los perversos Libros Milesios es afeminar los ánimos, representando con viveza las cosas del amor, y excitando con las Imágenes, pensamientos, y deseos amorosos. En este género de escritos mucho mejor es no citar exemplos, y quando se alegue alguno, sea *El Asno de Apuleyo*, para que el mismo exemplo sea recuerdo de que la torpeza transforma los hombres en bestias.

20 Afeminan los ánimos por una parte, y por otra los embravecen ciertos Libros que llamamos *De Caballerías*, porque en ellos se describen las monstruosas hazañas de unos Caballeros imaginarios, que tenian sus Damas, y por ellas hacian mil locuras, hasta llegar à hacerles oracion, invocandolas en sus peligros con ciertas fórmulas, como si fuesen abogadas de las lides, y peleas (*b*): y por su respeto emprendian, y hacian mil locuras. La letura, pues, de estos Libros

(*a*) *En la Explicacion del Momo, traducido por Agustin de Almazán, conclus. 2.* (*b*) *D. Quixote, Parte. I. c. 3. 8. y 31.*

incitaba los ánimos à unas acciones bárbaras por el imaginario punto de defender las mugeres, aun por causas deshonestas. Y esto llegó à tal extremo, que las mismas Leyes lo juzgaron digno de reprehension, y como tal lo refieren entre los abusos, diciendo (*a*): *E aun porque esforzasen mas, tenian por cosa guisada, que los que oviesen amigas, que las nombrasen en las lides, porque les creciesen mas los corazones, è oviesen mayor verguenza de errar.*

21 El último género de perniciosas *Novelas* es el que con pretexto de cautelar de la vida pícara, la enseña. De cuya composicion tenemos en España tanto número de exemplos, que sería cosa ociosa citar algunos.

22 De todos estos Libros, los que malearon mas las costumbres públicas fueron los *Caballerescos*. Las causas de su introduccion fueron estas.

23 Las Naciones Septentrionales se apoderaron de toda Europa. Los habitadores de ellas arrojaron las plumas, y empuñaron las armas. El que mas podia, mas valia. Pudo mas la barbarie, y salió vencedora, y triunfante: quedaron abatidas las Letras: perdido el conocimiento de la antigüedad; y aniquilado el buen gusto. Pero como donde no se hallan estas cosas la necesidad las echa menos, sucedieron en su lugar la falsa dotrina, y depravado gusto. Escribieron Historias, que fueron fabulosas, porque se perdió, ò no sabía buscarse la memoria de los sucesos pasados. Unos hombres que de repente querian ser los Maestros de la vida, mal podian enseñar à los Letores lo que nunca habian aprendido. Tal fue Telesino Helio, Escritor Inglés, que cerca del año seiscientos quarenta, reynando Artús en Bretaña, escribió los hechos de este Rey fabulosamente. Imitóle Melquino Avalonio, que en tiempo del Rey Vortiporio, cerca del año 650 escribió la Historia de Bretaña, mezclando los cuentos del Rey Artús, y de la Tabla Redonda. La Historia publicada en nombre de Gildas, por renombre el *Sabio*, Monge que fue de Galés, es del mismo jaez. Refiere las maravillosas hazañas del Rey Artús, de Parcebal, y Lanzarote. El Libro de Hunibaldo Franco,

(*a*) *Véase la Ley 22. tit. 21. Partid. 2.*

co, reducido à compendio por el Abad Tritemio, es un monton de mentiras neciamente fingidas. El otro Libro, falsamente atribuido al Arzobispo Turpin, siendo posterior à él mas de 200 años, trata de las hazañas de Carlo Magno llenas de patrañas, y se fingió en Francia; no en España, como alguno dixo, solo porque quiso. Con estos Libros se deben adocenar las fabulosas Historias, falsamente prohijadas à Hancon Forteman, y Salcon Forteman, à Sivardo el Sabio, à Juan Abhil-lo, hijo de un Rey de Frisia, y à Adel-Adelingo, descendiente de los Reyes de la misma Nacion: todos los quales se dice que fueron Frisios, y se finge que vivieron en tiempo de Carlo Magno, cuyas cosas escribieron.

24 Tambien fue fabulosa la *Historia de los Orígenes de Frisia*, atribuida à Occon Escarlense, nieto, segun fingen, de una hermana de Salcon Forteman, y coëtáneo de Othon el Grande. Ni merece mayor crédito la Historia de Gaufredo Monumetense, Breton, donde están escritas las hazañas del Rey Artús, y del Sabio Merlin, por mas que se diga que las sacó de memorias antiguas.

25 Estas eran las Historias que tanto se aplaudian entre las Naciones que entonces eran menos rudas. Habia hombres neciamente ocupados en fingir, y publicar tan extravagantes caprichos, porque habia Letores mas necios que ellos, que los leian, y aplaudian, y tal vez los creian.

26 Los Trobadores tambien, quiero decir los Poëtas, que en tiempo de Ludovico Pio empezaron à cultivar *La Gaya Ciencia*, esto es, la Poësía, como si dixésemos *La Ciencia festiva*, se aplicaron à reducir al metro aquellas mismas patrañas; y cantándolas todos, se hicieron vulgares.

27 En España el uso de la Poësía es mucho mas antiguo. No trato de los tiempos mas apartados del nuestro; y por eso no me valgo del testimonio de Estrabon (*a*). Hablo solo de la Poësía vulgar, que llamamos *Ríthmica*. No hay memoria de ella en toda Europa antes de la entrada de los Arabes en España. Ellos solos tienen mayor número de Poëtas, y

(*a*) *Lib.* 3.

Poësías, que todos los Européos. Pagaron esta aficion, ò confirmaron mas en la que yá tenian à los Españoles, los quales componian Rimas con todo el primor que requiere el Arte: como lo refiere con prolixa curiosidad Alvaro Cordobés (*a*), quexándose de ello 130 años despues de la pérdida de España. Si algunas, ò muchas de aquellas Poësías Arabes, que refiere Alvaro, eran especie de *Novelas*, no me atreveré à afirmarlo. Las hazañas de su Buhalul, tan celebradas de ellos en prosa, y verso, sin duda lo son. Lo cierto es, que la tradicion aun hoy conserva en España ciertas hablillas, que llamamos *Cuentos de Viejas*, llenos de encantamientos, de donde viene à tantos la credulidad de estos. Por eso Cervantes, hablando con la propiedad que suele, llamó *Cuentos* à sus *Novelas* (*b*). Bien que Lope de Vega quiso distinguir los *Cuentos* de las *Novelas*, quando escribiendo à la señora Marcia Leonarda, dixo así (*c*): *Mándame V. md. escriba una Novela. Ha sido novedad para mí: que aunque es verdad que en LA ARCADIA, y PEREGRINO hay alguna parte de este género, y estílo, mas usado de Italianos, y Franceses, que de Españoles; con todo es grande la diferencia, y mas humilde el modo. En tiempo menos discreto que el de agora, aunque de mas hombres sabios, llamaban à las NOVELAS CUENTOS. Estos se sabian de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los ví escritos.* Yo soy de sentir que entre *Cuento*, y *Novela* no hay mas diferencia, si es que hay alguna, que lo dudo, que ser aquel mas breve. Como quiera que sea, los *Cuentos* suelen llamarse *Novelas*, y las *Novelas Cuentos*, y estos, y aquellas *Fábulas*. Los que pretenden hablar con distincion, aún añaden otra especie de *Fábulas*, que llaman *Caballerías*. Por eso Lope de Vega, continuando en referir las costumbres de los Españoles en lo que toca à la aficion de relaciones fingidas, inmediatamente añadió: *Porque se reducian sus Fábulas à una manera de Libros, que parecian Historias, y se llamaban en lenguage Castellano, CABALLERIAS, como si*

(*a*) *Véase* Aldrete, *Origen de la Lengua Castellana, lib.* 1. *cap.* 22. (*b*) *Véase el fin de su* Galatea, *y la* Dedicatoria *de sus* Novelas. (*c*) *En la Dedicator. de sus Novelas.*

si dixésemos HECHOS GRANDES DE CABALLEROS VALEROSOS. Fueron en esto los Españoles ingeniosísimos, porque en la invencion ninguna Nacion del mundo les ha hecho ventaja, como se vé en tantos Esplandianes, Febos, Palmerines, Lisuartes, Florambelos, Esferamundos, y el celebrado Amadís, padre de toda esta máquina, que compuso una Dama Portuguesa. Al leer esto último, me detuvo la novedad, porque en el tiempo en que se publicó la fingida Historia de *Amadís*, no sé yo que hubiese en el Reyno de Portugal Dama capaz de escribir Libro de tanta invencion, y novedad.

28 El erudito, y juicioso Autor del *Diálogo de las Lenguas*, que escribió en tiempo de Carlos V. y exâminó esta Obra muy de propósito, siempre habla suponiendo que el Autor fue hombre, y no muger. El sábio Arzobispo de Tarragona Don Antonio Agustin, dice hablando de *Amadís de Gaula* (*a*): *El qual dicen los Portugueses que lo compuso Vasco Lobera.* Y uno de los interlocutores añade luego: *Ese es otro secreto que pocos lo saben.* Manuel de Faría y Sousa, en el erudito Prólogo que hizo à su *Fuente de Aganipe*, publicó un Soneto, que dice que escribió el Infante Don Pedro de Portugal, hijo del Rey D. Juan el primero, en alabanza de Vasco de Lobera, por haber escrito el *Amadís*. Yo he observado que *Amadís de Gaula* es Anagrama puro de la *Vida de Gama*. De donde mis amigos los Portugueses podrán inferir otras muchas, y muy probables conjeturas.

29 Como quiera que sea (que semejantes cosas despues de tanto tiempo no son fáciles de averiguar), siendo nuestro Libro de Caballerías mas antiguo cerca de cien años posterior à los que tratan de Tristan, y Lanzarote; esto dió motivo à que el eruditisimo Huet, siguiendo à Juan Bautista Giraldo, dixese (*b*) que los Españoles recibieron de los Franceses el Arte de Novelar. En lo que toca al asunto de Caballerías, lo creeré sin repugnancia. Pero la misma Arte, que recibieron los Españoles, ruda, y desaliñada, la pulieron, y hermosearon tanto, que pasó el atavio à descompostura. Empezaron los Españoles de la misma suerte que los Estrangeros. La

(*a*) *Diálog. II. pag. 42.* (*b*) *Lettre de l'Origine des Romans.*

ignorancia de las Historias verdaderas, puestos en ocasion de haber de escribirlas, los obligó à llenarlas de mentiras, particularmente tratando de cosas pasadas; que raras veces fue tan grande el atrevimiento, y descaro, que se atreviesen à mentir à las claras escribiendo de las presentes. Pero como el tiempo presente se hace pasado, la libertad de fingir confundia de tal suerte la verdad con la mentira, que no se podia distinguir la una de la otra. Así vemos que los cantares fabulosos, ò por hablar mas claro, los Romances, en mi opinion así llamados de *Roman*, palabra Francesa, que significa *Novela*: vemos, digo, que los cantares, ò romances mentirosos, que al principio solo eran entretenimientos del vulgo ignorante, despues llegaron à autorizarse tanto, repitiéndose en boca de los demás, que con facilidad pasaron à ser texto, entretegidas sus ficciones en la *Chrónica General de España*, que fue copilada por autoridad Real: pernicioso exemplo, cuya imitacion llegó à poner nuestras Historias en tan infelíz estado, que se atrevió à decir un Historiador nuestro, reputado por uno de los mas discretos de su tiempo, que *fuera de las Letras Divinas no hay que afirmar, ni que negar en ninguna de ellas.* ¿Y quién era este hombre, que desterraba la Verdad de la Historia, siendo ésta el testigo mas abonado, y casi único de los tiempos pasados? Dígalo el mismo que derechamente se lo reprehendió, el eruditísimo Bachiller Pedro Rhua, Profesor de Letras Humanas; el qual escribiéndole, le dice así (*a*): *Es vuestra Señoría en sangre Guevara* (*b*): *es en oficio Coronista: es en profesion Teólogo: es en dignidad, y méritos Obispo: de todos estos renombres es amar la verdad: escribir verdad: predicar verdad: vivir en la verdad: y morir por ella. Así holgará oír verdad, y ser avisado de ella.* Y mas adelante: *Escribí à vuestra Señoría, que entre otras cosas que en sus Obras culpan los Letores, es una la mas fea, y intolerable que puede caer en Escritor de autoridad, como vuestra Señoría lo es: y es, que dá Fábulas por His-*

(*a*) *En la Carta 3.* (*b*) *Fr. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, distinto de D. Antonio de Guevara, Prior de S. Miguél de Escalada.*

Historias, y Ficciones propias por Narraciones agenas: y alega Autores que no lo dicen, ò lo dicen de otra manera, ò son tales que no lo hallarán sino in Aphanis, como dixeron los Crotoniatas à los Sibaritas: en lo qual vuestra Señoría pierde su autoridad, y el Letor, si es idiota, es engañado; y si es diligente, pierde el tiempo, quando busca à do cantan los Gallos de Nibas, como dice el Refran Griego. De esta falsa opinion que tenia el Obispo de Mondoñedo de la libertad de fingir Historias, nació el persuadirse, que pues otros muchos habian escrito lo que se les habia antojado; podia él imitarlos: licencia que se tomó tan atrevidamente, que no solo fingió sucesos, y Autores, en cuyos nombres lo confirmaba; sino tambien Leyes. Y aludiendo à esto Rodrigo Dosma en el *Catálogo de los Obispos de esta Ciudad*, que se halla al fin de sus *Discursos Patrios*, hablando del Rey D. Alonso IX. de Leon, dixo: *Pobló la Ciudad, y le dió Fueros, llamados de Badajoz, que yo tengo ciertos, no los Fingidos de Guevara.* Como tales los tenia el Doctísimo Aldrete; pero por su gran modestia no se atrevió à manifestar del todo su juicio. *Lo mismo es* (dice) (*a*) *en los Fueros de Badajoz, si son ciertos; que yo en estos no quiero determinar. Por el Autor que los puso, corre riesgo su certidumbre, por la poca que tienen otras cosas que escribe.* Harto hizo señalando con el dedo al Obispo de Mondoñedo; de quien dixo tales cosas D. Antonio Agustin, aunque tan modesto, que por la autoridad de quien las refiere, mas quiero yo que se lean en sus *Diálogos*, que no copiadas aquí (*b*). No es mi ánimo infamar la memoria de un varon de tan delicada conciencia, que habiendo sido Coronista del Emperador Carlos V. y escrito sus Coronicas hasta que vino de Tunez, mandó en su Testamento que se restituyése à Su Magestad el salario de un año; porque en él no habia escrito cosa alguna, considerando, como debia, que este, y semejantes salarios, no se dán en remuneracion de servicios pasados; sino en recompensa del trabajo que se debe poner, satisfaciendo à la obligacion del propio empleo; la qual

(*a*) *Origen de la Leng. Castell. lib. 2. cap. 6.* (*b*) *Diálog. X. pag. 426. Diál. XI. pág. 447.*

es indispensable, porque se debe à toda la República; que es lo mismo que decir, que son acreedores legítimos los que son, y serán miembros suyos; esto es, los Ciudadanos presentes, y venideros. Solo he referido tan memorable exemplo para que se considere lo que puede la costumbre de las ficciones contrarias à la verdad, si aquella se estiende; pues aun à los hombres buenos, naturalmente discretos, y muy estudiosos, como fue el Obispo Guevara, llega à pervertir el juicio, y miserablemente pervirtió los de la mayor parte de los Españoles, solo porque se dexaban llevar del pernicioso alhago de los Libros de Caballerías.

30 Acostumbrados, pues, los entendimientos à la maravilla que causaban las estravagantes hazañas entretegidas en las Historias, se atrevieron à escribir unos Libros enteramente fabulosos: lo qual sería mucho mas tolerable, y aun digno de alabanza, si fingiendo con verosimilitud, representasen la idea de unos grandes Héroes, en quienes se viese premiada la virtud, y castigado el vicio en la gente ruin. Pero de qué manera se escribiesen aquellos Libros, digalo el juicioso Autor del *Diálogo de las Lenguas*. *Quanto à las cosas* (dice) *siendo esto así, que los que escriben mentiras, las deben escribir de suerte que se alleguen quanto fuere posible à la verdad, de tal manera que puedan vender sus mentiras por verdades, nuestro Autor de Amadís* (que fue el primero, y el que mejor escribió los Libros de Caballerías) *una vez por descuido, y otras no sé por qué, dice cosas tan à la clara mentirosas, que en ninguna manera las podeis tener por verdaderas.* Lo qual confirma con varios exemplos. Esto mismo reprehendia el sabio Luis Vives (*a*) con aquella gravedad, y peso de razones que le hizo el mas severo Crítico de su tiempo. „La erudicion (*decia*) no se ha de esperar de unos „hombres, que ni aun vieron la sombra de la eru- „dicion. Pues quando cuentan algo; ¿qué gusto „puede haber en unas cosas, que fingen tan abier- „ta, y neciamente? Este hombre solo mató à veinte „juntos: aquel à treinta: el otro, traspasado con 600. „he-

(*a*) *De Christiana Fœmina, cap. Qui non legendi Scriptores, qui legendi.*

» heridas, y dexado ya por muerto, se levanta lue-
» go, y el dia siguiente, restituido ya à su salud, y
» fuerzas, mata en un desafio à dos Gigantes, y sa-
» le de allí cargado de oro, plata, sedas, piedras
» preciosas, con tanta abundancia, que ni una Nave
» de carga las podría llevar. ¿ Qué locura es dexar-
» se llevar, y detenerse en semejantes despropósi-
» tos? Fuera de esto no hay cosa dicha con agudeza,
» sino es que se cuenten como tales algunas palabras
» que sacaron de los mas ocultos escondrijos de Ve-
» nus; las quales se dicen muy apropósito, para mo-
» ver, y sacar de sus quicios à la que dicen que aman,
» si por ventura en ella hay alguna constancia en re-
» sistirse. Si por esto se leen estos Libros, menos mal
» será leer aquellos que tratan (permitid, Letores,
» el término) de alcahuetería. Porque en lo demás,
» ¿ qué discreciones pueden decir unos Escritores fal-
» tos de toda buena doctrina, y arte? Yo nunca he
» oído à hombre que dixese agradarle tales Libros,
» exceptuando solo à los que nunca tocaron en sus ma-
» nos Libro bueno: y confieso mi pecado, que tam-
» bien los he leido alguna vez; pero no hallé rastro
» alguno, ù de buena intencion, ù de mejor ingenio.
» A aquellos, pues, que los alaban, de los quales co-
» nozco algunos, entónces les daré crédito, quando
» digan eso despues de haber gustado à Séneca, ò à
» Ciceron, ò à S. Gerónymo, ò à la Sagrada Escritu-
» ra: y quando sus costumbres tambien no sean del
» todo estragadísimas: porque las mas veces la causa
» de aprobar tales Libros, es contemplar en ellos sus
» costumbres, representadas como en un espejo, y
» regocijarse de verlas aprobadas. Finalmente, aunque
» lo que dicen fuese muy agudo, y agradable; yo
» nunca querría un deleyte emponzoñado, y que
» mi muger se ingeniáse para hacerme traicion.

31 A este tenor prosigue el sabio Vives, el qual en otra parte refiere (*a*) entre las causas de la corrupcion de las Artes la leyenda de los Libros de Caballería: *Quieren* (dice) *leer unos Libros manifiestamente mentirosos, y llenos de meras bagatelas, por cierto albago del estilo, como Amadís, y Florian, Espa-*

(*a*) *De Causis corruptarum artium, lib. II. in fine.*

pañoles; Lanzarote, y la Tabla Redonda, Franceses; Rolando, Italiano: los quales Libros fingieron unos hombres ociosos, y los llenaron de un género de mentiras, que ni conducen algo para saber, ni para juzgar bien de las cosas, ni para vivir; sino solamente para hacer cosquillas à la concupiscencia. Y aun por eso los leen unos hombres de unos ingenios corrompidos con el ocio, y condescendencia de su propio amor: no de otra suerte que algunos estómagos delicados, que se lisongean mucho, y solo se sustentan con ciertas confituras de azucar, y miel, desechando toda comida sólida. No era solo Vives el que se quexaba de esto. Pero Megía, Chronista de Carlos V. y discreto Historiador de aquellos tiempos, se lamentó de lo mismo con gran sentimiento (*a*), tanto, que el Inca Garci-Laso, por solo su testimonio nunca quiso leer tan desatinados Libros. El Maestro Venegas, con su acostumbrado juicio, dixo (*b*): *En nuestros tiempos con detrimento de las doncellas recogidas se escriben los Libros desaforados de Caballerías, que no sirven sino de ser unos Sermonarios del Diablo, con que en los rincones caza los ánimos tiernos de las doncellas.* Omitiendo el testimonio de otros gravísimos Autores, uno de los Españoles de mayor juicio, y el mayor Teólogo que hubo en el Concilio de Trento (Visto es que hablo del Obispo Cano), nos dexó escrito lo siguiente (*c*): *Nuestra edad ha visto un Sacerdote que estaba muy persuadido à que cosa que una vez se hubiese impreso, de ningun modo era falsa. Porque, segun decia, los Ministros de la República no habian de cometer tan gran maldad, que no solo permitiesen que se divulgasen mentiras, sino que tambien las autorizasen con su privilegio, para que mas seguramente se esparciesen por los entendimientos de los hombres; y movido de este argumento, llegó à creer, que Amadís, y Clarian verdaderamente obraron aquellas cosas que se cuentan en sus Libros patrañeros. Quánto peso tenga el motivo de aquel* (aunque sencillo Sacerdote) *contra los Ministros de la República, no es propio de este lugar, y tiempo el disputarlo. Yo ciertamente por lo que à mí*

(*a*) *Historia Imperial, y Cesarea en la Vida de Constantino, cap. 1.* (*b*) *En la Exposicion del Momo, conclusion 2.* (*c*) *De Locis Theologicis, lib. II. cap. 6.*

mí me toca, con grande sentimiento, y dolor de mi alma, digo, que con gran daño, y ruina de la Iglesia, solo se cautela en la publicacion de los Libros, que no estén rociados de errores contra la Fé, sin cuidar que no los haya dañosos à las costumbres. Y principalmente no me inquieto por esas Novelas, que poco há nombré, aunque escritas sin erudicion, y tales, que nada conducen, no digo para vivir bien, y dichosamente; pero ni aun para formar buen juicio de las cosas humanas. ¿ Porque qué pueden aprovechar unas meras, y vanas frioleras, fingidas por unos hombres ociosos, y manoseadas de unos ingenios corrompidos con los vicios? Sino que mi dolor, &c. Palabras dignas de escribirse en letras de oro, por las quales se conoce quánto apreciaba el Obispo Cano los dictámenes de Vives, à quien freqüentemente copiaba, aunque tal vez le zahirió injustamente por las ocultas causas que yo me sé, y que si Vives viviera, hubiera sabido vindicar. Pero Vives vivirá en la memoria de los hombres: y algun tiempo habrá algun aficionado suyo, que juntando la autoridad al saber, deshará el agravio que se hizo, y aun hoy se tolera contra tan piadoso Varon.

32 Entretanto basten las quexas referidas para hacer juicio del daño que hacian los Libros de Caballerías: los quales estaban tan encastillados en los ánimos de la mayor parte de los Letores, que las quexas, invectivas, y Sermones de los hombres mas juiciosos, sabios, y zelosos de la Nacion, no bastaban à desterrarlos. Ni se logró conseguir tan inmortal hazaña hasta que quiso Dios que Miguel de Cervantes Saavedra escribiese (como él mismo lo dice (*a*) en boca de un amigo suyo): *Una invectiva contra los Libros de Caballerías, publicando la* HISTORIA DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA: *la qual no mira à mas que à deshacer la autoridad, y cabida que en el Mundo, y en el Vulgo tienen los Libros de Caballerías.* Consideraba Cervantes que un clavo saca à otro; y que supuesta la inclinacion de la mayor parte de los ociosos à semejantes Libros, no era el medio mejor para apartarlos de tal letura la fuerza de la razon, que solo suele mover à los áni-

(*a*) *En el Prólogo de su Part. I.*

ánimos considerados; sino un Libro de semejante inventiva, y de honesto entretenimiento, que excediendo à todos los demás en lo deleitable de su letura, atragese à sí à todo género de gentes, discretos, y tontos. Para cuyo fin no era necesario gran fondo de doctrina; sino tal discrecion, y gracia en el decir, que se llevasen toda la atencion. Por eso Cervantes en aquel su discretísimo *Prólogo*, en que tan agudamente satirizó la vanidad de los malos Escritores; despues de un graciosísimo coloquio entre él, y un amigo suyo, hace que éste le proponga la idea que debe seguir, la qual es esta: *Si bien caigo en la cuenta, este vuestro Libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta; porque todo él es una invectiva contra los Libros de Caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dixo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología; ni le son de importancia las medidas Geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la Retórica; ni tiene para qué predicar à ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira à mas que à deshacer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los Libros de Caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias de Philósophos, Consejos de la Divina Escritura, Fábulas de Poëtas, Oraciones de Retóricos, Milagros de Santos; sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo sonoro, y festivo: pintando en todo lo que alcanzáredes, y fuere posible, vuestra intencion; dando à entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra Historia, el melancólico se mueva à risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta à derribar la máquina mal fundada de estos Caballerescos Libros,*

abo-

aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

33 Estando, pues, Cervantes tan bien instruido, veamos ahora sin pasion, si fue capaz de executarlo.

34 En tres cosas consiste la perfeccion de un Libro: en la buena invencion, debida disposicion, y lenguage proporcionado al asunto que se trata.

35 La invencion de Cervantes es conforme al carácter de un Hidalgo de harto buen juicio, que habiendole ilustrado con la letura de los Libros, le perdió desvelándose en los de Caballerías: y dando en la manía de imitar aquellas locas hazañas que había leido, eligió por escudero un Labrador sencillo, y gracioso; y por no estar sin dama, se la figuró en su imaginacion, segun la medida de su corazon platónicamente enamorado. Y con el pensamiento de probar aventuras, él en su caballo, à quien llamó *Rocinante*; y despues en su segunda, y tercera salida, con su Escudero Sancho Panza, muy sobre su asno, llamado *Rucio*; salió en busca de la buena suerte.

36 La idea, pues, de Miguel de Cervantes Saavedra, y el sentido de ella, à lo que yo alcanzo, son como se siguen. Alonso Quixada, Hidalgo Manchego, se dió enteramente à la leccion de los Libros de Caballerías: vicio muy general en la gente ociosa, y mal entretenida. La demasiada aplicacion à los Libros Caballerescos, le secó el celebro, y volvió el juicio, como al otro famoso Rústico, conocido por el nombre de Paladín. Lo qual significa que aquella vana letura trastornaba los juicios, haciendo à los Letores atrevidos, y temerarios, como si hubiesen de tratar con hombres meramente fantásticos. El infelíz Manchego creyó ser verdaderas aquellas hazañas prodigiosas que había leido; y le pareció necesaria en el mundo la profesion de los Caballeros Andantes, para deshacer, y enderezar tuertos, como él decia. Quiso, pues, entrar en tan honrosa Cofradía, y emplearse en unos exercicios tan saludables al género humano: condicion muy propia de hombres presumidos de valientes, que con insolente atrevimiento todo lo quieren remediar sin ser de su obligacion. Alonso Quixada tomó para sí el nombre de D. QUIXOTE DE LA MANCHA, y se de-

dexó armar Caballero de un Ventero. Los que salen de su esfera, luego se tienen por unos Guzmanes: suelen variar los apellidos; y si se llega à esto alguna exterior marca de honor, piensan que solo se lee aquel sobrescrito, y que en el mundo político no hay Zahorís que miren, noten, y registren lo mas interior.

37 D. QUIXOTE se llamó con el ribete DE LA MANCHA, y su Dama imaginaria DULCINEA DEL TOBOSO, Lugar de la Mancha; porque segun he oído decir, Miguel de Cervantes fue allá con una comision; y por ella le capitularon los del Toboso, y dieron con él en una carcel. Y en agradecimiento de esto (que no la hemos de llamar venganza, habiendo resultado en tanta gloria de la Mancha) hizo Cervantes Manchegos à su Caballero Andante, y à su Dama. Que Cervantes (qual otro Nevio que escribió en la carcel sus dos Comedias, *El Hariolo*, y *Leonte*) compusiese esta Historia encarcelado tambien, lo confesó él mismo diciendo (*a*): *¿Qué podrá engendrar el estéril, y mal cultivado ingenio mio, sino la Historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno? Bien como quien se engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion.*

38 Veamos ahora qué es lo que hace D. QUIXOTE, el qual ya sale de su casa en un Caballo flaco, símbolo de la debilidad de su empresa, siguiéndole en su segunda, y tercera salida SANCHO PANZA en su Rucio, geroglífico de la simplicidad.

39 En D. QUIXOTE se nos representa un valiente maniático, que pareciéndole muchas cosas de las que vé semejantes à las que leyó, sigue los engaños de su imaginacion, y acomete empresas, en su opinion hazañosas, en la de los demás disparatadas: quales son las que los antiguos Libros Caballerescos refieren de sus héroes imaginarios: para cuya imitacion bien se echa de vér quanta erudicion Caballeresca era necesaria en un Autor, que à cada paso habia de aludir à los hechos de aquella inumerable caterva de Caballeros Andantes. La letura de Cer-

(*a*) *En el Prólogo de la I. Part.*

Cervantes en este género de Historias fabulosas fue sin igual, como lo manifiesta en muchísimas partes (*a*).

40 Fuera de sus manías habla D. Quixote como hombre cuerdo, y son sus discursos muy conformes à razon. Son muy dignos de leerse los que hizo sobre el Siglo de Oro, ò primera edad del mundo, poéticamente descrita (*b*), sobre la manera de vivir de los Estudiantes, y Soldados (*c*); sobre las distinciones que hay de Caballeros, y Linages (*d*); sobre el uso de la Poësía (*e*); y las dos Instrucciones, una Política (*f*), y otra Económica (*g*), las quales dió à Sancho Panza, quando iba à ser Gobernador de la Insula Barataria, son tales, que se pueden dar à los Gobernadores verdaderos, y ciertamente deben ponerlas en práctica.

41 En SANCHO PANZA se representa la simplicidad del vulgo, que aunque conozca los errores, ciegamente los sigue. Pero para que la simplicidad de Sancho no sea enfadosa à los Letores, la hace Cervantes naturalmente graciosa. Nadie definió mejor à Sancho Panza, que su amo D. Quixote, quando hablando con una Duquesa, dixo (*h*): *Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Caballero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso que yo tengo.* Y en otra ocasion (*i*): *Quiero que entiendan vuestras Señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos, que jamás sirvió à Caballero Andante. Tiene à veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ò agudo, causa no pequeño contento. Tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo. Duda de todo, y créelo todo. Quando pienso que se vá à despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que le levantan al Cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una Ciudad.* En prueba de la sencillez, y gracia de Sancho Panza, léase solo el cuento del rebuzno (*k*).

Siem-

(*a*) *Part. I. cap.* 6. 18. 32. & 49. *Et Part. II. cap.* 53. & 78. (*b*) *Part. I. cap.* 11. (*c*) *Part. I. cap.* 38. (*d*) *Part. II. cap.* 58. (*e*) *Part. II. cap.* 68. (*f*) *Part. II. cap.* 94. (*g*) *Part. II. cap.* 95. (*h*) *Part. II. cap.* 82. (*i*) *Part. II. cap.* 84. (*k*) *Part. II. cap.* 79. *en el fin.*

42 Siendo tales los principales Personages de esta Historia, viene à suceder lo que en agena persona dixo Cervantes (*a*): *Que los sucesos de D. Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa*: y que Sancho es tal (*b*), *a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen.* Y sin hablarnos por boca de otros, dixo en el fin de su primer Prólogo: *Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte à conocer tan noble, y tan honrado Caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso SANCHO PANZA su escudero, en quien à mi parecer te doi cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los Libros vanos de Caballerías están esparcidas.*

43 Para que la Historia de un Caballero Andante no enfadáse à los Letores con la uniformidad, ò semejanza de los Sucesos: lo qual aconteceria, si únicamente se tratáse de las locas aventuras; ingirió Cervantes muchos Episodios, donde los Sucesos son freqüentes, nuevos, y verosímiles: los Razonamientos, artificiosos, claros y eficaces: los Enredos, maravillosamente enmarañados: las Salidas de ellos fáciles, naturales, y sobre todo tan agradables, que dexan el ánimo sosegado, quedando muy quietos, y pacíficos aquellos afectos, que con singular industria, y artificio se habian alborotado. Y lo que mas admira à los perspicaces Letores, es, que todos estos Episodios, menos dos, *las Novelas* digo *del Cautivo*, y *del Curioso Impertinente*, están entretexidos en el principal asunto de la Fábula, tan ingeniosamente, que qual hermoso tapiz forman con ella una misma tela, y hacen una labor muy amena, y agradable.

44 Quando es muy habil el Artífice, nadie conoce mejor que él la perfeccion de sus obras. Por eso decia el mismo Cervantes, hablando de su Historia (*c*): *Los Cuentos, y Episodios de ella, en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la misma Historia.*

45 Para hacer Cervantes su invencion mucho mas

(*a*) *Part. II. cap. 96.* (*b*) *Part. II. cap.* 110. (*c*) *Part. I. cap.* 28.

mas verosimil, y plausible, fingió (*a*) haber sido el Autor de ella CIDE HAMETE BENENGELI, Historiador Arábigo, natural de la Mancha. Fingióle Manchego para suponerle bien informado de las cosas de D. Quixote. Es cosa muy graciosa vér cómo celebra Cervantes la escrupulosa puntualidad de Cide Hamete en la relacion de las cosas aun mas minimas, como quando hablando de Sancho Panza, maltratado à garrotazos, dixo (*b*): *Despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes, y reniegos de quien allí le habia trahido, se levantó.* Y quando dice de otro (*c*): *Era uno de los ricos Arrieros de Arévalo, segun lo dice el Autor de esta Historia, que de este Arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien: y aun quieren decir, que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli fue Historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y échase bien de vér, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas, y tan raieras, no las quiso pasar en silencio. De donde podrán tomar exemplo los Historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta, y sucintamente, que apenas nos llegan à los labios, dexándose en el tintero, yá por descuido, yá por malicia, ò ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el Autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro Libro donde se cuentan los Hechos del Conde Tomillas, y con qué puntualidad lo escriben todo!* No habló mas discretamente el mismo Luciano en sus dos Libros *de la verdadera Historia.*

46 En otra parte poniendo en práctica esta misma puntualidad en referir las cosas muy por menor, dice Cervantes en boca de Benengeli (*d*): *Entraron à D. Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones, y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona à lo Estudiantil, sin almidon, y sin randas: los borceguíes eran datilados, y encerados los zapatos: ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de*

(*a*) Part. I. cap. 9. (*b*) Part. I. cap. 15. (*c*) Part. I. cap. 16. (*d*) Part. II. cap. 70.

buen paño pardo : pero antes de todo con cinco calderos , ò seis de agua , que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia , se lavó la cabeza , y rostro. ¡ Nimiedad sencilla , y graciosa ! Verosimilitud admirable , y sin igual ! Exclame , pues , Cervantes, y con razon (*a*) : „ Real , y verdaderamente todos „ los que gustan de semejantes Historias como es„ ta , deben de mostrarse agradecidos à Cide Ha„ mete , su Autor primero , por la curiosidad que „ tuvo en contarnos las semínimas de ella , sin „ dexar cosa , por menuda que fuese , que no la „ sacáse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, „ descubre las imaginaciones , responde à las tácitas, „ aclara las dudas , resuelve los argumentos , final„ mente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. „ ¡O Autor celebérrimo ! O D. Quixote dichoso! O „ Dulcinea famosa ! O Sancho Panza gracioso ! To„ dos juntos y cada uno de por sí , vivais siglos infi„ nitos , para gusto , y general pasatiempo de los „ vivientes. „

47 Fingió Cervantes que el Autor de esta Historia fue Arábigo (*b*) , aludiendo en esto à lo que muchos piensan , que los Arabes pegaron à los Españoles la aficion de novelar. Es cierto que Aristóteles (*c*) , Cornuto (*d*) , y Prisciano (*e*) hicieron mencion de las Fábulas Líbicas. Luciano añade (*f*), que entre los Arabes habia hombres empleados en explicar las Fábulas. Locman , à quien celebra el Alcorán de Mahoma , es opinion muy valida que fue Isopo , Fabulero insigne. Thomas Erpenio fue el primero que tradujo sus Fábulas en Latin , año 1625. Bien cierto es , que las de Isopo están acomodadas al genio de cada Nacion. Aun las que están en Griego no son las mismas , que escribió Isopo. Fedro , que las tradujo en Latin , confiesa que las interpoló (*g*). Yo las tengo en Español , impresas en Sevilla por Juan Cronberger , año 1533 , y están interpoladas , y añadidas estrañamente. No es maravilla , pues , que los Arabes las hayan acomo-

(*a*) *Part. II. cap. 92.* (*b*) *Tom. I. cap. 9.* (*c*) *In Rhetoricis.* (*d*) *De Deorum natura.* (*e*) *In Praexercitamentis.* (*f*) *In Macrobiis.* (*g*) *Initio lib. 2.*

modado à su genio. ¿ Y qué mayor Fábula que el Alcorán de Mahoma ? Este se escribió à manera de Novela , para que se aprendiese con mas facilidad , y se olvidáse menos. Las vidas de los Patriarcas , Profetas , y Apóstoles , que tienen escritas los Mahometanos , están llenas de Fábulas. Algunos de sus Philósophos, que intentaron explicar los soñados misterios de su doctrina , formaron unos Libros à manera de Novelas. De este género es la Historia de Hayo , hijo de Yocdan , de quien contó Avicena grandisimas patrañas. Leon Africano , y Luis del Marmol , como testigos de vista, dicen , que los Arabes tienen tanta aficion à las Novelas , que celebran las hazañas de su Buhalul en prosa , y verso , como los nuestros las de Reinaldos de Montalvan , y Rolando el Enamorado. Y sin salir de España , los que llamamos *Cuentos de Viejas* , son unas breves Novelas , cuyos asuntos , que de ordinario son encantamientos , y apariciones de horribilísimos negros , para causar espanto à los niños , haciéndolos asi vilmente medrosos; están manifestando ser invencion Arábiga.

48 Prueba de esto es tambien , que los primeros Libros de Caballerías se escribieron en España en tiempo en que los Arabes aún estaban en ella. Y así entiendo que escribia trascordado Lope de Vega, quando dixo (*a*) : *Llamaban à las Novelas Cuentos. Estos se sabian de memoria , y nunca, que yo me acuerde, los ví escritos.* Háylos escritos , y los habia leido Lope en los mismos Libros de Caballerías ; pero no se acordaba : quizá porque los que le habrian contado , no serian los mismos. Aunque yo no niego , que muchos están hoy únicamente encomendados à la tradicion de los ociosos habladores.

49 Tenemos Manchego , y Arabe al Autor de esta Historia escrita en Arábigo. Añade Cervantes , siguiendo el hilo de su ficcion , que mandó traducirla de Arábigo en Castellano à un Morisco Aljamado (*b*). Aludiendo à esto , introduxo al Bachiller Sanson Carrasco , que hablando con D.

d 2 Qui-

(*a*) *En la Dedicatoria de su primera Novela.* (*b*) *Part. I. cap. 9.*

Quixote, dixo así (a): *Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la Historia de vuestras grandezas dexó escrita, y rebien haya el curioso (b), que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arábigo en nuestro vulgar Castellano para universal entretenimiento de las gentes.*

50 Y para que se entendiese que el Traductor tambien hacía sus Críticas, en abono suyo añadió esto Cervantes (c): *Llegando à escribir el Traductor de esta Historia este quinto capítulo, dice, que le tiene por apócrifo; porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio; y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducillo, por cumplir con lo que à su oficio debia, y así prosiguió diciendo, &c.* Gran documento para los Traductores, que no saben que su oficio es como el de los Retratistas, que no hacen su deber, si sacan un retrato mas perfecto que el original. Hablo de las cosas: que en lo que toca al estilo, cada qual usa de sus colores, y estos deben ser proporcionados à lo que se quiere representar. Siendo esto así, no sé cómo disculpar à Cervantes, el qual hace que en otra parte falte el Traductor à su acostumbrada puntualidad, diciendo así (d): *Aquí pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de D. Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un Caballero Labrador, y rico; pero al Traductor de esta Historia le pareció pasar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el propósito principal de la Historia; la qual mas tiene su fuerza en la verdad, que en las frias digresiones.* ¿Por ventura diremos que lo que es reprehension del Traductor, es tácita alabanza de la puntualidad de Cervantes? ¿O que con esto quiso reprobar la enfadosa proligidad de muchos Escritores, que desviándose de su principal asunto, se paran en hacer descripciones de palacios, y de semejantes cosas? Uno, y otro es posible. Lo cierto es, que la *Novela del verdadero, y perfecto*

Amor,

(a) *Part. II. cap. 55.* (b) *Miguel de Cervantes Saavedra.* (c) *Part. II. cap. 57.* (d) *Part. II. cap. 68.*

Amor, atribuida à Athenágoras, es desagradable por las freqüentes descripciones de palacios, hechas con tan sobresaliente arte, y esta Vitruviana, que parece que el que las hizo no podia disimular ser Arquitecto, pues describia los palacios como Artífice, no como Novelista. De donde infirió el sagacisimo Huet, que el Autor de aquella Novela no fue Athenágoras, como se supone, sino Guillermo Filandro, Ilustrador insigne de Marco Vitruvio; el qual quiso en aquella obra lisongear el genio de su gran favorecedor el Cardenal Gregorio Armanac, muy amigo de la Arquitectura. Ni podia Athenágoras pintar tan al vivo, como pinta, las costumbres modernas. Y no fue dificil persuadir à Fumeo, publicador de la *Novela*, que el original Griego que le enseñaron, era verdadero; pero debia él haberle exâminado mejor, para que no creyésemos que su traduccion es supuesta. Fumeo se portó muy al contrario de aquellos, que quando publican algunos Libros, que saben ellos ser falsos, ponen gran conato en persuadir su legitimidad, diciendo haberlos sacado de Manuscritos muy antiguos de letra apenas legible, carcomidos del tiempo, y que estaban en esta, ò en la otra Libreria (donde nadie los vió), que pudieron lograrlos por medio de uno que yá no vive. Y estos, y semejantes artificios son los que engañan à los sencillos Letores: y los que nos representa Cervantes (*a*), fingiendo que el Autor de esta obra fue Historiador Arábigo, y Manchego, el Traductor Morisco, y la continuacion de la Historia, por buena dicha hallada, y comprada de un muchacho, que vendia unos Cartapacios, y Papeles viejos en el Alcana de Toledo. Pudo ser arbitrario fingir en Toledo tal hallazgo. Pero à tiempo que Cervantes decia esto, corria muy valido entre la gente crédula haber en Toledo quien tenia una *Historia Universal*, donde todos hallaban lo que buscaban, y aun lo que querian. El Autor de ella se suponia gravísimo. Y en efecto aquella Historia, que trataba de todas las cosas, y otras mu-

 chas

(*a*) *Part. I. cap. 9.*

chas mas; esto es, de quanto querian los que preguntaban algo al que suponian Tesorero de la Erudicion Eclesiástica, era una fábula preñada de muchas fábulas, que con toda propiedad se llamaria en Francés con el nombre de *Roman*; y en buen Romance, *Cuento de Cuentos*: los quales fueron tan bien recibidos, que salieron varias *Continuaciones*, no menos aplaudidas que las de los Libros de Amadís; y lo que es mucho peor, mas leidas, y mas creidas, y aun no desterradas, reservando Dios esta gloria à quien se digne dar tantas fuerzas, è industria, que sea capaz de embestir, y vencer à todo el vulgo de una Nacion. Pero este no es asunto propio de este lugar. Lo será de otro, y en otra ocasion, si Dios quiere.

51 Ultimamente por no incurrir Cervantes en lo mismo que reprehendia de la vanidad de los Libros Caballerescos, y acordándose del fin que se habia propuesto de hacer despreciables aquellas patrañas; hizo que D. Quixote de la Mancha, que como loco habia sido llevado à su casa, encerrado en una carreta, como si fuese en una jaula, volviese luego en su juicio, y confesase llana, y christianamente haber sido disparate todo quanto hizo, y obró por el deseo de imitar à aquellos Caballeros Andantes, puramente imaginarios.

52 Segun lo dicho yá, se vé quán admirable es la invencion de esta grande Obra. No lo es menos la disposicion de ella, pues las imágenes de las personas de que se trata, tienen la debida proporcion, y cada una ocupa el lugar que le toca: los sucesos están enlazados con tanto artificio, que los unos llaman à los otros, y todos llevan suspensa, y gustosamente entretenida la atencion del Letor.

53 En orden al estilo, oxalá que el que hoy se usa en los asuntos mas graves, fuese tal. En él se vén bien distinguidos, y apropiados los géneros de hablar. Solo se valió Cervantes de voces antiguas para representar mejor las cosas antiguas. Son muy pocas las que introduxo nuevamente, pidiéndolo la necesidad. Hizo vér, que la Lengua Española no necesita de mendigar voces estrangeras para explicarse qualquiera en el trato comun. En suma, el estilo de Cervantes en esta HISTORIA

RIA

RIA DE D. QUIXOTE es puro, natural, bien colocado, suave, y tan enmendado, que en poquísimos Escritores Españoles se hallará tan exâcto. De suerte que es uno de los mejores Textos de la Lengua Española. Bien satisfecho de esto estaba el mismo Cervantes, pues dirigiendo el tomo segundo de la Historia de D. Quixote al Conde de Lemos, D. Pedro Fernandez de Castro, con inimitable gracia, con la qual supo encubrir las propias alabanzas, le dixo asi: *Enviándo à V. Exc. los dias pasados mis Comedias, antes impresas, que representadas, si bien me acuerdo, dixe, que Don Quixote quedaba calzadas las espuelas para ir à besar las manos à V. Exc. y ahora digo, que se las ha calzado, y se ha puesto en camino; y si él allá llega, me parece que habré hecho algun servicio à V. Exc. porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan à que le envie, para quitar el amago, y la nausea que ha causado otro D. Quixote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado, y corrido por el Orbe. Y el que mas ha mostrado desearle, ha sido el Grande Emperador de la China, pues en Lengua Chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ò por mejor decir, suplicándome se le enviáse, porque queria fundar un Colegio, donde se leyese la Lengua Castellana, y queria que el Libro que se leyese, fuese el de la Historia de D. Quixote. Juntamente con esto me decia, que fuese yo à ser el Retor del tal Colegio. Preguntéle al portador, si su Magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver à vuestra China à las diez, ò à las veinte, ò à las que venís despachado: porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage. Además que sobre estár enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al Gran Conde de Lemos, que sin tantos titulillos de Colegios, ni Retorías me sustenta, me ampara, y hace mas merced que la que yo acierto à desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, &c. De Madrid último de Octubre de 1615.*

54 Exâminada yá por sus partes la perfeccion de

esta Obra; y vista tambien la buena distribucion, y enlace de todas ellas, facilmente puede pensarse quán bien recibida debió ser esta insigne Obra. Pero como salió en dos volúmenes, y cada uno de ellos en diferente tiempo; veamos cómo se recibieron: qué censuras padecieron; y quál es la que merecen.

55 El Primer Tomo salió en Madrid, impreso por Juan de la Cuesta, año 1605, en quarto, dirigido al Duque de Bejar: de cuya proteccion se congratuló Cervantes en unos versos, que escribió al Libro de D. Quixote de la Mancha Urganda la desconocida.

56 Una de las mayores pruebas de la celebridad de algun Libro, es el facil despacho de él. Fue tal el que tuvo el Primer Tomo de esta Historia de D. Quixote, que antes que Cervantes publicáse el Segundo, dixo en boca de Sanson Carrasco (*a*): *Tengo para mí que el dia de hoy están impresos mas de doce mil Libros de la tal Historia. Si no dígalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se ha impreso. Y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y à mi se me trasluce, que no ha de haber Nacion, ni Lengua donde no se traduzga.* Así ha sucedido por cierto: de suerte que solamente de las Traducciones se pudiera formar una larga relacion. En otra parte introduce à D. Quixote exâgerando el número de los Libros impresos de su Historia, de esta suerte (*b*): *He merecido andar ya en estampa, en casi todas, ò las mas Naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi Historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el Cielo no lo remedia.* En otra parte la Duquesa (cuyos Estados hasta ahora no se ha podido averiguar quáles son) hablando de la *Historia de D. Quixote*, dice (*c*): *De pocos dias à esta parte ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes.* Mucho mejor se explicó el Bachiller Sanson Carrasco, hablando de esta Historia con el mismo D. Quixote (*d*): *Es tan clara* (dixo) *que no hay cosa que*

(*a*) *Part. II. cap.* 55. (*b*) *Part. II. cap.* 68. (*c*) *Part. II. cap.* 84. (*d*) *Part. II. cap.* 55.

que dificúltar en ella. Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada, y tan leida, y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, quando dicen: allí vá Rocinante. Y los que mas se han dado à su letura son los Pages. No hay antecámara de Señor donde no se halle un D. Quixote. Unos le toman, si otros le dexan: estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente la tal Historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto: porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que Católico. Mucha razon, pues, tuvo Sancho Panza para hacer esta Profecía (*a*): *Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber Bodegon, Venta, ni Meson, ò Tienda de Barbero donde no ande pintada la Historia de nuestras hazañas.* Así vemos que sucede, y mucho mas: pues no solo en los mesones, y casas particulares se hallan los Libros de D. Quixote; sino en las mas escogidas Librerías, haciendo sus dueños una grande ostentacion de esta Historia, si por ventura logran tenerla de las primeras impresiones. Los mas diestros Burilistas, Pintores, Tapiceros, y Escultores están empleados en representar esta Historia, para adornar con sus Figuras las Casas, y Palacios de los grandes Señores, y mayores Príncipes. Aun viviendo Cervantes, consiguió la gloria de que su Obra tuviese la aceptacion Real. Estaba el Rey D. Felipe, Tercero de este nombre, en un balcon de su Palacio de Madrid, y espaciando la vista, observó que un Estudiante junto al rio Manzanares leía un Libro, y de quando en quando interrumpia la leccion, y se daba en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer, y alegria, y dixo el Rey: *Aquel Estudiante, ò está fuera de sí, ò leela Historia de D. Quixote.* Y luego se supo que la leía; porque los Palaciegos suelen interesarse mucho en ganar las albricias de los aciertos de sus amos en lo que poco importa. Mas ninguno de ellos

(*a*) *Part. II. cap.* 123.

ellos solicitó à Cervantes una moderada pension, para que con ella pudiese entretener su vida. Y por eso no sé yo como entienda aquella parábola del Emperador de la China. Lo cierto es que Cervantes mientras vivió, debió mucho à los Estrangeros, y muy poco à los Españoles. Aquellos le alabaron, y honraron sin tasa, ni medida. Estos le despreciaron, y aun le ajaron con sátiras privadas, y públicas.

57 Porque no quede esta verdad à la mera cortesía de los Letores, produzgamos las pruebas. El Licenciado Marquez Torres, en la Aprobacion que dió al segundo tomo de la Historia de D. Quixote; despues de una justísima censura contra los perversos Libros de su tiempo, dice así: *Bien diferente han sentido de los Escritos de Miguel de Cervantes, así nuestra Nacion, como las estrañas; pues como à milagro desean ver el Autor de Libros, que con general aplauso, así por su decoro, y decencia, como por la suavidad, y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania, y Flandes. Certifico con verdad que en 25 de Febrero de este año de 615, habiendo ido el Ilustrísimo Señor D. Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal Arzobispo de Toledo, mi Señor, à pagar la visita que à su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino à tratar cosas tocantes à los casamientos de sus Príncipes, y los de España; muchos Caballeros Franceses de los que vinieron acompañando al Embaxador, tan corteses, como entendidos, y amigos de buenas Letras, se llegaron à mí, y à otros Capellanes del Cardenal mi Señor, deseosos de saber qué Libros de ingenio andaban mas validos: y tocando acaso en éste, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, quando se comenzaron à hacer lenguas, encareciendo la estimacion, en que así en Francia, como en los Reynos sus confinantes se tenian sus Obras,* LA GALATEA, *que alguno de ellos tiene casi de memoria,* LA PRIMERA PARTE *de ésta, y las* NOVELAS. *Fueron tantos sus encarecimientos que me ofrecí à llevarlos à que viesen el Autor de ellas, que estimaron con mil demonstraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy*

por

por menor su edad, su profesion, calidad, y cantidad. Halléme obligado à decir que era viejo, soldado, hidalgo, y pobre. A qüe uno respondió estas formales palabras: ¿ Pues à tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del Erario público? Acudió otro de aquellos Caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dixo: Si necesidad le ha de obligar à escribir, plega à Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus Obras, siendo él pobre, haga rico à todo el mundo. Bien creo que esta (para Censura un poco larga) alguno dirá que toca los límites de lisongero elegio; mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el crítico la sospecha, y en mí el cuidado. Además que el dia de hoy no se lisongea à quien no tiene con qué cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa, y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. Pensará el Letor que quien dixo esto fue el Licenciado Francisco Marquez Torres; no fue sino el mismo Miguel de Cervantes Saavedra: porque el estilo del Licenciado Marquez Torres es metafórico, afectadillo, y pedantesco; como lo manifiestan los *Discursos Consolatorios que escribió à D. Christobal de Sandoval y Roxas, Duque de Uceda, en la muerte de D. Bernardo de Sandoval y Roxas su hijo, primer Marqués de Belmonte*; y al contrario el estilo de la Aprobacion, es puro, natural, y cortesano, y tan parecido en todo al de Cervantes, que no hay cosa en él que le distinga. El Licenciado Marquez era Capellan, y Maestro de Pages de D. Bernardo Sandoval y Roxas, Cardenal, Arzobispo de Toledo, Inquisidor General, y Cervantes era muy favorecido del mismo (*a*): con que ciertamente eran entrambos amigos.

58 Supuesta la amistad, no era mucho que usáse Cervantes de semejante libertad. Conténtese, pues, el Licenciado Marquez Torres con que Cervantes le hizo partícipe de la gloria de su estilo. Y veamos qué movió à Cervantes à querer hablar, como dicen, por boca de ganso. No fue otro su designio, sino manifestar la idea de su Obra, la estimacion de ella, y de su Autor en las Naciones es-

(*a*) *Véase el Prólogo del segundo tomo de D. Quixote.*

estrañas, y su desvalimiento en la propia.

59 Yá hemos visto estas dos últimas cosas; veamos ahora quál dice que es el fin de su Obra: como dice que está escrita, y como no está; que todo esto contiene la Aprobacion de este Libro, igual en todo al primero, atendida la dificultad que tiene la continuacion de una ficcion, tan perfecta, que ya pudiera tenerse por felizmente acabada. *No hallo* (dice) *en el cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la decencia debida à buen exemplo, ni virtudes morales; antes mucha erudicion, y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos, y mentirosos Libros de Caballerías, cuyo contagio habia cundido mas de lo que fuera justo; como en la lisura del Lenguage Castellano, no adulterado con enfadosa, y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos), y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos; guarda con tanta cordura las leyes de la reprehension christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar; en lo dulce, y sabroso de sus medicinas, gustosamente habrá bebido (quando menos lo imagine) sin empacho, ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio: con que se hallará (que es lo mas dificil de conseguirse) gustoso, y reprehendido. Ha habido muchos que por no haber sabido templar, ni mezclar apropósito lo util con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra; pues no pudiendo imitar à Diógenes en lo philósopho, y docto, (atrevida, por no decir licenciosa, y desalumbradamente) le pretenden imitar en lo Cínico, entregándose à maldicientes, inventando casos que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan, de su áspera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados: con que vienen à quedar, si no reprehensores, à lo menos Maestros de él. Hácense odiosos à los bien entendidos: con el Pueblo pierden el crédito (si alguno tuvieron) por admitir sus escritos, y los vicios, que arrojada, è imprudentemente quisieron corregir, quedan en muy peor estado que antes; que no todas las postemas à un mismo tiempo están dispuestas para*

admitir las recetas, ò cauterios: antes algunos mucho mejor reciben las blandas, y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado, y docto Médico consigue el fin de resolverlas, término que muchas veces es mejor que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Censura digna por cierto del buen juicio, y de la moderacion de ánimo de Miguel de Cervantes.

60 Muy diferentes eran las que le hacian sus contrarios, dexándose llevar de su dañada intencion, y maledicencia. Unas, como dixe, fueron privadas; otras públicas. Pero tales que el mismo contra quien se dirigieron hizo alarde de contarlas. *Estando yo* (dice) (*a*) *en Valladolid, llevaron una Carta à mí casa para mí, con un real de porte; recibiola, y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagára; pero dióme por disculpa que muchas veces me habia oido decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen Medico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ù de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venia en ella un Soneto malo, desmayado, sin garvo, ni agudeza alguna, diciendo mal de D. Quixote, y de lo que me pesó fue del real; y propuse desde entonces de no tomar carta con porte.*

61 Mas sentido se manifestó Cervantes con otro enemigo de su D. Quixote; pues le describió tan al vivo que bien se echa de ver la fuerza de su indignacion. Solo se sabe que era Frayle; pero no quién, ni de qué Religion; y así bien podemos copiar aquí su pintura (*b*). *La Duquesa, y el Duque salieron à la puerta de la sala à recibirle* (à D. Quixote), *y con ellos un grave Eclesiástico, de estos que gobiernan las Casas de los Príncipes: de estos que, como no nacen Príncipes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son: de estos que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos: de estos que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, los ha-*

(*a*) *En la adjunta al Viage del Parnaso.* (*b*) *Part. II, cap.* 83.

hacen ser miserables. *De estos tales digo que debia de ser el grave Religioso que con los Duques salió à recibir à D. Quixote.* El recibimiento del dicho Frayle, y sacudimiento de D. Quixote, mejor se leerá en el original (*a*). Y dexando nosotros las Censuras ocultas, hablemos ahora de las descubiertas.

62 Publicado, como queda dicho, tan bien recibido, y diversas veces impreso el primer Tomo de la Historia de D. Quixote de la Mancha; no faltó en España quien envidioso de la gloria de Miguel de Cervantes Saavedra, y codicioso de la ganancia de sus Libros, aun viviendo él, se atrevió à escribir, y publicar una continuacion de aquella Historia inimitable. El título que dió à su Obra fue este.

63 *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha, que contiene su Tercera Salida: y es la Quinta Parte de sus Aventuras, compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores, y Hidalgos de la noble Villa del Argamasilla, Patria feliz del Hidalgo Caballero D. Quixote de la Mancha. Con licencia, en Tarragona en casa de Felipe Roberto, año* 1614. *en octavo.*

64 Ni el Autor de esta Obra se llamaba Alonso Fernandez de Avellaneda, ni fue natural de Tordesillas, célebre Villa de Castilla la Vieja, sino que fue Aragonés; pues Miguel de Cervantes Saavedra, à quien debemos suponer bien informado, así le nombró en varias ocasiones. En una llamó à esta continuacion (*b*) *Historia del Aragonés recien impresa.* En otra, hablando de ella, dixo (*c*): *Esta es la Segunda Parte de D. Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.* Aunque Cervantes, pues, en alguna parte (*d*) le llamó *Autor Tordesillesco*; solo fue por hablar en suposicion de la ficcion de su Patria; y quizá para tratarle con apodo equívoco à Rocin Tordillo, como si dixera: *Autor Arrocinado.* En suposicion, pues, de que la Obra se finge ha-

(*a*) *Part. II. cap.* 31. & 32. (*b*) *Part. II. cap.* 113. (*c*) *Part. II. cap.* 122. (*d*) *En el fin del tomo segundo.*

haberse escrito en Tordesillas, y de haberse impreso en Tarragona, como lo manifiestan la *Aprobacion* del Libro, y *Licencia* para imprimirle, se entenderá facilmente lo que dixo Cervantes en el *Principio* de su discretisimo *Prólogo* del *Segundo Tomo*, aludiendo à la ficcion de la Patria, y realidad de la impresion en Tarragona. Sus palabras son estas: *Válame Dios, y con quánta gana debes de estar esperando ahora, Letor ilustre (ò qualquier plebeyo) este Prologo, creyendo hallar en él venganzas, riñas, y vituperios del Autor del Segundo D. Quixote; digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona: pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los mas humildes pechos; en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que le diera del asno, del mentecato, y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento. Castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.* Y poco mas adelante: *Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este* Señor *sin duda es* Grande, *pues no osa parecer à campo abierto, y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su Patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa Magestad*: Aquellas palabras *Señor*, y *Grande*, son misteriosas para mí: y sea lo que fuere, yo estoy persuadido à que el enemigo de Cervantes era muy poderoso, quando un Escritor, Soldado, animoso, y diestro en el manejo de la pluma, y de la espada, no se atrevió à nombrarle. Si yá no es que fuese hombre tan vil, y despreciable, que ni aun quiso que se supiese su nombre, para que con la misma infamia no lográse alguna fama.

65 D. Nicolas Antonio juzgó que este Autor no tenia genio para continuar tal Obra. Esto es poco. Ni tenia genio, ni ingenio para tan dificil empresa. No tenia genio, porque este supone ingenio; pues como decia la Duquesa, que tanto honró à D. Quixote (*a*): *Las gracias, y los donaires*

(*a*) *Part. II. cap.* 82.

res no asientan sobre ingenios torpes. Y tal era el del Autor Aragonés, cuya leyenda es indigna de qualquier Letor que se tenga por honesto. Escribir, pues, con gracia pide un natural muy agudo, y muy discreto, de que estaba muy ageno el dicho Aragonés. Ni aun le tenia para inventar con alguna apariencia de verosimilitud; pues habiendo intentado continuar la Historia de D. Quixote, debia haber imitado el carácter de las personas que fingió Cervantes, guardando siempre el décoro, que es la mayor perfeccion del Arte. Ultimamente su doctrina es pedantesca, y su estilo lleno de impropiedades, solecismos, y barbarismos, duro, y desapacible: y en suma digno del desprecio que ha tenido; pues se ha consumido en usos viles, y unicamente el haber llegado à ser raro pudo darle estimacion; pues habiéndose reimpreso en Madrid despues de ciento y diez y ocho años, esto es en el de 1732, no hay hombre de buen gusto que haga aprecio de él. El año 1704 se imprimió en Paris una que se llama *Traduccion* de esta Obra en Lengua Francesa: pero se observa el orden invertido, muchas cosas quitadas, y muchas mas añadidas; y estas han podido grangear algun crédito à su primero Autor.

66 Este supo ocultar su nombre; pero no su maledicencia, y codicia; pues se atrevió à hablar en su Prólogo con tanta insolencia como esta: *Se prosigue* (esta Historia de D. Quixote de la Mancha) *con la autoridad que él* (Miguel de Cervantes Saavedra) *la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que à su mano llegaron* (*y digo mano: pues confiesa de sí que tiene sola una, y hablando tanto de todos, hemos de decir de él, que como Soldado tan viejo en años, quanto mozo en brios, tiene mas lengua que manos*), *pero quéxese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda Parte.* No hagamos caso de la Gramática de este Escritorcillo digno de la ferula. Oigamos otra reprehension de la inculpable vejez de Miguel de Cervantes, de su condicion, pobreza, y persecuciones; y tengan paciencia los Letores en sufrir las necias habladurías de un ridículo pedante, que por tal juzgo al que dixo esto: *Y pues Miguel de Cervantes es ya de*

vie-

viejo, como el Castillo de S. Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo, y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que quando quisiera adornar sus Libros con Sonetos campanudos, habia de ahijarlos (como él dice) al Preste Juan de las Indias, ò al Emperador de Trapisonda, por no hallar Titulo quizás en España, que no se ofendiera de que tomára su nombre en la boca, con permitir tantos baxar los suyos en los principios de los Libros del Autor, de quien murmura; y plegue à Dios aún dexe ahora que se ha acogido à la Iglesia, y Sagrado. Conténtese con su GALATEA, *y* COMEDIAS *en prosa, que eso son las mas de sus* NOVELAS. *No nos canse. Santo Tomás en la* 2. 2. q. 36. *enseña que la envidia es tristeza del bien, y aumento ageno. Doctrina que la tomó de S. Juan Damasceno. A este vicio dá por hijos S. Gregorio en el lib.* 31. *cap.* 31. *de la Exposicion Moral que hizo à la Historia del Santo Job, aludio, susurracion, detraccion del próximo, gozo de sus pesares, y pesar de sus buenas dichas: y bien se llama este pecado Invidia* à non videndo, quia invidus non potest videre bona aliorum: *efectos todos tan infernales, como su causa; y tan contrarios à los de la caridad Christiana, de quien dixo S. Pablo,* 1. *Corinth.* 13. Charitas patiens est, benigna est: Charitas non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa.... congaudet autem veritati, &c. *Pero disculpan los yerros de su Primera Parte en esta materia el haberse escrito entre los de una carcel. Y así no pudo dexar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quexosa, murmuradora, impaciente, y colérica, qual lo están los encarcelados.*

67 Si preguntamos à este hombre qué le movió à decir tan grandes desvergüenzas en todo su Prólogo, no hallarémos otra causa, sino que él, y Lope de Vega fueron reprehendidos en la Historia de D. Quixote. Sus palabras son estas: *No podrá por lo menos dexar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa leccion de los vanos Libros de Caballerías, tan ordinaria en gente rústica, y ociosa, sí bien en los medios diferenciamos; pues él tomó por tales el ofender à mí, y particularmente à quien tan justamente celebran las Naciones mas estrangeras* (este es Lope de Vega), *y la nuestra*

debe tanto, por haber entretenido honestísima, y fecundamente tantos años los Teatros de España con estupendas, è innumerables Comedias, con el rigor del Arte que pide el mundo, y con la seguridad, y limpieza que de un Ministro del Santo Oficio se debe esperar. Fue Lope de Vega Familiar del Santo Oficio (*a*).

68 Es muy propio de ignorantes, quando se ven reprehendidos, fundar el agravio que imaginan habérseles hecho reprehendiéndolos, en la censura hecha à otros grandes hombres, para que los apasionados à estos se irriten contra el Censor. Lope de Vega era en su tiempo, y aun el dia de hoy, el Príncipe de la Cómica Española. Censurar un Escritor tan célebre, era como poner las manos en un hombre sacrosanto.

69 Pero Lope, que sabía que era de carne, y hueso, como los demás Escritores, como cuerdo agradecia las censuras hechas con verdad, y buena intencion, y procuraba aprovecharse del conocimiento de sus errores. En prueba de esto baste el mismo suceso que dió ocasion à que el indiscreto Autor Aragonés se quexáse tan fuera de propósito, y maldixese tanto.

70 Reprehendieron muchos à Lope de Vega porque componia Comedias no ajustadas à los preceptos del Arte. Tengo por cierto que Cervantes fue uno de sus mas fuertes Censores. Procuraria Lope disculparse como mejor podia; quiero decir, atribuyendo muchos de sus descuidos à la condescendencia del vulgo; y viéndose estrechado, llegó à decir que las nuevas circunstancias del tiempo pedian nuevo género de Comedias: como si la naturaleza de las cosas fuese mudable por qualesquiera accidentes. La controversia se puso en términos de que la Academia Poëtica de Madrid mandáse à Lope de Vega que alegáse por su parte lo que tuviese que decir. Entonces compuso el Razonamiento que intituló: *Arte nuevo de hacer Comedias en este tiempo.* Como hombre ingenuo hubo de confesar sus yerros, dorándolos como mejor pudo de esta suerte:

Mán-

(*a*) *D. Nic. Antonius in* Biblioth. Hisp.

Mándanme Ingenios nobles, flor de España,
****
Que un Arte de Comedias os escriba,
Que al estílo del vulgo se reciba.
Facil parece este sugeto, y facil
Fuera para qualquiera de vosotros
Que ha escrito menos de ellas, y mas sabe
Del Arte de escribirlas, y de todo:
Que lo que à mí me daña en esta parte,
Es haberlas escrito sin el Arte.
No porque yo ignoráse los preceptos,
Gracias à Dios, que ya tiron Gramático
Pasé los Libros que trataban de esto.
Antes que hubiese visto al Sol diez veces
Discurrír desde el Aries à los Peces.
Mas porque en fin hallé que las Comedias
Estaban en España en aquel tiempo,
No como sus primeros Inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran,
Mas como las trataron muchos bárbaros,
Que enseñaron el vulgo à sus rudezas.
Y así se introduxeron de tal modo,
Que quien con Arte agora las escribe,
Muere sin fama, y galardon: que puede,
Entre los que carecen de su lumbre,
Mas que razon, y fuerza, la costumbre.
Verdad es que yo he escrito algunas veces
Siguiendo el arte, que conocen pocos:
Mas luego que salir por otra parte
Veo los monstruos de apariencias llenos,
Adonde acude el vulgo, y las mugeres,
Que este triste exercicio canonizan,
A aquel hábito bárbaro me vuelvo;
Y quando he de escribir una Comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves:
Saco à Terencio, y Plauto de mi Estudio
Para que no me den voces; que suele
Dar gritos la verdad en Libros mudos,
Y escribo por el Arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron:
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Mas adelante dice:

Creed que ha sido fuerza que os truxese
A la memoria algunas cosas destas,
Porque veais que me pedis que escriba
Arte de hacer Comedias en España,
Donde quanto se escribe es contra el arte,
Y que decir como serán agora,
Contra el antiguo, y que en razon se funda;
Es pedir parecer à mi experiencia,
No el Arte, porque el Arte verdad dice,
Que el ignorante vulgo contradice.

Lo mismo confiesa poco despues.

Mas pues del Arte vamos tan remotos,
Y en España le hacemos mil agravios,
Cierren los doctos esta vez los labios.

Y este mismo, que por los mas juiciosos, y leidos es tenido por Príncipe de la Cómica Española (porque D. Pedro Calderon de la Barca, ni en la invencion, ni en el estilo es comparable con él) concluye su Arte de este modo:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas bárbaro que yo, pues contra el Arte
Me atrevo à dar preceptos, y me dexo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia, y Francia.
¿Pero qué puedo hacer, si tengo escritas,
Con una que he acabado esta semana,
Quatrocientas y ochenta y tres Comedias? (a)
Porque fuera de seis, las demás todas
Pecaron contra el Arte gravemente.
Sustento, en fin, lo que escribí, y conozco
Que aunque fueran mejor de otra manera,
No tuvieran el gusto que han tenido:
Porque à veces lo que es contra lo justo
Por la misma razon deleita el gusto.

71 Tenemos reo confeso à Lope de Vega antes del año 1602, pues en él se imprimió esta Arte, si merece tal nombre un razonamiento académico tan contrario à ella. Reflexîonemos ahora quán justa, y quán moderada fue la Censura de Cervantes, dirigida à los malos Cómicos de su tiempo; no

(a) *Montalvan en los Elogios à Lope de Vega Carpio, ò Fama Póstuma, dice que Lope compuso mil y ochocientas Comedias.*

no à Lope de Vega, de quien hizo el debido aprecio, contentándose solo con reprehender (sin nombrarle) lo mismo que él públicamente habia confesado. El Discurso de Cervantes en mi juicio es el mas felíz que escribió: y así débame el Letor que le repita el gusto de volver à leerlo. Supongo que Miguel de Cervantes Saavedra se revistió de la persona de un Canónigo de Toledo, y en nombre de éste habló de esta suerte con el célebre Cura Pero Perez *(a)*: » He tenido cierta tentacion de » hacer un Libro de Caballerías, guardando en » él todos los puntos que he significado; y si » he de confesar la verdad, tengo escritas mas » de cien hojas, y para hacer la experiencia de » si correspondian à mi estimacion, las he co- » municado con hombres apasionados de esta le- » yenda, doctos, y discretos, y con otros igno- » rantes, que solo atienden al gusto de oir dispara- » tes, y de todos he hallado una agradable apro- » bacion. Pero con todo esto no he proseguido ade- » lante, así por parecerme que hago cosa agena de » mi profesion, como por ver que es mas el nú- » mero de los simples que de los prudentes: y que » puesto que es mejor ser loado de los pocos sa- » bios, que burlado de los muchos necios, no quie- » ro sujetarme al confuso juicio del desvanecido » vulgo, à quien por la mayor parte toca leer se- » mejantes Libros. Pero lo que mas me lo quitó de » las manos, y aun del pensamiento de acabar- » le, fue un argumento que hice conmigo mismo, » sacado de las Comedias que ahora se represen- » tan, diciendo: Si éstas que ahora se usan, así » las imaginadas, como las de Historia, todas, » ò las mas son conocidos disparates, y cosas que » no llevan pies, ni cabeza; y con todo eso » el vulgo las oye con gusto, y las tiene, y las » aprueba por buenas, estando tan lexos de ser- » lo; y los Autores que las componen *(b)*, y los » Actores que las representan dicen que así han » de ser, porque así las quiere el vulgo, y no

(a) Part. I. cap. 48. (b) Véase lo que dixo Lope de Vega yá citado.

» de otra manera: y que las que llevan traza, y siguen la Fábula, como el Arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que à ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá à ser un Libro, al cabo de haberme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendré à ser el Sastre del Campillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir à los Actores que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraherán; y mas fama cobrarán representando Comedias que haga el Arte, que no con las disparatadas: están tan asidos, y encorporados en su parecer, que no hay razon, ni evidencia que de él los saque. Acúerdome que un dia dixe à uno de estos pertinaces: Decidme, ¿ no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres Tragedias que compuso un famoso Poëta destos Reynos, las quales fueron tales que admiraron, alegraron, y suspendieron à todos quantos las oyeron, así simples, como prudentes, así del vulgo, como de los escogidos; y dieron mas dineros à los Representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el Actor que digo, que debe de decir v. md. por la ISABELA, la FILIS, y la ALEXANDRA. Por esas digo, le repliqué yo: y mirad si guardaban bien los preceptos del Arte; y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fue disparate la INGRATITUD VENGADA, ni le tuvo la NUMANCIA, ni se le halló en la del MERCADER AMANTE, ni menos en la ENEMIGA FAVORABLE (a), ni en otras algunas que de algunos entendidos » Poë-

(a) *Comedias de Miguel de Cervantes Saavedra. Véase la* Adjunta al Parnaso.

» Poëtas han sido compuestas para fama, y re-
» nombre suyo, y para ganancia de los que las
» han representado. Y otras cosas añadí à éstas,
» con que à mi parecer le dexé algo confuso; pe-
» ro no satisfecho, ni convencido para sacarle de
» su errado pensamiento. En materia ha tocado
» v. md. señor Canónigo (dixo à esta sazon el
» Cura), que ha despertado en mí un antiguo
» rencor que tengo con las Comedias que agora se
» usan, tal que iguala al que tengo con los Li-
» bros de Caballerías; porque habiendo de ser la
» Comedia, segun le parece à Tulio, espejo de
» la vida humana, exemplo de las costumbres, y
» imagen de verdad; las que ahora se represen-
» tan son espejos de disparates, exemplos de ne-
» cedades, è imagenes de lascivia. ¿Porque qué
» mayor disparate puede ser en el sugeto que tra-
» tamos, que salir un niño en mantillas en la
» primera Scena del primer Acto, y en la segun-
» da salir ya hecho hombre barbado? ¿Y qué
» mayor que pintarnos un viejo valiente, y un
» mozo cobarde: un Lacayo Rhetórico, un Page
» Consejero, un Rey Ganapan, y una Princesa fre-
» gona? Qué diré, pues, de la observancia que
» guardan en los tiempos en que pueden, ò podian
» suceder las acciones que representan, sino que
» he visto Comedia que la primera Jornada co-
» menzó en Europa, la segunda en Asia, la ter-
» cera se acabó en Africa; y aun si fuera de qua-
» tro Jornadas, la quarta acabára en América, y
» así se hubiera hecho en todas las quatro partes
» del mundo. Y si es que la imitacion es lo prin-
» cipal que ha de tener la Comedia, ¿cómo es po-
» sible que satisfaga à ningun mediano entendi-
» miento, que fingiendo una accion que pasa en
» tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, al
» mismo que en ella hace la persona principal,
» le atribuyan que fue el Emperador Eraclio,
» que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que
» ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon,
» habiendo infinitos años de lo uno à lo otro,
» y fundándose la Comedia sobre cosa fingida,
» atribuirle verdades de Historia, y mezclarle pe-

" dazos de otras, sucedidas à diferentes perso-
" nas, y tiempos, y esto no con trazas verosími-
" les, sino con patentes errores de todo punto
" inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes
" que digan que esto es lo perfecto, y que lo de-
" más es buscar gullurías. ¿Pues qué si venimos à
" las Comedias Divinas? ¿Qué de milagros falsos
" fingen en ellas? ¿Qué de cosas apócrifas, y
" mal entendidas, atribuyendo à un Santo los mi-
" lagros de otro? Y aun en las humanas se atre-
" ven à hacer milagros, sin mas respeto, ni con-
" sideracion que parecerles que allí estará bien el
" tal milagro, y apariencia, como ellos llaman,
" para que gente ignorante se admire, y venga
" à la Comedia: que todo esto es en perjuicio
" de la verdad, y en menoscabo de las Histo-
" rias, y aun en oprobrio de los Ingenios Espa-
" ñoles: porque los Estrangeros, que con mucha
" puntualidad guardan las leyes de la Comedia,
" nos tienen por bárbaros, è ignorantes, viendo
" los absurdos, y disparates de las que hacemos. Y
" no sería bastante disculpa de esto decir que el
" principal intento que las Repúblicas bien orde-
" nadas tienen, permitiendo que se hagan públicas
" Comedias, es para entretener la Comunidad con
" alguna honesta recreacion, y divertirla à veces
" de los malos humores que suele engendrar la
" ociosidad: y que pues éste se consigue con qual-
" quier Comedia buena, ò mala, no hay para qué
" poner leyes, ni estrechar à los que las compo-
" nen, y representan à que las hagan como de-
" bian hacerse; pues como he dicho, con qual-
" quiera se consigue lo que con ellas se pretende.
" A lo qual responderia yo que este fin se conse-
" guiria mucho mejor, sin comparacion alguna, con
" las Comedias buenas que con las no tales. Por-
" que de haber oido la Comedia artificiosa, y
" bien ordenada, saldria el oyente alegre con las
" burlas: enseñado con las veras: admirado de
" los sucesos: discreto con las razones: adverti-
" do con los embustes: sagaz con los exemplos:
" airado contra el vicio; y enamorado de la vir-
" tud. Que todos estos afectos ha de despertar la
" bue-

» buena Comedia en el ánimo del que la escu-
» chare, por rústico, y torpe que sea. Y de toda
» imposibilidad, es imposible dexar de alegrar,
» y entretener, satisfacer, y contentar, la Co-
» media que todas estas partes tuviere, mucho
» mas que aquella que careciere de ellas: como
» por la mayor parte carecen éstas que de or-
» dinario agora se representan. Y no tienen la
» culpa de esto los Poëtas que las componen:
» porque algunos hay de ellos que conocen muy
» bien en lo que yerran (*a*), y saben estrema-
» damente lo que deben hacer. Pero como las
» Comedias se han hecho mercadería vendible,
» dicen (*b*), y dicen verdad, que los Represen-
» tantes no se las comprarian, si no fuesen de
» aquel jaez. Y así el Poëta procura acomodar-
» se con lo que el Representante, que le ha de
» pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad
» véase por muchas, è infinitas Comedias que
» ha compuesto un felicísimo ingenio de estos
» Reynos (*c*), con tanta gala, con tanto donaire,
» con tan elegante verso, con tan buenas razo-
» nes, con tan graves sentencias: finalmente tan
» llenas de elocucion, y alteza de estilo, que tie-
» ne lleno el mundo de su fama. Y por querer
» acomodarse al gusto de los Representantes, no
» han llegado todas, como han llegado algunas,
» al punto de la perfeccion que requieren (*d*).
» Otros las componen tan sin mirar lo que ha-
» cen, que despues de representadas tienen ne-
» cesidad los Recitantes de huirse, y ausentarse,
» temerosos de ser castigados, como lo han sido
» muchas veces, por haber representado cosas en
» perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de
» algunos linages. Y todos estos inconvenientes
» cesarian, y aun otros muchos mas que no di-
» go,

(*a*) *Uno de ellos era Lope de Vega.* (*b*) *El mismo Lope en su Arte.* (*c*) *Lope de Vega, de quien dice Montalván que compuso mil y ochocientas.* (*d*) *Seis dixo Lope de Vega que habia escrito con arte. No las señaló, librándose con esta cautela de nueva, y mas rigurosa censura.*

» go, con que hubiese en la Corte una persona » inteligente, y discreta, que exâminâse todas las » Comedias antes que se representasen: no solo » aquellas que se hiciesen en la Corte, sino to- » das las que se quisiesen representar en España, » sin la qual aprobacion, sello, y firma, ningu- » na Justicia en su Lugar dexâse representar Co- » media alguna: y desta manera los Comedian- » tes tendrian cuidado de enviàr las Comedias à » la Corte, y con seguridad podrian representa- » llas: y aquellos que las componen mirarian con » mas cuidado, y estudio lo que hacian, teme- » rosos de haber de pasar sus obras por el rigu- » roso exâmen de quien lo entiende. Y desta ma- » nera se harian buenas Comedias, y se consegui- » ria felicísimamente lo que en ellas se pretende, » así el entretenimiento del Pueblo, como la opinion » de los ingenios de España, el interes, y segu- » ridad de los Recitantes, y el ahorro del cuidado » de castigallos. Y si se diese cargo à otro, ò à es- » te mismo que exâminâse los Libros de Caballerías » que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian » salir algunos con la perfeccion que vuestra mrd. » ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agra- » dable, y precioso tesoro de la eloqüencia, dan- » do ocasion à que los Libros viejos se escure- » ciesen à la luz de los nuevos que saliesen, pa- » ra honesto pasatiempo, no solamente de los » ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es » posible que esté contínuo el arco armado, ni la » condicion, ni flaqueza humana se pueda susten- » tar sin alguna lícita recreacion.»

72 ¿Son acaso mas graves, mas discretos, y agradables los Diálogos de Platon? ¿Fueron mejores sus deseos? ¿Pudo la Censura de Cervantes ser mas justa, y modesta? Ella fue tal en lo que toca à Lope de Vega, que éste no se dió por ofendido; antes bien, quando se le ofreció decir algo de Cervantes, escribió con mucha estimacion.

73 Pero el mal continuador de D. Quixote, como desfacedor de agravios literarios, quiso enderezar el tuerto que imaginaba se habia hecho à Lope de Vega; y abroquelándose de la autoridad de és-

éste, intentó con ella reparar los golpes que le dió Cervantes, hiriéndole quizá en alguna de las Censuras particulares, à que aluden este coloquio, y la *Novela de los Perros*, que puede muy bien llamarse *Sátira Lucilio-Horaciana*, porque imitando à Lucilio, y à Horacio, reprehende à muchísimos mordacísima, pero ocultamente. Y siendo quizá uno de los heridos el Aragonés, en lugar de satisfacer con buenas razones à la Censura de Cervantes, como no las hallaba ni aun aparentes, se valió de su maledicencia. Pero bien se la castigó Cervantes; porque à lo que le opuso de la vejez, manquedad, y genio envidioso, le respondió así (a): *Lo que no he podido dexar de sentir es, que me note de viejo, y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasáse por mî, ò si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion* (b) *que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan vér los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas à lo menos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron; que el Soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga. Y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran, y facilitáran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el Soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son que guian à los demás al Cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza. Y hase de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien, que me llame envidioso, y que como à ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad de dos que hay, yo no conozco sino à la santa, à la noble, y bien intencionada* (c). *Y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir à ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio. Y si él lo dixo por* quien

(a) *En el Prólogo de la Segunda Part.* (b) *En la Batalla de Lepanto.* (c) *Esto es, à la emulacion.*

quien parece que lo dixo (esto es por Lope de Vega), *engañóse de todo en todo*; *que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupacion contínua, y virtuosa.*

74 Que Miguel de Cervantes Saavedra no tuviese envidia à Lope de Vega, se vé en las alabanzas que le dió antes, y despues del Discurso que hizo de las Comedias, donde en persona del Canónigo de Toledo le censuró tan moderadamente, como hemos visto. En el *Libro VI.* de su *Galatea* en boca de la misma Calíope dixo:

Muestra en un ingenio la experiencia,
Que en años verdes, y en edad temprana
Hace su habitacion ansi la ciencia,
Como en la edad madura, antigua, y cana.
No entraré con alguno en competencia,
Que contradiga una verdad tan llana;
Y mas si acaso à sus oidos llega,
Que lo digo por vos, Lope de Vega.

Despues en el *Viage del Parnaso* (*a*) habló del mismo con la mayor estimacion.

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poëta insigne, à cuyo verso, ò prosa,
Ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Y aun despues de la Censura del Aragonés, en la continuacion de la misma *Historia de D. Quixote*, hablando de Angélica, dixo (*b*), que *un famoso Poëta Andaluz* (Luis Barahona de Soto) *lloró, y cantó sus LAGRIMAS, y otro famoso, y único Poëta Castellano* (Lope de Vega) *cantó su HERMOSURA.* Y en otra parte (*c*) aludió con mucha estimacion à la *Arcadia* de Lope de Vega. La Censura, pues, que de él hizo Cervantes, no nació de envidia, pues le alabó tanto como el que mas, y sin medida alguna, sino de su gran conocimiento: pues fue muy justa. Y la que hizo de Cervantes el continuador Tordesillesco, fue hija de su maledicencia, tan abominable como se ha visto.

75 De otra manera que Fernandez de Avellaneda habló Lope de Vega de Miguel de Cervantes Saavedra, quando despues de haber sido censurado, y aun despues de la muerte de su Censor, can-

(*a*) *Cap.* 2. (*b*) *Part. II. cap.* 53. (*c*) *Part. II. cap.* 110.

cantó, y celebró así su gloriosa manquedad (*a*).

En la batalla donde el Rayo Austrino,
Hijo inmortal del Aguila famosa,
Ganó las hojas del Laurel Divino
Al Rey del Asia en la Campaña undosa
La fortuna envidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes:
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros, y elegantes
Dieron eternidad à su memoria:
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar à su dueño eterna vida.

76 Tambien castigó Cervantes la codicia de su detractor, haciendo desprecio de sus amenazas, encomendando al Letor este recado (*b*): *Dile tambien, que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su Libro, no se me dá un ardite; que acomodándome al Entremes famoso de la Perendenga, le respondo, que viva el Veintiquatro mi Señor, y Christo con todos. Viva el gran Conde de Lemos (cuya christiandad, y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie): y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Roxas* (Sospecho, que porque Cervantes halló algun consuelo en la piedad de este Prelado, dixo su detractor (*c*), que se habia *acogido à la Iglesia, y Sagrado*), *y si quiera no haya Imprentas en el mundo; y siquiera se impriman contra mí mas Libros que tienen letras las* COPLAS DE MINGO REBULGO. *Estos dos Príncipes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado à su cargo el hacerme merced, y favorecerme: en lo qual me tengo por mas dichoso, y mas rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puedela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar à la noble-*

(*a*) *Laurel de Apolo, selva 8.* (*b*) *En el Prólogo de la segunda Part. de D. Quixote.* (*c*) *En el Prólogo ya citado.*

bleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes, y resquicios de la estrecheza, viene à ser estimada de los altos, y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida. Y no le digas mas.

77 Puede ser que alguno eche menos la respuesta de Cervantes à lo que dixo el maldiciente Satírico, que se hallaba tan falto de amigos, que si quisiese adornar sus Libros con Sonetos, no hallaria Título quizás en España, que no se ofendiera de que tomára su nombre en la boca. A lo qual Cervantes no respondió palabra alguna; porque yá no tenia que añadir à lo que habia dicho en boca de aquel amigo suyo, introducido en su Prólogo, como consejero del mismo Cervantes, satirizando las costumbres de los Escritores de su tiempo, con tanta discrecion como ésta (*a*): *Lo primero en que reparais de los Sonetos, Epigramas, ò Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de Personages graves, y de Título, se puede remediar en que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar, y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ò al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia, que fueron famosos Poëtas; y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos Pedantes, y Bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís; porque ya que os averiguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribisteis.* Habia entonces en España la ridícula costumbre de prevenir el ánimo de los Letores con muchas alabanzas, la mayor parte de ellas fabricadas por sus mismos Autores; como sucede hoy en los que dán muchas juntas literarias, que profesan la Crítica con poca seriedad, fiándose demasiadamente de juicios agenos, tal vez ignorantes, y tal apasionados. Reprehendió Lope de Vega aquel abuso quando dixo (*b*), que Apolo mandaba en un Edicto varias cosas:

Y

(*a*) *En el Prólogo de la Part. I. de D. Quixote.* (*b*) *Laurel de Apolo, selv. 9.*

Y que no propusiesen alabanzas
En Censuras fingidas,
Con falsas esperanzas
De que serán creidas,
No sin risa escuchadas,
En su sobervia, y vanidad fundadas.

78 Satirizando Cervantes à estos tales, y satisfaciendo al mismo tiempo al deseo que tenia de ser alabado, puso al principio de su *Historia de D. Quixote* algunas composiciones Poëticas en nombre, no de grandes Señores (porque en la República literaria no hay mas grandes Señores, que los que saben), sino de Urganda la Desconocida al Libro de D. Quixote de la Mancha: de Amadís de Gaula: de D. Belianís de Grecia; de Orlando Furioso; del Caballero del Febo; y de Solisdan à D. Quixote de la Mancha: de la señora Oriana à Dulcinea del Toboso: de Gandalin, escudero de Amadís de Gaula, à Sancho Panza, escudero de D. Quixote: del donoso Poëta entreverado à Sancho Panza, y Rocinante; y ultimamente un Diálogo entre Babieca, y Rocinante; queriendo decir con esto, que su Libro de D. Quixote de la Mancha era mejor que todos los Libros de Caballerías; pues D. Quixote de la Mancha hizo ventaja al célebre Amadís de Gaula, Libro, que segun la fama comun, y lo que dixo Cervantes (*a*), *fue el primero de Caballerías que se imprimió en España; y todos los demás han tomado principio, y origen deste. . . . Dogmatizador de una Secta tan mala; . . . .* bien *que es el mejor de todos los Libros que deste género se han compuesto.*

79 Tambien se aventajó D. Quixote al afamado D. Belianís de Grecia. *Pues ese, replicó el Cura* (Pero Perez, estando haciendo el escrutinio con el Barbero Maese Nicolas), *con la segunda, tercera, y quarta Parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya: y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia.*

80 Ni son comparables con las graciosas locuras

(*a*) *Part. I. cap. 6.*

ras de D. Quixote de la Mancha los desafueros de Orlando Furioso, bien que de su Autor dixo el Cura (*a*), que si hablaba en su idioma, le pondria sobre su cabeza.

81 No dixo otro tanto del Caballero del Febo, en cuyo nombre tambien hizo Cervantes un Soneto. Imprimióse este Libro con este título: *Espejo de Príncipes, y Caballeros, en el qual en tres Libros se cuentan los inmortales hechos del Caballero Febo, y de su hermano Rosicler, hijos del Grande Emperador Trebacio, con las altas Caballerías, y muy estraños amores de la muy hermosa, y extremada Princesa Claridiana, y de otros altos Príncipes, y Caballeros, por Diego Ortunez de Calaborra de la Ciudad de Nágera.* Salió el Espejo de Príncipes en dos tomos en folio, que contienen la primera, y segunda Parte, en Zaragoza año 1581, su Autor Pedro la Sierra. Despues Marco Martinez de Alcalá continuó dichas Fábulas con este título: *Tercera Parte del Espejo de Príncipes, y Caballeros. Hechos de las hijas, y nietos del Emperador Trebacio. En Alcalá año 1589.* Y Feliciano de Silva escribió despues *la quarta Parte del Caballero del Febo.* Sabidos estos títulos, se entenderá mejor el Soneto del Caballero del Febo à D. Quixote de la Mancha; y se podrá aplicar la Crítica que hizo el Cura, quando tomando el Barbero un Libro, dixo (*b*): *Este es Espejo de Caballerías. Yá conozco à su merced, dixo el Cura. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco; y los doce Pares con el verdadero Historiador Turpin. Y en verdad que estoy por condenarlos no mas que à destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Matheo Boyardo, de donde tambien texió su tela el christiano Poëta Ludovico Ariosto.* Del estilo de Feliciano de Silva hizo gran burla Cervantes en otra parte (*c*).

82 De la misma suerte que los Caballeros Andantes cedieron à D. Quixote de la Mancha, fueron tambien inferiores sus damas à Dulcinea del To-

(*a*) *En el mismo cap. 6.* (*b*) *Part. I. cap. 6.* (*c*) *Part. I. cap. 1.*

Toboso. Y esto significan los versos quebrados de Urganda la Desconocida, y el Soneto de la señora Oriana à Dulcinea del Toboso, damas que hacen mucho papel en la Historia de Amadis de Gaula. Fuera de que esto tambien alude à que en tiempo de Cervantes dieron los Escritores en la ridícula manía de hacer Sonetos en nombre de mugeres, para que puestos estos al principio de sus obras, fuesen aquellas tenidas por Poëtisas, y ellos se tuviesen por favorecidos de ellas.

83 El Soneto de Gandalin à Sancho Panza quiere decir, que ningun escudero hubo como Sancho Panza. Y las Décimas del Poëta Entreverado, y el Diálogo entre Babieca, y Rocinante, que no hubo caballo tan célebre como Rocinante, pues (*a*) *aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que* tantum pellis, & ossa fuit, *le pareció que ni el Bucefalo de Alxandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban.*

84 En lo que toca, pues, al cargo que el Aragonés hizo à Cervantes de que no tenia de quien valerse para autorizar con varios Sonetos la entrada de su Libro, no tenia Cervantes satisfaccion alguna que añadir; pues de lo mismo que el otro echaba menos, habia hecho ya tanta burla, no solo en el Prólogo de D. Quixote, sino tambien en el de sus Novelas; pues hablando de aquel abuso, y del amigo en cuya cabeza introduxo los discretísimos consejos, que el mismo Cervantes tan diestra, y felizmente practicó; despues de haberse pintado en lo exterior, è interior; segun el cuerpo, digo, y el ánimo, añadió: *Y quando à la* (memoria) *de este amigo de quien me quexo, no ocurrieran otras cosas de las dichas, que decir de mi, yo me levantára à mi mismo dos docenas de testimonios, y se los dixera en secreto, con que estendiera mi nombre, y acreditára mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso, ni determinado las alabanzas, ni los vituperios. En fin, pues yá esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco, y sin figura, será*

(*a*) *Part. I. cap. I.*

forzoso valerme por mi pico, que, aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Despues prosigue diciendo lo que sentia de sus propias Novelas, sin hablar, como dicen, por boca de ganso.

85 A lo que dixo el maldiciente de que Cervantes habia escrito su *primera Parte de D. Quixote* entre los hierros de la carcel, y que por eso habia cometido tantos, sobre su encarcelamiento no quiso responder. Quizá por no ofender à los Ministros de Justicia: porque ciertamente su prision no sería ignominiosa; pues el mismo Cervantes voluntariamente la refirió en el principio del Prólogo de su primer tomo. En lo que toca à sus descuidos, yo no niego que Cervantes haya tenido algunos, los quales tengo observados; pero como el Aragonés no los especificó, no era razon, que satisfaciéndole Cervantes, le atribuyése la gloria de una justa, ò razonable censura. Y así la confesion de los propios descuidos, ù defensa de los que los Críticos de aquel tiempo censuraron como tales, se reserva para la debida ocasion: y la censura de otros, que se pudieran hacer reparables, se omite por la reverencia que se debe à la buena memoria de tan gran varon.

86 En lo que Miguel de Cervantes cargó mas la mano à su injuriador, fue en la reprehension de su atrevimiento; pues lo fue, y muy grande, continuar una obra de pura invencion, siendo agena, y viviendo el Autor. Por esto dice al Letor: *Si por ventura llegares à conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio; y que una de las mayores es, ponerle à un hombre en el entendimiento que puede componer, è imprimir un Libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quanta fama. Y para confirmacion de esto quiero que con tu buen donaire, y gracia le cuentes este cuento.* Prosigue Cervantes contando el cuento, y despues otro, con tan satírica gracia, que no cabe mas.

87 Pareciéndole à Cervantes, que el atrevimiento del Aragonés pedia mayor castigo; para hacerle mas ridiculo, en varias partes del cuerpo

de

de su obra entremezcló algunas censuras de aquella perversa continuacion ; las quales es razon que aquí se lean juntas , para que otros no caigan en tentacion semejante.

88 En el capítulo 59. de la *segunda Parte* , suponiendo que unos Pasageros estaban leyendo en un meson la *continuacion* del Aragonés , introduce à un tal D. Juan , diciendo así : » Por vida de » vuesa merced , señor D. Gerónimo , que en tan» to que traen la cena , leamos otro capítulo de » la segunda Parte de D. Quixote de la Mancha. » Apenas oyó su nombre D. Quixote (*el qual estaba en el aposento inmediato , dividido del otro con un sutil tabique*) quando se puso en pie , y con » oido alerto escuchó lo que de él trataban , y oyó » que el tal D. Gerónimo referido respondió : ¿Pa» ra qué quiere vuesa merced , señor D. Juan , que » leamos estos disparates ; si el que hubiere leido » la primera Parte de la Historia de D. Quixote » de la Mancha , no es posible que pueda tener gus» to en leer esta segunda ? Con todo eso , dixo » el D. Juan , será bien leerla , pues no hay Libro » tan malo , que no tenga alguna cosa buena. Lo » que à mí en éste mas me desplace es , que pin» ta à D. Quixote yá desenamorado de Dulcinea » del Toboso. Oyendo lo qual D. Quixote , lleno » de ira , y de despecho, alzó la voz, y dixo : Quien » quiera que dixere que D. Quixote de la Mancha » ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinea del To» boso , yo le haré entender con armas iguales , que » vá muy lexos de la verdad ; porque la sin par » Dulcinea del Toboso , ni puede ser olvidada , ni » en D. Quixote puede caber olvido. Su blason es » la firmeza , y su profesion el guardarla con sua» vidad , y sin hacerse fuerza alguna. ¿ Quién es » el que nos responde ? respondieron del otro apo» sento. ¿ Quién ha de ser , respondió Sancho , si» no el mismo D. Quixote de la Mancha , que ha» rá bueno quanto ha dicho , y aun quanto dixe» re ? que al buen pagador no le duelen pren» das. Apenas hubo dicho esto Sancho , quando » entraron por la puerta de su aposento dos Ca» balleros , que tales lo parecian , y uno de ellos,

» echando los brazos al cuello de D. Quixote, le » dixo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois » el verdadero D. Quixote de la Mancha, norte, y » lucero de la Andante Caballería, à despecho, y » pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre, » y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el » Autor de este Libro, que aquí os entrego. Y » poniéndole un Libro en las manos, que traía » su compañero, le tomó D. Quixote, y sin responder palabra, comenzó à ojearle: y de allí » à un poco se le volvió diciendo: En esto poco » que he visto, he hallado tres cosas en este Autor, dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el Prólogo. La otra, » que el lenguage es Aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra, y se desvia » de la verdad en lo mas principal de la Historia: » porque aquí dice (*a*), que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, » y no se llama tal, sino Teresa Panza. Y quien » en esta parte tan principal yerra, bien se podrá » temer que yerre en todas las demás de la Historia. A esto dixo Sancho: ¡ Donosa cosa de Historiador! Por cierto bien debe de estár en el » cuento de nuestros sucesos; pues llama à Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez. Torne à tomar el Libro, señor, y mire si ando yo por ahí, » y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, dixo D. Gerónimo, sin duda » debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor » D. Quixote. Si soy, respondió Sancho, y me » precio de ello. Pues à fé, dixo el Caballero, que » no os trata este Autor moderno con la limpieza » que en vuestra persona se muestra. Píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro » del Sancho que en la primera Parte de la Historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho. Dexárame en mi rincon, sin » acor-

(*a*) *Cap. 8. y en otros muchos.*

»acordarse de mí : porque quien las sabe , las ta-
» ñe : y bien se está S. Pedro en Roma. Los dos
» Caballeros pidieron à D. Quixote se pasáse à su
» estancia à cenar con ellos , que bien sabian que en
» aquella venta no habia cosas pertenecientes para
» su persona. D. Quixote , que siempre fue come-
» dido , (*a*) condescendió con su demanda , y cenó
» con ellos. Quedóse Sancho con la olla con mero
» mixto imperio. Sentóse en cabecera de mesa , y
» con él el Ventero , que no menos que Sancho es-
» taba de sus manos , y de sus uñas aficionado. En
» el discurso de la cena preguntó D. Juan à D.
» Quixote , ¿ qué nuevas tenia de la señora Dul-
» cinea del Toboso ? Si se habia casado ? Si estaba
» parida , ò preñada ? O , si estando en su ente-
» reza , se acordaba (guardando su honestidad , y
» buen decoro) de los amorosos pensamientos del
» señor D. Quixote de la Mancha ? A lo que él res-
» pondió : Dulcinea se está entera , y mis pensa-
» mientos mas firmes que nunca : las correspondencias
» en su sequedad antigua : su hermosura en la de una
» soez labradora transformada. Y luego les fue con-
» tando punto por punto el encanto de la señora
» Dulcinea , y lo que la habia sucedido en la cueba
» de Montesinos , con la orden que el Sabio Merlin
» le habia dado para desencantarla , que fue la de
» los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que
» los dos Caballeros recibieron de oir contar à D.
» Quixote los estraños sucesos de su Historia. Y así
» quedaron admirados de sus disparates , como del
» elegante modo con que los contaba. Aquí le te-
» nian por discreto ; y allí se les deslizaba por men-
» tecato ; sin saber determinarse , qué grado le da-
» rian entre la discrecion , y la locura. Acabó de
» cenar Sancho , y dexando hecho Equis al Ven-
» tero , se pasó à la estancia de su amo , y en
» entrando , dixo : Que me maten , señores , si el
» Autor deste Libro que vuesas mercedes tienen,
» quiere que no comamos buenas migas juntos. Yo
» querria , que yá que me llaman comilon , co-
» mo vuesas mercedes dicen , no me llamáse tam-

(*a*) *No le pinta así el Aragonés.*

„ bien borracho. Sí llama, dixo D. Gerónimo: „ pero no me acuerdo en qué manera: aunque „ sé, que son mal sonantes las razones, y además „ mentirosas, segun yo echo de vér en la fisonomía „ del buen Sancho, que está presente. Créanme „ vuesas mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y „ el D. Quixote de esa Historia deben de ser otros, „ que los que andan en aquella, que compuso Ci-„ de Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi „ amo valiente, discreto, y enamorado; y yo sim-„ ple, gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo „ así lo creo, dixo D. Juan; y si fuera posible, „ se habia de mandar, que ninguno fuera osado „ à tratar de las cosas del gran D. Quixote, si „ no fuese Cide Hamete su primer Autor. (*a*) Bien „ así como mandó Alexandro, que ninguno fuese osa-„ do à retratarle, sino Apeles. Retráteme el que „ quisiere, dixo D. Quixote; pero no me maltrate; „ que muchas veces suele caerse la paciencia quan-„ do la cargan de injurias (*b*). Ninguna, dixo D. „ Juan, se le puede hacer al Señor D. Quixote, de „ quien él no se pueda vengar, si no la repára en „ el escudo de su paciencia, que à mi parecer es „ fuerte, y grande. En estas, y otras pláticas se „ pasó gran parte de la noche. Y aunque D. Juan „ quisiera que D. Quixote leyera mas del Libro, „ por vér lo que discantaba, no lo pudieron acabar „ con él, diciendo, que él lo daba por leido, y „ lo confirmaba por todo necio, y que no queria, „ si acaso llegáse à noticia de su Autor que le „ habia tenido en sus manos, se alegráse con pen-„ sar que le habia leido; pues de las cosas obsce-„ nas, y torpes (*c*), los pensamientos se han de apar-„ tar, quanto mas los ojos. Preguntáronle, que „ adónde llevaba determinado su viage? Respondió, „ que à Zaragoza à hallarse en las Justas del Ar-„ nés, que en aquella Ciudad suelen hacerse to-„ dos los años. Díxole D. Juan, que aquella nue-
„ va

(*a*) *Véase la Part. I, cap. 9. de D. Quixote.* (*b*) *Esta es una oculta amenaza contra el Escritor Aragonés.* (*c*) *Como lo es la continuacion del Aragonés en muchos capitulos.*

» va Historia contaba (*a*), como D. Quixote, sea » quien se quisiere, se habia hallado en ella en » una Sortija, falta de invencion, pobre de le- » tras, pobrísima de libreas, aunque rica de sim- » plicidades. Por el mismo caso, respondió D. Qui- » xote, no pondré los pies en Zaragoza: y así sa- » caré à la plaza del mundo la mentira de ese » Historiador moderno, y echarán de vér las gen- » tes, como yo no soy el D. Quixote que él di- » ce. Hará muy bien, dixo D. Gerónimo: y otras » Justas hay en Barcelona, donde podrá el señor » D. Quixote mostar su valor. Así lo pienso ha- » cer, dixo D. Quixote; y vuesas mercedes me » dén licencia (pues ya es hora) para irme al » lecho, y me tengan, y pongan en el número » de sus mayores amigos, y servidores Y à mí tam- » bien, dixo Sancho, quizá seré bueno para al- » go. Con esto se despidieron: y D. Quixote, y » Sancho se retiraron à su aposento, dexando à » D. Juan, y à D. Gerónimo admirados de vér la » mezcla que habia hecho de su discrecion, y de » su locura; y verdaderamente creyeron que es- » tos eran los verdaderos D. Quixote, y Sancho, » y no los que describia su Autor Aragonés.» ¡Admirable Crítica! Uno de los preceptos de la Fábula es, ò seguir la fama, ò fingir las cosas de manera, que convengan entre sí. Cervantes habia figurado à D. Quixote, como Caballero Andante, valiente, discreto, y enamorado; y esa fama tenia quando el llamado Fernandez de Avellaneda se puso à continuar su Historia; y en ella le pinta cobarde, necio, y desamorado. La dama de D. Quixote, como decia la Duquesa (*b*) era *una dama fantástica* (dama en fin de loco) *que D. Quixote engendró, y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias, y perfecciones que quiso; . . . . . hermosa sin tacha, grave sin sobervia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage.* Fernandez de Avellaneda la pintó muy al contrario. Cervantes ideó à Sancho Panza simple, gracio-

(*a*) *En el cap.* 11. (*b*) *Part. II. cap.* 32.

cioso, y no comedor, ni borracho. Fernandez de Avellaneda, simple sí, pero no nada gracioso, comedor, y borracho. Y así, ni siguió la fama, ni fingió con uniformidad. Con razon, pues, hablando Altisidora de una vision que tuvo (que las mugeres son las que ordinariamente fingen las visiones) dixo (*a*) que vió unos diablos que jugaban à la pelota con unas palas de fuego, sirviéndoles de pelotas Libros al parecer llenos de viento, y de borra; de suerte que al primer voleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban Libros nuevos, y viejos, que era una maravilla. *A uno de ellos, nuevo, flamante, y bien enquadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dixo un diablo à otro: Mirad qué Libro es ese. Y el diablo le respondió: Esta es la segunda Parte de la Historia de D. Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del Infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera à hacerle peor, no acertára.* Y poco despues añade D. Quixote: *Esa Historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna: porque todos la dan del pie.* De cuyas palabras se colige, que luego que salió à luz, empezó à despreciarse. Y como Cervantes finge que los diablos jugaban à la pelota con unas palas de fuego; de ahí debieron tomar algunos ocasion de adelantarse à decir (*b*), que los amigos de Cervantes quemaban los Libros del mal continuador: lo qual se dice voluntariamente, porque no tenia Cervantes amigos, que tan à acosta suya quisiesen favorecerle.

89 Como quiera que sea, oigamos lo que sobre el mismo Libro dicen Sancho, y D. Quixote (*c*). *Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo*

(*a*) *Part. II. cap.* 70. (*b Véase el Prólogo de la reimpresion del llamado Fernandez de Avellaneda.* (*c*) *Part. II. cap.* 71.

yo no ha de haber bodegon, venta, ni meson, ò tienda de Barbero donde no ande pintada la Historia de nuestras hazañas; pero querria yo, que la pintasen manos de otro mejor Pintor, que el que ha pintado à éstas. Tienes razon, Sancho, dixo D. Quixote: porque este Pintor es como Orbaneja, un Pintor que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban, qué pintaba? Respondia: Lo que saliere. Y si por ventura pintaba un gallo, escribia debaxo: Este es gallo; *porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece à mí, Sancho, que debe de ser el Pintor, ò Escritor, que todo es uno, que sacó à luz la Historia de este nuevo D. Quixote, que ha salido, que pintó, ò escribió lo que saliere; ò habrá sido como un Poëta, que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente à quanto le preguntaban: Y preguntándole uno, qué queria decir* Deum de Deo? *Respondió: Dé donde diere.*

90 El mismo D. Quixote, hablando en otra ocasion con D. Alvaro Tarfe (que en la Historia del Aragonés hace mucho papel), tuvo este coloquio (a): » Dígame vuesa merced, señor D. Alvaro: ¿Parezco yo en algo à ese tal D. Quixote, que vuesa merced dice? No por cierto, respondió el huesped: en ninguna manera. ¿Y ese D. Quixote, dixo el nuestro, trahía consigo à un escudero llamado Sancho Panza? Sí trahía, respondió D. Alvaro: y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dixo à esta sazon Sancho: porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho, que vuestra merced dice, señor Gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion, y ladron juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias, que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá, que se me caen à cada paso, y tales, y tantas, que, sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir à quantos me escuchan: y el verdadero D. » Qui-

(a) *Part. II. cap. 72.*

» Quixote de la Mancha, el famoso, el valien-
» te, y el discreto, el enamorado, el desfacedor
» de agravios, el tutor de pupilos, y huérfanos, el
» amparo de las viudas, el mantenedor de las don-
» cellas, el que tiene por única señora à la sin
» par Dulcinea del Toboso, es este señor que está
» presente, que es mi amo. Todo qualquier otro
» D. Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es
» burlería, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo,
» respondió D. Alvaro; porque mas gracias habeis
» dicho vos, amigo, en quatro razones que ha-
» beis hablado, que el otro Sancho Panza en quan-
» tas yo le oí hablar, que fueron muchas; mas te-
» nia de comilon, que de bien hablado, y mas de
» tonto, que de gracioso. Y tengo por sin duda,
» que los encantadores, que persiguen à D. Quixo-
» te el bueno, han querido perseguirme à mí con
» D. Quixote el malo; pero no sé qué me diga,
» que osaré yo jurar, que le dexo metido en la ca-
» sa del Nuncio en Toledo, para que le curen (*a*),
» y ahora remanece aquí otro D. Quixote, aun-
» que bien diferente del mio. Yo, dixo D. Qui-
» xote, no sé si soy bueno, pero sé decir, que
» no soy el malo. Para prueba de lo qual quiero
» que sepa vuesa merced, mi señor D. Alvaro Tar-
» fe, que en todos los dias de mi vida no he es-
» tado en Zaragoza; antes por haberme dicho,
» que ese D. Quixote fantástico se habia hallado
» en las Justas de esa Ciudad, no quise yo en-
» trar en ella, por sacar à las barbas del mundo
» su mentira. Y así me pasé de claro à Barcelo-
» na, archivo de la cortesía, alvergue de los Es-
» trangeros, hospital de los pobres, patria de los
» valientes, venganza de los ofendidos, y corres-
» pondencia grata de firmes amistades, y en sitio,
» y en belleza única. Y aunque los sucesos que en
» ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino
» de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por
» haberla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tar-
» fe, yo soy D. Quixote de la Mancha, el mismo
» que

(*a*) *Véase la continuacion de Fernandez de Avellaneda, cap.* 36.

» que dice la fama, y no ese desventurado, que
» ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con
» mis pensamientos. A vuesa merced suplíco, por
» lo que debe à ser Caballero, sea servido de ha-
» cer una Declarcion ante el Alcalde de este Lu-
» gar, de que vuesa merced no me ha visto en
» todos los dias de su vida hasta agora, y de que
» yo no soy el D. Quixote impreso en la segun-
» da Parte (*a*), ni este Sancho Panza mi escude-
» ro es aquel, que vuesa merced conoció. Eso ha-
» ré yo de muy buena gana, respondió D. Alva-
» ro, puesto que causa admiracion vér dos Don
» Quixotes, y dos Sanchos à un mismo tiempo,
» tan conformes en los nombres, como diferen-
» tes en las acciones. Y vuelvo à decir, y me afir-
» mo, que no he visto lo que he visto, ni ha
» pasado por mí lo que ha pasado...... Entró acaso
» el Alcalde del Pueblo en el meson con un Es-
» cribano, ante el qual Alcalde pidió D. Quixote
» por una peticion, de que à su derecho conve-
» nia, de que D. Alvaro Tarfe, aquel Caballero
» que allí estaba presente, declaráse ante su merced
» como no conocia à D. Quixote de la Mancha, que
» asimismo estaba allí presente, y que no era aquel
» que andaba impreso en una Historia intitulada:
» SEGUNDA PARTE DE D. QUIXOTE DE
» LA MANCHA, compuesta por un tal de AVE-
» LLANEDA, natural de Tordesillas. Finalmente
» el Alcalde proveyó juridicamente. La Declaracion
» se hizo con todas las fuerzas, que en tales casos
» debian hacerse, con lo que quedaron D. Quixo-
» te, y Sancho muy alegres, como si les impor-
» tára mucho semejante Declaracion, y no mostrá-
» ra claro la diferencia de los dos Don Quixotes,
» y la de los dos Sanchos sus obras, y sus palabras.
» Muchas cortesías, y ofrecimientos pasaron entre
» D. Alvaro, y D. Quixote, en las quales mostró
» el gran Manchego su discrecion, de modo que
» desengañó à D. Alvaro Tarfe del error en que
» estaba, el qual se dió à entender, que debia
» de estár encantado, pues tocaba con la mano
» dos

(*a*) *Habla de la de Fernandez de Avellaneda.*

„ dos tan contrarios Don Quixotes. „

91 Ultimamente, el mismo D. Quixote de la Mancha, ò por mejor decir Alonso Quixano el Bueno, restituido yá à su entero juicio, en una de las cláusulas de su testamento ordenó lo siguiente (*a*): *Iten suplico à los dichos señores mis Albaceas* (el Señor Cura Pero Perez, y el Señor Bachiller Sanson Carrasco, que estaban presentes) *que si la buena suerte los truxere à conocer al Autor que dicen que compuso una Historia que anda por ahí con el título de* SEGUNDA PARTE DE LAS HAZAñAS DE D. QUIXOTE DE LA MANCHA, *de mi parte le pidan quan encarecidamente ser pueda perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escribe: porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.*

92 Mucha razon, pues, tuvo Miguel de Cervantes Saavedra para juzgar, y decir que la gloria de continuar con felicidad la Historia de D. Quixote de la Mancha, solo quedaba reservada à su pluma. Y para que esto no sonáse à jactancia, puso este discreto razonamiento en boca de Cide Hamete Benengeli, hablando éste con su propia pluma. Dice, pues, Cervantes (*b*): „ Y „ el prudentísimo Cide Hamete dixo à su pluma: „ Aquí quedarás colgada desta espetera, y de „ este hilo de alambre, ni sé si bien cortada, „ ò mal tajada, Péñola mia, adonde vivirás luen„ gos siglos, si presuntuosos, y malandrines His„ toriadores no te descuelgan para profanarte. „ Pero antes que à tí lleguen les puedes adver„ tir, y decirles en el mejor modo que pudie„ res (*c*): *Tate, tate, folloncicos: de ninguno sea tocada; porque esta empresa, buen Rey, para mí estaba guardada.* „ Para mí sola neció D. Quixo„ te, y yo para él: él supo obrar, y yo escri„ bir: solos los dos somos para en uno, à des„ pecho, y pesar del Escritor fingido, y Tordesi„ lles-

(*a*) *Part. II. cap. últim.* (*b*) *Part. II. en el fin.* (*c*) *Lo que se sigue está sacado de un Romance antiguo: no me acuerdo quál.*

„ llesco, que se atrevió, ò se ha de atrever à „ escribir con pluma de avestruz, grosera, y „ mal deliñada las hazañas de mi valeroso Caba- „ llero: porque no es carga de sus hombros, ni „ asunto de su resfriado ingenio. A quien ad- „ vertirás (si acaso llegas (*a*) à conocerle) que „ dexe reposar en la sepultura los cansados, y „ yá podridos huesos de D. Quixote, y no le „ quiera llevar contra todos los fueros de la muer- „ te à Castilla la Vieja (*b*), haciendole salir de la „ fuesa, donde real, y verdaderamente yace ten- „ dido de largo à largo, imposibilitado de hacer „ tercera jornada, y salida nueva: que para ha- „ cer burla de tantas, como hicieron tantos An- „ dantes Caballeros, bastan las dos que él hizo (*c*), „ tan á gusto, y beneplácito de las gentes, à „ cuya noticia llegaron, así en estos, como en „ los estraños Reynos: y con esto cumplirás con „ tu christiana profesion, aconsejando bien à „ quien mal te quiere; y yo (*d*) quedaré satisfe- „ cho, y ufano de haber sido el primero que go- „ zó el fruto de sus escritos enteramente co- „ mo deseaba; pues no ha sido otro mi deseo „ que poner en aborrecimiento de los hombres „ las fingidas, y disparatadas Historias de los Li- „ bros de Caballerías, que por las de mi verda- „ dero D. Quixote van yá tropezando, y han de „ caer del todo sin duda alguna. VALE.„ En efecto, luego que salió el primer tomo de la Historia de D. Quixote, este Caballero Andante empezó à arrinconar à todos los demás; y despues que salió el segundo tomo en el año de 1615, fue tan grande, y tan universal el aplauso que mereció esta Obra, que muy pocas han logrado en el mundo tanta, tan general, y tan constante apro-ba-

(*a*) *Indicio de quán oculto era el Autor Tordesillesco.* (*b*) *El mal Continuador en el cáp. último dió indicios de querer escribir algunas andanzas de D. Quixote en Castilla la Vieja.* (*c*) *Si se contáse la del Tom. II. serían tres las salidas de D. Quixote. Pero Cervantes habla suponiendo no estár publicado sino el primero.* (*d*) *Esto es, Miguel de Cervantes Saavedra.*

bacion. Porque hay Libros que solo se estiman, porque su estilo es texto para las lenguas muertas: otros, à quienes hicieron célebres las circunstancias del tiempo; y pasadas aquellas, cesó su aplauso: otros que siempre se aprecian por la grandeza del asunto. Y los de Cervantes teniéndole ridículo, siendo ahora menos estendido el Dominio Español, y estando escritos en lengua viva reducida à ciertos límites, viven, y triunfan à pesar del olvido: y son hoy en el mundo tan necesarios, como quando salieron à luz la primera vez; porque despues que Francia con la felíz proteccion de Luis XIV. llegó à la cumbre del saber, empezó á descaecer; y faltando Letrados semejantes à Sirmondo, Bossuet, Huet, y à otros varones como ellos de inmortal memoria: comenzó à prevalecer el espiritu novelero; y ha cundido de manera la aficion à las Fábulas, que sus Diarios Literatos están rellenos de ellas; y de Francia apenas nos vienen otros Libros. El daño que causaron en otro tiempo semejantes Fábulas fue tan grande que se puede llamar universal. Por eso aquel juiciosísimo Censor de la República Literaria, Juan Luis Vives, quexándose gravisimamente de las corrompidas costumbres de su tiempo, decia (a): *¿ Qué manera de vivir es esta, que no se tenga por cancion la que no sea torpe? Conviene, pues, que las Leyes, y los Magistrados den providencia contra esto: y tambien contra los libros pestilenciales, quales son en España Amadís, Esplandian, Florisando, Tirantte, Tristán: à cuyos despropositos no se pone término: cada dia salen de nuevo mas, y mas: como Celestina Alcahueta, madre de maldades, carcel de amores. En Francia, Lanzarote del Lago, Paris, y Viena, Puntho, y Sidonia, Pedro Proenzal, y Magalona, Melisendra, Dueña inexorable. Aquí en Flandes* (escribia Vives en Brujas año 1523) *Florian, y Blanca Flor, Leolena, y Canamor, Curias, y Floreta, Pyramo, y Tisbe. Hay algunos Libros traducidos de Latin en lenguas vulgares, como las desgra-*

(a) *De Christiana Fœmina, lib. 1. cap. Qui non legendi Scriptores, qui legendi.*

graciadísimas gracias de Pogio, Eurialo y Lucrecia (a), las cien Novelas de Bocacio. Todos los quales Libros escribieron unos hombres ociosos, mal empleados, imperitos, entregados à los vicios, y à la porquería. En los quales me maravillo que haya cosa que deleite. Pero las cosas malas nos halagan mucho. Medicina, pues, muy eficaz fue la que aplicó el ingeniosisimo Cervantes, pues purgó los ánimos de toda Europa de tan envejecida aficion à semejantes Libros tan pegajosos. Vuelva, pues, à salir D. Quixote de la Mancha, y desengañe un loco à muchos locos voluntarios: divierta un discreto, como Cervantes, à tantos ociosos, y melancólicos con la entretenida, y apacible letura de sus artificiosos, y graciosísimos Libros. Sobre los quales suele haber duda quál de los dos tomos es mejor: el que contiene la primera, y segunda salida de D. Quixote, ò la tercera.

93 Yo quiero que la decision de esta qüestion tan crítica no sea mia, sino del mismo Cervantes, el qual habiendo oido el juicio que algunos anticipadamente habian hecho, introduxo este coloquio entre D. Quixote de la Mancha, el Bachiller Sanson Carrasco, y Sancho Panza (*b*). *¿ Por ventura, dixo D. Quixote, promete el Autor* (esto es, Cide Hamete Benengeli) SEGUNDA PARTE? *Sí promete, respondió Sanson; pero dice* (*c*) *que no ha hallado, ni sabe quién la tiene: y así estamos en duda si saldrá, ò no. Y así por esto, como porque algunos dicen nunca Segundas Partes fueron buenas: y otros, de las cosas de D. Quixote bastan las escritas: se duda que no ha de haber Segunda Parte. Aunque algunos, que son mas Joviales que Saturninos, dicen: Vengan mas quixotadas. Embista D. Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos. ¿Y à qué se atiene el Autor? dixo Don Quixote. A qué? respondió Sanson: En hallando que halle la Historia que él vá buscando con extraordinarias diligen-*

(*a*) *Novela de Eneas Silvio, siendo mero Beneficiado, retratada despues en su Epist. 395.* (*b*) *Part. II. cap. 56.* (*c*) *Véase el fin de la Part. I.*

gencias, la dará luego à la estampa, llevado mas del interes, que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: ¿Al dinero, y al interes mira el Autor? Maravilla será que acierte: porque no hará sino harbar, harbar, como Sastre en vísperas de Pascuas; y las Obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor Moro, ò lo que es, à mirar lo que hace, que yo, y mi Señor le daremos tanto ripio à la mano en materia de aventuras, y de sucesos diferentes que pueda componer no solo SEGUNDA PARTE, *sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas: pues ténganos el pie al errar, y verá del que cosqueamos. Lo que yo sé decir es que si mi Señor tomáse mi consejo, ya habiamos de estár en esas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos Andantes Caballeros.* En cuyo coloquio quiso Cervantes darnos à entender que tenia ingenio para la invencion, no solo de uno, sino de cien Quixotes. La del segundo Tomo no es menos agradable que la del primero; y la enseñanza es mucho mayor. Fuera de esto en la narracion principal no entremetió Novela alguna totalmente separada del asunto: lo qual es muy contra el Arte de fabular; sino que diestramente ingirió muchos Episodios muy bien enlazados con el principal asunto: cosa que pide gran ingenio, y singular habilidad. Oigamos otra vez al mismo Cervantes (a): *Dicen que en el propio original desta Historia se lee que llegando Cide Hamete à escribir este capítulo, no le traduxo su Intérprete como él le habia escrito, que fue un modo de quexa que tuvo el Moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una Historia tan seca, y tan limitada como esta de D. Quixote, por parecerle que siempre habia de hablar dél, y de Sancho, sin osar estenderse à otras digresiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à*

(a) *Part. II. cap. 44.*

à escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su Autor; y que por huir de este inconveniente habia usado en la PRIMERA PARTE *del artificio de algunas Novelas, como fueron la del* CURIOSO IMPERTINENTE, *y la del* CAPITAN CAUTIVO, *que están como separadas de la Historia, puesto que las demás que allí se cuentan, son casos sucedidos al mismo D. Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quixote, no la darian à las Novelas, y pasarian por ellas, ò con priesa, ò con enfado, sin advertir la gala, y artificio que en sí contienen; el qual se mostrará bien al descubierto: quando por sí solas, sin arrimarse à las locuras de D. Quixote, ni à las sandeces de Sancho, salieran à luz. Y así en esta* SEGUNDA PARTE *no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen (a), nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos. Y pues se contiene, y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del Universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir.* Los que dicen, pues, que Cervantes en su SEGUNDA PARTE no se igualó à sí mismo; sepan que su opinion nace, ù de la tradicion de los que enamorados de la PRIMERA, pensaron que no podia tener SEGUNDA; ù de su poca inteligencia; pues echan menos en ésta los que el mismo Cervantes confesó que en la otra habian sido defectos del Arte, ò licencias del Artífice, para desahogo de su imaginacion, y divertimiento de la del Letor.

94 En medio de tantas, y tan justas alabanzas, así de la admirable invencion de Cervantes, como de su prudente disposicion, y singular elo-

(a) *Esto es, que pareciesen Novelas, como verdaderamente lo son.*

qüencia ; como el que escribe es uno , y los que leen muchos : y la atencion del Autor , ocupada en inventar , tal vez se dexa transportar de la viveza de su imaginacion ; y siendo ésta demasiadamente fecunda , la misma multitud de circunstancias suele hacer que éstas no se conformen entre sí , ò no convengan al tiempo , ò al lugar en que se fingen ; no es mucho que Miguel de Cervantes Saavedra tropezáse algunas veces con la inverosimilitud , y falsedad : en lo qual tiene Cervantes por compañeros à quantos han escrito hasta hoy Obras en que la invencion haya sido dilatada ; pues en todas ellas se hallan semejantes descuidos. Bien lo conoció el mismo Cervantes, pues habiéndole censurado algunas cosas de las que habia escrito en su TOMO PRIMERO , confesó sus descuidos en los *capítulos tercero , quarto, y quarenta y tres de su* TOMO SEGUNDO , donde borró muchos de sus yerros con la misma ingenuidad de tenerlos por tales ; y procuró dorar algunos de ellos con tan graciosas disculpas, que la misma defensa es un nuevo , y glorioso género de confesion. Tan generoso , pues , era su genio , que si viviese hoy , y le propusieran nuevas censuras , como fuesen justas , ciertamente se daria por bien advertido.

95 Con la confianza , pues , que me dá el ser yo uno de sus mas apasionados , me atreveré à decir que en algunos casos excedió los límites de la verosimilitud , y tal vez tocó en los de una manifiesta falsedad. Porque en la célebre pendencia que tuvo con el Vizcaino D. Sancho de Azpeitia; en suposicion de que D. Quixote le arremetió con determinacion de quitarle la vida ; es inverosimil que el Vizcaino , que tendria ocupada la mano siniestra con las riendas de su mula , no solo tuviese tiempo para sacar la espada con la derecha ; sino tambien para tomar una almohada del coche , que le sirvió de escudo : pues los que iban en el coche , naturalmente estarian sentados sobre ella : y quando así no fuese , siempre tiene su dificultad que pudiese el Vizcaino tomarla tan aprisa : dando lugar à todo esto la furia de un loco.

Tam-

96 Tambien me parece inverosimil que Camila, que en la *Novela del curioso Impertinente* se finge que hablaba à solas, y consigo misma, hablàse tanto, y de manera que Anselmo, que estaba escondido, pudiese oir un tan largo soliloquio. Pues si los Cómicos de mayor arte introduxeron en sus Comedias algunos soliloquios, fue para que los mirones se instruyesen en los ocultos pensamientos de las personas de la Fábula; pero no para que las personas introducidas escuchasen tan prolixas harengas.

97 El razonamiento que hizo Sancho Panza à su amo D. Quixote, referido en el *cap.* 60. *de la Part. II.* ciertamente excede la capacidad de un hombre tan sencillo como Panza. No haré cargo à Cervantes de la poca verosimilitud con que escribió lo que se sigue (*a*): *Este Gines de Pasamonte, à quien D. Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que burtó à Sancho Panza el Rucio, que por no haberse puesto el cómo, ni el quándo en la* Primera Parte *por culpa de los Impresores, ha dado en que entender à muchos que atribuian a poca memoria del Autor la falta de la Imprenta. Pero en resolucion, Gines le burtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza, y modo que usó Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado.* Digo que no haré cargo à Cervantes de que esta invencion tiene mas de posible que de verosimil; porque se vé que Cervantes tiró en esto à reprehender à los Autores que suelen disculpar sus errores en los descuidos de los Impresores, sin advertir que los de estos solo suelen reducirse à trocar letras, ò palabras, y à omitir tal vez algunas cláusulas. Y en lo que toca à la salida del modo, y tiempo en que Ginesillo de Pasamonte hurtó el Rucio, parece, si no conozco mal el genio de Cervantes, que su fin solo fue reirse de la invencion del modo de hurtar el caballo de Sacripante.

98 Pero no sé yo cómo poder disculpar la fic-

(a) *Part. II. cap.* 7?.

cion (*a*) de que en un Lugar de Aragon de mas de mil vecinos duráse ocho, ù diez dias (*b*) la publicidad de tener un Gobernador de burlas. Si esto es verosimil, los Aragoneses lo digan. Lo que yo sé es que no habiendo en Aragon caverna alguna que tenga de largo media legua, es contra toda verdad haber fingido que Sancho Panza anduvo por ella todo ese trecho, hasta parar en un lugar donde D. Quixote desde arriba oyó sus lamentos (*c*).

99 Tampoco sé cómo poder disculpar el que habiendo dicho Cervantes (*d*) que la fama habia guardado en las Memorias de la Mancha, que D. Quixote la tercera vez que salió de su casa fue à Zaragoza, donde se halló en unas famosas Justas, que en aquella Ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento: despues Cervantes en su continuacion dice (*e*): que D. Quixote no pondria los pies en Zaragoza, por sacar mentiroso al Historiador moderno, siendo así que en hacerle ir à las Justas de Zaragoza, hubiera seguido à la fama.

100 Menos disculpa tiene haber llamado Cervantes JUANA GUTIERREZ à la muger de Sancho Panza (*f*), ò JUANA PANZA, que es lo mismo, porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos (*g*); y reprehender al Continuador Aragonés (*h*), porque no sin alguna razon (*i*) la llamó MARI-GUTIERREZ; y llamarla despues el mismo Cervantes en toda su *segunda Parte* TERESA PANZA. Aunque yo creo que esto picó en Historia verdadera (*k*).

101 Fuera de todo esto, qualquiera que se entretenga en formar un Diario de las Salidas de D. Quixote, hallará la cuenta de Cervantes muy errada, y nada conforme à los sucesos referidos.

102 En una cosa debe ser tratado Cervantes con algun rigor, y es en los Anacronismos, ò retroce-

di-

(*a*) *Part. II. cap.* 102. (*b*) *Part. II. cap.* 107. (*c*) *En el mismo capítulo.* (*d*) *En el fin de la Part. I.* (*e*) *Cap.* 57. (*f*) *Part. I. cap.* 7. (*g*) *Part. I. cap. últ.* (*h*) *Part. II. cap.* 57. (*i*) *Véase la Part. I. cap.* 7. *en el fin.* (*k*) *Obsérvese el fin de la Part. I.*

dimientos de tiempo; porque habiéndolos reprehendido tan justamente en sus contemporáneos Cómicos (*a*); tambien en él deben ser censurados. Señalaré algunos de estos defectos.

103 Pero para que se entienda mejor lo que voy à decir, es menester suponer que ha sido costumbre de muchos que han publicado Libros de Caballerías, querer autorizarlos diciendo que se habian hallado en alguna parte, escritos con letras muy antiguas, dificiles de leer. Así Garci-Ordoñez de Montalvo, Regidor de Medina del Campo, despues de haber dicho que habia corregido LOS TRES LIBROS DE AMADIS, que por falta de los malos Escritores, ò Componedores, se leían muy corruptos, y viciosos; inmediatamente añadió que publicaba aquellos Libros, *trasladando, y enmendando* EL LIBRO QUARTO *con* LAS SERGAS DE ESPLANDIAN *su hijo, que hasta aquí no es en memoria de ninguno ser visto, que por gran dicha pareció en una tumba de piedra, que debaxo de la tierra en una Ermita cerca de Constantinopla fue hallado, y traído por un Ungaro Mercader à estas partes de España, en la letra, y pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian.* Imitando en esto Cervantes à Garci-Ordoñez de Montalvo, dixo (*b*): *Que la buena suerte le deparó un antiguo Medico, que tenia en su poder una caxa de plomo, que segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita que se renovaba, en la qual caxa se habian hallado unos pergaminos escritos con letras Góticas; pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas* (esto es de D. Quixote), *y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo D. Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres.* Escribia esto Cervantes en el año mil seiscientos y quatro, y lo imprimió en el siguiente. Dexo al arbitrio del juicioso Letor determinar la edad en que segun las referidas circunstancias se finge que vivió D. Quixote de la Mancha. Referir un anti-

(*a*) *Part. I. capít.* 47. (*b*) *Véase la Part. I. cap. últ.*

guo Médico el hallazgo de los Pergaminos donde estaban los epitafios de D. Quixote: haberse hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita; y estár escritos en letras Góticas, cuyo uso se prohibió en España en tiempo del Rey D. Alonso el Sexto (*a*); todas son circunstancias que arguyen el pasage de algunos siglos. Y esto mismo supone un discurso de D. Quixote, tan ocultamente erudíto, como graciosamente disparatado (*b*). *¿No han vuestras merds. leido, respondió D. Quixote, los Anales, è Historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos el Rey Artús; de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver à reynar, y à cobrar su Reyno, y Cetro? A cuya causa no se probará que desde aquel tiempo à este haya ningun Inglés muerto cuervo alguno. Pues en tiempo de este buen Rey fue instituida aquella famosa Orden de Caballería de los Caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera de ellos, y sabidora aquella tan honrada Dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido Romance, y tan decantado en nuestra España, de:*

Nunca fuera Caballero
De Damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Quando de Bretaña vino.

Con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fue aquella Orden de Caballería estendiéndose, y dilatándose por muchas, y diversas partes del mundo. Y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: y el valeroso Felix Marte de Hircania; y el nunca, como se debe, ala-

ba-

(*a*) *Roderic. Toletanus, lib. 6. cap.* 30. (*b*) *Part. I. capítulo* 13.

bado Tirante el Blanco (a). *Y casi que* EN NUESTROS DIAS *vimos, y comunicamos, y oimos al invencible, y valeroso Caballero D. Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser Caballero Andante; y la que he dicho es la Orden de su Caballería.* Si D. Quixote, pues, fue tan vecino al tiempo en que se fingió haber vivido D. Belianís de Grecia, y la demás caterva de Caballeros Andantes, habiéndose referido estos à los siglos inmediatos al origen del Christianismo, como lo observó, y censuró el erudito Autor del *Diálogo de las Lenguas* (b); es consiguiente que D. Quixote de la Mancha se finja haber vivido muchos siglos há. ¿Cómo, pues, Cervantes supone introducido yá en tiempo de D. Quixote el uso de los coches (c)? siendo así que Gonzalo Fernandez de Oviedo en su *Addicion*, *ò Segunda Parte à los Oficios de la Casa Real*, *Titulo del Caballerizo de las Andas*, dice que la Princesa Margarita quando vino à casar con el Principe D. Juan, traxo el uso de los carros de quatro ruedas, y que habiéndose vuelto viuda à Flandes, cesaron tales carros, y quedaron las literas que antes se usaban. Aun en Francia, de donde nos vino esta moda, como casi todas las demás, no es muy antiguo el uso de los coches: porque Juan de Laval-Boisdaufin, de la Casa de Memoransi, fue el primero que à lo último del Reynado de Francisco primero se sirvió de un coche por causa de su corpulencia, que era tal que no le permitia ir à caballo. Debaxo del Reynado de Henrique Segundo solo habia en la Corte de Francia dos coches, uno para la Reyna su muger, y otro para Diana, hija natural del Rey. En la Ciudad de París, habiendo sido nombrado Primer Presidente Christobal de Thou, fue el primero que tuvo coche; pero nunca se sirvió de él para ir à la Casa Real. Estos exemplos, que introduxo la grandeza, ò necesidad, fueron luego tan perni-

(a) *El mismo Cervantes le alaba mucho, lib. 1. cap. 6. Pero Vives le vitupera con todos sus semejantes.* (b) *Página 161.* (c) *Part. I. cap. 8. & 9. & Part. II. cap. 88. 100. & 102.*

ciosos, que llegó la vanidad al último grado. Por lo que toca à España, escribiendo de esto D. Lorenzo Vander Hamen y Leon, en el *Libro Primero de la Vida de D. Juan de Austria*, dixo estas bien sentidas palabras: *Venia* (Charles Pubest, Criado del Rey Emperador Carlos Quinto) *en un coche, ò carrocilla de las que en aquellas Provincias se usaban: cosas raras veces vista en estos Reynos. Salian las Ciudades enteras à verla con admiracion. Tan corta noticia se tenia por entonces deste género de deleite. Solo lo que usaban eran carretas de bueyes, y en ellas andaban las personas mas graves tal vez. D. Juan (porque no traigamos exemplos de fuera de casa) fue muchas à visitar el Templo de nuestra Señora de Regla (Loreto de Andalucía) en una destas en compañia de la Duquesa de Medina. Esto se usaba en aquel tiempo. Pero dentro de pocos años (el de setenta y siete) fue necesario prohibir los coches por Pragmática. Tan introducido se hallaba yá este vicio infernal, que tanto daño ha causado à Castilla.* Para pintar este abuso Miguel de Cervantes, hizo que Teresa Panza, muger de un pobre Labrador, manifestáse deseos de servirse de coche, solo por imaginar que su marido era Gobernador de la Insula Barataria: así como para reirse de algunos grados de Dotor, que se daban en su tiempo, y que debian suponer, pero no hacian à los hombres doctos; hizo mencion de algunos Licenciados graduados en las Universidades de Sigüenza *(a)*, y Osuna *(b)*, en tiempo de D. Quixote; siendo así que por consejo del Cardenal Ximenez de Cisneros erigió la de Sigüenza D. Juan Lopez de Medina, Consejero de Henrique Quarto, y su Enviado en Roma, Arcediano de Almazán, Dignidad de la Catedral de Sigüenza, y Canónigo de Toledo: y mas adelante en el año 1548 fundó la de Osuna con aprobacion de Carlos Quinto, y Paulo Tercero, D. Juan Tellez Giron, Conde de Ureña. Si Cervantes viviese hoy, sobre este punto de los grados diria algo mas. Pero sea su Comentador D. Diego de Saavedra en su *República Literaria*.

Fue

(a) Part. I. cap. 1. (b) Part. II. cap. 53. & 99.

104 Fue tambien falta de atencion aludir en el supuesto tiempo de D. Quixote al Concilio de Trento *(a)*, que empezó à celebrarse año 1545, siendo Pontífice Paulo III, y se acabó en tiempo de Pio IV.

105 Tambien Cervantes hizo mencion de la América en boca del Cura *(b)*, antes que Américo Vespucio, Florentin, el año 1497 hubieses puesto los pies en ella, dándole su nombre, siendo en esto mas felíz que Christobal Colon, Genoves, que fue su primer descubridor, año 1592.

106 Ni debia haber hecho mencion de Fernan Cortés *(c)*, ni de la destreza de los Ginetes Mexicanos *(d)*, antes que en el mundo hubiese Cortés, Conquistador de México, y que en tal Ciudad hubiese habido caballos. Nombró tambien el famoso Cerro del Potosí *(e)*, antes que descubriese sus prodigiosas venas de plata aquel bárbaro Cazador *(f)*. Y la voz *Cacique* *(g)* venida de la Isla Española *(h)* no debia ponerse en boca de Sancho Panza *(i)*.

107 Fuera de esto, siendo tan reciente la impresion, no habia de suponer su uso en tiempo de D. Quixote *(k)*: ni hacer mencion de tantos Autores modernos, así Estrangeros, como Españoles. Estrangeros como Ariosto *(l)*, Miguel Verino *(m)*, Jacobo Sannazaro *(n)*, Antonio de Lofraso, Poëta Sardo *(o)*, Polidoro Virgilio *(p)*, y otros. Españoles, como Garcilaso de la Vega, à quien unas veces alaba expresamente *(q)*, otras alega sus versos, sin nombrarle *(r)*, y otras alude à él claramente *(s)*. De Juan Boscan, Poëta contemporáneo, y muy amigo de Garcilaso, dice D.

(a) Part. I. cap. 19. *& Part. II. cap.* 108. *(b) Part. I. cap.* 48. *(c) Part. II. cap.* 60. *(d) Part. II cap.* 62. *(e) Part. II. cap.* 92. *(f) Miniana de Reb. Hisp. lib.* 4. *cap.* 8. *(g) Part. II. cap.* 87. *(h) Primera Parte del lib.* 2. *de la Historia de la Florida, cap.* 10. *del Inca Garcilaso de la Vega. (i) Part. II. cap.* 87. *(k) Part. I. cap.* 6. *y en otros muchísimos. (l) Part. I. cap.* 6. *& Part. II. cap.* 53. *&* 114. *(m) Part. II. cap.* 85. *(n) Part. II. cap.* 119. *(o) Part. I. cap.* 6. *(p) Part. II. cap.* 74. *(q) En el mismo capítulo. (r) Part. II. cap.* 58. *&* 110. *&* 122. *(s) Part. II. cap.* 60. *&* 70.

D. Quixote (*a*): *El antiguo Boscan se llamó Nemoroso*: en lo qual erró de muchas maneras, llamando *Antiguo à Boscan*; y aludiendo à la primera Ecloga de Garcilaso de la Vega.

108 El mismo D. Quixote, hablando muy discretamente de la comun desgracia de las Traducciones, dice (*b*): *Fuera de esta cuenta ván los dos famosos Traductores, el uno el Doctor Christobal de Figueroa en su* PASTOR FIDO; *y el otro D. Juan de Jáuregui en su* AMINTA, *donde felizmente ponen en duda, quál es la Traduccion, ò quál el original.* Y se ha de advertir, que el Doctor Suarez de Figueroa publicó el PASTOR FIDO, Tragi-Comedia Pastoral de Bautista Guarini, en Valencia, año 1609. en la Oficina de Pedro Patricio Mei; y D. Juan de Jáuregui EL AMINTA, Comedia Pastoril de Torquato Taso, en Sevilla por Francisco Lira, año 1618. en quarto.

109 Tambien una Pastora, hablando con D. Quixote, nombró con anticipacion de tiempo à Camoes, celebrándole como Poëta excelentísimo en su misma Lengua Portuguesa (*c*). Que fue lo mismo que reprehender las Traducciones Castellanas de Luis Gomez de Tapia, de Benito Caldera, y de Henrique Garcés, para que se vea la dificultad que tienen las Traducciones; pues dos tan semejantes dialectos de una misma Lengua no son iguales en la expresion, y harmonía.

110 En el celebrado *capítulo sexto del Tomo primero*, suponiéndose el escrutinio en tiempo de D. Quixote, se hacen Críticas de las Obras de Jorge de Montemayor, Gil Polo, Lopez Maldonado, D. Alonso de Ercilla, Juan Rufo, Christobal de Virués, y aun de la GALATEA del mismo Cervantes.

111 Tambien hace éste mencion (*d*) de las Obras del Obispo de Avila D. Alonso Tostado (*e*), natural de Madrigal, de donde quiso llamarse, el qual nació cerca de los años del Señor mil quatrocien-

(*a*) *Part. II. cap.* 119. (*b*) *Part. II. cap.* 58. *&* 115. (*c*) *Part. II. cap.* 110. (*d*) *Part. I. cap.* 18. (*e*) *Part. I. cap.* 3.

cientos, y murió en Bonilla de la Sierra à tres de Septiembre de 1455 (*a*). Cita el Dioscórides ilustrado por el Doctor Laguna, impreso en Salamanca año 1586. y los Refranes del Comendador Griego (*b*), publicados en la misma Ciudad año 1555. Tambien las Súmulas de Villalpando (*c*), siendo así que el Doctor Gaspar Carrillo de Villalpando las imprimió en Alcalá año 1599.

112 Las Obras que censuró Cervantes sin nombrar sus Autores, casi todos coetaneos suyos, son muchísimas. Me contentaré con apuntar algunos exemplos.

113 Hablando de la Traduccion, que hizo de Ludovico Ariosto, D. Gerónimo de Urrea, la qual salió à luz en Leon de Francia, impresa en quarto por Guillermo Rovílle, año 1556. dice en nombre del Cura (*d*): *Le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traído à España, y hecho Castellano: que le quitó mucho de su natural valor. Y lo mesmo harán todos aquellos que los Libros de Verso quisieron volver en otra Lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.* De donde puede inferirse quánto mas insípidas serán las dos Traducciones que hicieron en prosa, y publicaron dos Toledanos: el uno Fernando de Alcocer, año 1510. el otro Diego Bazquez de Contreras, año 1585. entrambos tan malos, como fieles intérpretes de la Letra de Ariosto. Mas adelante hablando el Cura de las tres *Dianas*; es à saber, de la de Jorge de Montemayor, que tiene *primera, y segunda Parte*, publicada en Madrid por Luis Sanchez año 1545. en dozavo, de la de Alfonso Perez, Doctor en Medicina, conocido por el nombre de *Salmantino*, la qual salió à luz en Alcalá, año 1564. en octavo: y de la de Gaspar Gil Polo, impresa en Valencia año 1564. hablando, digo, el Cura de las tres *Dianas*, dice así: *Y pues comenzamos por la* Diana *de Montemayor, soy de parecer, que no se queme, sino que se le quite todo aquello, que tra-*

(*a*) *Historia del Rey D. Juan el Segundo.* (*b*) *Part. II. cap. 86.* (*c*) *Part. I. cap. 47.* (*d*) *Part. I. cap. 6.*

trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los Versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes Libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es la Diana, *llamada* Segunda del Salmantino; *y este otro, que tiene el mesmo nombre, cuyo Autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe, y acreciente el número de los condenados al Corral; y la de Gil Polo se guardé, como si fuera del mismo Apolo.* Poco mas adelante prosiguió el Barbero, diciendo: *Estos que se siguen, son* el Pastor de Iberia, Ninfas de Henares, y Desengaños de Zelos. *Pues no hay mas que hacer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.* El Autor de *Desengaños de Zelos*, no sé quién fue. De *el Pastor de Iberia* lo fue Bernardo de la Vega, natural de Madrid, Canónigo de Tucumán en la América Meridional, y le imprimió año 1591. en octavo. Bernardo Perez de Bovadilla fue el que escribió la Novela *Ninfas, y Pastores de Henares*, y la publicó año 1587. en octavo. Aludiendo Cervantes à estas dos censuras, y queriendo dar à entender, que en el *Viage del Parnaso* (en el qual fingió, que concurrieron casi todos los Poëtas de España), habia alabado à muchos segun la fama popular; introduxo un Poëta descontento, haciéndole cargo por la omision de estos dos Poëtas, y la censura que les hizo. Reprehende dicho Poëta à Cervantes deste modo (*a*):

Yo te confieso, ò bárbaro, y no niego,
Que algunos de los muchos que escogiste
(Sin que el respeto te forzáse, ò ruego)
En el debido punto los pusiste;
Pero con los demás, sin duda alguna,
Pródigo de alabanzas anduviste.
Has alzado à los Cielos la fortuna
De muchos, que en el centro del olvido,
(Sin vér la luz del Sol, ni de la Luna)
Yacian. Ni llamado, ni escogido
Fue el gran Pastor de Iberia, el gran Bernardo,
Que de la Vega tiene el apellido.

Fuis-

(*a*) *En el cap.* 4.

Fuiste embidioso, descuidado, y tardo,
Y à las Ninfas de Henares, y Pastores,
Como à enemigos les tiraste un dardo.

Mas adelante puso Cervantes entre los Poëtas del Viage del Parnaso à Bernardo de la Vega; pero entre los malos Poëtas, diciendo así:

Llegó el Pastor de Iberia, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio, y fuerza alarde.

114 Continuándose el escrutinio de los Libros de D. Quixote, dixo el Barbero: *Este que viene es* EL PASTOR DE FILIDA. *No es ese Pastor, dixo el Cura, sino muy discreto Cortesano.* (Habla de Luis Galvez de Montalvo, que publicó su *Pastor de Filida* en Madrid año 1582.) *Guárdese como joya preciosa. Este grande, que aquí viene, se intitula, dixo el Barbero,* Tesoro de varias Poësías. *Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas. Menester es que este Libro se escarde, y limpie de algunas baxezas, que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su Autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas, y levantadas obras que ha escrito.* Este es Fr. Pedro Padilla, natural de Linares, Religioso Carmelita, y antes, segun dicen, Caballero de la Orden de Santiago. Entre otras muchas Obras Poëticas publicó un *Cancionero*, en el qual se contienen algunos sucesos de los Españoles en la jornada de Flandes. Imprimióse en Madrid, en casa de Francisco Sanchez, año 1583. en octavo; y Miguel de Cervantes escribió un Soneto en alabanza del Autor.

115 Ultimamente, por acabar su escrutinio dice Cervantes: *Cansóse el Cura de vér mas libros, y así à carga cerrada quiso que todos los demás se quemansen; pero yá tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba:* Lágrimas de Angélica. *Lloráralas yo, dixo el Cura, en oyendo el nombre, si tal Libro hubiera mandado quemar, porque su Autor fue uno de los famosos Poëtas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la Traduccion de algunas Fábulas de Ovidio.* Entiendo yo que habla aquí del Capitan Francisco de Aldana, Alcayde de S. Sebastian, que murió gloriosamente en Africa peleando con

los Moros, cuya gloriosa muerte celebró en Octavas Rimas su hermano Cosme de Aldana, Gentilhombre de Felipe II. al principio de sus Sonetos, y Octavas, que se imprimieron en Milan año 1587 en octavo. Este Cosme de Aldana imprimió todas las Obras que pudo hallar de su hermano Francisco en Madrid, en la Imprenta de Luis Sanchez, año 1593. en octavo; y habiendo recogido despues otras muchas, publicó *segunda Parte* en Madrid en la Imprenta de Pedro Madrigal año 1591. en octavo. De Francisco de Aldana dice su hermano Cosme, que traduxo en verso suelto *las Epístolas de Ovidio*, y que compuso una Obra de *Angélica, y Medoro* de innumerables Octavas; y si bien no se imprimieron, porque no se hallaron; por estas dos Obras venimos en conocimiento de que Cervantes habló de Francisco de Aldana, y no de Luis Barahona de Soto, de quien tenemos doce Cantos de *la Angélica*, prosiguiendo la invencion de Ariosto. De cuyo Poëma dixo D. Diego de Saavedra Faxardo en su admirable *República Literaria*: *Yá con mas luz nació Luis de Barahona, varon docto, y de levantado espíritu. Pero sucedióle lo que à Ausonio, que no halló con quién consultarse. Y así dexó correr libre su vena, sin tiento, ni arte.* Juicio que tambiem arguye ser otro el Poëta à quien alabó sin medida Miguel de Cervantes Saavedra, el qual añade en el capítulo siguiente: *Se cree que fueron al fuego, sin ser vistos, ni oidos*, la Carolea, y Leon de España, *con* los Hechos del Emperador, *compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estár entre los que quedaban. Y quizá, si el Cura los viera, no pasáran por tan rigurosa sentencia. La Carolea*, de que Cervantes hace mencion, puede ser la que Hierónimo Sempere imprimió en Valencia año 1560. en octavo. Pero mas me inclino à que sea la que publicó en Lisboa año 1585. Juan Ochoa de Lasalde; porque hablando Cervantes en su *Viage del Parnaso* de la lista de Poëtas que le dió Mercurio, dice así:

Mire la lista, y ví que era el primero
El Licenciado Juan de Ochoa, amigo,
Por Poëta, y Christiano verdadero.

116 El Autor de *el Leon de España* fue Pedro de la Vecilla Castellanos, natural de Leon, el qual publicó su Poëma, y otras Obras, en Salamanca año 1586. en octavo. Los *Comentarios de la Guerra de Alemania, hecha por Carlos Quinto*, los escribió D. Luis de Avila y Zúñiga, Comendador Mayor de Alcántara, persona à quien el Cesar estimó muchísimo, y à quien dieron grandes elogios los primeros Escritores de aquella edad.

117 Estos Anacronismos basten en órden à las personas de Letras. Otros muchos cometió Cervantes hablando de los que fueron ilustres en las Armas: pues yá supone escrita en tiempo de D. Quixote (*a*) la Historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la Vida de Diego Garcia de Paredes; siendo así, que aquel murió en Granada dia dos de Diciembre del año 1515. agravado de una quartana (para él infausta) de edad de 62. años; y éste murió de 64. años en el de 1533. y las Chrónicas de ambos se imprimieron en Alcalá de Henares por Hernan Ramirez, año 1584. en folio.

118 Tambien introduce à un Cautivo, refiriendo (*b*), que el gran Duque de Alva D. Fernando de Toledo pasaba à Flandes.

119 El mismo Cautivo dice, que le sirvió en las jornadas que hizo: que se halló en la muerte de los Condes de Eghemon, y de Hornos: que alcanzó à ser Alferez de un famoso Capitan de Guadalaxara, llamado Diego de Urbina. Habla de la pérdida de la famosa Isla de Chipre, que ganó Selim II. año 1571. de la Liga del Santo Pontífice Pio V. con España, contra el enemigo comun: Del General de aquella sagrada Liga D. Juan de Austria, hermano natural del Rey D. Felipe II. Dice que se halló en aquella felicísima jornada yá hecho Capitan de Infantería: que se halló en la memorable Batalla de Lepanto, la qual dieron, y ganaron los Christianos dia siete de Octubre del año 1572. Allí mismo refiere, como yen-

(*a*) *Part. I. cap.* 32. *Añádase el cap.* 35. *en el fin.*
(*b*) *Part. I. cap.* 39.

yendo en la Capitana de Juan Andrea de Oria, por haber querido saltar en la Galera de Uchali, Rey de Argel, desviándose ésta, quedó cautivo. Pondera su desgracia, segun se ha referido en otra parte. Algo mas adelante celebra à Don Alvaro de Bazán, Marques de Santa Cruz, y al invictisimo Carlos Quinto. Cuenta muy despacio la perdida de la Goleta, y de un pequeño Fuerte, ò Torre, que estaba en mitad del Estaño à cargo de D. Juan de Zanoguera, Caballero Valenciano, y famoso Soldado. Dice que cautivaron à D. Pedro Puerto-Carrero, General de la Goleta, y à Gabrio Cervellon, General del Fuerte: que murieron en estas dos Fuerzas muchas personas de cuenta, como Pagán de Oria, hermano del famoso Juan de Andrea de Oria, y D. Pedro de Aguilar, Caballero Andaluz, el qual habia sido Alferez en el Fuerte, Soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: y que especialmente tenia mucha gracia en la Poësía.

120 En otra parte (*a*) celebra los puñales de Ramon de Hoces el Sevillano. Acuerda el cuento del Licenciado Torralva (*b*). Hace tambien mencion del fullero Andradilla (*c*). Y à este tenor de otros muchos, cuya memoria era muy reciente. ¡Hai igual ensarte de Anacronismos!

121 Pues no paran aquí. Dice Cervantes (*d*), que encontró D. Quixote unos Recitantes de la Compañia de Angúlo el Malo, los quales habian hecho aquella mañana, que era la Octava del Corpus, el Auto *de las Cortes de la muerte*, y le habian de repetir aquella tarde en otro Lugar: donde es digno de censura, que suponga introducidos en España en tiempo de D. Quixote los Autos Sacramentales, siendo así, que la gente de Farsa no se conocia antes en España, ni era conforme à la gravedad de las antiguas costumbres.

122 Tambien supone el uso de enfriar el agua con nieve (*e*), siendo cierto que Pablo Jarquíes fue el primero que en tiempo de Felipe Tercero

(*a*) *Part. II. cap.* 75. (*b*) *Part. II. cap.* 93. (*c*) *Part. II. cap.* 101. (*d*) *Part. II. cap.* 63. (*e*) *Part. II. cap.* 110.

ro fue el inventor del tributo de los pozos de la nieve, habiendo introducido antes en España el modo de guardarla, y de usar de ella D. Luis de Castelví, Gentilhombre de la Boca del Emperador Carlos Quinto, de quien Gaspar Escolano, explicándose de la manera que suele, escribió así: (*a*): *A este Caballero le debe España el uso de guardar la nieve en casas* (por casas entiende los pozos) *en las Sierras donde cae, y el modo de enfriar el agua con ella. Porque no conociendo generalmente otro medio para eso que el del salmitre, fue el primero que puso en plática en la Ciudad de Valencia el manexo de la nieve: que ha sido (demás de único regalo) singular ahorro de modorrías, tabardillos, calenturas pestilentes, y de otras gravísimas dolencias, que nos daban en las calores del Verano: y como tal se comunicó poco à poco à lo restante de España el uso de ella: de donde nos quedó à los Valencianos llamarle à este Caballero D. Luis de la Nieve.*

123 S. Diego de Alcalá, y S. Salvador de Orta se beatificaron en tiempo de Felipe Tercero; y aludiendo à eso, dice Sancho à D. Quixote (*b*): *Advierta, Señor, que ayer, ò antes de ayer, que, segun há poco, se puede decir desta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fraylecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian, y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora à gran ventura el besarlas, y tocarlas, y están en mas veneracion que está, segun dixe, la Espada de Roldan en la Armería del Rey nuestro Señor.*

124 En el reynado de Felipe Tercero fue General de las Galeras de la carrera de Indias D. Pedro Vich, Caballero Valenciano, à quien alabó Cervantes en la *Novela de las dos Doncellas*; y señalando à éste, con ocasion de referir que D. Quixote entró en una Galera, dice (*c*): *Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal Caballero Valenciano, y abrazó à D. Quixote.*

125 El Edicto último de la expulsion de los Moriscos de España se publicó en el año 1611, y

 Cer-

(*a*) *Historia de Valencia, lib. 8. cap. 28.* (*b*) *Part. II. cap. 60.* (*c*) *Part. II. cap. 315.*

Cervantes introduce à un Morisco llamado Ricote (*a*), alabando à D. Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien dió Felipe Tercero cargo de la expulsion de los Moriscos.

126 ¿ Pero qué me detengo yo en amontonar Anacronismos, quando toda la Historia de D. Quixote está llena de ellos ? Baste decir que Sancho Panza puso la fecha de su carta escrita à Teresa Panza su muger à 20 de Julio de 1614 (*b*), que quizá sería el mismo dia en que Cervantes la escribió.

127 Mas con todo esto quiero disculpar quanto pueda à Miguel de Cervantes Saavedra, diciendo que como al principio de su Historia dixo que D. Quixote no habia mucho tiempo que vivia en un Lugar de la Mancha, siguió despues el hilo desta primera ficcion; y olvidado de ella en el fin de su Historia, se propuso imitar à Garci-Ordoñez de Montalvo en el lugar citado, y anticipó el tiempo de D. Quixote. Y así solo incurrió en este descuido. O para decirlo mejor, D. Quixote es hombre de todos tiempos, y verdadera idea de los que ha habido, hay, y habrá: y así se acomoda bien à todos tiempos, y lugares. Y quando los mas severos Críticos no admitan esta disculpa, à lo menos no me negarán que estos descuidos, y los demás, que fuera facil añadir, de falsas alusiones, y equivocaciones, que suelen ser muy freqüentes en una mente algo abstrahida por la demasiada atencion al principal asunto; por otra parte se recompensan con mil perfecciones; pudiéndose decir con verdad que toda la Obra es una sátira la mas feliz que hasta hoy se ha escrito contra todo género de gentes.

128 Porque si atendemos al asunto, ¿ quién habia de pensar que por medio de unos Libros de Caballerías se habian de desterrar los demás ? El caso fue que escribiendo con invencion, y estilo de todas maneras agradables, se hizo único en este género de Escritos, como quien tenia bien conocido en qué habian pecado los demás Escritores, y cómo podrian evitarse aquellos desaciertos,

(*a*) *Part. II. cap.* 117. (*b*) *Part. II. cap.* 83.

tos, cumpliendo al mismo tiempo con el gusto de los Letores; y nunca manifestó mejor su grande idea, que quando en boca del Canónigo de Toledo habló desta manera (*a*): „ Verdaderamen„ te, Señor Cura, yo hallo por mi cuenta que „ son perjudiciales en la República estos que lla„ man Libros de Caballerías. Y aunque he leido, „ llevado de un ocioso, y falso gusto, casi el prin„ cipio de todos los mas que hay impresos, ja„ más me he podido acomodar à leer ninguno „ del principio al cabo. Porque me parece que „ qual mas, qual menos, todos ellos son una mes„ ma cosa, y no tiene mas éste que aquel, ni es„ totro que el otro. Y segun à mí me parece, „ este género de escritura (*b*), y composicion cae „ debaxo de aquel de las Fábulas, que llaman Mi„ lesias, que son cuentos disparatados, que atien„ den solamente à deleitar, y no à enseñar. Al „ contrario de lo que hacen las Fábulas Apólo„ gas, que deleitan, y enseñan juntamente. Y pues„ to que el principal intento de semejantes Li„ bros sea el deleitar; no sé yo cómo puedan „ conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan des„ aforados disparates: que el deleite que en el „ alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y „ concordancia que vé, ò contempla en las cosas „ que la vista, ò la imaginacion le ponen delan„ te; y toda cosa que tiene en sí fealdad, y des„ compostura, no nos puede causar contento al„ guno. ¿ Pues qué hermosura puede haber, ò „ qué proporcion de partes, con el todo, y del „ todo con las partes, en un Libro, ò Fábula, „ donde un mozo de diez y seis años dá una cu„ chillada à un Gigante como una torre, y le „ divide en dos mitades, como si fuera de alfe„ ñique? Y que quando nos quieren pintar una „ batalla, despues de haber dicho que hay de la „ parte de los enemigos un millon de combatien„ tes, como sea contra ellos el Señor del Libro, „ forzosamente, mal que nos pese, habemos de

(*a*) *Part. I. cap. 47.* (*b*) *Segun se habia usado antes de Cervantes.*

» entender que el tal Caballero alcanzó la victo-
» ria por solo el valor de su fuerte brazo. ¿ Pues
» qué dirémos de la facilidad con que una Rey-
» na , ò Emperatriz , heredera , se conduce en los
» brazos de un Andante , y no conocido Caballe-
» ro ? ¿ Qué ingenio , si no es del todo bárbaro,
» è inculto , podrá contentarse leyendo , que una
» gran torre llena de Caballeros vá por la mar ade-
» lante como nave , con próspero viento , y hoy
» anochece en Lombardía , y mañana amanece en
» tierras del Preste Juan de las Indias , ò en otras,
» que ni las descubrió Toloméo , ni las vió Marco
» Polo ? Y si à esto se me respondiese que los
» que tales Libros componen los escriben como
» cosas de mentira , y que así no están obligados
» à mirar en delicadezas , ni verdades ; respon-
» deríales yo que tanto la mentira es mejor (*habla de la mentira parabólica , que por el fin del que la dice no lo es*) quanto tiene mas de lo dudoso , y po-
» sible. Hánse de casar las Fábulas mentirosas con
» el entendimiento de los que las leyeren , escribién-
» dose de suerte que facilitando los imposibles,
» allanando las grandezas , y suspendiendo los áni-
» mos , admiren , suspendan , alborocen , y en-
» tretengan de modo que anden à un mismo paso
» la admiracion , y la alegria juntas : y todas es-
» tas cosas no podrá hacer el que huyere de
» la verosimilitud , y de la imitacion en quien con-
» siste la perfeccion de lo que se escribe. No he vis-
» to ningun Libro de Caballerías, que haga un cuer-
» po de Fábula entero , con todos sus miembros:
» de manera que el medio corresponda al principio,
» y el fin al principio , y al medio ; sino que
» los componen con tantos miembros , que mas
» parece que llevan intencion à formar una qui-
» mera , ò un monstruo, que à hacer una figura pro-
» porcionada. Fuera desto son en el estilo , du-
» ros : en las hazañas , increibles : en los amores,
» lascivos : en las cortesías , mal mirados : largos en
» las batallas : necios en las razones : disparatados
» en los viages ; y finalmente agenos de todo dis-
» creto artificio , y por esto dignos de ser dester-
» rados de la República Christiana , como à gente
in-

» inutil.» Se podia hacer sátira mas fuerte, y discreta contra los Escritores Caballerescos?

129 Pues las Críticas particulares que hizo de las Obras de ellos, fueron exâctísimas, y graciosísimas, como se puede ver en el capítulo sexto de su *primer Tomo*, y en otros muchos (*a*). Con quánto disimulo reprehendió el estilo de los que le habian precedido en este género de composicion, diciendo en persona de D. Quixote, que el sabio que escribiese sus hechos, llegando à contar su primera salida tan de mañana, pondria desta manera (*b*): *Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos; y apenas los pequeños, y pintados paxarillos, con sus harpadas lenguas, habian saludado con dulce, y meliflua harmonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego Orizonte à los mortales se mostraba: quando el famoso Caballero D. Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó à caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel.*

130 Tambien nos pintó Cervantes tan al vivo los vicios, así de los ánimos, como de las Obras de los demás Escritores, que no hay mas que desear. En el *Prólogo de su primera Parte*, que leído muchas veces, siempre causa novedad, con gran disimulo reprehende aquellos que faltos de dotrina afectan erudicion en las márgenes de sus Libros, rebentando por parecer eruditos: como si la variedad de citas arguyése otra cosa que una tumultuaria leccion, ò manexo de alguna Polianthea. Otros muy fuera de propósito encaxan las citas dentro de la Obra, pareciéndoles que si alegan à Platon, ò Aristóteles, serán tan simples los Letores que se persuadan que los han leído. Otros, habiendo apenas saludado la lengua Latina, se precian mucho de afectar su culta Latini-parla. A estos reprehendió D. Quixote; pues en una ocasion, en que hablando con Sancho

h 3 Pan-

(*a*) *Cap.* 32. & 47. (*b*) *Part. I. cap.* 2.

Panza (a), le dixo: *Que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de longinquos, dixo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos, respondió D. Quixote, quiere decir apartados. Y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado à saber Latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran.* Por eso Cervantes, que se preciaba de saber la Lengua Castellana, pero no la Latina (que esto pide una aplicacion, y exercicio de muchos años), introduxo à Urganda la Desconocida, hablando con su Libro desta suerte:

Pues al Cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el Negro Juan Lati-:
Hablar Latines rehu-.

131 Este Juan Latino fue un Ethíope, primeramente esclavo, y condiscípulo en la Gramática de Gonzalo Fernandez de Córdoba, Duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, y despues liberto suyo, y Maestro de Lengua Latina en la Escuela de la Iglesia de Granada.

132 Tambien reprehendió Cervantes las frioleras de los Intérpretes, quando escribió así (b): *Entra Cide Hamete, Coronista desta grande Historia, con estas palabras en este capítulo: Juro, como Católico Christiano. A lo que su Traductor dice que el jurar Cide Hamete como Católico Christiano, siendo él Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el Católico Christiano, quando jura, jura, ò debe jurar verdad, y decirla en lo que dixere; así él la decia, como si jurára como Christiano Católico, en lo que queria escribir de D. Quixote.*

133 En otra parte (c), tratando de D. Quixote, dice: *Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quixada, ò Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los Autores que deste caso escriben: aunque por conjetu-*

ras

(a) Part. II. cap. 81. (b) Part. II. c. 79. (c) Part. I. c 1.

ras verosímiles se dexa entender que se llamaba Quexana. En lo qual, en mi juicio, quiso Cervantes reprehender la ociosidad de muchos vanamente solícitos en amontonar varias lecciones, à fin de manifestarse ingeniosos con frívolas conxeturas.

134 Estos, pues, y semejantes Escritores son aquellos de quienes hace burla Cervantes, diciendo en su Prólogo que solicitan Aprobaciones hechas por sus Amigos, ò por ellos mismos, para satisfacer mejor à la propia ambicion de grangear aplausos. Bien que algunos Escritores cuerdos, que saben lo que puede con los necios la autoridad extrínseca, tal vez se dexan llevar, ò del apetito de gloria, ò condescendiendo en los ruegos, y cortesanía de sus Amigos, son los propios fabricadores de sus alabanzas, como sospecho yo que lo practicó el P. Juan de Mariana en casi todas sus Obras, y el mismo Cervantes en su Parte II. de D. Quixote de la Mancha.

135 Los Letores no se libraron de la censura de nuestro Autor. Entre otras muchas me parece muy graciosa aquella que hizo de los que à las márgenes de los Libros ponen notas muy ridículas, qual era la que dice que tenia la Historia Arabiga de D. Quixote, que traducida en Castellano, dice así (*a*): *Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta Historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra muger de toda la Mancha.*

136 No solamente los que escriben, y leen tuvieron sus justas reprehensiones, sino tambien los que hablan con poca enmienda. Y à esto me parece que alude lo que dixo el Vizcaino (*b*): *Anda, Caballero, que mal andes, por el Dios que críome, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí, Vizcaino. Entendióle muy bien D. Quixote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras Caballero, como no lo eres, yá yo hubiera castigado tu sandez, y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el Vizcaino: Yo no Caballero? Juro à Dios tan mientes, como Christiano. Si lanza arroxas, y es-*

(*a*) *Part. I. cap. 9.* (*b*) *Part. I. cap. 8.*

espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas: Vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Aquí se vé claramente quánto desfigura el lenguage, y trastorna el sentido, la colocacion perturbada: vicio de los Libros antiguos escritos en Romance, como mas inmediatos al origen Latino: y vicio tambien del mismo Cervantes en su *Galatea*; el qual se evita siguiendo la costumbre de hablar; pero como ésta no está fundada en una perfecta analogía, sino que tiene por reglas muchas irregularidades: de aquí nace que no se puede hablar, ni escribir con enmienda, sin haber estudiado bien la Gramática de la propia Lengua, como lo practicaron los Griegos, y Romanos, Naciones las que mejor han hablado en todo el mundo. Y porque en España no se usa esto, han sido poquísimos los que han escrito con enmienda.

137 Omito que Cervantes tambien nos quiso enseñar en boca de D. Quixote, que puede muy bien una Provincia ser privilegiada, y esenta de tributos, sin distincion de personas; pero que la verdadera Nobleza, en opinion de todas las gentes, siempre será aquella en que los hombres se hagan ilustres por sus hazañas, y empleos, y sean honrados de sus Repúblicas, ò Príncipes. Sobre lo qual hizo D. Quixote en otra parte un excelente razonamiento, explicando la diferencia de Caballeros, y de Linages (*a*). Y Cide Hamete se rie de la hidalguía de Maritornes, moza de una Venta, diciendo (*b*): *Cuéntase desta buena moza que jamás dió semejantes palabras* (como la que habia dado à un Harriero de Arevalo), *que no las cumpliese, aunque las diese en un monte, y sin testigo alguno. Porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estár en aquel exercicio de servir en la Venta. Porque decia ella que desgracias, y malos sucesos la habian traído à aquel estado.*

138 Tambien tuvieron su oculta, pero fuerte reprehension, los Señores del tiempo de Cervantes, por no apreciar como debian las Obras de in-

(*a*) *Part. II. cap.* 58. (*b*) *Part. I. cap.* 16.

ingenio. Esta sátira fue agudísima, y pide muy particular atencion. Pintó Cervantes admirablemente à un falso Humanista, al qual solemos llamar *Pedante*; y despues de habernos dexado dos graciosísimos Retratos suyos (a), en que manifestó la ridícula idea de sus Obras, hizo que D. Quixote, prosiguiendo su discretísima conversacion, le dixese esto: *Querria yo saber, yá que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus Libros (que lo dudo) à quién piensa dirigirlos? Señores, y Grandes hay en España à quien puedan dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondió D. Quixote. Y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfaccion, que parece se debe al trabajo, y cortesía de sus Autores. Un Príncipe conozco yo* (discreta lisonja à D. Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos) *que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera à decirlas, quizá despertára la invidia en mas de quatro generosos pechos.* Antigua, pues, y como heredada es en España esta falta de conocimiento, y aprecio de los grandes Escritores. Por eso ha habido quien fuera de ella ha buscado Mecenas. Y preguntado otro, por qué se mostraba arrepentido de haber honrado la memoria de tantos, respondió (b): *Porque piensan ellos, que el celebrarlos es deuda: y así no hacen mérito del obsequio. Creen que procede de justicia, quando no es sino muy de gracia. Por lo tanto anduvo discretamente donoso aquel Autor, que en la segunda impresion de sus Obras puso entre las erratas la Dedicatoria primera.*

139 No anduvo Cervantes menos discreto en las cosas que pertenecen al trato civil, y político. En la persona de Sancho Panza nos pintó los habladores muy al vivo, haciéndole contar un cuento sumamente apropiado para representar la idea de un importuno hablista semejante à los que tratamos cada dia (c). Y porque en el trato civil no

(a) *El uno en el cap. 74. y el otro en el 76. de la Part. II.* (b) *Gracian*, el Criticon, *part. 3. crisi 6.* (c) *Part. I. cap. 31.*

no hay mayor impertinencia que la de un ceremonioso, remató el cuento contra la mal fundada presuncion de los que ponen el sér en la rigurosa observancia de las leyes de la Etiqueta muy fuera del caso.

140 No le pareció bien à Cervantes que algunos Frayles mandasen à algunos Señores: y contra esto hizo un fuerte Sermon (*a*).

141 Reprehendió el favor de los Farsantes (*b*), que entonces iban tomando cuerpo, y llegó à ser escándalo.

142 No se libró de su censura la distribucion de los premios de justicia. Y así en boca de D. Quixote (que tales cosas solamente los locos, ò simples suelen atreverse à decirlas) habló de esta manera (*c*): *Yá por muchas experiencias sabemos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Gobernador, pues hay por ahí ciento, que apenas saben leer, y gobiernan como unos Girifaltes. El toque está en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hacer, como los Gobernadores Caballeros, y no Letrados, que sentencian con Asesor. Aconsejaríale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estómago, que saldrán à su tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que gobernáre.* Aludió en esto D. Quixote à las dos Instrucciones que pensaba dar, y dió despues à Sancho Panza: una Política para el buen gobierno de su Insula (*d*); y otra Económica (*e*): entrambas dignísimas de ser leidas, y practicadas de todo buen Gobernador, y padre de familias. Al propósito de los mismos Gobernadores, dixo Sancho Panza (*f*), quando trataba de ir à su Gobierno, y de llevar su rucio: *Yo he visto ir mas de dos asnos à los Gobiernos y que llevàse yo el mio, no sería cosa nueva.* El mismo Sancho anduvo sumamente discreto, quando hablando del uso de la caza, respe-

(*a*) *Part. II. cap.* 83. (*b*) *Part. II. cap.* 63. (*c*) *Part. II. cap.* 84. (*d*) *Part. II. cap.* 94. (*e*) *Part. II. cap.* 95. (*f*) *Part. II. cap.* 85.

peto de los que tienen por oficio gobernar, fue de contrario dictamen que su amo D. Quixote, alegando su refrancico, y confirmándolo con la razon natural, que fue la que movió à decir al Sabio Rey D. Alonso (a): *Que non debe* (el Rey) *meter tanta costa, que mengue en lo que ha de complir, nin use tanto dello* (esto es, de la caza), *que le embargue los otros fechos.*

143 Sería menester hacer un Libro muy crecido, si en todo se hubiese de manifestar el alma verdadera desta fingida Historia; y mas si hubiésemos de hablar de algunas personas, que se creen caracterizadas en las de esta misteriosa Historia. Pero pues Cervantes anduvo tan cauto, que encubrió su idea con el velo de la ficcion; dexemos estas interpretaciones à la curiosa observacion de los Letores, y sigamos el consejo de Urganda la Desconocida:

No te metas en dibu-,
Ni en saber vidas age-,
Que en lo que no vá, ni vie-,
Pasar de largo es cordu-.

144 Solamente en lo que toca à D. Quixote, no quiero pasar en silencio, que se engañan mucho los que piensan que D. Quixote de la Mancha es una representacion de Carlos Quinto, sin mas fundamento que antojárseles así. Cervantes apreciaba, como debia, la memoria de un Príncipe, y Señor suyo, de tanto valor, y de tan heróicas virtudes; y muchas veces le nombró con la mayor veneracion. Tambien se engañan los que piensan, que pintó en D. Quixote à D. Francisco Gomez de Sandoval y Roxas, entonces Duque de Lerma, despues Cardenal Presbytero, con el título de S. Sixto, por eleccion de Paulo V. en 26. de Marzo de 1618. Pero este pensamiento de ningun modo es creible: porque mandando à España el Duque de Lerma, no se atreveria Cervantes à hacerle una burla tan infame, que le podia salir muy cara; ni dedicaria la continuacion de dicha Obra al Conde de Lemos, íntimo amigo del Duque.

Que

(a) *Ley 2. tit. 5. part. 2.*

145 Querer hablar de las Traducciones que se han hecho de la Historia de D. Quixote, sería alargarnos demasiado. Solamente diré, para satisfacer de algun modo à la curiosidad de los Letores, que Lorenzo Franciosini, Florentin, hombre muy amante, y benemérito de la Lengua Española, dentro de muy pocos años la traduxo en Italiano, y la publicó en Venecia año 1622. omitiendo los Versos: pero habiéndoselos traducido despues Alexandro Adimaro, tambien Florentin, publicó segunda vez la misma Traduccion en Venecia año 1625. en octavo, siendo el Impresor Andres Baba. Debo esta noticia à D. Nicolas Antonio; y la he leido en sus *Apuntamientos manuscritos*, donde dice, que así se lo habia escrito desde Florencia su amigo Antonio Magliabequi. La misma Historia se traduxo en Frances, y se publicó en París año 1678. en dos volúmenes en dozavo. Despues en Inglés, y en otras Lenguas. Pero hay tanta diferencia del original à las traducciones, como de lo vivo à lo pintado. Decia D. Quixote, y no decia mal (a): *Que el traducir de una lengua à otra, como no sea de las Reynas de las lenguas Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el revés, que aunque se vén las figuras, son llenas de hilos, que las escurecen, y no se vén con la lisura, y tez de la haz: y el traducir de Lenguas fáciles, ni arguye ingenio, ni elocucion: como no lo arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel.* Pero esto debe entenderse de aquellos Libros, cuya gran parte de perfeccion no consiste en el estilo: porque donde tanto reyna la gracia de decir, como en este de D. Quixote, la traduccion no es posible que corresponda al original. No será fuera de propósito un cuento. Bien notorio es quán ingenioso fue Mons. Row, célebre Poëta Inglés. Procuraba éste obsequiar al Conde de Oxford, gran Tesorero de Inglaterra; el qual un dia le preguntó, si entendia bien la Lengua Española? Respondióle que no; y persuadiéndose à que pensaria enviarle à España con alguna hon-

(a) *Part. II. cap.* 114.

honrosa comision ; añadió que dentro de poco tiempo esperaba entenderla, y hablarla. Aprobólo el Conde : retiróse Mons. Row à una quinta ; y como era tan habil, dentro de pocos meses aprendió la Lengua Española, y fue à dar cuenta de su buena diligencia. El Conde exclamó : *Dichoso V. md. que puede tener el gusto de leer, y entender el original de la Historia de D. Quixote !* Quedó el Poëta tan frio, como honrada la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra.

146 El qual, mientras estaba trabajando la continuacion de la Historia de D. Quixote, se divertia en escribir algunas *Novelas*, que salieron à luz con este título : *Novelas Exemplares de Miguel de Cervantes Saavedra. En Madrid, por Juan de la Cuesta, año 1613. en quarto.*

147 Las *Novelas* son doce : y sus títulos estos : LA GITANILLA. EL AMANTE LIBERAL. RINCONETE Y CORTADILLO. LA ESPAñOLA INGLESA. EL LICENCIADO VIDRIERA. LA FUERZA DE LA SANGRE. EL ZELOSO ESTREMEñO. LA ILUSTRE FREGONA. LAS DOS DONCELLAS. LA SEñORA CORNELIA. EL CASAMIENTO ENGAñOSO. LOS PERROS CIPION Y BERGANZA.

148 Estaba Cervantes tan justamente satisfecho de estas *Novelas* (algunas de las quales, como RINCONETE Y CORTADILLO, y otras, años habia (*a*) que las tenia compuestas), que dedicándolas al Conde de Lemos, llegó à decirle : *Advierta vuestra Excelencia que le envio, como quien no dice nada, doce* CUENTOS, *que à no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados.* Pero es muy del caso referir aquí quál fue la idea de Cervantes, para que se haga mejor juicio de la censura, que le hizo el Escritor Aragonés.

149 Despues de haber dicho Cervantes, que si en la Historia de D. Quixote hubiera solicitado ambiciosas alabanzas, le hubiera ido mejor; prosigue así : » En fin, pues yá esta ocasion se

» pa-

(*a*) *Part. I. cap. 47:*

„ pasó, y yo he quedado en blanco, y sin figu-
„ ra, será forzoso valerme por mi pico, que,
„ aunque tartamudo, no lo será para decir ver-
„ dades, que dichas por señas, suelen ser enten-
„ didas. Y así te digo (otra vez Letor amable)
„ que destas NOVELAS, que te ofrezco, en nin-
„ gun modo podrás hacer pepitoria; porque no
„ tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa
„ que les parezca. Quiero decir que los requie-
„ bros amorosos, que en algunas hallarás, son tan
„ honestos, y tan medidos con la razon, y discur-
„ so christiano, que no podrán mover à mal pen-
„ samiento al descuidado, ò cuidadoso que las le-
„ yere. Heles dado el nombre de EXEMPLA-
„ RES: y si bien lo miras, no hay ninguna de
„ quien no se pueda sacar algun exemplo provecho-
„ so. Y si no fuera por no alargar este sugeto,
„ quizá te mostrára el sabroso, y honesto fruto
„ que se podria sacar, así de todas juntas, co-
„ mo de cada una de por sí. Mi intento ha sido
„ poner en la plaza de nuestra República una me-
„ sa de Trucos, donde cada uno pueda llegar à
„ entretenerse, sin daño de barras: digo sin daño
„ del alma, ni del cuerpo; porque los exercicios
„ honestos, y agradables, antes aprovechan, que
„ dañan. Sí; que no siempre se está en los Templos.
„ No siempre se ocupan los Oratorios. No siempre
„ se asiste à los negocios por calificados que sean.
„ Horas hay de recreacion, donde el afligido es-
„ píritu descanse. Para este efeto se plantan las
„ alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las
„ cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardi-
„ nes. Una cosa me atreveré à decirte, que si por
„ algun modo alcanzára que la leccion destas No-
„ velas pudiera inducir à quien las leyere à algun
„ mal deseo, ò pensamiento, antes me cortára la
„ mano con que las escribí, que sacarlas en públi-
„ co. Mi edad no está yá para burlarse con la otra
„ vida; que al cinqüenta y cinco de los años ga-
„ no por nueve mas, y por la mano. A esto se
„ aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi incli-
„ nacion: y mas que me doy à entender (y es
„ así) que soy el primero que he novelado en
Len-

» Lengua Castellana; que las muchas Novelas que » en ella andan impresas, todas son traducidas de » Lenguas Estrangeras; y éstas son mias propias, » no imitadas, ni hurtadas. Mi ingenio las engen» dró, y las parió mi pluma, y ván creciendo en » los brazos de la Estampa.... Solo esto quiero que » consideres, que pues yo he tenido osadía de » dirigir estas Novelas al gran Conde de Lemos, » algun misterio tienen escondido, que las levan» ta. » Este misterio, lo es para mí. Declárelo quien lo entienda. En lo demas claramente entendemos el motivo que tuvo Cervantes para llamar *Exemplares* à sus *Novelas.* Con todo esto el maldiciente Aragonés empezó su Prólogo de esta manera: *Como casi es* COMEDIA *toda la Historia de D. Quixote de la Mancha, no puede, ni debe ir sin Prólogo: y así sale al principio desta segunda Parte de sus hazañas este menos cacareado, y agresor de sus Letores, que el que à su primera Parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y mas humilde que el que segundó en sus* NOVELAS, *mas satíricas, que exemplares, si bien no poco ingeniosas.*

150 No hagamos caso de que por burla llama *cacareado* à un *Prólogo* tan justamente celebrado, queriendo parear sus necedades con aquellas incomparables discreciones. Ni nos detengamos en que llame *Agresor de los Letores* à un *Prólogo*, en el qual nada se dice contra estos Lo que à este satírico, como à envidioso, le dolia, era, el que Cervantes hubiese dicho haber sido el primero que valiéndose de su propia invencion, noveló en Lengua Castellana. Oigamos à Luis Gaitan de Vozmediano, el qual en el Prólogo de la traduccion que hizo de la *primera Parte de las cien Navelas de Mons. Juan Bautista Giraldo Cinthio*, impresa en Toledo por Pedro Rodriguez, año 1590. en quarto, hablando de las Novelas rigurosamente tales, y entendiendo por ellas, à mi vér, *unas ficciones de sucesos amorosos, escritas en prosa artificiosamente para divertir, è instruir à los Letores* (segun las difinió el eruditísimo Huet): dice así: *Yá que hasta ahora se ha usado poco en España este género de Libros, por no*

ha-

haber comenzado à traducirlos de Italia, y Francia; no solo habrá de aqui adelante quien por su gusto las traduzga; pero será por ventura parte el vér que se estima esto tanto en los Estrangeros, para que los Naturales hagan lo que nunca han hecho, que es componer Novelas. Lo qual entendido, harán mejor que todos ellos, y mas en tan venturosa edad, qual la presente. Así sucedió: porque Cervantes escribió algunas Novelas con tanto ingenio, discrecion, y elegancia, que pueden competir con las mejores, no coartando el nombre de Novela à las Fábulas amorosas, sino haciendo sugeto de ella qualquiera asunto, capaz de divertir honestamente à los Letores. Lope de Vega estuvo tan ageno de contradecirlo, que antes bien alabó la invencion, gracia, y estilo de Cervantes, quando en la Dedicatoria de su primera Novela dixo: *Tambien hay* (en España) *Libros de* NOVELAS: *de ellas traducidas de Italianos, y de ellas, propias, en que no faltó gracia, y estilo à Miguel de Cervantes.* Pero porque esto mismo dicho con sencillez por Cervantes causó envidia al detractor, notó éste su Prólogo de poco humilde, y à sus *Novelas* de mas satíricas, que exemplares, aludiendo sin duda à las dos NOVELAS *del* LICENCIADO VIDRIERA, *y de los* PERROS CIPION, Y BERGANZA: de las quales ésta mereció la aprobacion de Pedro Daniel Huecio (*a*), hombre el mas erudíto que ha tenido la Francia; y aquella juzgo yo que es el texto donde Quevedo tomaba puntos para formar despues sus lecciones satíricas contra todo género de gentes.

151 Ultimamente, por lo que toca à intitular *Exemplares* à las *Novelas*, yo, hablando con ingenuidad, no las hubiera llamado así; y en esto no me aparto del juicio de Lope de Vega, el qual acabando de alabar las Novelas de Cervantes, añade (*b*): *Confieso que son Libros de grande entretenimiento: y que podrian ser exemplares como algunas de las Historias de Valdelo; pero habian de escribir-*

(*a*) *Lettre de l'Origine des Romains.* (*b*) *En la Dedicatoria de su primera Novela à la Señora Maria Leonarda.*

birlos hombres científicos, ò *por lo menos grandes Cortesanos*, *gente que halla en los desengaños notables sentencias*, *y aforismos*. Pero para censurar el título que dió Cervantes à sus NOVELAS, era menester probar, que no le convenia. Mas esta no era empresa para el Censurador Aragonés; el qual debia haber observado la explicacion de Cervantes, y tomado esta breve leccion del Maestro Alexio Venegas (*a*). *Resumiendo* (dice) *todas estas tres especies de Fábulas*, *digo*, *que la Fábula Mithológica es una habla*, *que con palabras de admiracion significa algun secreto natural*, *o cuento de Historia. La Apológica es una exemplar figura de habla*, *de cuya certeza se entiende la intencion del Fabulador*, *que es componer las buenas costumbres. La Fábula Milesia es un desvarío vano*, *sin meollo de virtud*, *ni ciencia*, *urdido para embebecer à los simples*. Dexando, pues, Cervantes la Fábula Mithológica à los Poëtas antiguos, y la Milesia à los Escritores desvergonzados, antiguos, y modernos, escogió para sí la Apológica, ò exemplar. Y para que esto se acabe de entender, oigamos de nuevo à aquel necio Reprehensor, que por ventura nos dará ocasion para defender à Cervantes con alguna novedad. *Conténtese* (dice) (*b*) *con su Galatea*, *y Comedias en prosa*; *que eso son las mas de sus Novelas. No nos canse*. Que las COMEDIAS sean escritas en prosa, no es maravilla; pues las Griegas, y Latinas casí todas están compuestas en Versos Yambos, tan semejantes à la prosa, que muchas veces apenas se distinguen de ella. Y las mejores Comedias que tenemos en Español, que son LA CELESTINA, Y EUFROSINA, están escritas en prosa. De la CELESTINA dixo el docto Autor del *Diálogo de las Lenguas*, que quitándole algunos vocablos fuera de propósito, y algunos otros Latinos, era de opinion, *que ningun Libro hay escrito en Castellano*, *adonde la Lengua esté mas natural*, *mas propia*, *ni mas elegante*. Y despues de él dixo Cervantes (*c*), que era *Libro en su opinion divino*,

(*a*) *En la Exposicion que hizo al Momo*, *concl.* 2. (*b*) *En el Prólog. citado*, (*c*) *En la Décima del Poëta Entreveradas*

si encubriera mas lo humano : juicios, que segun el mio, totalmente quadran tambien à LA EUFROSINA. Pero no puedo disimular, que en medio de la pureza de estilo de ésta, hay freqüentísimas alusiones pedantescas, las quales empalagan mucho el delicado gusto de los Letores.

152 Que las Novelas sean Comedias, no es mucho; pues siendo la Novela una Fábula, es necesario que sea alguna de las especies de la Fábula; y en mi juicio puede ser qualquiera de ellas, como se puede observar en esta induccion: en la qual me valdré de los exemplos de Cervantes en quanto ellas alcancen, para que se vea que fue diestrísimo en casi todas las especies de composicion fabulosa.

153 Toda FABULA es ficcion, y toda ficcion es narracion, ù de cosas que no sucedieron; pero fueron posibles: ù de cosas que ni sucedieron, ni fueron posibles. Si la narracion es de cosas meramente posibles, y se atiende la semejanza, y proporcion que tiene lo fingido con lo que se quiere persuadir, se llama PARABOLA, de que están llenos los Sagrados Libros; y el que compuso el Infante D. Juan Manuel en su discretísimo CONDE LUCANOR. Y si atendemos la Invencion, se llama NOVELA: nombre que en este significado no es muy antiguo en España. Pero si la narracion es de cosas imposibles, se llama APOLOGO, como las FABULAS DE ISOPO, y de FEDRO. En cuyo género de composicion se debe observar, que aunque sea la hipótesis imposible, una vez que sus Partes se suponen exîstentes, se deben guardar con verosimilitud la propiedad, y costumbres de las personas fingidas, siguiendo en todo la naturaleza de las cosas. Es de tanto provecho esta invencion, que se halla practicada en las Divinas Letras: pues en el *Libro de los Jueces* (*a*) leemos, que los árboles de la Montaña tuvieron sus Cortes para alzar por Rey uno de ellos. Algunos de los quales no quisieron acetar el Reynado. La oliva por no dexar su grosura: la higuera la dulzura de sus

(*a*) *Cap. 9. v. 8.*

sus frutos: la vid el vino regocijador: y viniendo à la cambronera, no solo acetó el Cetro, sino que à no dárselo, amenazó con pena de fuego à los cedros del Líbano. Tambien leemos en el *Libro quarto de los Reyes (a)*, que Joaz, Rey de Israël, envió à decir à Amasías, Rey de Judá, que se contentáse con las vitorias que habia alcanzado, sin querer haberlas consigo, guardándose no le aconteciese lo que al cepacaballo (que es el que dicen cardo corredor), el qual envió à decir al cedro del Monte Líbano, que diese su hija para casarla con su hijo; y al tiempo que hacía esta propuesta, pasaron los bestias del Líbano, y atropellaron, y maltrataron al cardo, quando con tanta arrogancia aspiraba à ser consuegro del cedro. Esto supuesto, se debe tener por Apólogo LA NOVELA DE LOS PERROS, donde introduxo Cervantes un agradable coloquio entre Cipion, y Berganza, Perros del Hospital de la Resurreccion de Valladolid.

154 En lo que toca à las Novelas, dichas así especialmente, su ficcion se compone, ù de partes meramente posibles, como casi todas las que hay escritas, ù de sucesos verdaderos, pero que no tuvieron el enlace, y conseqüencia que dice el Autor; porque si no, sería Historia, ò Relacion verdadera, como lo es en gran parte LA NOVELA DEL CAUTIVO, advirténdolo el mismo Cervantes (b); pero no lo es el enredo, y desenredo en que consiste la NOVELA, ò FABULA.

155 La ficcion de cosas posibles, ò propone la imitacion de una idea perfecta, la mejor que pueda imaginarse, segun las acciones ilustres que se han de engrandecer; ò una idea de la vida civil, que sea mas practicable, ò los defectos de la naturaleza, ù del ánimo, ahora sea para reprehenderlos, ahora para incitar à su burla, ò imitacion; que à tanto como esto llega la malignidad del entendimiento humano.

156 Si la FABULA propone una idea muy perfecta, se llama EPOPEYA, la qual repre-

(a) *Cap. 14. v. 8.* (b) *Part. I. cap. 38. en el fin.*

senta con gallardía las acciones ilustres de personas insignes en las Artes de la paz, ù de la guerra, con el fin de excitar los ánimos de los Lectores à la admiracion, y de moverlos à la imitacion de tan heróicas virtudes. Tales son la ILIADA, y ULISEA de Homero.

157 Antonio Diógenes, que segun conjetura Focio (a), Patriarca de Constantinopla, vivió poco despues de Alexandro Magno, escribió una *Novela de las Peregrinaciones, y Amores de Dinias, y Dercilis*, donde se vé una manifiesta imitacion de las Peregrinaciones de Ulises, y Amores de Calipso. *La Novela* que compuso *de las cosas de Ethiopia* Heliodoro, Obispo de Trica en Thesalia, tambien está escrita à imitacion de la *Ulisea* de Homero: asimismo la *de los Amores de Clitofon, y Leucippes*, menos honesta que la otra, su Autor Aquiles Tacio, que, si creemos à Suidas, tambien fue Obispo. Y para que à nuestra edad no faltáse otro, tambien Novelista à lo de Homero, Mons. Fenelon, Arzobispo de Cambrai, ingeniosamente escribió con estilo Poëtico *las Aventuras de Telemaco*. Ultimamente (por no apartarme de Cervantes) LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA son una clara imitacion de la ULISEA de Homero, y ETHIOPICA de Heliodoro, con quien Cervantes intentó competir; y en mi juicio le hubiera aventajado, si con la fecundidad de su ingenio no hubiera entremezclado tantos Episodios, que desfiguran, y desaparecen la constitucion, y proporcion de los miembros de la Fábula principal. Pero este mismo descuido tiene una singular prerogativa, y es, que muchos destos Episodios son otras tantas TRAGEDIAS, donde la accion es una, y de persona ilustre, y el estilo correspondiente à la grandeza de la accion, sin que falte otra cosa para la composicion de una perfecta Tragedia, sino la disposicion Dramática, Coro, y Aparato Scénico.

158 La FABULA DE D. QUIXOTE DE LA MANCHA imita la ILIADA. Quiero decir, que si

(a) *In Bibliotheca.*

si la ira es una especie de furor, yo no diferencio à Aquiles airado de D. Quixote loco. Si la ILIADA es una Fábula Heróica escrita en Verso, la NOVELA DE D. QUIXOTE lo es en Prosa: *que la Epica* (como dixo (a) el mismo Cervantes) *tan bien puede escribirse en Prosa, como en Verso.*

159 Si la *NOVELA* propone una idea de la vida civil con su artificioso enredo, è ingeniosa solucion, es *COMEDIA.* Y por tales tengo yo casi todas las Novelas de Cervantes: y como Comedias se han representado muchas dellas, solo con haberlas dispuesto en forma Dramática.

160 Si la vida que representa la *NOVELA* es Pastoril, se llamará *ECLOGA* con toda propiedad. Y asi llamó Cervantes à su *GALATEA* (b). Veamos, pues, ahora quán bien quadra lo que dixo el ignorante Aragonés: *Conténtese con su GALATEA, y COMEDIAS en Prosa: que eso son las mas de sus NOVELAS. No nos canse.* A fé que no diria esto Lope de Vega su oráculo, pues en su *NOVELA DEL DESDICHADO POR LA HONRA*, dixo (c): *Yo he pensado que tienen las NOVELAS los mismos precetos que las COMEDIAS.*

161 Si las costumbres se reprehenden con acrimonia descubierta, y severidad de ánimo, la *NOVELA* será *SATIRICA*; como la *GITANILLA, RINCONETE Y CORTADILLO: EL LICENCIADO VIDRIERA*; y *LOS PERROS CIPION Y BERGANZA*: que son quatro ingeniosísimas *SATIRAS*, semejantes, segun podemos conjeturar, à las que compuso Marco Varron, intitulándolas *MENIPEAS*, aludiendo à que Menipo, Filósofo Cínico, trató cosas muy graves con estilo gracioso. *LA GITANILLA* es una reprehension de las costumbres de los Gitanos, salteadores, siempre perseguidos, y nunca acabados. *RINCONETE Y CORTADILLO* es una satírica representacion de la vida ladronesca, y especialmente de la de los Cortabolsas, que llamamos *Gatuna. EL LI-*

(a) *Part. II. cap. 99. en el fin.* (b) *En el principio de su Prólogo* (c) *En la Dedicatoria de la Novela: La Desdicha por la Honra.*

CENCIADO VIDRIERA es una censura general de todos los vicios. *LA NOVELA DE LOS PERROS* es una invectiva contra los abusos que hay en la profesion de varios exercicios, y empleos.

162 Si las costumbres, ò acciones se representan ridículas, la *NOVELA* es *ENTREMES*: de cuya composicion, como diré en su lugar, y tiempo, nos dexó Cervantes ocho ideas: y en las quatro *NOVELAS* recien alabadas hay mucho de eso, y aun en la de *D. QUIXOTE*.

163 De las ideas torpes de los vicios, representándolos agradables, como dicen que lo hacian las antiguas, y bien perdidas *NOVELAS SIBARITICAS*, y se vé hoy en las *MILESIAS*, no quiso Cervantes dexarnos exemplo, por no darle malo.

164 Pero para que no nos faltáse alguna idea de la *FABULA SALTICA*, si es que debe llamarse así la que se dice que inventó, ò à lo menos compuso nuestro Español Lucano; nos le dexó en *LA GITANILLA*, y en *LA ILUSTRE FREGONA*, como tambien de la *PSALTICA*, que podemos llamar *CANTAR*, ò *ROMANCE*, de cuya especie compuso, segun él dice, infinitos (*a*); entre los quales habria muchos ciertamente correspondientes à la grandeza de su ingenio: y yo (aunque por conxetura) pudiera aquí señalar algunos, y especialmente el que empieza: *En la Corte está Cortés*, que me agrada mucho.

165 El diestro Inventor, como Cervantes, sabe hacer una agradable mezcla de todas estas especies de Fábulas, así en lo que toca à los caracteres de las personas, y costumbres, como al estilo, apropiándole al sugeto de que se trata. Y à esto aludió el Canónigo de Toledo, esto es, el mismo Cervantes, quando dixo (*b*): „Que con „todo quanto mal habia dicho de tales Libros „(*esto es, de los noveleros*), hallaba en ellos una „cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, „para que un buen entendimiento pudiese mostrar-

(*a*) *Viage del Parnaso, cap.* 4. (*b*) *Part. I. cap.* 47. *y* 48.

» trarse en ellos, porque daban largo, y espacioso campo, por donde sin empacho alguno, pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros, y batallas: pintando un Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos; y eloqüente Orador, persuadiendo, ù disuadiendo à sus Soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado: tan valiente en el esperar, como en el acometer: pintando, ahora un lamentable, y trágico suceso, ahora un alegre, y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta, y recatada: aquí un Caballero Christiano, valiente, y comedido: acullá un desaforado Bárbaro fanfarron: acá un Príncipe cortés, valeroso, y bien mirado: representando bondad, y lealtad de Vasallos, grandezas, y mercedes de Señores. Yá puede mostrarse Astrólogo, yá Cosmógrafo excelente, yá Músico, yá inteligente en las materias de Estado. Y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse Nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia, y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones, que pueden hacer perfecto à un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible à la verdad, sin duda compondrá una tela de varios, y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion, y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los Escritos, que es enseñar, y deleitar juntamente, como yá tengo dicho. Porque la escritura desatada destos Libros dá lugar à que el Autor pueda mostrarse Epico, Lírico, Trá-

» gico, y Cómico, con todas aquellas partes que
» encierran en sí las dulcísimas, y agradables Cien-
» cias de la Poësía, y de la Oratoria: que la Epi-
» ca tan bien puede escribirse en prosa, como
» en verso. Así es como vuesa merced dice, se-
» ñor Canónigo, dixo el Cura, y por esta causa
» son mas dignos de reprehension los que hasta
» aquí han compuesto semejantes Libros, sin te-
» ner advertencia à ningun buen discurso, ni al
» arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y ha-
» cerse famosos en prosa, como lo son en verso
» los dos Príncipes de la Poësía Griega, y Lati-
» na. Yo à lo menos, replicó el Canónigo (*el qual*
» *yá he dicho que es Cervantes*), he tenido cier-
» ta tentacion de hacer un Libro de Caballerías,
» guardando en él todos los puntos que he sig-
» nificado: y, si he de confesar la verdad, ten-
» go escritas mas de cien hojas; y para hacer la
» experiencia de si correspondian à mi estimacion,
» las he comunicado con hombres apasionados des-
» ta leyenda, doctos, y discretos, y con otros ig-
» norantes, que solo atienden al gusto de oir dis-
» parates, y de todos he hallado una agradable
» aprobacion.» Entre estos ignorantes no debió consultar al Censurador Aragonés: el qual debia haber hecho reflexîon de que quien así sabía los preceptos del arte de novelar, tomando la pluma procuraria ajustarse à ellos. En mi juicio las NOVELAS de Cervantes son las mejores que se han escrito en España, así por la agudeza de su invencion, y honestidad de costumbres, como por el arte con que se dispusieron, y la propiedad, y dulzura de estilo con que están escritas.

166 Un año despues que publicó las NOVELAS, dió à luz un Librito, que intituló VIAGE DEL PARNASO, *compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, dirigido à D. Rodrigo de Tapia, Caballero del Hábito de Santiago, hijo del señor Pedro de Tapia, Oidor del Consejo Real, y Consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema. En Madrid, por la viuda de Alonso Martin. Año 1614. En octavo.*

167 Cervantes se preció mucho de la invencion deste Libro. Yo juzgo, que es mas ingenio-

sa,

sa, que agradable. Pero no por eso me atreveré à llamar à su Autor mal Poëta, como D. Esteban Manuel de Villegas dixo que lo era, escribiendo al Doctor Bartholomé Leornardo de Argensola (*a*).

Irás del Helicon à la conquista
Mejór que el mal Poëta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quixotista.

En cuyo Terceto aludió à lo que habia dicho Cervantes (*b*), que los dos hermanos Leonardos, Lupercio, y Bartholomé no habian ido al Parnaso à dar la batalla à los malos Poëtas, porque estaban ocupados en Nápoles en el obsequio debido al Conde de Lemos. Villegas, pues, torció el sentido de Cervantes, convirtiendo en sátira de aquellos grandes ingenios el no haber ido al Parnaso; quando ellos se alegrarian de que cediese eso en gloria del Conde su Protector: y mas sabiendo que Cervantes hacía de sí el justo aprecio: pues aun siendo mozos, los alabó muchísimo en su *Galatea* (*c*), y despues en el mismo *Viage del Parnaso*, llegando à decir (*d*) en el lance mas apretado de la batalla:

Quiso Apolo indignado echar el resto
De su póder, y de su fuerza sola,
Y dár al enemigo fin molesto;
Y una sacra Cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo, y bizarría
Bartholomé Leonardo de Argensola,
Qual si fuera un Petrarte Apolo envia
Adonde está el teson mas apretado,
Mas dura, y mas furiosa la porfia.
Quando me paro à contemplar mi estado,
Comienza la Cancion (e) que Apolo pone
En el lugar mas noble, y levantado.

168 Y lo que mas es de admirar (en prueba de la rectitud del juicio de Cervantes), es que alaba-

(*a*) *En las Eróticas, Elegia 7.* (*b*) *Viagé del Parnaso, cap. 3.* (*c*) *Lib. 6.* (*d*) *Cap. 7.* (*e*) *Rimas de Lupercio, y del Doctor Bartholomé Leonardo de Argensola, pági. 316.*

baba à los Leonardos, hallándose quexoso de ellos, porque no hacian con el Conde de Lemos los buenos oficios que le habian prometido (a). D. Esteban Manuel de Villegas, que sabía esto, por lisongear à Bartholomé Leonardo, torció el pensamiento de Cervantes; y haciendo comparacion de uno, y otro, prefirió à Bartholomé. De cuya censura no se puede hacer buen juicio, si no se habla con distincion, segun las especies de Poësías. Porque en las Coplas de Arte Menor es marvilloso el juicio, y gravedad de Hernan Perez de Guzman, y de D. Jorge Manrique: como tambien el ingenio, discrecion, y gracia de D. Juan Manuel Hernan-Megia, Gomez Manrique, Luis Bivero, Suarez, el Comendador Avila, D. Diego de Mendoza, y de otros muchisimos, cuyos pensamientos fueron agudisimos, y sus expresiones tan graciosas, como nobles. Es admirable la festividad de Castillejo: la urbanidad de Luis Galvez de Montalvo: el natural decir de todos estos, castizo, inteligible, y de todas maneras agradable. Garcilaso de la Vega es el único Maestro de las Eclogas. De la Comedia, y Tragedia hablo yo en otra parte. De la Poësía Lírica es Príncipe el que lo fue de Esquilache, D. Francisco de Borja, à quien aventajó en erudicion D. Luis de Góngora; pero aunque hizo Versos felicísimos, è inimitables, no supo igualarle en la observacion del arte, y pureza del estilo. La Sátira, y Poësía heroica empezaron tarde en España. El Doctor Bartholomé Leonardo de Argensola guardó en aquella el rigor del arte, como hombre versadisimo en los tres Satiricos Latinos, Horacio, Juvenal, y Persio, à quienes mas copió, que imitó. D. Francisco de Quevedo observó menos el arte, y fue mas libre en la reprehension. En todo manifestó su gran ingenio: pero en la *Epistola Satírica, y Censoria contra las costumbres presentes de los Castellanos, escrita à D. Gaspar de Guzman, Conde de Olivares*, *en su Valimiento*, nos dió à entender que si no hubiera querido dexarse llevar de su

(a) *Viage del Parnaso*, *cap*. 3.

su genio, hubiera excedido à los mayores Satíricos que ha tenido el mundo. Respecto de la Poësía heroica mas quiero que se lea el juicio de Cervantes que el mio. Introduce al Bachillér Sanson Carrasco, hablando de los famosos Poëtas que habia en España, y refiere (*a*) *que decian que no eran sino tres y medio.* El mismo Cervantes nos dirá quales son estos. Haciendo el Cura, y el Barbero el escrutinio de los Libros, dixo el Barbero (*b*): *Aquí vienen tres todos juntos*: La Araucana *de D. Alonso de Ercilla*: La Austriada *de Juan Rufo, Jurado de Córdoba*; y el Monserrate *de Christobal de Virués, Poëta Valenciano. Todos esos tres Libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroico en Lengua Castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia. Guárdense como las mas ricas prendas de Poësía que tiene España.* El medio Poëta entiendo yo que era el mismo Cervantes; pues en boca de D. Quixote dixo de sí mismo (*c*): *A fé que debe de ser razonable Poëta, ò yo sé poco del Arte.* Y con razon, porque segun el testimonio del mismo Mercurio (*d*), fue raro Inventor, y la invencion es la parte que anima la Poësía. En aquello mismo que inventa, suele guardar la debida puntualidad, y el comun decoro (*e*). Pero como no tenia, ni la profunda erudicion que requiere la Poësía heroica; ni su genio festivo podia atarse à los rigurosos preceptos de una Arte tan séria, con cuerda modestia no se atrevió à llamarse Poëta entero. Y en efecto no dió muestras de serlo, ni en el CANTO DE CALIOPE (*f*), ni en el VIAGE DEL PARNASO.

169 Este último Libro (escrito à imitacion de Cesar Caporal) à primera vista parece una Laudatoria de los Poëtas de su tiempo; pero realmente es una sátira contra ellos. Y por eso está escrito en Tercetos. El intento del Autor se descubre en várias partes. En una dice (*g*):

Des-

(*a*) *Part. II. cap. 56.* (*b*) *Part. I. cap. 6.* (*c*) *Part. I. cap. 23.* (*d*) *Viage del Parnaso, cap. 1.* (*e*) *Viage del Parnaso, cap. 6.* (*f*) *Véase el lib. 6. de su* Galatea. (*g*) *Viage del Parnaso, cap. 3.*

Desta manera andaba la Poësía
De uno en otro, haciendo que habláse
Este Latin, aquel Algaravía.

En otra parte (*a*) introduce à un Poëta mal contento, reprehendiendo al nuestro, porque sin mérito habia canonizado à tantos. Las palabras del Poëtastro son estas:

O tú (dixo) traidor, que los Poëtas
Canonizaste de la larga lista
Por causas, y por vias indiretas:
¿ Dónde tenias, Màgancés, la vista
Aguda de tu ingenio, que así ciego
Fuiste tan mentiroso Coronista?
Yo te confieso, ò Bárbaro, y no niego,
Que algunos de los muchos que escogiste
(Sin que el respeto te forzáse, ò ruego)
En el debido punto los pusiste;
Pero con los demás sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.

170 A cuyo cargo satisfizo con decir que Mercurio le habia dado aquella lista, y que tocaba à Apolo, como à Dios de la Poësía, darles los puestos que pedian sus ingenios, y habilidad.

171 Tambien es este VIAGE un MEMORIAL de Miguel de Cervantes Saavedra; y como los hombres desvalidos, aunque modestos, se vén obligados à referir sus méritos, porque no tienen otros que los cuenten, introduce dos Coloquios suyos, uno con Mercurio, à quien fingió la Mitologia Mensagero de los Dioses, y otro con Apolo, soberano Protector de las Ciencias; y en uno, y otro dixo Cervantes lo que convenia que supiese, y premiáse el Rey de España por medio de su Privado: que los que lo son, tienen obligacion de referir à sus Amos los que merecen premio, ò castigo, so pena de condenarse à sí propios à una infamia perpétua. El primer Coloquio con Mercurio dice así:

Mandóme el Dios parlero luego alzarme,
Y con medidos versos, y sonantes,
Desta manera comenzó à hablarme:

¡O

(*a*) *Viage del Parnaso, cap. 4.*

¡O Adán de los Poëtas! ò Cervantes!
¿Qué alforjas, y qué trage es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?
Yo, respondiendo à su demanda, digo:
Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.
Y él à mí dixo: ¡O sobrehumano, y sobre
Espíritu Cilenio levantado!
Toda abundancia, y todo honor te sobre:
Que en fin has respondido à ser Soldado,
Antiguo, y valeroso, qual lo muestra
La mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la Naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que aquel instinto sobrehumano,
Que de raro Inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el Padre Apolo en vano.
Tus Obras los rincones de la tierra,
(Llevándolas en grupa ROCINANTE*)*
Descubren yá la envidia, mueven guerra.
Pasa, raro Inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo, que la tuya es importante;
Antes que el esquadron vulgar acuda
De mas de veinte mil Sietemesinos
Poëtas, que de serlo están en duda.
Llenas ván yá las sendas, y caminos
Desta canalla inutil contra el monte,
Que aun de estár à su sombra no son dinos.
Armate de tus Versos luego, y ponte
A punto de seguir este Viage
Conmigo, y à la gran Obra disponte.
Conmigo segurísimo pasage
Tendrás, sin que te empaches, ni procures
Lo que suelen llamar matalotage.

172 El razonamiento que Cervantes hizo à Apolo fue con ocasion de verse en el Parnaso, siendo el único que no tenia asiento en él; aludiendo à la desestimacion que se hacia de su ingenio, habiendo sido el que en su tiempo empezó à levantar la Poësia. Como en este razonamiento dixo Cervantes de sí propio muchas co-

sas,

sas, es preciso copiarlo. Dice así (*a*).

Suele la indignacion componer Versos;
Pero si el indignado es algun tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dixo el desterrado à Ponto.
Y así le dixe à Delio: No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue;
Y al Arbol sacro del Laurel se arrima.
La envidia, y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre, y perseguido,
El bien que espera, por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa GALATEA
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien LA CONFUSA, nada fea,
Pareció en los Teatros admirable.
(Si esto à su fama es justo que se crea.)
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto Comedias, *que en su tiempo*
Tuvieron de lo grave, y de lo afable.
Yo he dado en D. QUIXOTE pasatiempo
Al pecho melancólico, y mohino,
En qualquiera sazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis NOVELAS un camino,
Por do la lengua Castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos; y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el Arte
Dulce de la agradable Poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica: baxeza
Que a infames premios, y desgracias guia.
Yo el SONETO compuse, que así empieza:
Por honra principal de mis Escritos,
Voto à Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto ROMANCES infinitos;

Y

(*a*) *Cáp.* 4.

Y el DE LOS ZELOS es aquel que estimo
Entre otros, que los tengo por malditos.
Por esto me congojo, y me lastimo
De verme solo en pie, sin que se aplique
Arbol, que me conceda algun arrimo.
Yo estoy (qual decir suelen) puesto à pique
Para dar à la estampa el Gran PERSILES,
Con que mi nombre, y Obras multiplique.
Yo en pensamientos castos, y sotiles
(Dispuestos en SONETO de à docena)
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de FILIS mi FILENA
Resonó por las selvas que escucharon
Mas de una, y otra alegre Cantilena.
Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos, y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo, y tendré los pensamientos
(Merced al Cielo que à tal bien me inclina)
De toda adulacion libres, y esentos.
Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, la fraude, y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pie, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
Mucho. A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo :
Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de lexos la corriente,
Que son temidas, pero no escusadas.
El bien les viene à algunos de repente;
A otros poco a poco, y sin pensallo;
Y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido conservallo
Con maña, diligencia, y con cordura,
Es no menor virtud que el grangeallo.
Tú mismo te has forxado tu ventura :
Y yo te he visto alguna vez con ella :
Pero en el imprudente poco dura.
Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,

Do-

Dobla tu capa, y sientate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
Quando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
Bien parece, Señor, que no se advierte
(Le respondí) que yo no tengo capa,
El dixo: Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa,
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que esenta, y libre de la envidia escapa.
Incliné al gran Consejo la cabeza:
Quedéme en pie, que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ò la riqueza.
Alguno mormuró, viéndome ageno
Del honor que pensó se me debia
Del Planeta de luz, y virtud lleno.

173 Miguel de Cervantes Saavedra dice en este MEMORIAL que su pluma nunca voló por la region satírica, queriendo decir que nunca hizo libelos infamatorios. Pero esta es una SATIRA muy penetrante, que en qualquiera pecho que no sea inhumano, excita la misericordia de vér desvalido un Ingenio de quien hizo juicio el sabio Crítico Petro Daniel Huet (*a*), que debe contarse entre los Ingenios mas aventajados que ha tenido España; y conmueve al mismo tiempo la indignacion contra los que teniendo à vista su mérito, no le premiaron segun debian. Yo no lo estraño, porque el P. Juan de Mariana, honra inmortal de la Compañia de Jesus, escribiendo à Miguel Juan Vimbodi (*b*), natural de la Villa de Ontiniente en el Reyno de Valencia, que à la sazon se hallaba en la Corte Romana sirviendo de Secretario al Cardenal D. Agustin de Espinola, Arzobispo de Santiago, le dice: *Aquí se echa menos à cada paso la cultura de las Letras humanas. Como no se ofrecen por ellas premios algunos, ni tampoco honra, están abatidas miserablemente. Las que dan que ganar, se estiman. Esto es lo que pasa entre nosotros. Y es que como casi todos valoran las Artes por la utilidad, y ganancia, tienen por inútiles las que no redituan.*

No

(*a*) *Lettre de l'Origine des Romans.* (*b*) *Apud Leonem Allatium* in Apibus Urbanis, *pap.* 196.

No era el P. Mariana uno de aquellos lisongeros en todos tiempos tan freqüentes que solo secreteando, y con grandes misterios dicen las verdades. Quexándose de lo mismo no menos que con Felipe Tercero, le dixo à vista de todo el mundo (*a*): *¿ Mas qué maravilla, pues ninguno por este camino se adelanta ? Ningun premio hay en el Reyno para estas Letras. Ninguna honra, que es la madre de las Artes.* Algunos ánimos viles, que reconociendo las virtudes agenas, se atormentan envidiándolas, y se enfurecen de que los mismos que las tienen las acuerden para ser remunerados, interpretarán como arrogancia aquellas justisimas quexas en que prorrumpió Cervantes. Pero él pudiera decir lo que en ocasion semejante el igualmente desfavorecido que erudito D. Joseph Pellicer (*b*): *Y no sin justificacion. Porque no se debe negar al Estudioso lo que es lícito al Militar. A qualquier Soldado le es permitido recapitular con verdad los servicios, ocasiones, y trances en que intervino: y esta fue virtud, no sobervia, quando en Roma se merecian los anillos Militares, y las guirnaldas murales, y cívicas, los trofeos, y triunfos públicos. Ansí no se debe atribuir à elacion que yo haga alarde de operaciones, y de honores, quando la ignorancia, y la maledicencia dan motivo à ello con injurias, y calumnias tambien públicas. Si yo mintiese en ello, fuera crimen. Pero por mi verdad sería ligereza, siendo yo vivo, permitir la relacion de lo que he llegado à obtener, à otra pluma.* Así lo practicaron los mayores hombres de España, D. Antonio Agustin, Gerónimo de Zurita, el Doctor Benito Arias Montano, el Maestro Fr. Luis de Leon, el P. Juan de Mariana, D. Nicolas Antonio, D. Juan Lucas Cortés. Y por decirlo en una palabra ¿ qué hombre grande no lo ha practicado así en su caso, y lugar ? Mengua del saber llamó S. Pablo (*c*) à las alabanzas de sí propio; pero mengua à que tal vez suele obligar la injusticia agena. En Cervantes eran desahogo del justo sentimiento de su disfavor, y muy tolerables,

 aten-

(*a*) *En la Dedicatoria de su Historia de las cosas de España.* (*b*) *En el Sincello 1 §. 2. de la Intruducion.* (*c*) *2. ad Corinth. 12. v. 11.*

atendido su genio ; pues como dixo él mismo (*a*) :

Jamás me contenté, ni satisfice
De Hipócritos melindres. Llanamente
Quise alabanzas de lo que bien hice.

Pero como no las encontraba en otros por la envidia que le tenian, les dió ocasion de tenérsela mayor, no con fin de aumentársela, sino de manifestar la satisfaccion de su propia conciencia, refrescando la memoria de lo que habia trabajado en beneficio público. Por eso en el gracioso Coloquio que tuvo con Pancracio de Roncesvalles, el qual puede servir de Comento al Razonamiento de Cervantes con Apolo, introduxo al dicho Pancracio, figura de un remislado Poëta de aquellos tiempos, preguntándole (*b*) : „ ¿ Y V. md. Señor Cervantes, (dixo él) ha sido aficionado à la „ Carátula ? ¿ Ha compuesto alguna Comedia ? Sí, „ dixe yo : muchas. Y à no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron los „ TRATOS DE ARGEL (*c*), LA NUMANCIA, LA GRAN TURQUESCA, LA BATALLA NAVAL, LA GERUSALEN, LA AMARANTA, ò LA DEL MAYO, EL BOSQUE „ AMOROSO, LA UNICA, y LA BIZARRA „ ARSINDA, y otras muchas de que no me „ acuerdo. Mas la que yo mas estimo, y de la „ que mas me precio fue, y es de una llamada „ LA CONFUSA, la qual (con paz sea dicho, „ de quantas Comedias de capa, y espada hasta „ hoy se han representado) bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Pancracio.* ¿ Y agora tiene V. md. algunas ? *Miguel.* „ Seis tengo, con otros seis ENTREMESES. *Pancracio.* ¿ Pues por qué no se representan ? *Miguel.* Porque ni los Autores me buscan, ni yo „ los voy à buscar à ellos. *Pancracio.* No deben de „ saber que V. md. las tiene. *Miguel.* Si saben ; pero „ como tienen sus Poëtas paniaguados, y les vá bien con

(*a*) *En el Viage del Parnaso, cap. 4.* (*b*) *En la Adjunta al Viage del Parnaso.* (*c*) *He leído manuscrita esta Comedia. Esta escrita con mayor verosimilitud que las impresas.*

» con ellos, no buscan pan de trastrigo. Pero yo » pienso darlas à la estampa, para que se vea des» pacio lo que pasa aprisa, y se disimula, ò no se » entiende quando las representan. Y las COME» DIAS tienen sus sazones, y tiempos, como los » CANTARES.» Hasta aquí Cervantes, cuyo Coloquio fue un como Prólogo echadizo que anticipó al Libro que publicó el año siguiente con este título:

Ocho Comedias, y ocho Entremeses nuevos, nunca representados, compuestas por Miguel de Cervantes Saavedra. En Madrid por la Viuda de Alonso Martin, año 1615, en quarto.

174 Llegó Cervantes à tan miserable estado de pobreza, que por no tener caudal para imprimir este Libro, le vendió à Juan Villarroel, à cuyas costas se imprimió.

Los nombres de estas COMEDIAS son los siguientes.

El Gallardo Español.
La Casa de los Zelos.
Los Baños de Argel.
El Rufian Dichoso.
La Gran Sultana.
El Laberinto de Amor.
La Entretenida.
Pedro de Urdemalas.

ENTREMESES.

El Juez de los Divorcios.
El Rufian Viudo.
Eleccion de los Alcaldes de Daganzo.
La Guarda Cuidadosa.
El Vizcaino Fingido.
El Retablo de las Maravillas.
La Cueba de Salamanca.
El Viejo Zeloso.

El ENTREMES segundo, y tercero están escritos en verso; los demás en prosa. Como esta especie de composicion es una viva representacion de qualesquiera acciones, remedadas de suerte que parezcan ridículas: siempre los ENTREMESES pa-

parecen mejor representados que leidos. Y así Lope de Rueda, que viviendo embelesaba à los mirones; leido en los ENTREMESES, que publicó Juan de Timoneda, famoso Valenciano, y Escritor plausible en su tiempo, dá poquísimo gusto.

175 Las COMEDIAS de Cervantes, comparadas con otras mas antiguas, son mucho mejores, exceptuando siempre la de CALISTO Y MELIBEA, conocida por el nombre de CELESTINA, Alcahueta tan infame, como famosa, por el incierto Autor que primero la ideó, y empezó à dibuxar, y colorir; porque el Bachillér Fernando de Roxas, que le dió fin, no pudo igualar al primer Inventor. Despues de Cervantes se han compuesto Comedias de mayor invencion que las Griegas (porque los Cómicos Latinos, Plauto, y Terencio solo imitaron); pero de Arte mucho inferior. El que dudáre esto, infórmese primero de la suma dificultad que tiene el Arte Cómica, leyendo à Aristóteles en su *Poëtica*; y si no puede entenderla, à D. Jusepe Antonio Gonzalez de Salas, en su eruditísima *Ilustracion de la Poëtica de Aristóteles*. Pero para que el Letor quede mas bien informado de lo que deben à Cervantes los Teatros de España, oigámosle à él, como Cronista único de los progresos de la Cómica en estos Reynos. En el Prólogo que hizo à sus *Comedias*, dice así:

» No puedo dexar (Letor carísimo) de suplicarte
» me perdones, si vieres que en este Prólogo sal-
» go algun tanto de mi acostumbrada modestia.
» Los dias pasados me hallé en una conversacion
» de amigos, donde se trató de Comedias, y de
» las cosas à ellas concernientes; y de tal manera
» las sutilizaron, y atildaron, que à mi parecer
» vinieron à quedar en punto de toda perfeccion.
» Tratóse tambien de quién fue el primero que
» en España las sacó de mantillas, y las puso en
» toldo, y vistió de gala, y apariencia. Yo, co-
» mo el mas viejo que allí estaba, dixe, que me
» acordaba de haber visto representar al gran Lo-
» pe de Rueda, varon insigne en la representa-
» cion, y en el entendimiento. Fue natural de Se-
» villa, y de oficio batihoja, que quiere decir de
» los

„ los que hacen panes de oro. Fue admirable en „ la Poësiá Pastoril; y en este modo, ni enton„ces, ni despues acá ninguno le ha llevado ven„taja; y aunque por ser muchacho yo entonces „ no podia hacer juicio firme de la bondad de „ sus Versos, por algunos que me quedaron en la „ memoria, vistos agora en la edad madura que „ tengo, hallo ser verdad lo que he dicho. Y si „ no fuera por no salir del propósito del Prólogo, „ pusiera aquí algunos que acreditáran esta verdad. „ En el tiempo deste célebre Español todos los „ aparatos de un Autor de Comedias se encerraban „ en un costal, y se cifraban en quatro pellícos „ blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en „ quatro barbas, y cabelleras, y quatro cayados „ poco mas, ò menos. Las Comedias eran unos co„loquios como Eglogas entre dos, ò tres Pasto„res, y alguna Pastora. Aderezábanlas, y dila„tábanlas con dos, ò tres Entremeses, yá de „ Negra, yá de Rufian, yá de Bobo, y yá de „ Vizcaino, que todas estas quatro figuras, y otras „ muchas hacía el tal Lope con la mayor exce„lencia, y propiedad que pudiera imaginarse. No „ habia en aquel tiempo tramoyas, ni desafios de „ Moros, y Christianos à pie, ni à caballo. No ha„bia figura que saliese, ò pareciese salir del cen„tro de la tierra por lo hueco del Teatro, al qual „ componian quatro bancos en quadro, y quatro, „ ò seis tablas encima, con que se levantaba del „ suelo quatro palmos. Ni menos baxaban del Cielo „ nubes con Angeles, ò con almas. El adorno del „ Teatro era una manta vieja tirada con dos cor„deles de una parte à otra, que hacía lo que lla„man Vestuario; detrás de la qual estaban los Mú„sicos cantando sin guitarra, algun Romance an„tiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre ex„celente, y famoso le enterraron en la Iglesia Ma„yor de Córdoba (donde murió) entre los dos co„ros, donde tambien está enterrado aquel famo„so loco Luis Lopez. Sucedió à Lope de Rueda, „ Naharro, natural de Toledo, el qual fue fa„moso en hacer la figura de un Rufian cobarde. „ Este levantó algun tanto mas el adorno de las

» Comedias, y mudó el costal de vestidos en co-
» fres, y en baules. Sacó la Música, que antes
» cantaba detrás de la manta, al Teatro público:
» quitó las barbas de los Farsantes, que hasta enton-
» ces ninguno representaba sin barba postiza; y
» hizo que todos representasen à cureña rasa, sino
» era los que habian de representar los viejos, ò
» otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. In-
» ventó tramoyas, nubes, truenos, y relámpagos,
» desafios, y batallas; pero esto no llegó al subli-
» me punto en que está agora, y esto es verdad que
» no se me puede contradecir (y aquí entra el salir yo
» de los límites de mi llaneza), que se vieron en
» los Teatros de Madrid representar *LOS TRATOS*
» *DE ARGEL*, que yo compuse, *la Destruccion de*
» *NUMANCIA*, y *LA BATALLA NAVAL*, donde
» me atreví à reducir las Comedias à tres Jorna-
» das, de cinco que tenian. Mostré (ò por me-
» jor decir) fui el primero que representáse las
» imaginaciones, y los pensamientos escondidos del
» alma, sacando Figuras Morales al Teatro, con
» general, y gustoso aplauso de los oyentes. Com-
» puse en este tiempo hasta veinte Comedias, ò
» treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les
» ofreciese ofrenda de pepinos, ni de otra cosa
» arrojadiza. Corrieron su carrera sin silvos, gri-
» tas, ni barahundas. Tuve otras cosas en que
» ocuparme. Dexé la pluma, y las Comedias. Y
» entró luego el monstruo de naturaleza el gran
» Lope de Vega, y alzóse con la Monarquía Có-
» mica: avasalló, y puso debaxo de su jurisdic-
» cion à todos los Farsantes: llenó el mundo de
» Comedias propias, felices, y bien razonadas, y
» tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene
» escritos: y todas (que es una de las mayores co-
» sas que puede decirse) las ha visto representar,
» ò oido decir (por lo menos) que se han repre-
» sentado. Y si algunos (que hay muchos) han
» querido entrar à la parte, y gloria de sus tra-
» bajos, todos juntos no llegan en lo que han es-
» crito à la mitad de lo que él solo. Pero no
» por esto (pues no lo concede Dios todo à to-
» dos) dexen de tenerse en precio los trabajos del
» Do-

» Dotor Ramon, que fueron los mas despues de
» los del gran Lope. Estímense las trazas artificio-
» sas en todo extremo del Licenciado Miguel San-
» chez: la gravedad del Dotor Mira de Mescua,
» honra singular de nuestra Nacion: la discrecion,
» è innumerables conceptos del Canónigo Tárraga:
» la suavidad, y dulzura de D. Guillén de Cas-
» tro: la agudeza de Aguilar: el tropel, el boa-
» to, la grandeza de las Comedias de Luis Velez
» de Guevara; y las que agora están en gerga del
» agudo ingenio de D. Antonio de Galarza; y
» las que prometen las Fullerías de Amor de Gas-
» par de Avila, que todos estos, y otros algunos
» han ayudado à llevar esta gran máquina al gran
» Lope. Algunos años há que volví yo à mi anti-
» gua ociosidad; y pensando que aún duraban los
» siglos, donde corrian mis alabanzas, volví à com-
» poner algunas Comedias; pero no hallé páxaros
» en los nidos de antaño. Quiero decir que no ha-
» llé Autor que me las pidiese, puesto que sabian
» que las tenia. Y así las arrinconé en un cofre,
» y las consagré, y condené al perpétuo silencio.
» En esta sazon me dixo un Librero, que él me
» las comprára, si un Autor de título no le hubiera
» dicho, que de mi Prosa se podia esperar mucho,
» pero que del Verso nada. Y, si vá à decir ver-
» dad, cierto que me dió pesadumbre el oirlo: y
» dixe entre mí: O yo me he mudado en otro, ò
» los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo
» siempre al revés; pues siempre se alaban los pa-
» sados tiempos. Torné à pasar los ojos por mis Co-
» medias, y por algunos Entremeses mios, que con
» ellas estaban arrinconados, y ví no ser tan malas,
» ni tan malos, que no mereciesen salir de las tinie-
» blas del ingenio de aquel Autor, à la luz de otros
» Autores menos escrupulosos, y mas entendidos.
» Aburrime, y vendíselas al tal Librero, que las há
» puesto en estampa, como aquí te las ofrece. El
» me las pagó razonablemente. Yo cogí mi dinero
» con suavidad, sin tener cuenta con dimes, ni di-
» retes de Recitantes. Querria que fuesen las mejores
» del mundo, ò à lo menos razonables. Tú lo verás
» (Letor mio), y si halláres que tienen alguna co-

»sa buena, en topando à aquel mi maldiciente Au-
»tor, dile que se enmiende, pues yo no ofendo
»à nadie; y que advierta, que no tienen nece-
»dades patentes, y descubiertas; y que el Verso
»es el mismo que piden las Comedias, que ha de
»ser de los tres estilos el ínfimo, y que el len-
»guage de los Entremeses es propio de las Figu-
»ras que en ellos se introducen; y que para en-
»mienda de todo esto le ofrezco una Comedia, que
»estoy componiendo, y la intitulo: EL ENGA-
»ñO A LOS OJOS, que (si no me engaño) le
»ha de dar contento. Y con esto Dios te dé salud,
»y à mí paciencia.»

176 Esta es la Historia de los progresos de la Cómica Española. Habia sido Cervantes el que mas la habia adelantado; y para perfecionarla mas, quiso darnos un exemplo de una gran TRAGI-COMEDIA, escrita en Prosa. Muchos años habia que estaba meditando, y escribiendo LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA. Habialos ofrecido en varias ocasiones. En el *Prólogo* de sus *Novelas*, hablando destas, dixo: *Tras ellas, si la vida no me dexa, te ofrezco* LOS TRABAJOS DE PERSILES: *Libro que se atreve à competir con* HELIODORO: *si yá por atrevido no sale con las manos en la cabeza. Y primero verás, y con brevedad, dilitadas las hazañas de* D. QUIXOTE, *y donaires de* SANCHO PANZA. *Y luego* LAS SEMANAS DEL JARDIN. *Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias. ¿ Pero quién pondrá rienda à los deseos?* La continuacion de la HISTORIA DE D. QUIXOTE salió, como vimos, el año 1616. En su DEDICATORIA al Conde de Lemos, fecha en Madrid último de Octubre de 1615, llegó Cervantes à decir esto: *Con esto me despido, ofreciendo à V. Exc.* LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA: *Libro à quien daré fin dentro de quatro meses*, Deo volente; *el qual ha de ser, ò el mas malo, ò el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto: quiero decir de los de entretenimiento. Y digo, que me arrepiento de haber dicho el mas malo; porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al estremo de bondad posible. Venga V. Exc. con la salud*

lud (*a*) *que es deseado* : *que yá estará* PERSILES *para besarle las manos , y yo los pies , como criado de V. Exc.* En efecto Cervantes acabó de escribir LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA; pero antes que saliesen à luz acabó la muerte con él.

177 Su enfermedad fue tal , que él mismo pudo ser , y fue su Historiador. Y porque no tenemos otro , y refiere todas las cosas con tanta gracia , veamos lo que dexó escrito en el fin del *Prólogo* que pensaba hacer ; ò sea Prólogo entero , empezando *ex abrupto* , donde dice así : » Sucedió , pues , Letor amantísimo , que viniendo » otros dos amigos , y yo del famoso Lugar de » Esquivias , por mil causas famoso , una por sus » ilustres linages , y otra por sus ilustrísimos vi» nos , sentí que à mis espaldas venia picando con » gran priesa uno , que al parecer traía deseo de » alcanzarnos , y aun lo mostró , dándonos vo» ces , que no picásemos tanto. Esperámosle , y » llegó sobre una borrica un Estudiante pardal, » porque todo venía vestido de pardo , antipa» ras , zapato redondo , y espada con contera , va» lona bruñida , y con trenzas iguales. Verdad es, » no traía mas de dos , porque se le venia à un » lado la valona por momentos , y él traía sumo » trabajo , y cuenta de enderezarla. Llegando à » nosotros , dixo : ¿ Vuesas mercedes van à alcan» zar algun oficio , ò prebenda à la Corte ? Pues » allá está su Ilustrísima de Toledo , y su Mages» tad ni mas , ni menos , segun la priesa con que » caminan : que en verdad que à mi burra se le » ha cantado el vitor de caminante mas de una » vez. A lo qual respondió uno de mis compa» ñeros : El rocin del señor Miguel de Cervan» tes tiene la culpa desto , porque es algo qué » pasilargo. Apenas hubo oido el Estudiante el » nombre de Cervantes , quando apeándose de su » cabalgadura , cayéndosele aquí el cogin , y allí » el portamanteo (que con toda esta autoridad » caminaba) , arremetió à mí , y acudiendo à asir» me de la mano izquierda , dixo : Sí , sí , este » es

(*a*) *Hallábase Presidente del Consejo Supremo de Italia.*

» es el manco sano, el famoso todo, el Escritor » alegre, y finalmente el regocijo de las Musas! » Yo, que en tan poco espacio ví el grande enco» mio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía » no corresponder à ellas; y así abrazándole por » el cuello, donde le eché à perder de todo pun» to la valona, le dixe: Ese es un error, donde » han caido muchos aficionados ignorantes. Yo, se» ñor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las » Musas, ni ninguna de las demás baratijas, que » ha dicho vuestra merced. Vuelva à cobrar su bur» ra, y suba, y caminemos en buena conversacion » lo poco que nos falta del camino. Hízolo así el » comedido Estudiante. Tuvimos algun tanto mas » las riendas, y con paso asentado seguimos nues» tro camino, en el qual se trató de mi enferme» dad, y el buen Estudiante me deshaució al mo» mento, diciendo: Esta enfermedad es de hidro» pesía, que no la sanará toda el agua del Mar » Oceano, que dulcemente se bebiese. Vuesa mer» ced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no » olvidándose de comer, que con esto sanará, sin » otra medicina alguna. Eso me han dicho mu» chos, respondí yo. Pero así puedo dexar de be» ber à todo mi beneplácito, como si para solo » eso hubiera nacido. Mi vida se vá acabando, y » al paso de las efeméridas de mis pulsos, que, à » mas tardar, acabarán su carrera este Domingo, » acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha » llegado vuestra merced à conocerme, pues no me » queda espacio para mostrarme agradecido à la » voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En » esto llegamos à la puente de Toledo: y yo en» tré por ella, y él se apartó à entrar por la de » Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá » la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, » y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle à abra» zar. Volvióseme à ofrecer. Picó à su burra, y » dexóme tan mal dispuesto, como él iba caba» llero en su burra, quien habia dado gran oca» sion à mi pluma para escribir donaires. A Dios » regocijados amigos, que yo me voy muriendo, y » deseando veros presto contentos en la otra vida.»

La de Cervantes estaba yá en el confin de la muerte. La hidropesía se le agravó. Pero quanto mas le debilitaba el cuerpo, tanto mas procuraba el fortalecer su ánimo; y habiendo recibido la Extrema-Uncion para salir vitorioso, como Atleta Christiano, en la última lucha: esperaba la muerte con ánimo tan sereno, que parece no la temia: y lo que es mas de admirar, aún estaba para decir, y escribir donaires: de suerte que habiendo recibido el último Sacramento dia 18 de Abril del año 1616, el dia siguiente escrbió, ù dictó la DEDICATORIA de LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, citando Coplas à su Patron el Conde de Lemos, para quien dexó escrita la siguiente Dedicatoria.

» Aquellas Coplas antiguas, que fueron en su » tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto yá el* » *pie en el estrivo*, quisiera yo no vinieran tan à pe- » lo en mi Epístola; porque casi con las mismas » palabras las puedo comenzar, diciendo:

Puesto yá el pie en el estrivo
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, ésta te escribo.

» Ayer me dieron la Extrema-Uncion, y hoy es- » cribo ésta. El tiempo es breve, las ansias cre- » cen, las esperanzas menguan, y con todo esto » llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, » y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los pies » à V. Exc. que podria ser fuese tanto el conten- » to de vér à V. Exc. bueno en España, que me » volviese à dar la vida; pero si está decretado » que la haya de perder, cúmplase la voluntad » de los Cielos; y por lo menos sepa V. Exc. este » mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan afi- » cionado criado de servirle, que quiso pasar aun » mas allá de la muerte, mostrando su intencion. » Con todo esto, como en profecía, me alegro » de la llegada de V. Exc. Regocíjome de verle » señalar con el dedo, y realégrome de que sa- » lieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en » la fama de las bondades de V. Exc. Todavia me » quedan en el alma ciertas reliquias, y asomos » de LAS SEMANAS DEL JARDIN, y del fa- » moso BERNARDO. Si à dicha, por buena ven-

» tu-

» tura mia, que yá no sería ventura, sino milagro, me diese el Cielo vida, las verá, y con ellas fin de la GALATEA, de quien sé está aficionado V. Exc. Y con estas Obras, continuando mi deseo, guarde Dios à V. Exc. como puede. De Madrid à 19 de Abril de 1616 años. »

Criado de V. Exc. Miguel de Cervantes.

178 D. Thomas Tamayo de Vargas, movido de la fecha de esta Carta, escribió en la *continuacion del Enquiridion de los Tiempos* de Fray Alonso Venero, que Miguel de Cervantes Saavedra murió el mismo dia diez y nueve; pero de un Libro de Entierros, que se conserva en Madrid en la Iglesia Parroquial de S. Sebastian, consta que murió en la calle de Leon dia veinte y tres de Abril del referido año 1616, habiendo mandado que le enterrasen en el Convento de las Monjas Trinitarias, y dexado por Testamentaria suya à su muger Doña Catalina de Salazar, à la qual en el dia 24 de Septiembre de dicho año se concedió licencia para imprimir los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, que salieron à luz con este título:
Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, Historia Setentrional, por Miguel de Cervantes Saavedra. En Madrid por Juan de la Cuesta, año 1617. *En quarto.* Dentro de pocos años los traduxo en Italiano Francisco Elio, Milanés; y salieron impresos en Venecia de la Oficina de Bartholomé Fontana, año 1626. En octavo.

179 En la primera impresion hay dos Epitafios, tales, que para su duracion merecian grabarse en bien ligero corcho. El uno es un Soneto de Luis Francisco Calderon, que no tiene cosa particular. El otro es una Décima, que por el raro pensamiento de quien la hizo, se trasladará aquí al pie de la letra.

180 *De D. Francisco de Urbina à Miguel de Cervantes, insigne, y christiano ingenio de nuestros tiempos, à quien llevaron los Terceros de S. Francisco à enterrar con la cara descubierta, como à Tercero que era.*

EPI-

EPITAFIO.

Caminante, el Peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra;
No su nombre, que es divino.
En fin hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus Obras: prenda cierta
De que pudo à la partida
Desde ésta à la eterna vida
Ir la cara descubierta.

181 Este Epitafio dió ocasion al Autor de la BIBLIOTECA FRANCISCANA para poner en ella à Cervantes como uno de los Escritores, que fueron hermanos de la Cofradía de la Tercera Orden: Biblioteca, que si los ha de comprehender à todos, será ciertamente la mas copiosa de todas.

182 Cervantes dixo, que su PERSILES Y SIGISMUNDA se atrevia à competir con HELIODORO. La mayor alabanza que podemos darle, es decir, que es cierto. Los amores que refiere son castísimos: la fecundidad de la invencion maravillosa; en tanto grado, que pródigo su ingenio, excedió en la multitud de Episodios. Los sucesos son muchos, y muy varios. En unos se descubre la imitacion de Heliodoro, y de otros muy mejorada; en los demás campea la novedad. Todos están dispuestos con arte, y bien explicados, con circunstancias casi siempre verosimiles. Quanto mas se interna el Letor en esta Obra, tanto es mayor el gusto de leerla, siendo el tercero, y quarto Libro mucho mejores que el primero, y segundo. Los continuos trabajos llevados en paciencia, acaban en descanso, sin máquina alguna: porque un hombre como Cervantes sería milagro que acabáse con algun milagro, para manifestar la felicidad de su raro ingenio. En las descripciones excedió à Heliodoro. Las deste suelen ser sobrado freqüentes, y muy pomposas. Las de Cervantes à su tiempo, y muy naturales. Aventajóle tambien en el estilo; porque aunque el de Heliodoro es elegantísimo, es algo afectado, demasiadamente figurado, y mas Poetico de lo que per-

mi-

mite la prosa: defecto en que cayó tambien el discreto Fenelon. Pero el de Cervantes es propio, proporcionadamente sublíme, modestamente figurado, y templadamente Poëtico en tal qual descripcion. En suma esta Obra es de mayor invencion, y artificio, y de estilo mas sublíme que la de DON QUIXOTE DE LA MANCHA. Pero no ha tenido igual aceptacion: porque la invencion de la HISTORIA DE D. QUIXOTE es mas popular, y contiene personas mas graciosas; y como son menos en número, el Letor retiene mejor la memoria de las costumbres, hechos, y caractéres de cada una. Fuera de eso el estilo es mas natural, y tanto mas descansado, quanto menos sublíme. Sepan, pues, los que escriben, que poner término à la invencion, y levantar la mano de la Obra, si es à su tiempo, es la última diligencia, y mano. Y esto mismo me amonesta de que yá es hora de que yo no moleste mas à mi Letor, à quien suplíco me perdone muchas impertinencias, que aquí ha leido; pues mi fin solo ha sido obedecer à quien debia el obsequio de recoger algunos apuntamientos, para que otro los ordene, y escriba con la felicidad de estilo que merece el sugeto de que tratan. Entretanto yo daré ahora una fidelísima copia del original, procurando acabar con aquellas mismas palabras con que Miguel de Cervantes Saavedra dió principio al PROLOGO de sus NOVELAS.

» Quisiera yo, si fuera posible (Letor amantí-
» simo), escusarme de escribir este PROLOGO,
» porque no me fue tambien con el que puse
» en mi D. QUIXOTE, que quedáse con gana
» de segundar con éste. Desto tiene la culpa al-
» gun amigo (a) de los muchos que en el discurso
» de mi vida he grangeado, antes con mi con-
» dicion, que con mi ingenio; el qual amigo bien
» pudiera, como es uso, y costumbre, grabarme,
» y esculpirme en la primera hoja de este Libro;
» pues le dió un retrato el famoso D. Juan de
» Jáu-

(a) *Habla del amigo incógnito, que dixo ser su Consejero en el Prólogo primero de D. Quixote.*

„ Jáuregui, y con esto quedára mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos, que querrian saber, qué rostro, y talle tiene quien se atreve à salir con estas invenciones en la plaza del mundo à los ojos de las gentes, poniendo debaxo del retrato: Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa, y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los vigotes grandes, la boca pequeña, los dientes, ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño: la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: Este, digo, que es el rostro del Autor de LA GALATEA, y de D. QUIXOTE DE LA MANCHA, y del que hizo el VIAGE DEL PARNASO, à imitacion del de Cesar Caporal Perusino, y otras Obras, que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño. Llámase comunmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fue Soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió à tener paciencia en las adversidades. Perdió en la Batalla Naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo: herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable, y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan vér los venideros, militando debaxo de las vencedoras vanderas del hijo del Rayo de la Guerra Carlos V. de feliz memoria.

FIN DE LA VIDA.

NOTA.

Sin embargo que en esta Vida se sienta que CERVANTES *es natural de* MADRID, *posteriormente se ha averiguado con certeza ser natural de la Ciudad de* ALCALA DE HENARES.

PRI-

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha.

EN un Lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un Hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo mas baca que carnero, salpicon las mas noches, duelos, y quebrantos los Sábados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluian sayo de velarte, calzas de belludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo

mas fino. Tenia en su casa un ama, que pasaba de los quarenta: una sobrina, que no llegaba à los veinte; y un mozo de campo, y plaza, que así ensillaba el rocin, como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro Hidalgo con los cincuenta años. Era de complexîon recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quixada, ò Quesada (que en esto hay alguna diferencia de los Autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se dexa entender que se llamaba Quixada. Pero esto importa poco à nuestro cuento; basta que en la narracion de él no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber, que este sobredicho Hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba à leer libros de Caballerías con tanta aficion, y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó à tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de Caballerías en que leer: y así llevó à su casa todos quantos pudo haber de ellos; y de

to-

todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas entrincadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaba à leer aquellos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes se hallaba escrito: *La razon de la sinrazon, que à mi razon se hace, de tal manera à mi razon enflaquece, que con razon me quexo de vuestra fermosura.* Y tambien quando leía: *Los altos Cielos, que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento, que merece la vuestra grandeza.* Con estas, y semejantes razones perdia el pobre Caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido que no se lo sacára, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitára para ello. No estaba muy bien con las heridas que D. Belianís daba, y recibia, porque se imaginaba que por grandes Maestros que le hubiesen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alababa en su Autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura;

y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra, como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores, y contínuos pensamientos no se lo estorváran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su Lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre quál habia sido mejor Caballero, Palmerín de Inglaterra, ò Amadís de Gaula? Mas Maese Nicolas, Barbero del mismo Pueblo, decia, que ninguno llegaba al Caballero del Febo; y que si alguno se le podia comparar, era D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era Caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano; y que en lo de valentía no le iba en zaga. En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y así, del poco dormir, y del mucho leer se le secó el celebro de manera, que vino à perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafios, heridas,

re-

requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen Caballero; pero que no tenia que vér con el Caballero de la Ardiente espada, que de solo un rervés habia partido por medio dos fieros, y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto à Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó à Anteo, el hijo de la tierra, entre sus brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantéa, que todos son sobervios, y descomedidos, él solo era afable, y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas quando le veía salir de su Castillo, y robar quantos topaba: y quando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traydor de Galalon, al ama que tenia,

y aun à su sobrina de añadidura. En efecto rematado yá su juicio, vino à dar en el mas estraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo; y fue que le pareció convenible, y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su República, hacerse Caballero Andante, y irse por todo el mundo con sus armas, y caballo à buscar las aventuras, y à exercitarse en todo aquello que él habia leído que los Caballeros Andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones, y peligros, donde acabándolos, cobráse eterno nombre, y fama. Imaginábase el pobre yá coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapisonda; y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa à poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian

nian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas à esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hacía una apariencia de zelada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estár al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero, y en un punto, deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que se habia hecho pedazos; y por asegurarse de este peligro la tornó à hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó, y tuvo por zelada finísima de encaxe. Fue luego à vér à su rocin; y aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Quatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun decia él à sí mismo) no era razon que caballo de Caballero tan famoso, y tan bueno él por sí,

estubiese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera que declaráse quién habia sido antes que fuese de Caballero Andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudáse también él nombre, y le cobráse famoso, y de estruendo, como convenia à la nueva órden, y al nuevo exercicio que yá profesaba; y así, despues de muchos nombres que formó, borró, y quitó, añadió, deshizo, y tornó à hacer en su memoria, è imaginacion, al fin le vino à llamar Rocinante: nombre à su parecer alto, sonoro, y significativo de lo que habia sido quando fue rocin antes de lo que agora era, que era antes, y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan à su gusto à su caballo, quiso ponérsele à sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino à llamar Don Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocasion los Autores de tan verdadera historia, que sin duda se debia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron decir; pero acordándose que el valeroso Amadís no solo se habia contentado con llamarse Amadís

dís à secas, sino que añadió el nombre de su Reyno, y Patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula; así quiso, como buen Caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse Don Quixote de la Mancha, con que à su parecer declaraba muy al vivo su linage, y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella. Limpias, pues, sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre à su rocin, y confirmándose à sí mismo, se dió à entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el Caballero Andante sin amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo por malos de mis pecados, ò por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun gigante (como de ordinario les acontece à los Caballeros Andantes), y le derribo de un encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ò finalmente le venzo, y le rindo, ¿no será bien tener à quien enviarle presentado? Y que éntre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, y rendido: Yo, señora, soy el Gigante Caraculiambro, señor de la Insula Malindrania, à quien ven-

venció en singular batalla el jamás, como se debe, alabado Caballero Don Quixote de la Mancha; el qual me mandó que me presentáse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí à su talante. ¡O cómo se holgó nuestro buen Caballero, quando hubo hecho este discurso! Y mas quando halló à quien dar nombre de su dama, y fue, à lo que se cree, que en un Lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque (segun se entiende) ella jamás lo supo, ni le dió cata de ello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y à ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdixese mucho del suyo, y que tiráse, y se encamináse al de Princesa, y gran señora, vino à llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre à su parecer músico, peregrino, y significativo, como todos los demás que à él, y à sus cosas habia puesto.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

HEchas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo à poner en efecto su pensamiento, apretándole à ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte à persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta zelada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento, y alborozo de vér con quánta facilidad habia dado principio à su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, quando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dexar la comenzada empresa: y fue, que le vino à la memoria que no era armado Caballero, y que conforme à la

ley de la Caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun Caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel Caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por fuerza la ganáse. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura, que otra razon alguna, propuso de hacerse armar Caballero del primero que topáse, à imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leído en los libros, que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo, pues, caminando nuestro flamante Aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, quando salga à luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga quando llegue à contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz

faz de la ancha , y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce, y melíflua harmonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanca cama del zeloso marido , por las puertas, y balcones del Manchego Orizonte à los mortales se mostraba ; quando el famoso Caballero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó à caminar por el antiguo , y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba). Y añadió , diciendo : Dichosa edad , y siglo dichoso aquel à donde saldrán à luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡ O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, à quien ha de tocar el ser Coronista de esta peregrina historia ! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos , y carreras. Luego volvia diciendo (como si verdaderamente fuera enamorado) : ¡ O Princesa Dulcinea, señora de este cautivo co-

razon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos, señora, de membraros de este vuestro sujeto corazon, que tantas cuytas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en quanto podia su lenguage: y con esto caminaba tan de espacio, y el Sol entraba tan apriesa, y con tanto ardor, que fuera bastante à derretirle los sesos (si algunos tuviera). Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo qual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino, fue la del puerto Lapice: otros dicen que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin, y él se hallaron cansados, y muertos de hambre: y que mirando à todas partes, por vér si descubriria

al-

algun Castillo, ò alguna majada de Pastores, donde recogerse, y à donde pudiese remediar su mucha necesidad; vió no lexos del camino, por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella, que à los portales, si no à los alcázares de su redencion, le encaminaba. Dióse priesa à caminar, y llegó à ella à tiempo que anochecia. Estaban acaso à la puerta dos mugeres mozas, de estas que llaman del partido, las quales iban à Sevilla con unos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron à hacer jornada: y como à nuestro Aventurero todo quanto pensaba, veía, ò imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leído; luego que vió la venta, se le representó que era un Castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza, y honda caba, con todos aquellos adherentes, que en semejantes Castillos se pintan. Fuese llegando à la venta (que à él le parecia Castillo), y à poco trecho de ella detuvo las riendas à Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas à dar señal con alguna trompeta de que llegaba Caballero al Castillo. Pero como vió que se tardaban,

ban, y que Rocinante se daba priesa por llegar à la caballeriza, se llegó à la puerta de la venta, y vió à las dos distrahidas mozas que allí estaban, que à él le parecieron dos hermosas doncellas, ù dos graciosas damas, que delante de la puerta del Castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso, que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman), tocó un cuerno, à cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó à Don Quixote lo que deseaba, que era, que algun enano hacía señal de su venida: y así con estraño contento llegó à la venta, y à las damas; las quales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza, y adarga, llenas de miedo se iban à entrar en la venta. Pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y pavoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo: No fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; cá à la órden de Caballería, que profeso, non toca, ni atañe facerle mal à ninguno, quanto mas à tan altas doncellas,

co-

como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar doncellas; cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que Don Quixote vino à correrse, y à decirles: Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro Caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo; y pasára muy adelante, si à aquel punto no saliera el Ventero, hombre, que por ser muy gordo, era muy pacífico; el qual viendo aquella figura contrahecha armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga, y coselete, no estuvo en nada en acompañar à las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: Si vuestra merced, señor Caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta

venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le pareció à él el Ventero, y la venta), respondió : Para mí, señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arréos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensó el huesped, que el haberle llamado Castellano, habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz, y de los de la playa de S. Lucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante, ò page ; y así le respondió: Segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar ; y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion, y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fue à tener el estribo à Don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad, y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dixo luego al huesped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el Ventero, y no le pareció tan bue-

bueno como Don Quixote decia, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió à vér lo que su huesped mandaba, al qual estaban desarmando las doncellas (que yá se habian reconciliado con él), las quales, aunque le habian quitado el peto, y el espaldar, jamás supieron, ni pudieron desencaxarle la gola, ni quitalle la contrahecha zelada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle (como él se imaginaba, que aquellas traídas, y llevadas, que le desarmaban, eran algunas principales señoras, y damas de aquel Castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera Caballero de damas tan bien servido, como fuera Don Quixote, quando de su Aldea vino: doncellas curaban de él, Princesas del su rocino, ò Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quixote de la Mancha el mio; que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en

vuestro servicio y pro, me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas à oir semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaría yo (respondió Don Quixote), porque à lo que entiendo me haría mucho al caso. À dicha acertó à ser Viernes aquel dia, y no habia en la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andalucia bacallao, en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que dalle à comer. Como haya muchas truchuelas (respondió Don Quixote), podrán servir de una trucha; porque eso se me dá que me dén ocho reales en sencillo, que una pieza de à ocho. Quanto mas, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es me-

jor

jor que la baca, y el cabrito, que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo, y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa à la puerta de la venta por el fresco, y tráxole el huesped una porcion del mal remojado, y peor cocido bacallao, y un pan tan negro, y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba, y ponia; y ansí una de aquellas señoras servia de este menester: mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera, si el Ventero no horadára una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, à trueco de no romper las cintas de la zelada. Y estando en esto, llegó acaso à la venta un castrador de puercos; y así como llegó sonó un silvato de cañas, quatro, ò cinco veces, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote que estaba en algun famoso Castillo, y que le servian con música, y que el abadexo eran truchas, el pan candeal, las rameras damas, y el Ventero

ro Castellano del Castillo; y con esto daba por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado Caballero, por parecerle que no se podia poner legítimamente en aventura alguna, sin recibir la órden de Caballería.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse Caballero.

Y Así fatigado de este pensamiento, abrevió su venteril, y limitada cena, la qual acabada, llamó al Ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso Caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El Ventero, que vió à su huesped à sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse, ni decirle, y porfiaba con él que se levantáse, y jamás quiso, hasta que le hubo

de



Em.t Monfort sculp.t

de decir, que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, (respondió Don Quixote); y así os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es, que mañana en aquel dia me habeis de armar Caballero; y esta noche en la capilla de este vuestro Castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está à cargo de la caballería, y de los Caballeros Andantes, como yo soy, cuyo deseo à semejantes fazañas es inclinado. El Ventero que (como está dicho) era un poco socarron, y yá tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huesped, acabó de creerlo quando acabó de oírle semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dixo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y pedia, y que tal presupuesto era propio, y natural de los Caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba; y

que él asimismo en los años de su mocedad se habia dado à aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dexado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de San Lucar, Potro de Córdoba, las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde habia exercitado la ligereza de sus pies, y sutileza de manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando à muchos pupilos; y finalmente dándose à conocer por quantas Audiencias, y Tribunales hay casi en toda España; y que à lo último se habia venido à recoger à aquel su Castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él à todos los Caballeros Andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díxole tambien, que en aquel su Castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derriba-

bada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad, él sabía que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del Castillo: que à la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera, que él quedáse armado Caballero, y tan Caballero, que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traía dineros: Respondió Don Quixote, que no traía blanca, porque él nunca habia leído en las historias de los Caballeros Andantes, que ninguno los hubiese traído. A esto dixo el Ventero, que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido à los Autores de ellas, que no era menester escribir una cosa tan clara, y tan necesaria de traerse, como eran dineros, y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los truxeron; y así tuviese por cierto, y averiguado, que todos los Caballeros Andantes, de que tantos libros están llenos, y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian: porque no todas veces

ces

ces en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, habia quien los curáse, si yá no era, que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna doncella, ò enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota de ella, luego al punto quedaban sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido; mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados Caballeros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveídos de dineros, y de otras cosas necesarias, como eran hilas, y ungüentos para curarse: y quando sucedia que los tales Caballeros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutíles, que casi no se parecian à las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los Caballeros Andantes: y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podia mandar como à su ahijado, que tan presto lo habia de ser, que no caminàse de allí adelante sin dineros,

ros, y sin las prevenciones referidas, y que veria quán bien se hallaba con ellas, quando menos se pensase. Prometióle Don Quixote de hacer lo que le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande, que à un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quixote todas, las puso sobre una pila, que junto à un pozo estaba: y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó à pasear delante de la pila; y quando comenzó el paseo, comenzaba à cerrar la noche. Contó el Ventero à todos quantos estaban en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de Caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura, y fuéronselo à mirar desde lexos, y vieron, que con sosegado ademán, unas veces se paseaba, otras arrimado à su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la Luna, que podia competir con el que se la prestaba: de manera, que quanto el novel Caballero hacía, era bien visto de todos. Antojósele en esto à uno

de

de los harrieros, que estaba en la venta, ir à dar agua à su recua, y fue menester quitar las armas de Don Quixote, que estaban sobre la pila; el qual viéndole llegar, en voz alta le dixo: O tú quien quiera que seas, atrevido Caballero, que llegas à tocar las armas del mas valeroso Andante, que jamás se ciñó espada: mira lo que hacès, y no las toques, si no quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el harriero de estas razones, (y fuera mejor que se curára, porque fuera curarse en salud) antes travando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo qual visto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (à lo que pareció) en su señora Dulcinea, dixo: Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta, que à este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor, y amparo. Y diciendo estas, y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza à dos manos, y dió con ella tan gran golpe al harriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundára con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curára.

He-

Hecho esto, recogió sus armas, y tornó à pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí à poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aún estaba aturdido el harriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua à sus mulos; y llegando à quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quixote palabra, y sin pedir favor à nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo harriero, porque se la abrió por quatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el Ventero. Viendo esto Don Quixote, embrazó su adarga, y puesta mano à su espada, dixo: ¡O señora de la fermosura, esfuerzo, y vigor del debilitado corazon mio! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza à este tu cautivo Caballero, que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró, à su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lexos à llover piedras sobre Don Quixote, el qual lo mejor que podia se reparaba con su

adar-

adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El Ventero daba voces, que le dexasen, porque yá les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matáse à todos. Tambien Don Quixote las daba mayores, llamándolos alevosos, y traydores, y que el señor del Castillo era un follon, y mal nacido Caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los Andantes Caballeros: y que si él hubiera recibido la órden de Caballería, que él le diera à entender su alevosía; pero de vosotros, soez, y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, ofendedme en quanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez, y demasía. Decia esto con tanto brio, y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del Ventero, le dexaron de tirar, y él dexó retirar à los heridos, y tornó à la vela de sus armas con la misma quietud, y sosiego que primero. No le parecieron bien al Ventero las burlas de su huesped, y determinó abreviar, y darle la negra órden de Caballería luego, antes que otra
des-

desgracia sucediese; y así llegándose à él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baxa con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díxole, como yá le habia dicho, que en aquel Castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer, tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado Caballero consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que yá habia cumplido con lo que tocaba el velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas que él habia estado mas de quatro. Todo se lo creyó Don Quixote, y dixo, que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyése con la mayor brevedad que pudiese: porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado Caballero, no pensaba dexar persona viva en el Castillo, excepto aquellas que él le mandáse, à quien por su respeto dexaria. Advertido, y medroso de esto el Castellano, truxo luego un libro donde asentaba la paja, y cebada, que daba à los harrieros,

y con un cabo de vela, que le traía un muchacho, y con las dos yá dichas doncellas, se vino adonde Don Quixote estaba, al qual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual (como que decia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo (siempre marmullando entre dientes, como que rezaba). Hecho esto, mandó à una de aquellas damas, que le ciñése la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura, y discrecion, porque no fue menester poca para no rebentar de risa à cada punto de las ceremonias; pero las proezas que yá habian visto del novel Caballero, les tenia la risa à raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga à vuestra merced muy venturoso Caballero, y le dé ventura en lides. Don Quixote la preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante à quién quedaba obligado por la merced recibida; porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzáse por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un re-

remendon natural de Toledo, que vivia à las Tendillas de Sanchominaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviria, y le tendria por señor. Don Quixote le replicó, que por su amor le hiciese merced, que de allí adelante se pusiese Don, y se llamáse Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la qual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóla su nombre, y dixo, que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; à la qual tambien rogó Don Quixote, que se pusiese Don, y se llamáse Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios, y mercedes. Hechas, pues, de galope, y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quixote de verse à caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego à Rocinante, subió en él, y abrazando à su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado Caballero, que no es posible acertar à referirlas. El Ventero por verle yá fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió à las suyas, y sin pedirle la

costa de la posada, le dexó ir à la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió à nuestro Caballero quando salió de la venta.

LA del Alva sería, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse yá armado Caballero, que el gozo le rebentaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole à la memoria los consejos de su huesped, cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, en especial la de los dineros, y camisas, determinó volver à su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir à un labrador vecino suyo, que era pobre, y con hijos; pero muy à propósito para el oficio escuderil de la Caballería. Con este pensamiento guió à Rocinante hácia su Aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó à caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No habia andado mucho, quando le pareció que à su diestra mano, de la espesura de un bosque, que allí estaba, salian unas voces de-

li-



Em.l Menfort sculp.t

licadas, como de persona que se quexaba. Y apenas las hubo oído, quando dixo: Gracias doy al Cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo à mi profesion, y donde pueda recoger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces, sin duda, son de algun menesteroso, ò menesterosa, que ha menester mi favor, y ayuda; y volviendo las riendas, encaminó à Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y à pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua à una encina, y atado en otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension, y consejos, porque decia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio: por la Pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz ayrada dixo:

xo: Descortés Caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada à la encina, donde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor Caballero, este muchacho, que estoy castigando, es mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en estos contornos, el qual es tan descuidado, que cada dia me falta una; y porque castigo su descuido, ò bellaqueria, dice, que lo hago de miserable, por no pagarle la soldada que le debo, y en Dios, y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí? Ruin villano, dixo Don Quixote, por el Sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte à parte con esta lanza: pagadle luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya, y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador baxó la cabeza, y sin responder palabra, desató à su criado. Al qual pre-

gun-

gunto Don Quixote, que quánto le debia su amo? El dixo, que nueve meses à siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta y tres reales; y díxole al labrador, que al momento los desembolsáse, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada), que no eran tantos, porque se le habian de descontar, y recibir en cuenta tres pares de zapatos, que le habia dado, y un real de dos sangrias, que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso (replicó Don Quixote); pero quédense los zapatos, y las sangrias por los azotes que sin culpa le habeis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos, que vos pagasteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo: y si le sacó el Barbero sangre, estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor Caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo à mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él? (dixo el muchacho) mas mal año: no señor, ni por pienso, por-

que en viéndose solo, me desollará como à un San Bartolomé. No hará tal (replicó Don Quixote), basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto ; y con que él me lo jure por la ley de Caballería , que ha recibido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga. Mire vuestra merced , señor, lo que dice (dixo el muchacho), que este mi amo no es Caballero , ni ha recibido órden de Caballería alguna , que es Juan Haldudo el Rico , vecino de Quintanar. Importa poco eso (respondió Don Quixote), que Haldudos puede haber Caballeros ; quanto mas , que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad (dixo Andres) ; ¿ pero este mi amo de qué obras es hijo , pues me niega mi soldada , y mi sudor , y trabajo ? No niego , hermano Andres (respondió el labrador) , y hacedme placer de veniros conmigo , que juro por todas las órdenes que de Caballería hay en el mundo , de pagaros , como tengo dicho , un real sobre otro , y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia (dixo Don Quixote), dádselos en reales , que con eso me contento : y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado ; si no , por el mismo juramento os juro de volver à buscaros,

ros, y castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con mas veras obligado à cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfacedor de agravios, y sinrazones; y à Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido, y jurado, só pena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó à Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos. Siguióle el labrador con los ojos; y quando vió que habia traspuesto del bosque, y que yá no parecia, volvióse à su criado Andres, y díxole: Venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel desfacedor de agravios me dexó mandado. Eso juro yo (dixo Andres), y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen Caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso, y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva, y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo (dixo el labrador); pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó à atar à la enci-

na, donde le dió tantos azotes, que le dexó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora (decia el labrador) al desfacedor de agravios, veréis cómo no desface aqueste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades. Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese à buscar à su juez, para que executáse la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir à buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas. Pero con todo eso, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo. Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quixote; el qual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo, y alto principio à sus Caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su Aldea, diciendo à media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas hoy viven en la tierra, ¡ò sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto, y rendido à toda tu voluntad, è talante à un tan valiente, y nombrado Caba-

ballero, como lo es, y será Don Quixote de la Mancha, el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibió la órden de Caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto, y agravio que formó la sinrazon, y cometió la crueldad. Hoy quitó el látigo de la mano à aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba à aquel delicado infante. En esto llegó à un camino, que en quatro se dividia, y luego se le vino à la imaginacion las encrucijadas, donde los Caballeros Andantes se ponian à pensar quál camino de aquellos tomarian; y por imitarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda à Rocinante, dexando à la voluntad del rocin la suya, el qual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quixote un grande tropel de gente, que, como despues se supo, eran unos mercaderes Toledanos, que iban à comprar seda à Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados à caballo, y tres mozos de mulas à pie. Apenas los divisó Don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar en todo quanto

to

to à él le parecia posible los pasos que habia leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así con gentil continente, y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos Caballeros Andantes llegasen, que yá él por tales los tenia, y juzgaba; y quando llegaron à trecho que se pudieron vér, y oír, levantó Don Quixote la voz, y con ademán arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa, que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los Mercaderes al son de estas razones, y à ver la estraña figura del que las decia, y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver de espacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor Caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decis: mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana,

y sin apremio alguno confesarémos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. ¿Si os la mostrára, replicó D. Quixote, qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar, y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal, y sobervia; que ora vengais uno à uno (como pide la órden de Caballería), ora todos juntos, como es costumbre, y mala usanza de los de vuestra raléa, aquí os aguardo, y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor Caballero, replicó el Mercader, suplíco à vuesa merced, en nombre de todos estos Príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamás vista, ni oída, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices, y Reynas de la Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos, y seguros, y vuesta merced quedará contento, y pagado; y aun creo que estamos yá tan de su parte, que

aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra azufre, con todo eso por complacer à vuestra merced dirémos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera; no le mana, digo, eso que decis, sino ambar, y algalia entre algodones; y no es tuerta, ni corcobada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la gran blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baxa contra el que lo habia dicho con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezára, y cayera Rocinante, lo pasára mal el atrevido Mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva: atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aquí tendi-


Eml. Monfort sculpt.

dido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose à él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó à dar à nuestro Don Quixote tantos palos, que à despecho, y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dexáse; pero estaba yá el mozo picado, y no quiso dexar el juego, hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos, que sobre él llovia, no cerraba la boca, amenazando al Cielo, y à la tierra, y à los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los Mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado; el qual despues que se vió solo, tornó à probar si podia leventarse; pero si no lo pudo hacer quando sano, y bueno, cómo lo haría molido, y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia

pia

pia desgracia de Caballeros Andantes, y toda la atribuía à la falta de su caballo, y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro Caballero.

VIendo, pues, que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse à su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trúxole su locura à la memoria aquel de Valdovinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexó herido en la Montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada, y aun creida de los viejos, y con todo eso, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció à él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y así con muestras de grande sentimiento se comenzó à revolcar por la tierra, y à decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido Caballero del bosque: ¿Dónde estás, señora mia, que no te duele mi mal? O no lo sabeis, señora, ò eres falsa, y desleal. Y de esta manera fue

fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen: O noble Marques de Mantua, mi tio, y señor carnal! Y quiso la suerte, que quando llegó à este verso, acertó à pasar por allí un labrador de su mismo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el qual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó à él, y le preguntó, que quién era, y qué mal sentia, que tan tristemente se quexaba. Don Quixote creyó sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperador con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyéndole aquellos disparates; y quitándole la visera, que yá estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y apenas le hubo limpiado, quando le conoció, y le dixo: ¿ Señor Quixada (que así se debia de llamar quando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado à Caballero Andante) quién ha puesto à vuestra merced de esa suerte? Pero él seguia con su

ro-

romance à quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto, y espaldar, para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre, ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates, que Don Quixote decia; y no menos iba Don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de quando en quando daba unos suspiros, que los ponia en el Cielo, de modo, que de nuevo obligó à que el labrador le preguntáse, le dixese, qué mal sentia? Y no parece sino que el diablo le traía à la memoria los cuentos acomodados à sus sucesos; porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendió, y llevó cautivo à su Alcaydía. De suerte que quando el labrador le volvió à preguntar, que cómo estaba, y qué sentia, le respon-
dió

dió las mismas palabras, y razones que el cautivo Abindarraez respondia à Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose de ella tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa à llegar al Pueblo, por escusar el enfado que Don Quixote le causaba con su larga harenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y haré los mas famosos hechos de Caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino: ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé quién soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares

de Francia, y aun todos los nueve de la fama; pues à todas las hazañas, que ellos todos juntos, y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas, y en otras semejantes llegaron al Lugar à la hora que anochecia; pero el labrador aguardó à que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal Caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el Pueblo, y en la casa de Don Quixote, la qual la halló toda alborotada, y estaba en ella el Cura, y el Barbero del Lugar, que eran grandes amigos de Don Quixote, que estaba diciéndoles su ama à voces: ¿Qué le parece à vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parece él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: desventurada de mí, que me doy à entender, y así es ello verdad como naci para morir, que estos malditos libros de Caballerías, que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria hacerse Caballero Andante, è irse à buscar las aventuras por esos mundos.

Encomendados sean à Satanás, y à Barrabás tales libros, que así han echado à perder el mas delicado entendimiento, que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo; y aún decia mas: Sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció à mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojaba el libro de las manos, ponia mano à la espada, y andaba à cuchilladas con las paredes; y quando estaba muy cansado, decia que habia muerto à quatro Gigantes como quatro torres; y el sudor, que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas, que habia recibido en la batalla; y bebíase luego un jarro de agua fria, y quedaba sano, y sosegado, diciendo, que aquella agua era una preciosísima bebida, que le habia traído el sabio Esquife, un grande encantador, y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé à vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediáran antes de llegar à lo que ha llegado, y quemáran todos estos descomulgados libros, que tie-

ne muchos, que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y à fé que no se pase el dia de mañana sin que de ellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no dén ocasion à quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador, y Don Quixote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino; y así comenzó à decir à voces: Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, Alcayde de Antequera. A estas voces salieron todos; y como conocieron los unos à su amigo, las otras à su amo, y tio, que aún no se habia apeado del jumento, porque no podia, corrieron todos à abrazarle. El dixo: Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme à mi lecho, y llámase, si fuere posible, à la sabia Urganda, que cure, y cate de mis feridas. Mira en hora mala, dixo à este punto el ama, si me decia à mí bien mi corazon del pie que

co-

coxea mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urgada le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez, y otras ciento estos libros de Caballerías, que tal han parado à vuestra merced. Lleváronle luego à la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna; y él dixo, que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados, y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle à Don Quixote mil preguntas, y à ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el Cura se informó muy à la larga del labrador del modo que habia hallado à Don Quixote. El se lo contó todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle habia dicho, que fue poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fue llamar à su amigo el Barbero Maese Nicolas,

con el qual se vino à casa de Don Quixote.

CAPITULO VI.

Del donoso, y grande escrutinio, que el Cura, y el Barbero hicieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL qual aún todavia dormia. Pidió las llaves à la sobrina del aposento donde estaban los libros, autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y así como el ama los vió, volvióse à salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita, y un hysopo, y dixo: Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del ama, y mandó al Barbero, que le fuese dando de aquellos libros uno à uno, para vér de qué trataban, pues podia ser hallar


Em.l Monfort sc.

llar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la sobrina: no hay para qué perdonar à ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos, y pegarlos fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dixo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos, fue los quatro de Amadís de Gaula; y dixo el Cura: Parece cosa de mysterio esta, porque segun he oído decir, este libro fue el primero de Caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio, y origen de éste; y así me parece que como adogmatizador de una secta tan mala le debemos sin escusa alguna condenar al fuego. No, señor, dixo el Barbero, que tambien he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así como à único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dixo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro,

que está junto à él. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legítimo de Amadís de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana, y echadle al corral: dé principio al monton de la hoguera, que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego, que le amenazaba. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es Amadís de Grecia, y aun todos los de este lado, à lo que creo, son del mismo linage de Amadís. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que à trueco de quemar à la Reyna Pintiquiniestra, y al Pastor Darinel, y à sus Eglogas, y à las endiabladas, y revueltas razones de su Autor, quemára con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de Caballero Andante. De ese parecer soy yo, dixo el Barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues si así es, dixo el ama, venga, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abaxo. ¿Quién es ese tonel, dixo el Cura? Este es, respondió

dió el Barbero, Don Olivante de Laura. El Autor de ese libro, dixo el Cura, fue el mismo que compuso à Jardin de Flores; y en verdad que no sepa determinar quál de los dos libros es el mas verdadero, ò por decir mejor menos mentiroso; solo sé decir que éste irá al corral por disparatado, y arrogante. Este, que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el Barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura: pues à fé que ha de parar presto en el corral, à pesar de su estraño nacimiento, y soñadas aventuras; que no dá lugar à otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella: y con mucha alegria executaba lo que le era mandado. Este es el Caballero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es ese, dixo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca vénia: acompañe à los demás sin réplica; y así fue hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título: El Caballero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la Cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo:

xo: Este es Espejo de Caballerías. Yá conozco à su merced, dixo el Cura: ahí anda el señor Reynaldos de Montalvan con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que à destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Matheo Boyardo, de donde tambien texió su tela el christiano Poëta Ludovico Ariosto, al qual si aquí le hallo, y que habla con otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el Barbero; mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traído à España, y hecho Castellano, que le quitó mucho de su natural valor: y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro, y todos los que se hallaren que

tratan de estas cosas de Francia, se echen, y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos; exceptuando à un Bernardo del Carpio, que anda por ahí, y à otro llamado Roncesvalles, que estos, en llegando à mis manos, han de estár en las del ama, y de ellas en las del fuego, sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien, y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era Palmerin de Oliva, y junto à él estaba otro, que se llamaba Palmerin de Inglaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Esa Oliva se haga luego raxas, y se queme, que aun no quiero queden de ella las cenizas: y esa Palma de Inglaterra se guarde, y se conserve como à cosa única, y se haga para ella otra caxa como la que halló Alexandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del Poëta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le

com-

compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas, y de grande artificio: las razones cortesanas, y claras, que guardan, y miran el decoro del que habla, con mucha propriedad, y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que éste, y Amadís de Gaula queden libres del fuego; y todos los demás, sin hacer mas cala, y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el Barbero, que este, que aquí tengo, es el afamado Don Belianís. Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya; y es menester quitalles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les dá término ultramarino; y como se enmendaren, así usaré con ellos de misericordia, ù de justicia: y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dexeis leer à ninguno. Que me place, respondió el Barbero; y sin cansarse mas en leer libros de Cababallerías, mandó al ama que tomáse todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dixo à tonta, ni

ni sorda, sino à quien tenia mas gana de quemarlos, que de echar una tela, por grande, y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno à los pies del Barbero, que le tomó gana de vér de quién era, y vió que decia: Historia del famoso Caballero Tirante el Blanco. ¡Válgame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta que hallo en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kyrieleyson de Montalvan, valeroso Caballero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el Caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placer de mi Vida, con los amores, y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo. Aquí comen los Caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros de este género carecen. Con todo eso

os

os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echáran à galeras por todos los dias de su vida. Llevadle à casa, y leedle, y vereis que es verdad quanto de él os he dicho. Así será, respondió el Barbero; ¿ pero qué harémos de estos pequeños libros que quedan? Estos, dixo el Cura, no deben de ser de Caballerías, sino de Poësía: y abriendo uno, vió que era la Diana de Jorge de Montemayor; y dixo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen, ni harán el daño que los de Caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento, sin perjuicio de tercero. ¡ Ay señor! dixo la sobrina: bien los puede vuestra merced mandar quemar como à los demás, porque no sería mucho, que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos, se le antojáse de hacerse pastor, y andarse por los bosques, y prados cantando, y tañendo; y lo que sería peor, hacerse Poëta, que segun dicen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dixo el Cura, y será bien quitarle à nuestro amigo este tro-

pie-

piezo, y ocasion de delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este, que se sigue, dixo el Barbero, es la Diana, llamada la segunda, del Salmantino; y este otro, que tiene el mismo nombre, cuyo Autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe, y acreciente el número de los condenados al corral: y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se vá haciendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero, abriendo otro, los diez libros de Fortuna de Amor, compuesto por Antonio de Lofraso, Poëta Sardo. Por las órdenes que recibí, dixo el Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poëtas Poëtas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto; y que por su camino es el mejor, y el mas único de quantos de este género han salido à luz del mundo; y el

que

que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raxa de Florencia. Púsole à parte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió, diciendo: Estos, que se siguen, son el Pastor de Iberia, Ninfas de Henares, y Desengaños de zelos. Pues no hay mas que hacer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este, que viene, es el Pastor de Fílida. No es ese el Pastor, dixo el Cura, sino muy discreto Cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene, se intitula, dixo el Barbero: Tesoro de varias Poësías. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su Autor es amigo mio, y por respeto de otras heroycas, y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el Autor de este libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran à

quien


Em. Monfort sc.

quien los oye: y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas; pero nunca lo bueno fue mucho: guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese, que está junto à él? La Galatea de Miguel de Cervantes, dixo el Barbero. Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia, que ahora se le niega; y entretanto que esto se vé, tenedlo recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: la Araucana de Don Alonso de Ercilla: la Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba; y el Monserrato de Christoval de Virués, Poëta Valenciano. Todos esos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de Poësía que tiene España. Cansóse el Cura de vér mas libros,

y así à carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero yá tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba las Lágrimas de Angélica. Lloráralas yo, dixo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su Autor fue uno de los famosos Poëtas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen Caballero D. Quixote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó à dar voces Don Quixote, diciendo: Aquí, aquí, valerosos Caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los Cortesanos llevan lo mejor del tornéo. Por acudir à este ruido, y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban; y así se cree, que fueron al fuego sin ser vistos, ni oídos, la Caroléa, y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Avila, que sin duda debian de estár entre los que quedaban; y quizá si el Cura los viera, no pasáran por tan ri-

rigurosa sentencia. Quando llegaron à Don Quixote, yá él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dando cuchilladas, y reveses à todas partes, estando tan despierto, como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose à hablar con el Cura, dixo: Por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dexar tan sin mas, ni mas llevar la vitoria de este tornéo à los Caballeros Cortesanos, habiendo nosotros los Aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dixo el Cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merced à su salud por ahora, que me parece que debe de estár demasiadamente cansado, si yá no es que está mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote; pero molido, y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido à palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque vé que yo solo soy el opuesto de

sus valentías; mas no me llamaria yo Reynaldos de Montalvan, si en levantándome de este lecho, no me lo pagáre, à pesar de todos sus encantamientos; y por ahora tráyganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme à mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó, y abrasó el ama quantos libros habia en el corral, y en toda la casa: y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpétuos archivos; mas no lo permitió su suerte, y la pereza del escrutiñador; y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan à las veces justos por pecadores. Uno de los remedios, que el Cura, y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fue que le mudasen, y tapiasen el aposento de los libros, porque quando se levantáse no los halláse; quizá quitando la causa, cesaria el efecto: y que dixesen, que un encantador se los habia llevado, y el aposento, y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí à dos dias se levantó Don Quixote, y lo primero que hizo, fue ir à ver sus libros; y como no hallá-

llaba el aposento donde le habia dexado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba donde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia, y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó à su ama, ¿que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros? El ama, que yá estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dixo: ¿Qué aposento, ò qué nada busca vuestra merced? Yá no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche, despues del dia que vuestra merced de aquí se partió; y apeándose de una sierpe, en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro; que à cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dexó la casa llena de humo; y quando acordamos à mirar lo que dexaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno: solo se nos acuerda muy bien à mí, y al ama, que al tiempo de partirse aquel viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta, que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento, dexaba hecho el

daño en aquella casa, que despues se veria. Dixo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dixo Don Quixote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston, ò Friton; solo sé que se acabó en ton su nombre. Así es, dixo Don Quixote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes, y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, à pelear en singular batalla con un Caballero, à quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorvar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo, que mal podrá él contradecir, ni evitar lo que por el Cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dixo la sobrina; ¿ pero quién le mete à vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿ No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin considerar, que muchos van por lana, y vuelven trasquilados? ¡ O sobrina mia, respondió Don Quixote, y quán mal que estás en la cuenta! Primero que à mí me trasquilen, tendré peladas, y quitadas las barbas à quantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

llo. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es, pues, el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devanéos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el Barbero, sobre que él decia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de Caballeros Andantes, y de que en él se resucitáse la Caballería Andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quixote à un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre); pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadió, y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él, y servirle de su escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quixote, que se dispusiese à ir con él de buena gana, porque tal vez le podria suceder aventura, que ganáse en quítame allá esas pajas alguna Insula, y le dexáse à él por Gobernador de ella. Con estas promesas,

y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dexó su muger, y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quixote órden de buscar dineros; y vendiendo una cosa, empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela, que pidió prestada à un su amigo; y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, avisó à su escudero Sancho del dia, y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodáse de lo que viese que mas le era menester. Sobre todo le encargó que llevàse alforjas; è dixo, que sí llevaria, y que asimismo pensaba llevar un asno, que tenia muy bueno, porque él no estaba hecho à andar mucho à pie. En lo del asno reparó un poco Don Quixote, imaginando si se le acordaba si algun Caballero Andante habia traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno à la memoria: mas con todo eso determinó que le llevàse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés Caballero que topáse. Proveyóse de camisas, y de las demás co-

sas que él pudo, conforme al consejo que el Ventero le habia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos, y muger, ni Don Quixote de su ama, y sobrina, una noche se salieron del Lugar, sin que persona los viese: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho deseo de verse yá Gobernador de la Insula, que su amo le habia prometido. Acertó Don Quixote à tomar la misma derrota, y camino que el que habia antes tomado en su primer viage, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles al soslayo los rayos del Sol, no les fatigaba. Dixo en esto Sancho Panza à su amo: Mire vuestra merced, señor Caballero Andante, que no se le olvide lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo qual respondió Don Quixote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los Caballeros

An-

Andantes antiguos hacer Gobernadores à sus escuderos de las Insulas, ò Reynos que gobernaban; y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban à que sus escuderos fuesen viejos, y yá despues de hartos de servir, y de llevar malos dias, y peores noches, les daban algun título de Conde, ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Provincia de poco mas à menos; pero si tú vives, y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganáse yo tal Reyno, que tuviese otros à él adherentes, que viniese de molde para coronarte por Rey de uno de ellos. Y no lo tengas à mucho, que cosas, y casos acontecen à los tales Caballeros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. De esa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese Rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Mari-Gutierrez, mi oislo, vendria à ser Reyna, y mis hijos Infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió Don Quixote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para

mí,

mí, que aunque lloviese Dios Reynos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari-Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para Reyna: Condesa le caerá mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiéndalo tú à Dios, Sancho, respondió Don Quixote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas à contentar con menos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable, y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

EN esto descubrieron treinta, ò quarenta molinos de viento, que hay en aquel campo; y así como Don Quixote los vió, dixo à su escudero: La ventura vá guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos à desear. Porque vés allí, amigo San-

Sancho Panza, donde se descubren treinta, ò pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles à todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos à enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿ Qué gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos, que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy à entrar con ellos en fiera, y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas à su caballo Rocinante, sin atender à las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole, que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba à acometer. Pero él iba tan puesto en

que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba yá bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes, y viles criaturas, que un solo Caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco el viento, y las grandes aspas comenzaron à moverse; lo qual visto por Don Quixote, dixo: Pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briaréo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon à su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió à todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo, y Caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza à socorrerle, à todo el correr de su asno: y quando llegó, halló que no se podia menear: tal fue el golpe que dió con el Rocinante. ¡Válame Dios! dixo Sancho: ¿no le dixe yo à vuestra merced que miráse bien

lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien llevâse otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas à contínua mudanza: quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento, y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza; y ayudándole à levantar, tornó à subir sobre su Rocinante, que medio despaldado estaba: y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque allí, decia Don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo à su escudero, añadió: Yo me acuerdo haber leído, que un Caballero Español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un

pe-

pesado ramo, ò tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca; y así él, como sus descendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas, y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina, ò roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal, y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir à verlas, y à ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que vá de medio lado, y debe de ser molimiento de la caida. Asi es la verdad, respondió Don Quixote; y si no me quexo del dolor, es porque no es dado à los Caballeros Andantes quexarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgára que vuestra merced se quexára quando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, si yá no se entien-

tiende tambien con los escuderos de los Caballeros Andantes eso del no quexarse. No se dexó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró, que podia muy bien quexarse, como, y quando quisiese, sin gana, ò con ella; que hasta entonces no habia leído cosa en contrario en la órden de Caballería. Díxole Sancho, que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacía menester, que comiese él quando se le antojáse. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando, y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó Don Quixote un

ra-

ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro, que quitó de la que se le habia quebrado. En toda aquella noche no durmió Don Quixote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse à lo que habia leído en sus libros, quando los Caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicorias, de un sueño se la llevó: y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamára) los rayos del Sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas, y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento à la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron à su comenzado camino del puerto Lapice, y à hora de las tres del dia le descubrieron. Aquí (dixo en viéndole Don Quixote) podemos,

hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano à tu espada para defenderme, si yá no vieres que los que me ofenden es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren Caballeros, en ninguna manera te es lícito, ni concedido por las leyes de Caballería que me ayudes, hasta que seas armado Caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y mas que yo de mio me soy pacífico, y enemigo de meterme en ruidos, ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocáre à defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas, y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió Don Quixote; pero en esto de ayudarme contra Caballeros has de tener à raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos Frayles de la

Or-

Orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traían sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras de ellos venia un coche con quatro, ò cinco de à caballo, que le acompañaban, y dos mozos de mulas à pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora Vizcaina, que iba à Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba à las Indias con un muy honroso cargo. No venian los Frayles con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quixote, quando dixo à su escudero: O yo me engaño, ò esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto; porque aquellos vultos negros, que allí parecen, deben de ser, y son, sin duda alguna, encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche; y es menester deshacer este tuerto à todo mi poderio. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire, señor, que aquellos son Frayles de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera. Mire digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo, que le engañe. Yá te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que
 sa-

sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás; y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, que à él le pareció que le podian oir lo que dixese, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas, que en ese coche llevais forzadas; si no aparejaos à recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los Frayles las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de sus razones; à las quales respondieron: Señor Caballero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos Religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, ò no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que yá os conozco, fementida canalla, dixo Don Quixote, y sin esperar mas respuesta, picó à Rocinante, y la lanza baxa arremetió contra el primer Frayle con tanta furia, y denuedo, que si el Frayle no se dexára caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no ca-
ye-

yera muerto. El segundo Religioso, que vió del modo que trataban à su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó à correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al Frayle, apeándose ligeramente de su asno, arremetió à él, y le comenzó à quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los Frayles, y preguntáronle, ¿que por qué le desnudaba? Respondióles Sancho, que aquello le tocaba à él legítimamente, como despojos de la batalla, que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que yá Don Quixote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo; y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron à coces, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido; y sin detenerse un punto tornó à subir el Frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro; y quando se vió à caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobre-

salto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si lleváran al diablo à las espaldas. Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: La vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la sobervia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, Caballero Andante, y Aventurero, y cautivo de la sin par, y hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio, que de mí habeis recibido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quixote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaino; el qual viendo que no queria dexar pasar el coche adelante, sino que decia, que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fue para Don Quixote, y asiéndole de la lanza, le dixo en mala lengua

gua castellana, y peor vizcaina, de esta manera: Anda Caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí Vizcaino. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: Si fueras Caballero, como no lo eres, yá yo hubiera castigado tu sandez, y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el Vizcaino: ¿Yo no Caballero? juro à Dios tan mientres como Christiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas: Vizcaino por tierra, hidalgo por mar, y hidalgo por el diablo, y mientres, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dixo Agrages, respondió Don Quixote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada: pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego fueron el uno para el otro, como si

fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo; porque decia el Vizcaino en sus mal travadas razones, que si no le dexaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar à su ama, y à toda la gente que se lo estorváse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviáse de allí algun poco, y desde lexos se puso à mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual dió el Vizcaino una gran cuchillada à Don Quixote encima de un hombro, por encima de la rodela, que à dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: ¡ O señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura! socorred à este vuestro Caballero, que por satisfacer à la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaino, todo fue en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo à la de un solo golpe. El Vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage,

de-

determinó de hacer lo mismo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula à una, ni à otra parte, que yá de puro cansada, y no hecha à semejantes niñerias, no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, Don Quixote contra el cauto Vizcaino con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcaino le aguardaba asimismo, levantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos, y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche, y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos, y ofrecimientos à todas las Imágenes, y Casas de devocion de España, porque Dios libráse à su escudero, y à ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto, y término dexa pendiente el Autor de esta historia esta batalla, disculpándose, que no halló mas escrito de estas hazañas de Don Quixote de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo Autor de esta obra no quiso creer, que tan curiosa historia estu-

tuviese entregada à las leyes del olvido; ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos, ò en sus escritorios algunos papeles, que de este famoso Caballero tratasen; y así con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin de esta famosa historia, el qual, siendo el Cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda Parte.

SEGUNDA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO IX.

Donde se concluye, y da fin à la estupenda batalla, que el gallardo Vizcaino, y el valiente Manchego tuvieron.

DExamos en la primera Parte de esta historia al valeroso Vizcaino, y al famoso Don Quixote con las espadas altas, y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian, y henderian de arriba abaxo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso, è intrincado paró, y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su Autor dónde se podria hallar lo que de ella faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco, se volvia

en

en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho que à mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, y que à tan buen Caballero le hubiese faltado algun sabio, que tomára à cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó à ninguno de los Caballeros Andantes, de los que dicen las gentes, que van à sus aventuras; porque cada uno de ellos tenia uno, ù dos sabios, como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos, y niñerias, por mas escondidas que fuesen. Y no habia de ser tan desdichado tan buen Caballero, que le faltáse à él lo que sobró à Platir, y à otros semejantes. Y así no podia inclinarme à creer, que tan gallarda historia hubiese quedado manca, y estropeada, y echaba la culpa à la malignidad del tiempo, devorador, y consumidor de todas las cosas; el qual, ò la tenia oculta, ò consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como Desengaño de Zelos, y Ninfas y Pastores de Henares, que tambien su historia debia

de

de ser moderna, y que yá que no estubiese escrita, estaria en la memoria de la gente de su Aldea, y de las à ella circunvecinas. Esta imaginacion me traía confuso, y deseoso de saber real, y verdaderamente toda la vida, y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la Caballeria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azores, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas de monte en monte, y de valle en valle; que si no era que algun follon, ò algun villano de acha, y capellina, ò algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de tejado, se fue tan entera à la sepultura, como la madre que la habia parido. Digo, pues, que por estos, y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Don Quixote de contínuas, y memorables alabanzas: y aun à mí no se me deben negar por el trabajo,

y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia. Aunque bien sé, que si el Cielo, el acaso, y la fortuna no me ayudáran, el mundo quedára falto, y sin el pasatiempo, y gusto, que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho à vender unos cartapacios, y papeles viejos à un Sedero; y como soy aficionado à leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia: vile con caractéres, que conocí ser Arábigos; y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando, si parecia por allí algun Morisco aljamiado, que los leyése; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscára de otra mejor, y mas antigua lengua, le hallára. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó à reir. Preguntéle, ¿que de qué se reia? Y respondióme, que de una

una cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion. Díxele, que me la dixese; y él, sin dexar la risa, dixo: Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra muger de toda la Mancha. Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito, y suspenso, porque luego se me representó, que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio; y haciéndolo así, volviendo de improviso el Arábigo en Castellano, dixo que decia: Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Arábigo. Mucha discrecion fue menester para disimular el contento que recibí, quando llegó à mis oídos el título del libro; y salteándosele al Sedero, compré al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real; que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el Morisco por el Claustro de la Iglesia Mayor,

yor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas, y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le traxe à mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primer cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas: el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del Vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler à tiro de ballesta. Tenia à los pies escrito el Vizcaino un título, que decia: Don Sancho de Azpetia, que sin duda debia de ser su nombre; y à los pies de Rocinante estaba otro, que decia: Don Quixote. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan éti-

ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con quánta advertencia, y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto à él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro à su asno: à los pies del qual estaba otro rótulo, que decia: Sancho Zancas; y debia de ser que tenia, à lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas; y por esto se le debió de poner nombre de Panza, y de Zancas: que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso à la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala, como sea verdadera. Si à ésta se le puede poner alguna objecion acerca de su verdad, no podrá ser otra, sino haber sido su Autor Arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella, que demasiado. Y así me parece à mí: pues quando pudiera, y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen Caballero, parece que de industria

las pasa en silencio: cosa mal hecha, y peor pensada, habiendo, y debiendo ser los Historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rencor, ni la aficion les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo lo lo pasado, exemplo, y aviso de lo presente, y advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertáre à desear en la mas apacible: y si algo bueno en ella faltáre, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su Autor, antes que por falta del sugeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba de esta manera.

Puestas, y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos, y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, à la tierra, y al abysmo: tal era el denuedo, y continente que tenian. Y el primero que fue à descargar el golpe, fue el colérico Vizcaino, el qual fue dado con tanta fuerza, y tanta furia, que à no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin à su rigu-

gurosa contienda, y à todas las aventuras de nuestro Caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario de modo, que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño, que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡ Valgame Dios, y quién será aquel, que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro Manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el Vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó à echar sangre por las narices, por la boca, y por los oidos, y à dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, si no se abrazára con el cuello; pero con todo esto sacó los pies de los estribos, y luego sacó los bra-

zos; y la mula espantada del terrible golpe, dió à correr por el campo, y à pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quixote; y como le vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó à él; y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dixo, que se rindiese, si no, que le cortaria la cabeza. Estaba el Vizcaino tan turbado, que no podia responder palabra; y él lo pasára mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran à donde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced, y favor de perdonar la vida à aquel su escudero. A lo qual Don Quixote respondió con mucho entono, y gravedad: Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion, y concierto; y es, que este Caballero me ha de prometer ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y desconsolada señora, sin entrar en

cuen-

cuenta de lo que Don Quixote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometió, que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fé de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto que lo tenia bien merecido.

CAPITULO X.

Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen escudero Sancho Panza.

YA en este tiempo se habia levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los Frayles, y habia estado atento à la batalla de su señor Don Quixote, y rogaba à Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganáse alguna Insula, de donde le hiciese Gobernador, como se lo habia prometido. Viendo, pues, yá acabada la pendencia, y que su amo volvia à subir sobre su Rocinante, llegó à tenerle el estribo; y antes que subiese, se hincó de rodillas delante de él, y asiéndole de la mano, se la besó, y le dixo: Sea vuestra merced servido, señor Don Quixote mio, de darme el Gobierno de la Insula, que en es-

ta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal, y tan bien como otro que haya gobernado Insulas en el mundo. A lo qual respondió Don Quixote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las à estas semejantes, no son aventuras de Insulas, sino de encrucijadas, en las quales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeza, ò una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradeciόselo mucho Sancho; y besándole otra vez la mano, y la falda de la lóriga, le ayudó à subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó à seguir à su señor, que à paso tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque, que allí junto estaba. Seguiale Sancho à todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fue forzoso dar voces à su amo, que se aguardáse. Hízolo así Don Quixote, teniendo las riendas à Rocinante, hasta que llegáse su cansado escudero; el qual en llegando, le dixo: Paréceme,

se-

señor, que sería acertado irnos à retraher à alguna Iglesia, que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que dén noticia del caso à la Santa Hermandad, y nos prendan; y à fé que si lo hacen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote: ¿y dónde has visto tú, ò leído jamás, que Caballero Andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté à ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entrometo. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las manos de los Caldéos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿Has visto tú mas valeroso Caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro, que tenga, ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé

leer, ni escribir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida; y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced es, que se cure, que le vá mucha sangre de esa oreja, que aquí traygo hilas, y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien escusado, respondió Don Quixote, si à mí se me acordára de hacer una redoma de bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorráran tiempo, y medicinas. ¿Qué redoma, y qué bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor à la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así quando yo le haga, y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas veces suele acontecer) tomar bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedáre

en

en la silla, advirtiendo de encaxarlo igualmente, y al justo. Luego me darás à beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aquí el Gobierno de la prometida Insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo, que valdrá la onza à donde quiera mas de à dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada, y descansadamente. Pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacerle? Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. ¡Pecador de mí! replicó Sancho, ¿pues à qué aguarda vuestra merced à hacerle, y à enseñarmele? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas, y ungüento; mas quando Don Quixote llegó à ver rota su zelada, pensó perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y al-

alzando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al criador de todas las cosas, y à los Santos quatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fue de no comer pan à manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque de ellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Advierta vuestra merced, señor Don Quixote, que si el Caballero cumplió lo que se le dexó ordenado, de irse à presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, yá habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, respondió Don Quixote; y así anúlo el juramento en quanto lo que toca à tomar de él nueva venganza; pero hágole, y confírmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra zelada tal, y tan buena como ésta à algun Caballero. Y no pienses, Sancho, que así à humo de pajas hago esto, que bien
ten-

tengo à quién imitar en ello ; que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó à Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia. Si no, digame ahora, ¿ si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, qué hemos de hacer ? ¿ Hase de cumplir el juramento à despecho de tantos inconvenientes, è incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora ? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traen zeladas ; pero quizá no las han oído nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dixo Don Quixote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, quando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca à la conquista de Angélica la Bella. Alto, pues, sea así, dixo Sancho, y à Dios prazga que

nos

nos suceda bien, y que se llegue yá el tiempo de ganar esta Insula, que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Yá te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltáre Insula, ahí está el Reyno de Dinamarca, ò el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo; y mas, que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun Castillo, donde aloxemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto à Dios, que me vá doliendo mucho la oreja. Aquí traygo una cebolla, y un poco de queso, y no sé quántos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares, que pertenecen à tan valiente Caballero, como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió Don Quixote. Hagote saber, Sancho, que es honra de los Caballeros Andantes no comer en un mes, y yá que coman, sea de aquello que hallaren mas à mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leído tantas historias como yo; que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los Ca-

Caballeros Andantes comiesen, sino era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demás dias se los pasaban en flores; y aunque se dexa entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres, como nosotros; hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cocinero, que su mas ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que à mí me dá gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la Caballería Andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer, ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion Caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es Caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles, y de mas sustancia. No digo yo, replicó Don Quixote, que sea forzoso à los Caballeros Andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices;

si-

sino que su mas ordinario sustento debia de ser de ellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traía, comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero deseosos de buscar à donde aloxar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego à caballo, y diéronse priesa por llegar à poblado, antes que anocheciese; pero faltóles el Sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto à unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí; que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su Caballería.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió à Don Quixote con unos cabreros.

FUE recogido de los cabreros con buen ánimo ; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado à Rocinante, y à su jumento , se fue tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra , que hirviendo al fuego en un caldero estaban ; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego , y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa , y convidaron à los dos , con muestras de buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse à la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado à Don Quixote que se sentáse sobre un dornajo , que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quixote , y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo , le dixo : Porque

veas,

veas, Sancho, el bien que en sí encierra la Andante Caballería, y quán à pique están los que en qualquiera ministerio de ella se exercitan de venir brevemente à ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aquí à mi lado, y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor; que comas en mi plato, y bebas por donde yo bebiere: porque de la Caballería Andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. Gran merced, dixo Sancho; pero sé decir à vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria en pie, y à mis solas, como sentado à par de un Emperador. Y aun, si va à decir verdad, mucho mejor me sabe lo que cómo en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan, y cebolla, que los gallipabos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar de espacio, beber poco, limpiarme amenudo, no estornudar, ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas, que la soledad, y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras, que vuestra merced quiere darme, por ser ministro,

tro, y adherente de la Caballería Andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas, que me sean de mas cómodo, y provecho; que éstas (aunque las doy por bien recibidas) las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque à quien se humilla, Dios le ensalza; y asiéndole por el brazo, le forzó à que junto à él se sentáse. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos, y de Caballeros Andantes, y no hacian otra cosa que comer, callar, y mirar à sus huéspedes, que con mucho donayre, y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaléas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba à la redonda tan amenudo (yá lleno, yá vacio, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano; y mirándolas atentamente, soltó la voz à semejantes ra-

zones: Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos à quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzáse en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: à nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce, y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas, y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano, sin interés alguno, la fertil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y livianas cortezas, con que comenzaron à cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las incle-

clemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado à abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleytar à los hijos, que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples, y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza, y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, à quien la púrpura de Tyro, y la por tantos modos martyrizada seda encarecen; sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra entretegidas, con lo que quizá iban tan pomposas, y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras, y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple, y sencillamente, del mismo modo, y manera que ella los concebia, sin

buscar artificioso rodéo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar, ni ofender los del favor, y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe aún no se habia sentado en el entendimiento del juez; porque entonces no habia que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas, y señoras, sin temor que la agena desenvoltura, y lascivo intento la menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto, y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios, ò por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los Caballeros Andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas,

das, y socorrer à los huerfanos, y à los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, à quien agradezco el agasajo, y buen acogimiento que haceis à mí, y à mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados à favorecer à los Caballeros Andantes, todavia por saber, que sin saber vosotros esta obligacion me acogisteis, y regalasteis, es razon que con la voluntad à mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga harenga (que se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro Caballero, porque las bellotas, que le dieron, le traxeron à la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inutil razonamiento à los cabreros, que sin responderle palabra, embobados, y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy amenudo el segundo zaque, que porque se enfriáse el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor Caballero Andante, que le agasajamos con pronta, y buena voluntad, queremos darle solaz, y

contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estár aquí; el qual es un zagal entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escribir, y es músico de un rabél, que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó à sus oídos el son del rabél, y de allí à poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros, si habia cenado? y respondió que sí. El que habia hecho los ofrecimientos, le dixo: De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huesped que tenemos, que tambien por los montes, y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego, por tu vida, que te sientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el Pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respodió el mozo: y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabél, de allí à poco
con

con muy buena gracia comenzó à cantar, diciendo de esta manera.

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aún con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado,
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches,
Y honestísimos desvios,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.
Avalánzase al señuelo
Mi fé, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser qual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto,
Que me he vestido los Lunes
Lo que me honraba el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo à tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado à deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas mal quisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dixo:
Tal piensa que adora un Angel,
Y viene à adorar un gimio.
Merced à los muchos dixes,
Y à los cabellos postizos,
Y à hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.

Des-

Desmentíla, y enojóse:
Volvió por ella su primo:
Desafióme, y yá sabes
Lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo à monton,
Ni te pretendo, y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que es mas bueno mi disignio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo:
Pon tu cuello en la gamella,
Verás cómo pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
Por el Santo mas bendito,
De no salir de estas sierras,
Sino para Capuchino.

Con esto dió fin el cabrero à su canto; y aunque Don Quixote le rogó, que algo mas cantáse, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir, que para oír canciones. Y así dixo à su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego à donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que pasen las noches cantando. Yá te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce, que las visitas del

del zaque piden mas recompensa del sueño, que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego replicó Don Quixote; pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando, que durmiendo. Pero con todo esto, sería bien, Sancho, que me volvieses à curar esta oreja, que me vá doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba. Y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuviese pena, que él pondria remedio, con que facilmente se sanáse. Y tomando algunas hojas de romero, del mucho que por allí habia, las mascó, y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas à la oreja, se la bendó muy bien, asegurándole, que no habia menester otra medicina; y así fue la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero à los que estaban con Don Quixote.

EStando en esto, llegó otro mozo de los que les traían del Aldea el bastimento, y dixo: ¿ Sabeis lo que pasa en el Lugar, com-

compañeros? Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante, llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de Pastora por esos andurriales. ¿Por Marcela dirás? dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero. Y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama, y él dicen que lo dixo, aquel lugar es à donde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los Abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dexó mandado Grisóstomo; y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas à lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen

nen à enterrar con gran pompa à donde te he dicho, y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; à lo menos yo no dexaré de ir à verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mismo, respondieron los cabreros, y echarémos suertes à quién ha de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo el otro, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos; y no lo atribuyas à virtud, y à poca curiosidad mia, sino à que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó à Pedro le dixese, qué muerto era aquel, y qué pastora aquella? A lo qual Pedro respondió, que lo que sabía era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto à su Lugar con opinion de muy sabio, y muy leído. Principalmente decian, que sabía la ciencia de las Estrellas, y de lo que pasan allá en el Cielo el Sol, y la Luna; porque puntualmente nos decia el cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama,

ma, amigo, que no cris, el obscurecerse esos dos Luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, prosiguió su cuento, diciendo: Asimismo adivinaba quándo habia de ser el año abundante, ò estil. Esteril quieres decir, amigo, dixo Don Quixote. Esteril, ò estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia se hicieron sus padres, y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: Sembrad este año cebada, no trigo: en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada: el que viene será de guilla de aceyte: los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama Astrología, dixo Don Quixote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabía, y aun mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneció vestido de pastor, con su cayado, y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos, que como escolar traía; y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir, como Grisóstomo

el

el difunto fue grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacía los Villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los Autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian, que eran por el cabo. Quando los del Lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores à los dos Escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido à hacer aquella tan estraña mudanza. Yá en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles, como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros, de todo lo qual quedó el mozo señor absoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino à entender, que el haberse mudado de traxe no habia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela, que nuestro zagal nombró denantes, de la qual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quieroos decir ahora por-

porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza: quizá, y aun sin quizá no habreis oído semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sara, replicó Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo à cada paso los vocablos, no acabarémos en un año. Perdonad, amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna à Sara os lo dixe; pero vos respondisteis muy bien, porque vive mas sarna que Sara, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo, pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra Aldea hubo un labrador aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, al qual dió Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fue la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el Sol, y del otro la Luna; y sobre todo hacendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que debe estár su ánima à

la

la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando à su hija Marcela muchacha, y rica en poder de un tio suyo Sacerdote, y Beneficiado de nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija. Y así fue, que quando llegó à edad de catorce à quince años, nadie la miraba que no bendecia à Dios, que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados, y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se estendió de manera, que así por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores de ellos, era rogado, solicitado, è importunado su tio, se la diese por muger. Mas él (que à las derechas es buen Christiano), aunque quisiera casarla luego, así como la vido de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo à la ganancia, y grangería que le ofrecia

cia en tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y à fé que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote: que quiero que sepa, señor Andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el Clérigo, que obliga à sus feligreses à que digan bien de él, especialmente en las Aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno; y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso; y en lo demás sabreis, que aunque el tio proponia à la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casáse, y escogiese à su gusto; jamás ella respondió otra cosa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia habil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer justas escusas, dexaba el tio de importunarla, y esperaba à que entráse algo mas en edad, y ella supiese escoger com-

pañia à su gusto; porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres à sus hijos estado contra su voluntad. Pero, hételo aquí, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dio en irse al campo con las demás zagalas del Lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se dió al descubierto, no os sabré buenamente decir, quántos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los quales, como yá está dicho, fue nuestro difunto, el qual decian que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, ò ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato; antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven, y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pe-

que-

queña esperanza de alcanzar su deseo: que puesto que no huye, ni se esquiva de la compañia, y conversacion de los pastores, y los trata cortés, y amigablemente, en llegando à descubrirle su intencion qualquiera de ellos, aunque sea tan justa, y santa como la del matrimonio, los arroja de sí, como un trabuco; y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrára la pestilencia, porque su afabilidad, y hermosura atrahe los corazones de los que la tratan à servirla, y à amarla; pero su desden, y desengaño los conduce à términos de desesperarse; y así no saben qué decirla, sino llamarla à voces cruel, y desagradecida, con otros títulos à éste semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, viérades resonar estas sierras, y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lexos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado, y escrito el nombre de Marcela; y encima de alguna una corona gravada en el mismo arbol, como si mas claramente dixera

su amante, que Marcela la lleva, y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se quexa otro, acullá se oyen amorosas canciones: acá desesperadas endechas. Quál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina, ò peñasco, y allí, sin pegar los llorosos ojos, embebecido, y transportado en sus pensamientos, le halló el Sol à la mañana: y quál hay, que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quexas al piadoso cielo: y de éste, de aquel, de aquellos, y de estos libre, y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela; y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir à domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy à entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dixo, que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dexeis de hallaros mañana à su entierro, que será muy

de

de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar à aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradezcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. ¡ O replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos à los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor, que nos los dixese: y por ahora bien será que os vais à dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que yá daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte, que su amo se entráse à dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante, y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido à coces.

CAPITULO XIII.

Donde se dá fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

MAS apenas comenzó à descubrirse el dia por los balcones del Oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantaron, y fueron à despertar à Don Quixote, y à decirle, si estaba todavia con propósito de ir à ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañia. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó à Sancho que ensilláse, y enalbardáse al momento; lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cyprés, y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso baston de acevo en la mano. Venian con ellos asimismo dos gentileshombres de à caballo, muy bien aderezados, de camino, con otros tres mozos de à pie, que los acompañaban. En llegándose à juntar


T. I.
134
Em.l Monfort Sculp. Val.e 1760.

se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos à los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro; y así comenzaron à caminar todos juntos. Uno de los de à caballo, hablando con su compañero, le dixo: Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece à mí, respondió Vivaldo: y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de quatro la hiciera, à trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, qué era lo que habian oído de Marcela, y de Grisóstomo? El caminante dixo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traxe, les habian preguntado la ocasion porque iban de aquella manera: que uno de ellos se lo contó, contando la estrañeza, y hermosura de una pastora, llamada Marcela, y los amores de muchos que la requebraban, con la muerte de aquel Grisóstomo, à cuyo entierro iban. Final-

mente, él contó todo lo que Pedro à Don Quixote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo à Don Quixote, ¿qué era la ocasion que le movia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica? A lo qual respondió Don Quixote: La profesion de mi exercicio no consiente, ni permite que yo ande de otra manera. El buen pasto, el regalo, y el reposo, allá se inventó para los blandos Cortesanos; mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inventaron, è hicieron para aquellos que el mundo llama Caballeros Andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, quando todos le tuvieron por loco. Y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era la suya, le tornó à preguntar Vivaldo, ¿que qué queria decir Caballeros Andantes? ¿No han vuestras mercedes leído, respondió Don Quixote, los Anales, è Historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo, que continuamente en nuestro romance Castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en

en todo aquel Reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo; y que andando los tiempos, ha de volver à reynar, y à cobrar su Reyno, y Cetro? A cuya causa no se probará que desde aquel tiempo à este haya ningun Ingles muerto cuervo alguno. Pues en tiempo de este buen Rey fue instituida aquella famosa órden de Caballería de los Caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron, sin faltar un punto, los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote de Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera de ellos, y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabio romance, y tan decantado en nuestra España, de Nunca fuera Caballero de damas tan bien servido, como fuera Lanzarote, quando de Bretaña vino: con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos, y fuertes hechos. Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella órden de Caballería estendiéndose, y dilatándose por muchas, y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gaula,

con

con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion: el valeroso Felix Marte de Hircania: y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco: y casi que en nuestros dias vimos, y comunicamos, y oímos al invencible, y valeroso Caballero Don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser Caballero Andante, y la que he dicho es la órden de Caballería; en la qual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los Caballeros referidos, profeso yo: y así me voy por estas soledades, y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo, y mi persona à la mas peligrosa, que la suerte me depare, en ayuda de los flacos, y menesterosos. Por estas razones, que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura, que le señoreaba; de lo qual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento de ella. Y Vivaldo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba,

para llegar à la sierra del entierro, quiso darle ocasion à que pasáse mas adelante con sus disparates; y así le dixo: Paréceme, señor Caballero Andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra: y tengo para mí, que aun la de los Frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si vá à decir verdad, no hace menos el Soldado, que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mismo Capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los Religiosos con toda paz, y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los Soldados, y Caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos, y filos de nuestras espadas; no debaxo de cubierta, sino à cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del Sol en Verano, y de los erizados hielos del Invierno: así que somos Ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las à ellas tocan-

cantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando; síguese, que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz, y reposo están rogando à Dios favorezca à los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por el pensamiento, que es tan buen estado el de Caballero Andante como el de encerrado Religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, mas aporreado, mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso; porque no hay duda sino que los Caballeros Andantes pasados, pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron à ser Emperadores por el valor de su brazo, à fé que les costó buen por qué de su sangre, y de su sudor: y que si à los que à tal grado subieron, les faltáran encantadores, y sabios que los ayudáran, que ellos quedáran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer soy yo, replicó el caminante; pero una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los Caballeros Andantes;

tes ; y es , que quando se ven en ocasion de acometer una grande , y peligrosa aventura , en que se ve manifiesto peligro de perder la vida , nunca en aquel instante de acometerla se acuerdan de encomendarse à Dios , como cada Christiano está obligado à hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan à sus damas con tanta gana , y devocion , como si ellas fueran su Dios : cosa que me parece que huele algo à gentilidad. Señor , respondió Don Quixote , eso no puede ser menos en ninguna manera , y caeria en mal caso el Caballero Andante que otra cosa hiciese; que yá está en uso , y costumbre en la Caballería Andantesca , que el Caballero Andante , que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva à ella los ojos blanda , y amorosamente , como que le pide con ellos le favorezca , y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye , está obligado à decir algunas palabras entre dientes , en que de todo corazon se le encomiende ; y de esto tenemos inumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto , que han de dexar de encomendarse à Dios que tiem-

tiempo, y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo; y es, que muchas veces he leído, que se atraviesan palabras entre dos Andantes Caballeros, y de una en otra se les viene à encender la cólera, y à volver los caballos, y à tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas, ni mas, à todo el correr de ellos se vuelven à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à sus damas, y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte à parte; y al otro le aviene tambien, que à no tenerse à las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo: y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse à Dios, en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose à su dama, las gastára en lo que debia, y estaba obligado, como Christiano: quanto mas, que yo tengo para mí, que no todos los Caballeros Andantes tienen damas à quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

Eso

Eso no puede ser, respondió Don Quixote. Digo, que no puede ser que haya Caballero Andante sin dama, porque tan propio, y tan natural les es à los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y à buen seguro, que no se haya visto historia donde se halle Caballero Andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo Caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la Caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo eso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) haber leído, que Don Galaor, hermano del valeroso Amadís de Gaula, nunca tuvo dama señalada à quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fue tenido en menos, y fue un muy valiente, y famoso Caballero. A lo qual respondió nuestro Don Quixote: Señor, una golondrina sola no hace Verano, quanto mas que yo sé que de secreto estaba ese Caballero muy bien enamorado; fuera de que aquello de querer à todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, à quien no podia ir à la mano. Pero en re-

resolucion, averiguado está muy bien, que él tenia una sola, à quien él habia hecho señora de su voluntad; à la qual se encomendaba muy amenudo, y muy secretamente, porque se preció de secreto Caballero. Luego si es de esencia, que todo Caballero Andante haya de ser enamorado (dixo el caminante), bien se puede crer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion: y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto Caballero, como Galaor, con las veras que puedo le suplíco, en nombre de toda esta compañia, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama; que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa, que es querida, y servida de un tal Caballero, como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quixote, y dixo: Yo no podré afirmar, si la dulce mi enemiga gusta, ò no, de que el mundo sepa, que yo la sirvo; solo sé decir (respondiendo à lo que con tanto comedimiento se me pide), que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha: su calidad por lo menos ha de ser Princesa, pues es Reyna,

na, y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hacer verdaderos todos los imposibles, y quiméricos atributos de belleza, que los Poëtas dan à sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del Cielo, sus ojos Soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que à la vista humana encubrió la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia, y alcurnia queriamos saber, replicó Vivaldo. A lo qual respondió Don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Scipiones Romanos; ni de los modernos Colonas, y Ursinos; ni de los Moncadas, y Requesens de Cataluña; ni menos de los Rebeillacs, y Vilanovas de Valencia; y Palafoxes, Nuzas, Rocabertís, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas de Aragon; Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla; Alencastres, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del Toboso de la

Mancha, linage, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio à las mas ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replíque en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del troféo de las armas de Orlando, que decian: Nadie las mueva, que estár no pueda con Roldan à prueba. Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osára yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que, para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado à mis oídos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos: y aun hasta los mismos cabreros, y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Panza pensaba, que quanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso; porque nunca tal nombre, ni tal Princesa habia llegado jamás à su noticia, aunque vivia tan cerca del Lugar. En estas pláticas

iban, quando vieron, que por la quiebra que dos altas montañas hacian, baxaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana, vestidos, y coronados con guirnaldas, que à lo que despues pareció, eran qual de texo, y qual de cypres. Entre seis de ellos traían unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores, y de ramos; lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: Aquellos, que allí vienen, son los que traen el curepo de Grisóstomo; y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa à llegar, y fue à tiempo, que yá los que venian habian puesto las andas en el suelo, y quatro de ellos con agudos picos estaban cabando la sepultura à un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos, y los otros cortesmente; y luego Don Quixote, y los que con él venian, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba, que vivo habia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor de él tenia en las mismas andas

 al-

algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados: y así los que esto miraban, como los que abrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio; hasta que uno de los que al muerto traxeron, dixo à otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, yá que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí, me dixo él, que vió la vez primera à aquella enemiga mortal del linage humano; y allí fue tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado; y allí fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin à la tragedia de su miserable vida. Y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose à Don Quixote, y à los caminantes, prosiguió diciendo: Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de un alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese

es

es el cuerpo de Grisóstomo, que fue el único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin baxeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que suele ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido: adoró, fue desdeñado: rogó à una fiera, importunó à un marmol, corrió tras el viento, dió voces à la soledad, sirvió à la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida: à la qual dió fin una pastora, à quien él procuraba eternizar, para que viviera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien esos papeles, que estais mirando, si él no me hubiera mandado, que los entregára al fuego, en habiendo entregado su cuerpo à la tierra. De mayor rigor, y crueldad usareis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mismo dueño; pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo ordena yá fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto Cesar, si consintiera, que se pusiera en execucion lo que el di-

divino Mantuano dexó en su testamento mandado: así que, señor Ambrosio, yá que deis el cuerpo de vuestro amigo à la tierra, no querais dar sus escritos al olvido; que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto: antes haced, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que están por venir à los vivientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que yá sé yo, y los que aquí venimos, la historia de vuestro enamorado, y desesperado amigo; y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida; de la qual lamentable historia se puede sacar quánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fé de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que à rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado; y así de curiosidad, y de lástima dexamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir à ver con los ojos lo

que

que tanto nos habia lastimado en oirlo: y en pago de esta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remediarla, si pudiéramos, te rogamos, discreto Ambrosio, à lo menos yo te lo suplíco de mi parte, que dexando de abrasar estos papeles, me dexes llevar algunos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano, y tomó algunos de los que mas cerca estaban; viendo lo qual Ambrosio, dixo: Por cortesía consentiré, que os quedeis, señor, con los que yá habeis tomado; pero pensar que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego uno de ellos, y vió, que tenia por título: Cancion desesperada. Oyólo Ambrosio, y dixo: Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leedle de modo que seais oído, que bien os dará lugar à ello el que se tardáre en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo, se le pusieron à la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

YA que quieres, cruel, que se publíque
De lengua en lengua, y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza.
Haré que el mismo infierno comuníque
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezcladas, por mayor tormento,
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un profundo desvarío,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temeroso ahullido, el silvo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable.
Balando de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del

Del viento contrastado en mar instable:
Del yá vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla:
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos;
Pues la pena cruel, que en mí se halla,
Para contarle pide nuevos modos.
De tanta confusion no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras vivas:
O yá en obscuros valles, ò en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
A donde el Sol jamás mostró su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libre llano.
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desdén, atierra la paciencia,
O

O verdadera, ò falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia:
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo (milagro nunca visto) vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el olvido, en quien mi fuego avivo;

Y entre tantos tormentos nunca alcanza
Mi vista à vér en sombra la esperanza:
No yo desesperado la procuro;
Antes por estrenarme en mi querella,
Estár sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante
Esperar, y temer? ò es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?

¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, quando mira
Descubierto el desdén, y las sospechas
(¡O amarga conversion!) verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?

¡O en el Reyno de amor fieros tyranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos:

Dad-

Dadme, desdén, una torcida soga:
¡Mas ay de mí! que con cruel victoria,
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
Pertináz estaré en mi fantasía.
Diré que vá acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tyranía.
Diré, que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fé de los males que nos hace
Amor, su Imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion, y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré à los vientos cuerpo, y alma,
Sin lauro, ò palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza à que la haga
A la cansada vida que aborrezco,
Pues yá vés que te dá notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre à tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que

Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos:
Antes con risa en la ocasion funesta
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta:
Mas gran simpleza es avisarte de esto,
Pues sé, que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo yá, del hondo abys-
Tántalo con su sed: Sísifo venga (mo
Con el peso terrible de su canto:
Ticio trayga su buytre; y asimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto:
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa
(Si yá à un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, à quien se niegue aun la mortaja:
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstruos,
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien

Bien les pareció à los que escuchado habian la Cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dixo, que no le parecia que conformaba con la relacion, que él habia oido del recato, y bondad de Marcela; porque en ella se quexaba Grisóstomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondió Ambrosio (como aquel que sabía bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que, señor, os satisfagais de esa duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escribió esta Cancion, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban à Grisóstomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas: y con esto queda en su punto la verdad, que la fama pregona de la bondad de Marcela; la qual, fuera de ser cruel, un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe, ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, res-

respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorvó una maravillosa vision (que tal parecia ella), que improvisamente se les ofreció à los ojos; y fue, que por cima de la peña donde se cababa la sepultura, pareció la pastora Marcela tan hermosa, que pasaba à su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion, y silencio; y los que yá estaban acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos, que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de ánimo indignado le dixo: ¿Vienes à vér por ventura ¡ò fiero basilisco de estas montañas! si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable, à quien tu crueldad quitó la vida; ò vienes à ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion; ò à ver desde esta altura, como otro desapiadado Neron, el incendio de su abrasada Roma; ò à pisar arrogante este desdichado cadaver como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto à lo que vienes, ò qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisósto-

tomo jamás dexaron de obedecerte en vida, haré, que aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ¡ ò Ambrosio ! à ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino à volver por mí misma, y à dar à entender, quán fuera de razon ván todos aquellos, que de sus penas, y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego à todos los que aqui estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad à los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos à otra cosa, à que me ameis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostrais, decis, y aun quereis, que esté yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo, que por razon de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso à amar à quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuese feo; y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quierote por hermosa; hasme de

amar,

amar, aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr igualmente los deseos; que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen, y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas, y descaminadas, y sin saber en quál habian de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos. Y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, fuera justo que me quexára de vosotros, porque no me amábades? Quanto mas que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedirla, ni escogerla. Y así, como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza; tampoco yo merezco ser repre-

prehendida por ser hermosa; que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, ò como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta, à quien à ellos no se acerca. La honra, y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes, que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermosean: ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder à la intencion de aquel, que por solo su gusto, con todas sus fuerzas, è industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles de estas montañas son mi compañia: las claras aguas de estos arroyos mis espejos: con los árboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna à Grisóstomo, ni à otro alguno: el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir, que antes le mató su porfia, que mi crueldad. Y si

se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada à corresponder à ellos, digo, que quando en este mismo lugar, donde ahora se caba su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixe yo, que la mia era vivir en perpétua soledad, y de que sola la tierra gozáse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento: ¿ qué mucho que se anegáse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentára, hiciera contra mí mejor intencion, y presupuesto. Porfió desengañado: desesperó sin ser aborrecido: ¿mirad ahora, si será razon, que de su pena se me dé à mí la culpa? Quéxese el engañado: desespere aquel à quien le faltaron las prometidas esperanzas: confíese el que yo llamáre, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel, ni homicida, aquel à quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar, que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este ge-

neral desengaño sirva à cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso, ni desdeñado; porque quien à nadie quiere, à ninguno debe dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera, y basilisco, déxeme como cosa perjudicial, y mala: el que me llama ingrata, no me sirva: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera: que si à Grisóstomo mató su impaciencia, y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañia de estos árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: tengo libre condicion, y no gusto de sugetarme, ni quiero, ni aborrezco à nadie: no engaño à éste, ni solicíto à aquel; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion

honesta de las zagalas de estas Aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas; y si de aquí salen, es à contemplar la hermosura del cielo: pasos con que camina el alma à su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte, que allí cerca estaba, dexando admirados, tanto de su discrecion, como de su hermosura, à todos los que allí estaban: y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su Caballería, socorriendo à las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles voces, dixo: Ninguna persona, de qualquiera estado, y condicion que sea, se atreva à seguir à la hermosa Marcela, só pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones la poca, ò ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y quán

quán agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; à cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en él, ella sola es la que con tan honesta intencion vive. O yá que fuese por las amenazas de Don Quixote, ò porque Ambrosio les dixo, que concluyesen con lo que à su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió, ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ellà, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa, que segun Ambrosio dixo, pensaba mandar hacer, con un epitafio, que habia de decir de esta manera:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió à manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tyranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la se-

pultura muchas flores, y ramos; y dando todos el pésame à su amigo Ambrosio, se despidieron de él. Lo mismo hicieron Vivaldo, y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniese con ellos à Sevilla, por ser lugar tan acomodado à hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle mercedes; y dixo, que por entonces no queria, ni debia ir à Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose à despedir de nuevo, le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela, y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote; el qual determinó ir à buscar à la pastora Marcela, y ofrecerla todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso de esta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

TER-

TERCERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura, que encontró Don Quixote en topar con unos desalmados Yangueses.

CUenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él, y su escudero se entraron por el mismo bosque, donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela : y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes, sin poder hallarla, vinieron à parar à un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible, y fresco, tanto, que convidó, y forzó à pasar allí las horas de siesta, que rigurosamente comenzaba yá

à entrar. Apeáronse Don Quixote, y Sancho; y dexando al jumento, y à Rocinante à sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco à las alforjas; y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañia, amo, y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas à Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos harrieros Yangueses, de los quales es costumbre sestear con su requa en lugares, y sitios de yerba, y agua: y aquel donde acertó à hallarse Don Quixote era muy à propósito de los Yangueses. Sucedió, pues, que à Rocinante le vino deseo de refocilarse con las señoras hacas; y saliendo, asi como las olió, de su natural paso, y costumbre, sin pedir licencia à su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fue à comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que, à lo que pareció, debian de tener mas gana de pacer, que de él,

recibiéronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que à poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota: pero lo que él debió mas de sentir fue, que viendo los harrieros la fuerza que à sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas; y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Yá en esto Don Quixote, y Sancho (que la paliza de Rocinante habian visto) llegaban hijadeando; y dixo Don Quixote à Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son Caballeros, sino gente soez, y de baxa ralea. Dígolo, porque bien me puedes ayudar à tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho à Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos; y aun quizá no somos sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote; y sin hacer mas discursos, echó mano à su espada, y arremetió à los Yangueses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado, y movido del exemplo de su amo; y à las primeras cuchilladas dió Don Quixote una à uno, que le abrió un sayo de cuero, de

que

que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Yangueses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron à sus estacas; y cogiendo à los dos en medio, comenzaron à menudear sobre ellos con grande ahinco, y vehemencia. Verda es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino à Don Quixote, sin que le valiese su destreza, y buen ánimo: y quiso su ventura, que viniese à caer à los pies de Rocinante, que aun no se habia levantado; donde se echa de vér la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas, y enojadas. Viendo, pues, los Yangueses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando à los dos aventureros de mala traza, y de peor talante. El primero que se resintió fue Sancho Panza; y hallándose junto à su señor, con voz enferma, y lastimosa dixo: ¡ Señor Don Quixote! ¡ Ah, señor Don Quixote! ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió Don Quixote con el mismo tono afeminado, y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza,

que

que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí à mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. ¿Pues à tenerla yo aquí, desgraciado yo, qué nos faltaba? respondió Don Quixote: mas yo te juro, Sancho Panza, à fé de Caballero Andante, que antes que pasen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ò mal me han de andar las manos. ¿Pues en quántos le parece à vuestra merced, que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir (dixo el molido Caballero Don Quixote), que no sabré poner término à esos dias. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano à la espada contra hombres, que no fuesen armados Caballeros, como yo. Y así creo, que en pena de haber pasado las leyes de la Caballería, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo; por lo qual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho à la salud de entrambos; y es, que quando veas que semejante canalla nos hace algun agra-

agravio, no aguardes à que yo ponga mano à la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera; sino pon tú mano à tu espada, y castígalos muy à tu sabor; que si en su ayuda, y defensa acudieren Caballeros, yo te sabré defender, y ofenderlos con todo mi poder: que yá habrás visto por mil señales, y experiencias hasta dónde se estiende el valor de este mi fuerte brazo. (Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino.) Mas no le pareció tan bien à Sancho el aviso de su amo, que dexáse de responder, diciendo: Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustentar, y criar: así que séale à vuestra merced tambien de aviso (pues no puede ser mandato), que en ninguna manera pondré mano à la espada, ni contra villano, ni contra Caballero; y que desde aquí para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho, y han de hacer, ora me los haya hecho, ò haga, ò haya de hacer persona alta, ò baxa, rico, ò pobre, hidalgo, ò pechero, sin exceptuar estado, ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le

res-

respondió : Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacára tanto quanto, para darte à entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llevándonos las velas del deseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas, que te tengo prometida : ¿ qué sería de tí, si ganándola yo, te hiciese señor de ella, pues lo vendrás à imposibilitar por no ser Caballero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorío ? Porque has de saber, que en los Reynos, y Provincias nuevamente conquistados nunca están quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, à probar ventura: y así es menester, que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En éste, que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho,

cho, quisiera yo tener ese entendimiento, y ese valor, que vuestra merced dice, mas yo le juro à fé de pobre hombre, que mas estoy para vizmas, que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos à Rocinante, aunque no lo merece, porque él fue la causa principal de todo este molimiento. Jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta, y tan pacífico como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir à conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dió à aquel desdichado Andante, habia de venir por la posta, y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estár hechas à semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas, y holandas, claro está que sentirian mas el dolor de esta desgracia. Y si no fuese porque imagino (¡ qué digo imagino!) sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aquí me dexaria morir de puro enojo. A esto re-

replicó el escudero: Señor, yá que estas desgracias son de la cosecha de la Caballería, dígame vuestra merced si suceden muy à menudo, ò si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece à mí, que à dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los Caballeros Andantes está sujeta à mil peligros, y desventuras; y ni mas, ni menos está en potencia propinqua de ser los Caballeros Andantes Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos, y diversos Caballeros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudiérate contar ahora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su brazo han subido à los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes, y despues en diversas calamidades, y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado, que le dió, teniéndole preso, mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado à una coluna
de

de un patio. Y aun hay Autor sereto, y de no poco crédito, que dice, que habiéndo cogido al Caballero del Febo con una cierta trampa, que se le hundió debaxo de los pies, en un cierto Castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra, atado de pies, y manos, y allí le echaron una de estas, que llaman melecinas, de agua de nieve, y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasára muy mal el pobre Caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dán con los instrumentos, que acaso se hallan en las manos. Y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas, que si el Zapatero dá à otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá, que queda apaleado aquel aquien dió con ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto que quedamos de esta pendencia molidos, quedamos afrentados; porque las armas que aque-

aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos (à lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron à mí lugar, respondió Sancho, à que miráse en tanto; porque apenas puse mano à mi tizona, quando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera, que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerza de los pies, dando conmigo à donde ahora yago, y à donde no me dá pena alguna el pensar si fue afrenta, ò no, lo de los estacazos, como me la dá el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria, como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria à quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y à la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas, que con un par de vizmas se curan, aun no era tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déxate de eso, y

saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que à lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia. No hay qué maravillarse de eso, respondió Sancho, siendo] él tambien de Caballero Andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio à ellas, dixo Don Quixote. Dígolo, porque esta bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome à mí desde aquí à algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré à deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, quando entró en la Ciudad de las cien puertas, iba muy à su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondió Don

Qui-

Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dán honra, que la quitan. Así que, Panza amigo, no me repliques mas; sino, como yá te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradáre encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oído decir à vuestra merced, dixo Panza, que es muy de Caballeros Andantes el dormir en los páramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen à mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ò quando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido Caballero, que se ha estado sobre una peña al Sol, y à la sombra, y à las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno de estos fue Amadís, quando llamándose Beltenebros, se aloxó en la Peña pobre, ni sé si ocho años, ù ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana. Pero dexemos yá esto, Sancho, y acaba, antes que suceda otra desgracia al jumento, como à Rocinante. Aun ahí sería el dia-

 blo,

blo, dixo Sancho; y despidiendo treinta ayes, sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes, y reniegos de quien allí le habia traído, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de endereżarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distrahido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego à Rocinante, el qual si tuviera lengua con que quexarse, à buen seguro, que Sancho, ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó à Don Quixote sobre el asno, y puso de reata à Rocinante; y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas, ò menos hácia donde le pareció que podia estár el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrió una venta, que à pesar suyo, y gusto de Don Quixote, habia de ser castillo. Porfiaba Sancho, que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar, sin acabarla de llegar à ella, en la qual Sancho se en-



Em.l Mons.r sculp.

entró, sin mas averiguacion, con toda su recua.

CAPITULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

EL Ventero que vió à Don Quixote atravesado en el asno, preguntó à Sancho, ¿qué mal traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abaxo, y venia algo brumadas las costillas. Tenia el Ventero por muger à una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos; y así acudió luego à curar à Don Quixote, y hizo, que una hija suya doncella, muchacha, y de muy buen parecer, la ayudáse à curar à su huesped. Servia en la venta asimismo una moza Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demás faltas. No tenia siete palmos de los pies à la cabeza; y las es-

paldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó à la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama à Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios, que habia servido de pajar muchos años, en el qual tambien aloxaba un harriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja à la de Don Quixote; que solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que à no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote, y luego la Ventera, y su hija le emplastaron de arriba abaxo, alumbrandoles Maritornes, que así se llamaba la Asturiana. Y como al vizmarle viese la Ventera tan acardenalado à partes à Don Qui-

xo-

xote, dixo, que aquello mas parecian golpes, que caidas. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced, señora, de manera, que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen à mí un poco los lomos. ¿De esa manera, respondió la Ventera, tambien debisteis vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer à mi amo, de tal manera me duele à mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser eso, dixo la doncella, que à mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo; y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Cómo se llama este Caballero? preguntó la Asturiana Maritornes. Don Quixote de la

Mancha, respondió Sancho Panza, y es Caballero Aventurero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es Caballero Aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: Pues sabed, hermana mia, que Caballero Aventurero es una cosa, que en dos palabras se ve apaleado, y Emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos, ò tres Coronas de Reynos que dar à su escudero. ¿Pues cómo vos, siéndolo de este tan buen señor, dixo la Ventera, no teneis, à lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no há sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay, que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor Don Quixote sana de esta herida, ò caída, y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaría mis esperanzas por el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote; y sentándose

en el lecho como pudo, tomando de la mano à la Ventera, le dixo: Creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por haber aloxado en este vuestro castillo à mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que se suele decir, que alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me duráre: y pluguiera à los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido, y tan sujeto à sus leyes, y à los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los de esta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la Ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del Andante Caballero, que así las entendian, como si hablára en griego, aunque bien alcanzaron, que todas se encaminaban à ofrecimiento, y requiebros; y como no usadas à semejante lenguage, mirábanle, y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban: y agradiciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Mari-

ritornes curó à Sancho, que no menos lo habia menester, que su amo. Habia el harriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos; y ella le habia dado su palabra, de que estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iria à buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandáse. Y cuéntase de esta moza, que jamás dió semejantes palabras, que no las cumpliese, aunque las diese en un monte, y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga; y no tenia por afrenta estár en aquel exercicio de servir en la venta, porque decia ella, que desgracias, y malos sucesos la habian traído à aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de Don Quixote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto à él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta, que antes mostraba ser de angeo tundido, que de lana. Succedia à estos dos lechos el del harriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce lucios muy gordos, y famo-

sos;

sos ; porque era uno de los ricos harrieros de Arévalo , segun lo dice el Autor de esta historia , que de este harriero hace particular mencion , porque le conocia muy bien ; y aun quieren decir , que era algo pariente suyo : fuera de que Cide Hamete Benengeli , fue historiador muy curioso , y muy puntual en todas las cosas : y échase bien de ver , pues las que quedan referidas , con ser tan mínimas , y tan rateras , no las quiso pasar en silencio : de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves , que nos cuentan las acciones tan corta , y sucintamente , que apenas nos llegan à los labios , dexándose en el tintero , yá por descuido , por malicia , ò ignorancia , lo mas substancial de la obra. ¡ Bien haya mil veces el Autor de Tablante , de Ricamonte , y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas , y con qué puntualidad lo describen todo ! Digo , pues , que habiendo visitado el harriero à su recua , y dándole el segundo pienso , se tendió en sus enxalmas , y se dió à esperar à su puntualísima Maritornes. Yá estaba Sancho vizmado , y acostado ; y aunque procuraba dormir , no lo consentia el dolor de

su

sus costillas; y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos, como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz, que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro Caballero traía de los sucesos que à cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le traxo à la imaginacion una de las estrañas locuras, que buenamente imaginarse pueden; y fue, que él se figuró haber llegado à un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran à su parecer todas las ventas donde aloxaba), y que la hija del Ventero lo era del señor del castillo; la qual vencida de su gentileza, se habia enamorado de él, y prometido, que aquella noche à furto de sus padres vendria à yacer con él una buena pieza. Y teniendo toda esta quimera (que él se habia fabricado) por firme, y valedera, se comenzó à cuitar, y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver; y propuso en su corazon de no cometer alevosía à su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reyna Gine-

nebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo, y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la Asturiana; la qual en camisa, y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos, y atentados pasos entró en el aposento donde los tres aloxaban en busca del harriero. Pero apenas llegó à la puerta, quando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama, à pesar de sus vizmas, y el dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir à su fermosa doncella, la Asturiana que toda recogida, y callando iba con las manos delante, buscando à su querido, topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asió fuertemente de una muñeca; y tirándola hácia sí (sin que ella osáse hablar palabra), la hizo sentar sobre la cama. Tentóla luego la camisa; y aunque ella era de harpillera, à él le pareció ser de finísimo, y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero à él le dieron vislumbres de preciosas perlas Orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban à crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia,

cu-

cuyo resplandor al del mismo Sol escurecia; y el aliento, que sin duda alguna olia à ensalada fiambre, y trasnochada, à él le pareció, que arrojaba de su boca un olor suave, y aromático; y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza, y modo que lo habia leído en sus libros de la otra Princesa, que vino à ver el mal ferido Caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí ván puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban; las quales pudieran hacer vomitar à otro, que no fuera harriero; antes le parecia, que tenia entre sus brazos à la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida, con voz amorosa, y baxa le comenzó à decir: Quisiera hallarme en términos, fermosa, y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir à los buenos) ponerem en este lecho, donde yago tan molido, y quebrantado, que aunque de voluntad quisiera satisfacer à la vuestra, fuera imposible: Y mas

que

que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada à la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandío Caballero, que dexára pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima, y trasudando de verse tan asida de Don Quixote; y sin entender, ni estár atenta à las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra de desasirse. El bueno del harriero, à quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma por la puerta, la sintió: estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia; y zeloso de que la Asturiana le hubiese faltado à la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de Don Quixote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podia entender. Pero como vió que la moza forcejeaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado

do Caballero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las paseó todas de cabo à cabo. El lecho, que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dió consigo en el suelo, à cuyo gran ruido despertó el Ventero, y luego imaginó, que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado à voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fue hácia donde habia sentido la pelea. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosa, y alborotada se acogió à la cama de Sancho Panza, que aún dormia, y allí se acorrucó, y se hizo un ovillo. El Ventero entró diciendo: ¿A dónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho; y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó à dar puñadas à una, y à otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas à Maritornes, la qual sentida del dolor, echando à rodar la honestidad, dió el retorno à Sancho

cho con tantas, que à su despecho le quitó el sueño; el qual viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el harriero à la lumbre del candil del Ventero quál andaba su dama, dexando à Don Quixote, acudió à darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el Ventero; pero con intencion diferente: porque fue à castigar à la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella harmonía. Y así como suele decirse: El gato al rato, el rato à la cuerda, la cuerda al palo; daba el harriero à Sancho, Sancho à la moza, la moza à él, el Ventero à la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fue lo bueno, que al Ventero se le apagó el candil; y como quedaron à escuras, dábanse tan sin compasion todos à bulto, que à do quiera que ponian la mano, no dexaban cosa sana. Aloxaba acaso aquella noche en la venta un Quadrillero, de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asimismo

el estraño estruendo de la pelea, asió de su media vara, y de la caxa de lata de sus títulos, y entró à escuras en el aposento, diciendo: Ténganse à la justicia, y ténganse à la santa Hermandad. Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de Don Quixote de la Mancha, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y echándole à tiento mano à las barbas, no cesaba de decir: Favor à la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia, ni meneaba, se dió à entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores; y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: Ciérrese la puerta de la venta: miren no se vaya nadie, que han muerto aquí à un hombre. Esta voz sobresaltó à todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el Ventero à su aposento, el harriero à sus enxalmas, la moza à su rancho; solos los desventurados Don Quixote, y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el Quadrillero la barba de Don Quixote, y salió à buscar luz, para buscar, y prender los delinqüentes; mas no la halló, porque el Ventero de

in-

industria habia muerto la lámpara, quando se retiró à su estancia, y fuele forzoso acudir à la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendió el Quadrillero otro candil.

CAPITULO XVII.

Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el bravo Don Quixote, y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HAbia yá vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes habia llamado à su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó à llamar, diciendo: ¿ Sancho, amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? ¡Qué tengo de dormir, pesia à mí! respondió Sancho lleno de pesadumbre, y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así, sin duda, respondió Don Quixote, porque, ò yo sé poco, ò este castillo es encantado. Porque has de saber: ¿ mas esto, que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto

hasta despues de mi muerte? Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, respondió Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra à nadie. Digo que sí juro, tornó à decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plegue à Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que me se pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesía; y así has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabré encarecer: y por contarla en breve, sabrás, que poco há que à mí vino la hija del señor de este castillo, que es la mas apuesta, y fermosa doncella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podria decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fé que debo à mi señora Dulcinea del Toboso, dexaré pasar

in-

intactas, y en silencio? Solo te quiero decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos; ò quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo; al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos, y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada à algun brazo de algun descomunal gigante, y acertóme una puñada en las quixadas tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los harrieros, que por demasias de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura de esta doncella le debe de guardar algun encantado Moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fue tortas, y pan pintado. Pero dígame, señor: ¿cómo llama à esta buena, y rara aventura, habiendo quedado de ella qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incorporable fermosura que ha dicho.

ho. ¿Pero yo, qué tuve, sino los mayores porrazos, que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy Caballero Andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malas andanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quixote. No le he dicho que sí? pese à mi linage, dixo Sancho. Non tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanarémos en un abrir, y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el Quadrillero, y entró à vér el que pensaba que era muerto. Así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa, con su paño de cabeza, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó à su amo: ¿Señor, si será este à dicha el Moro encantado, que nos vuelve à castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si no se dexan ver, déxanse sentir, dixo Sancho: si no, díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote; pero no es bastante indi-

cio ese, para creer que este que se ve, sea el encantado Moro. Llegó el Quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad, que aún Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido, y emplastado. Llegóse à él el Quadrillero, y díxole: ¿Pues cómo vá, buen hombre? Hablára yo mas bien criado, respondió Don Quixote, si fuera vos. ¿Usase en esta tierra hablar de esa suerte à los Caballeros Andantes, majadero? El Quadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y alzando el candil con todo su aceyte, dió à Don Quixote con él en la cabeza, de suerte, que le dexó muy bien descalabrado; y como todo quedó à escuras, salióse luego. Y Sancho Panza dixo: Sin duda, señor, que este es el Moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera, ni enojo con ellas, que como son invisibles, y fantásticas, no hallarémos de quién

vengarnos, aunque mas lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al Alcayde de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceyte, vino, sal, y romero, para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me vá mucha sangre de la herida, que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos: fue à escuras donde estaba el Ventero; y encontrándose con el Quadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dixo: Señor, quien quiera que seais, hacednos merced, y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal, y vino, que es menester para curar uno de los mejores Caballeros Andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro, que está en aquesta venta. Quando el Quadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso. Y porque yá comenzaba à amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al Ventero, le dixo lo que aquel hombre queria. El Ventero le proveyó de quanto quiso, y Sancho se lo llevó à Don Quixote, que estaba con las manos en la

ca-

cabeza, quexándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos; y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor, que sudaba con la congoxa de la pasada tormenta. En resolucion él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclándolos todos, y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo; y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza, ò aceytera de hoja de lata, de quien el Ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Paternostes, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos, y à cada palabra acompañaba una cruz à modo de bendicion: à todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el Ventero, y Quadrillero, que yá el harriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo, que él se imaginaba; y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla, donde se habia cocido, casi media

azum-

azumbre: y apenas lo acabó de beber, quando comenzó à vomitar, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias, y agitacion del vómito, le dió un sudor copiosísimo, por lo qual mandó que le arropasen, y le dexasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas: al cabo de las quales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano; y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante, sin temor alguno, qualesquiera riñas, batallas, y pendencias, por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo à milagro la mejoría de su amo, le rogó, que le diese à él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote; y él tomándola à dos manos, con buena fé, y mejor talante, se la echó à pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo; y así primero que vomitáse, le dieron tantas ansias, y bascas, con tantos trasudores, y desma-

ma-

mayos, que él pensó bien, y verdaderamente, que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido, y congoxado, maldecia el bálsamo, y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así D. Quixote, le dixo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado Caballero; porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar à los que no lo son. Si eso sabía vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo, y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustáse? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero à desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto à echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudaba, y trasudaba con tales parasismos, y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron, que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca, y mala andanza casi dos horas: al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quixote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado, y sano, quiso partirse luego à buscar aventuras, pareciéndole, que todo el

el tiempo que allí se tardaba , era quitársela al mundo , y à los en él menesterosos de su favor , y amparo , y mas con la seguridad , y confianza que llevaba en su bálsamo : y así forzado de este deseo , él mismo ensilló à Rocinante , y enalbardó al jumento de su escudero , à quien tambien ayudó à vestir , y à subir en el asno. Púsose luego à caballo , y llegándose à un rincon de la venta , asió de un lanzón que allí estaba , para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos quantos habia en la venta , que pasaban de mas de veinte personas : mirábale tambien la hija del Ventero , y él tambien no quitaba los ojos de ella ; y de quando en quando arrojaba un suspiro , que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas , y todos pensaban , que debia de ser del dolor que sentia en las costillas ; à lo menos pensábanlo aquellos , que la noche antes le habian visto vizmar. Yá que estuvieron los dos à caballo , puesto à la puerta de la venta , llamó al Ventero , y con voz muy reposada , y grave , le dixo : Muchas , y muy grandes son las mercedes , señor Alcayde , que en este vuestro castillo he recibido , y quedo obligadísimo à agrade-

cé-

céroslas todos los dias de mi vida: Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun sobervio, que os haya fecho algun agravio, sabed, que mi oficio no es otro, sino valer à los que poco pueden, y vengar à los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa de este jaez, que encomendarme, no hay sino decirla, que yo os prometo por la órden de Caballero que recibí, de faceros satisfecho, y pagado à toda vuestra voluntad. El Ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor Caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, quando se me hacen. Solo he menester, que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja, y cebada de sus bestias, como de la cena, y camas. ¿Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondió el Ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quixote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así, que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es,

es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir à la orden de los Caballeros Andantes, de los quales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviesen; porque se les debe de fuero, y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciese, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche, y de dia, en Invierno, y en Verano, à pie, y à caballo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sujetos à todas las inclemencias del Cielo, y à todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el Ventero, págueseme lo que se me debe, y dexémonos de cuentos, ni de Caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandío, y mal hostalero, respondió Don Quixote; y poniendo piernas à Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta, sin que nadie le detuviese, y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El Ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió à cobrar de Sancho Panza, el qual di-

dixo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria; porque siendo él escudero de Caballero Andante, como era, la misma regla, y razon corria por él, como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones, y ventas. Amohinóse mucho de esto el Ventero, y amenazóle, que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesáse. A lo qual Sancho respondió, que por la ley de Caballería, que su amo habia recibido, no pagaria un solo cornado, aunque le costáse la vida; porque no habia de perder por él la buena, y antigua usanza de los Caballeros Andantes, ni se habian de quexar de él los escuderos de los tales, que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta, se hallasen quatro Pelaires de Segovia, tres Agujeros del Potro de Córdoba, y dos vecinos de la Feria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona; los quales casi como instigados, y movidos de un mismo espíritu, se llegaron à Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la

man-

manta de la cama del huesped: y echándole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite al cielo. Y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron à levantarle en alto, y à holgarse con él, como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba, fueron tantas, que llegaron à los oidos de su amo; el qual deteniéndose à escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviéndo las riendas, con un penado galope, llegó à la venta, y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por donde entrar. Pero no hubo llegado à las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vió el mal juego que se le hacía à su escudero. Vióle baxar, y subir por el ayre con tanta gracia, y presteza, que si la cólera le dexára, tengo para mí que se riyera. Probó à subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido, y quebrantado, que aun apearse no pudo: y así desde encima del caballo comen-

menzó à decir tantos denuestos, y baldones à los que à Sancho manteaban, que no es posible acertar à escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa, y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quexas, mezcladas yá con amenazas, yá con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxéronle allí su asno, y subiéronle encima, le arroparon con su gavan, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció bien socorrerle con un jarro de agua; y así se le traxo del pozo, por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole à la boca, se paró à las voces que su amo le daba, diciendo: Hijo Sancho, no bebas agua, hijo: no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage), que con dos gotas que de él bebas, sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dixo con otras mayores: ¿Por dicha, hásele olvidado à vuestra merced, como yo no soy Caballero, ò quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déxeme à mí.

Y acabar de decir esto, y comenzar à beber, todo fue uno. Mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó à Maritornes que se le truxese de vino; y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero: porque en efecto se dice de ella, que aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras, y lexos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños à su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido à costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el Ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó menos, segun salió turbado. Quiso el Ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que eran gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los Caballeros Andantes de la tabla redonda, no le estimarian en dos ardites.


Em.l Monfort sc.t

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLegó Sancho à su amo marchito, y desmayado, tanto que no podia arrear à su jumento. Quando así le vió Don Quixote, le dixo: Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo, ò venta es encantado sin duda: porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto, que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que juro por la fé de quien soy, que si pudiera subir, ò apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones, y malandrines se acordáran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir à las leyes de Caballería: que como yá muchas veces te he di-

cho, no consienten que Caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida, y persona, en caso urgente, y gran necesidad. Tambien me vengára yo, dixo Sancho, si pudiera, fuera, ò no fuera armado Caballero; pero no pude, aunque tengo para mí, que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne, y de hueso, como nosotros; y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el Ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en él estuvo, que no en los encantamientos: y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras, que andamos buscando, al cabo, al cabo nos han de traher à tantas desventuras, que no sepamos quál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos à nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de

ce-

ceca en meca, y de zoca en colodra, como dicen. ¡Qué poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaques de Caballería! Calla, y tén paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos quán honrosa cosa es andar en este exercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ò qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé. Solo sé, que despues que somos Caballeros Andantes, ò vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fue la del Vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja, y media zelada menos; que despues acá todo ha sido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Qui-

xote; pero de aquí adelante yo procuraré haber à las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la traxere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamientos. Y aun podria ser que me deparáse la ventura aquella de Amadís, quando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada, que fue una de las mejores espadas, que tuvo Caballero en el mundo: porque fuera de que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte, y encantada que fuese, que se le paráse delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando esto fuese, y vuestra merced viniese à hallar espad semejante, solo vendria à servir, y aparovechar à los armados Caballeros, como el bálsamo, y à los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quixote, y su escudero, quando vió Don Quixote, que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande, y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió à Sancho, y le dixo: Este es el dia, ¡ò Sancho! en el qual se ha de vér el bien que me tiene guardado mi

mi suerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Vés aquella polvareda, que allí se levanta, Sancho? Pues toda es quaxada de un copiosísimo exército, que de diversas, è inumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho; porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió à mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna, que eran dos exércitos, que venian à embestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia à todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de Caballería se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba, ò hacía, era encaminado à cosas semejantes; y la polvareda, que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas, y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el

polvo no se echaron de vér, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exércitos, que Sancho lo vino à creer, y à decirle: Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? Qué? dixo Don Quixote, favorecer, y ayudar à los menesterosos, y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce, y guia el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana: este otro, que à mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas Pentapolin del arremangado brazo; porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal esos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa, y ademàs agraciada señora, y es christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve à la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso

ha-

harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado Caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos à este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dixo Don Quixote: lo que puedes hacer de él es dexarle à sus aventuras, ora se pierda, ò no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento, y mira, que te quiero dár cuenta de los Caballeros mas principales, que en estos dos exércitos vienen. Y para que mejor lo veas, y notes, retirémonos à aquel altillo, que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que à Don Quixote se le hicieron exércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbára, y cegára la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni habia, con

voz

voz levantada comenzó à decir: Aquel Caballero que allí vés de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido à los pies de una doncella, es el valeroso Laucalco, señor de la puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Conde de Quiracia: el otro de los miembros giganteos, que está à su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama, es una de las del Templo que derribó Sansón, quando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos à estotra parte, y verás delante, y en la frente de estotro exército al siempre vencedor, y jamás vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas à quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra, que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miaulina, hija del

Du-

Duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro, que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco, y sin empresa alguna, es un Caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro, que bate las hijadas con los herrados carcaños à aquella pintada, y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en Castellano, que dice así: *Rastrea mi suerte.* Y de esta manera fue nombrando muchos Caballeros del uno, y del otro esquadron, que él se imaginaba, y à todos les dió sus armas, colores, empresas, y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar, prosiguió diciendo: A este esquadron frontero forman, y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los montuosos que pisan los Masílicos campos: los que criban el finísimo, y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas, y frescas ri-

riberas del claro Termodonte: los que sangran por muchas, y diversas vias al dorado Páctolo: los Numidas dudosos en sus promesas: los Persas en arcos, y flechas famosos, los Parthos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables casas: los Scitas tan crueles, como blancos: los Etíopes de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco, y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis: los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico, y dorado Taio: los que gozan las provechosas aguas del divino Genil: los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes: los que se alegran en los Eliseos Xerezanos prados: los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente: los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del silvoso Pyrineo, y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmen-

te

te quantos toda la Europa en sí contiene, y encierra. ¡ Valgame Dios, y quántas Provincias dixo, quántas naciones nombró, dándole à cada una con maravillosa presteza los atributos, que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de quando en quando volvia la cabeza à vér si veía los Caballeros, y Gigantes, que su amo nombraba; y como no descubria à ninguno, le dixo: Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni Gigante, ni Caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto: à lo menos yo no los veo: quizá todo debe de ser encantamiento, como las fantasmas de à noche. ¿Cómo dices eso? respondió Don Quixote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas, y carneros: y así era la verdad, porque yá llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas, ni oygas à derechas: porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y ha-

hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate à una parte, y déxame solo, que solo basto à dar la vitoria à la parte à quien yo diere mi ayuda. Y diciendo esto, puso las espuelas à Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la cuestezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: Vuélvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto à Dios, que son carneros, y ovejas las que vá à embestir. Vuélvase, desdichado del padre que me engendró: ¿qué locura es esta? Mire, que no hay Gigante, ni Caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: ¿qué es lo que hace? pecador soy yo à Dios. Ni por esas volvió Don Quixote; antes en altas voces iba diciendo: Ea, Caballeros, los que seguis, y militais debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quán facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage, y denuedo, como si de veras alanceára à sus mortales enemi-

migos. Los pastores, y ganaderos, que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron à saludarle los oídos con piedras como el puño. D. Quixote no se curaba de las piedras; antes discurriendo à todas partes, decia: ¿A dónde estás, sobervio Alifanfaron? vente à mí, que un Caballero solo soy, que desea de solo à solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de las que dás al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto, ò mal ferido; y acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsosela à la boca, y comenzó à echar licor en el estómago; mas antes que acabáse de embasar lo que à él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano, y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres, ò quatro dientes, y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre Caba-

ballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse à él los pastores, y creyeron que le habian muerto: y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargáronse de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora, y el punto en que la fortuna se le habia dado à conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que yá los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegóse à él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido: y díxole: ¿ No le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba à acometer no eran exércitos, sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer, y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo. Respondió D. Quixote: Sábete, Sancho, que es muy facil cosa à los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes, y veas

ser

ser verdad lo que te digo : sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás, como en alexándose de aquí algun poco, se vuelven à su sér primero; y dexando de ser carneros, son hombres hechos, y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda, y favor: llégate à mí, y mira quántas muelas, y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca; y fue à tiempo que yá habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegó à mirarle la boca, arrojó de sí, mas recio que una escopeta, quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho: ¿ y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco mas en ello, echó de vér en el color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él le habia visto beber: y fue tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de

perlas. Acudió Sancho à su asno, para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con qué curar à su amo; y como no las halló, estuvo à punto de perder el juicio; maldíxose de nuevo, y propuso en su corazon de dexar à su amo, y volverse à su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido, y las esperanzas del gobierno de la prometida Insula. Levantóse en esto Don Quixote; y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto à su amo (tal era de leal, y bien acondicionado), y fuese à donde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole Don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, si no hace mas que otro. Todas estas borrascas, que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal, ni el bien sean durables: y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está yá cerca.

ca. Así que no debes congojarte por las desgracias que à mí me suceden, pues à tí no te cabe parte de ellas. ¿Cómo no? respondió Sancho: ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? ¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Sí que me faltan, respondió Sancho. De ese modo no tenemos que comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondió Sancho, quando faltáran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados Caballeros Andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomára yo ahora mas ahina un quartal de pan, ò una hogaza, y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo eso, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos; pues no falta à los mosquitos del ayre, ni à los gu-

sanillos de la tierra, ni à los renacuajos del agua: y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos, y malos, y llueve sobre los injustos, y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para Predicador, que para Caballero Andante. De todo sabian, y han de saber los Caballeros Andantes, Sancho, dixo Don Quixote; porque Caballero Andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba à hacer un sermon, ò plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma à la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí, y procuremos donde aloxar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato, y el garabato. Pídeselo tú à Dios, hijo, dixo Don Quixote; y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar à tu eleccion el aloxarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien quántos dientes, y muelas me faltan de este lado derecho de

la

la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dixo: ¿ Quántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras, y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote; porque en toda mi vida me han sacado diente, ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas, y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente, que un diamante. Mas à todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de Caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al

paso que quisieres. Hízolo así Sancho, encaminándose hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yendo, pues, poco à poco, porque el dolor de las quixadas no dexaba sosegar à Don Quixote, ni atender à darse priesa, quiso Sancho entretenerle, y divertirle, diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

PAreceme, señor mio, que todas estas desventuras, que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su Caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan à manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que à esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino,

ò



Em. Monfort sculp.t

ò como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote: mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la Caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo D. Quixote: basta que yo jurase; por lo que entiendo que de participantes no estás muy seguro: y por sí, ò por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne à olvidar esto, como lo del juramento, quizá les volverá la gana à las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le vén tan pertinaz. En estas, y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiesen: y lo que no habia de bueno en ella era, que perecian de hambre, porque con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa, y matalotage. Y para acabar de confirmar

esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia: y fue, que la noche cerró con alguna obscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, à una, ù dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo, pues, de esta manera, la noche obscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venia hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro à su asno, y el otro de las riendas à su Rocino, y estubieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando à ellos, y mientras mas se llegaban, mayores parecian: à cuya vista Sancho comenzó à temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron à Don Quixote: el qual animándose un poco, dixo: Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima, y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor, y esfuerzo. ¡Des-

di-

dichado de mí! respondió Sancho: ¿si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo vá pareciendo, à dónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. ¿Y si le encantan, y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dixo Sancho, qué aprovechará estár en campo abierto, ò no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará à entender el que yo tengo. Sí tendré, si à Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos à un lado del camino, tornaron à mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser: y de allí à poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó à dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana: y creció mas el batir, y dentellar, quando distintamente vieron lo

que

que era: porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos à caballo, y con sus hachas encendidas en las manos: detrás de los quales venia una litéra cubierta de luto, à la qual seguian otros seis de à caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa, y compasiva. Esta estraña vision à tales horas, y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo: y así fuera en quanto à Don Quixote, que yá Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino à su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele, que la litéra eran andas, donde debia de ir algun mal ferido, ò muerto Caballero, cuya venganza à él solo estaba reservada: y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y quando los vió cerca, alzó la voz, y dixo:

xo: Deteneos, Caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois: de dónde venis: à dónde vais: qué es lo que en aquellas andas llevais: que segun las muestras, ò vosotros habeis fecho, ò vos han fecho algun desaguisado; y conviene, y es menester que yo lo sepa, ò bien para castigaros del mal que fecisteis, ò bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lexos, y no nos podemos detener à dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula, pasó adelante. Sintióse de esta respuesta grandemente Don Quixote; y travando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza: al tomarsela del freno se espantó de manera que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo, que iba à pie, viendo caer el encamisado, comenzó à denostar à Don Quixote; el qual yá encolorizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon, arremetió à uno de los enlutados, y mal ferido, dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era

co-

cosa de ver con la presteza que les acometia, y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas à Rocinante, segun andaba de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas; y así con facilidad en un momento dexaron la refriega, y comenzaron à correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian, sino à los de las máscaras, que en noche de regocijo, y fiesta corrian. Los enlutados asimismo revueltos, y envueltos en sus faldamentos, y lobas, no se podian mover: así que muy à su salvo Don Quixote los apaleó à todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado; porque todos pensaron, que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia à quitar el cuerpo muerto, que en la litéra llevaban. Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor; y decia entre sí: Sin duda este mi amo es tan valiente, y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, à cuya luz le pudo ver Don Quixote; y llegándose à él, le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole, que se rindiese, si

no,

no, que le mataria. A lo qual respondió el caído: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplíco à vuestra merced, si es Caballero Christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy Licenciado, y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablo os ha traído aquí, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo D. Quixote, si no me satisfaceis à todo quanto primero os pregunte. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado: y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dixe, que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llámome Alonso Lopez: soy natural de Alcobendas: vengo de la Ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos à la Ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que vá en aquella litéra, que es de un Caballero que murió en Baeza, donde fue depositado, y ahora (como digo) llevamos sus huesos à su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó Don Quixote.

Dios

Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller. De esa suerte, dixo Don Quixote, quitado me há nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar, y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si à mí mismo me matára. Y quiero que sepa vuestra Reverencia, que yo soy un Caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio, y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos, y desfaciendo agravios. No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues à mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida: y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido la mia topar con vos, que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche,

ves-

vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala, y del otro mundo; y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoos; y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué, y tuve siempre. Yá que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplíco à vuestra merced, señor Caballero Andante (que tan mala andanza me ha dado), me ayude à salir de debaxo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo, y la silla. Hablára yo para mañana, dixo Don Quixote: ¿y hasta quándo aguardábades à decirme vuesto afan? Dió luego voces à Sancho Panza, que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto, que traían aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaván; y cogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió à las voces de su amo, y ayudó à sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula; y ponién-

do-

dole encima de ella, le dió la hacha: y Don Quixote le dixo, que siguiese la derrota de sus compañeros, à quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Díxole tambien Sancho: Si acaso quisieren saber esos señores, quien ha sido el valeroso, que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura. Con esto se fue el Bachiller; y Don Quixote preguntó à Sancho, ¿que qué le habia movido à llamarle el Caballero de la Triste Figura, mas entonces, que nunca? Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato à la luz de aquella hacha, que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ò yá el cansancio de este combate, ò yá la falta de las muelas, y dientes. No es eso, respondió Don Quixote; sino que al sabio, à cuyo cargo debe de estár el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como

mo lo tomaban todos los Caballeros pasados : quál se llamaba el de la Ardiente Espada : quál el del Unicornio : quál de las Doncellas : aqueste el del Ave Fenix : el otro Caballero del Grifo : estotro el de la Muerte ; y por estos nombres , è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así digo , que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua , y en el pensamiento ahora , que me llamases el Caballero de la Triste Figura , como pienso llamarme desde hoy en adelante ; y para que mejor me quadre tal nombre , determíno de hacer pintar , quando haya lugar , en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué gastar tiempo , y dineros en hacer esa figura , dixo Sancho ; sino lo que se ha de hacer es , que vuestra merced descubra la suya , y de rostro à los que le miraren , que sin mas , ni mas , y sin otra imagen , ni escudo , le llamarán el de la Triste Figura : y créame que le digo verdad, porque le prometo à vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) , que le hace tan mala cara la hambre , y la falta de las muelas, que como yá tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse D. Quixote del donayre de Sancho ; pero con

todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ò rodela como habia imaginado; y díxole: Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: Si quis suadente diabolo, &c.* aunque sé bien, que no puse las manos, sino este lanzon; quanto mas, que yo no pensé que ofendia à Sacerdotes, ni à cosas de la Iglesia, à quien respeto, y adoro como Cathólico, y fiel Christiano, que soy; sino à fantasmas, y à vestiglos del otro mundo. Y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Ruiz Diaz, quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa; por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado, y valiente Caballero. En oyendo esto el Bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo, que venia en la litéra, eran huesos, ò no; pero no lo consintió Sancho, dicéndole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas à su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida, y des-

desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona; y corridos, y avergonzados de esto, volviesen à rehacerse, y buscarnos, y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer, sino retirarnos con gentil compás de pies; y como dicen, váyase el muerto à la sepultura, y el vivo à la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó à su señor que le siguiese; el qual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle à replicar, le siguió. Y à poco trecho, que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron, y cenaron à un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con no mas de una fiambrera, que los señores Clérigos del difunto (que pocas veces se dexan mal parar) en la acémila de su repuesto traían. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas; y fue, que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar à la boca: y acosados

de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde, y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XX.

De la jamás vista, ni oida aventura, que con mas poco peligro fue acabada de famoso Caballero en el mundo, con la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha.

NO es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estár alguna fuente, ò arroyo, que estas yerbas humedece: y así será bien que vamos un poco mas adelante, que yá toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo à Don Quixote; y tomando de la rienda à Rocinante, y Sancho del cabestro à su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron à caminar por el prado arriba à tiento, porque la obscuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna: mas no hu-

hubieron andado doscientos pasos, quando llegó à sus oidos un gran ruido de agua, como que de algunos grandes, y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose à escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron à deshora otro estruendo, que les aguó el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes à compás con un cierto crugir de hierros, y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor à qualquier otro corazon, que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, obscura, y ellos acertaron à entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacian un temeroso, y manso ruido: de manera, que la soledad, el sitio, la obscuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba, horror, y espanto; y mas quando vieron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba: añadiéndose à todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero Don Quixote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre

bre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ò la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama; y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, los Febos, y Belianises, con toda la caterva de los famosos Caballeros Andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que obscurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel, y legal, las tinieblas de esta noche, su estraño silencio, el sordo, y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derrumba desde los altos montes de la Luna, con el incesable golpear que nos hiere, y lastíma los oidos; las quales cosas todas juntas, y cada una por

por sí son bastantes à infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado à semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos, y despertadores de mi ánimo, que hace que el corazon me rebiente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Así que, aprieta un poco las cinchas à Rocinante, y quédate à Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los quales, si no volviere, puedes tú volverte à nuestra Aldea: y desde allí, por hacerme merced, y buena obra, irás al Toboso, donde dirás à la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo Caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó à llorar con la mayor ternura del mundo, y à decirle: Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino, y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues

no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Quanto mas que yo he oído predicar al Cura de nuestro Lugar (que vuestra merced bien conoce) que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar à Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre, y salvo de entre tantos enemigos, como acompañaban al difunto. Y quando todo esto no mueva, ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar, y creer, que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima à quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra, y dexé hijos, y muger, por venir à servir à vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos; pero como la codicia rompe el saco, la mia ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra, y mal hadada Insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago, y trueco de ella me quiere ahora dexar en un lu-

lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y yá que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo à lo menos hasta la mañana, que à lo que à mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor, no debe de haber desde aquí al Alva tres horas; porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver dónde hace esa linea, ni dónde está esa boca, ò ese colodrillo que dices, si hace la noche tan obscura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dixo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y vé las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender, que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltáre, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningun tiempo, que lágrimas, y ruegos me apartaron de hacer lo que debia à estilo de Caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en el corazon

aco-

acometer ahora esta tan no vista, y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas à Rocinante, y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ò vivo, ò muerto. Viendo, pues, Sancho la última resolucion de su amo, y quán poco valian con él sus lágrimas, consejos, y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia, si pudiese; y así quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente, y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies à Rocinante, de manera, que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino à saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas, y plegarias, ha ordenado, que no se pueda mover Rocinante: y si vos quereis porfiar, y espolear, y darle, será enojar à la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover; y sin caer

en

en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse, y esperar, ò à que amaneciese, ò à que Rocinante se meneáse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte, que de la industria de Sancho; y así le dixo: Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar à que ria el Alva, aunque yo llore lo que ella tardáre en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré à vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si yá no es que se quiere apear, y echarse à dormir un poco sobre la verde yerba à uso de Caballeros Andantes, para hallarse mas descansado, quando llegue el dia, y punto de acometer esta tan dessemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ò à qué dormir? dixo Don Quixote. ¿Soy yo por ventura de aquellos Caballeros, que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ò haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixe por tanto: y llegandose à él, puso la una mano en el arzon delantero, y la

la otra en el otro, de modo, que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenia à los golpes, que todavia alternativamente sonaban. Díxole Don Quixote, que contáse algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido. A lo qual Sancho dixo, que sí hiciera, si le dexára el temor de lo que oía; pero con todo eso yo me esforzaré à decir una historia, que si la acierto à contar, y no me van à la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento, que yá comienzo. Erase que se era, el bien que viniere, para todos sea, y el mal para quien lo fuere à buscar. Y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron à sus consejas, no fue así como quiera, que fue una sentencia de Caton Zonzorino Romano, que dice: Y el mal para quien le fuere à buscar; que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya à buscar el mal à ninguna parte, sino que nos volvamas por otro camino; pues nadie nos fuerza à que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Qui-

Quixote, y del camino que hemos de seguir déxame à mí el cuidado. Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de la Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el qual pastor, ò cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora, que se llamaba Torralva; la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico.... Si de esa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vás diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como yá tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba al-

algo à hombruna, porque tenia unos pocos de vigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dixo Don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento, me dixo, que era tan cierto, y verdadero, que podia bien, quando lo contáse à otro, afirmar, y jurar que lo habia visto todo. Así que yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia à su pastora, se volviese en omecillo, y mala voluntad: y la causa fue, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos, que ella le dió, tales, que pasaban de la raya, y llegaban à lo vedado: y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, è irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar à quien las quiere, y amar à quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion; y ante-

tecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura, para pasarse à los Reynos de Portugal. La Torralva, que lo supo, se fue tras él, y seguíale à pie, y descalza desde lexos con un bordon en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevaba (segun es fama) un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no sé qué botecillo de muda para la cara. Mas llevàse lo que llevàse, que yo no quiero meterme ahora en averiguarlo, solo diré, que dicen, que el pastor llegó con su ganado à pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido, y casi fuera de madre; y por la parte que llegó no habia barca, ni barco, ni quien le pasàse à él, ni à su ganado de la otra parte: de lo que se congoxó mucho, porque via que la Torralva venia yá muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos, y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador, que tenia junto à sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona, y una cabra; y con todo esto le habló, y concertó con él que le pasàse à él, y à trecientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra:

vol-

volvió, y pasó otra, tornó à volver, y tornó à pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador vá pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra de él. Sigo, pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno, y resvaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir, y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otras, y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo, y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quántas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. ¡Yo qué diablos sé! respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixe que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió D. Quixote ¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número, no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté à vuestra merced, que me dixese quántas cabras habian pa-

sa-

sado, y me respondió, que no sabía, en aquel mismo instante se me fue à mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y à fé que era de mucha virtud, y contento. ¿De modo, dixo Don Quixote, qué yá la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ò historia, que nadie pudo pensar en el mundo; y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamás se podrá vér, ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso: mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé, que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornóle à poner las piernas, y él tornó à dar saltos, y à estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ò que el frio de la mañana, que yá venia, ò que Sancho hubiese ce-

nado algunas cosas lenitivas, ò que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), à él le vino en voluntad, y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él. Mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenia gana tampoco era posible: y así lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha, que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza, con que los calzones se sostenian, sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abaxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto, y angustia), le sobrevino otra mayor, que fue, que le pareció, que no podia mudarse, sin hacer estrépito, y ruido; y comenzó à apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que al cabo

bo al cabo vino à hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que à él le ponia tanto miedo. Oyólo Don Quixote, y dixo: ¿Qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras, y desventuras nunca comienzan por poco. Tornó otra vez à probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido, ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga, que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto, y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo escusar de que algunos llegasen à sus narices; y apenas hubieron llegado, quando él fue al socorro, apretándolas entre los dedos, y con tono algo gangoso, dixo: ¿Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo? Sí tengo, respondió Sancho: ¿mas en qué lo echa de vér vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no à ambar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae à deshoras, y por estos no acostum-

brados pasos. Retírate tres, ò quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante tén mas cuenta con tu persona, y con la que debes à la mia, que la mucha conversacion, que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa, que no deba. Peor es menearlo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios, y otros semejantes pasaron la noche amo, y mozo; mas viendo Sancho, que à mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó à Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre (aunque él de suyo no era nada brioso), parece que se resintió, y comenzó à dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabía hacer. Viendo, pues, Don Quixote, que yá Rocinante se movia, lo tuvo à buena señal, y creyó que lo era de que acometiese à aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el Alva, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote, que estaban entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la

som-

sombra muy obscura. Sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podia causar: y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas à Rocinante, y tornando à despedirse de Sancho, le mandó, que allí le aguardáse tres dias à lo mas largo (como yá otra vez se lo habia dicho); y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto, que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle à referir el recado, y embaxada, que habia de llevar de su parte à su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba à la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento antes que saliese de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante à su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido. Pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano, salvo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Insula. De nuevo tornó à llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito, y fin de aquel negocio. De estas lágrimas, y determinacion tan hon-

rada de Sancho Panza saca el Autor de esta historia, que debia de ser bien nacido, ò por lo menos Christiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo à su amo; pero no tanto que mostrásé flaqueza alguna; antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó à caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua, y del golpear venia. Seguíale Sancho à pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro à su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas, y adversas fortunas. Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños, y árboles sombrios, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacía, de las quales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las quales advirtieron que salia el ruido, y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua, y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fue llegando poco à poco à las casas, y encomendándose de todo corazon à su señora, suplicándole, que en aquella temerosa jornada, y empresa le favoreciese:


Em. Monfort sculpsit.

se: y de camino se encomendaba tambien à Dios, que no le olvidáse. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello, y la vista por entre las piernas de Rocinante, por vér si veria yá lo que tan suspenso, y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, quando al doblar de una punta pareció descubierta, y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono, y para ellos espantable ruido, que tan suspensos, y medrosos toda la noche los habia tenido. Y eran (si no lo has, ò Letor, por pesadumbre, y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció, y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió, que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estár corrido. Miró tambien Don Qnixote à Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer rebentar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que à la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho, que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que
 tu-

tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no rebentar riendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió à su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual yá se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir, como por modo de fisga: Has de saber, ò Sancho amigo, que yo nací por querer el cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, ù de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aquí fue repitiendo todas, ò las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quixote, que Sancho hacía burla de él, se corrió, y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon, y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedára libre de pagarle el salario, si no fuera à sus herederos. Viendo Sancho, que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasáse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais,
no

no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre, paréceos à vos, que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, ¿no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprenderla, y acabarla? ¿Estoy yo obligado à dicha (siendo como soy Caballero) à conocer, y distinguir los sones, y saber quáles son de batán, ò no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado, y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis Jayanes, y echádmelos à las barbas uno à uno, ò todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso, que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano, y salvo como le ha sacado de ésta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, à lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced yá yo sé que no le co-

no-

noce, ni sabe qué es temor, ni espanto? No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en punto las cosas. A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome à la cabeza, y dándome en las espaldas: gracias à Dios, y à la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oído decir: Ese te quiere bien, que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen à un criado, darle luego unas calzas: aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si yá no es que los Caballeros Andantes dan tras palos Insulas, ò Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese à ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa (para que te abstengas, y reportes en hablar demasiado conmigo) que en quan-

quantos libros de Caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningun escudero habláse tanto con su señor, como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo à gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadís de Gaula, Conde fue de la Insula firme, y se lee de él, que siempre hablaba à su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo (more Turquesco). ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande, como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo à mozo, de señor à criado, y de Caballero à escudero. Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán à su tiempo; y si no llegaren, el salario à lo menos no

se

se ha de perder (como yá os he dicho). Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho: ¿pero querria yo saber (por si acaso no llegáse el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios), quánto ganaba un escudero de un Caballero Andante en aquellos tiempos? ¿y si se concertaban por meses, ò por dias, como peones de albañil? No creo yo, respondió Don Quixote, que jamás los tales escuderos estuvieron à salario, sino à merced. Y si yo ahora te le he señalado à tí en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la Caballería, y no querria, que por pocas cosas penáse mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los Aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar, y desasosegar el corazon de un tan valeroso Andante aventurero, como es vuestra merced. Mas bien puede estár seguro, que de aquí adelante no despliegue mis labios, para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, si no fuere para

ra honrarle, como à mi amo, y señor natural. De esa manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra; porque despues de los padres, à los amos se ha de respetar, como si lo fuesen.

CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible Caballero.

EN esto comenzó à llover un poco, y queria Sancho que se entráran en el molino de los batanes. Mas habiáles cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y así torciendo el camino à la derecha mano, dieron en otro, como el que habian llevado el dia antes. De allí à poco descubrió Don Quixote un hombre à caballo, que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro; y apenas le hubo visto, quando se volvió à Sancho, y le dixo: Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma ex-

experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor, y mas cierta aventura, que si yo no acertáre à entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dár à la poca noticia de batanes, ni à la obscuridad de la noche. Digo esto, porque si no me engaño, hácia nosotros viene uno, que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabasen de batanar, y aporrear el sentido. ¡ Valgate el diablo por hombre! replicó Don Quixote: ¿ Qué vá de yelmo à batanes? No sé nada, respondió Sancho; mas à fé que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿ Cómo me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso? dixo Don Quixote. ¿ Dime,

no

no vés aquel Caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo, y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apártate à una parte, y déxame con él à solas, verás que sin hablar palabra, por ahorrar de tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo, que tanto he deseado. Yo me tengo el cuidado de apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, tornó à decir, que orégano sea, y no batanes. Yá os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso, mas eso de los batanes, dixo Don Quixote, que voto....y no digo mas, que os batane el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto, que le habia echado redondo como una vola. Es, pues, el caso, que el yelmo, el caballo, y Caballero que Don Quixote veía, era esto: Que en aquel contorno habia dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica, ni Barbero, y el otro que estaba junto à él sí; y así el Barbero del

del mayor servia al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el Barbero, y traía una vacía de azofar: y quiso la suerte, que al tiempo que venia comenzó à llover, y porque no se le manchàse el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la vacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que à Don Quixote le pareció caballo rucio rodado, y Caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaba à sus desvariadas Caballerías, y mal andantes pensamientos. Y quando él vió que el pobre Caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, à todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte à parte. Mas quando à él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Defiéndete, cautiva criatura, ò entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El Barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guar-

dar-

darse del golpe de la lanza, sino fue el dexarse caer del asno abaxo; y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó à correr por aquel llano, que no le alcanzára el viento. Dexóse la vacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo: que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el qual viéndose acosado de los cazadores, se taraza, y quita con los dientes aquello por lo que él por instinto natural sabe que es perseguido. Mandó à Sancho, que alzáse el yelmo: el qual tomándole en las manos, dixo: Por Dios que la vacía es buena, y que vale un real de à ocho, como un maravedí. Y dándosela à su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola à una parte, y à otra, buscándole el encaxe; y como no se le hallaba, dixo: Sin duda que el pagano, à cuya medida se forjó primero esta famosa zelada, debia de tener grandísima cabeza; y lo peor de ello es que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar à la vacía zelada, no pudo tener la risa: mas vínosele à las mientes la cólera de su amo, y calló en mitad de ella. ¿De qué te ries, Sancho? dixo

Don Quixote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño de este almete, que no semeja sino una vacía de Barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagíno, Sancho? Que esta famosa pieza de este encantado yelmo por algun estraño accidente debió de venir à manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor; y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la mitad, para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece vacía de Barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco, no hace al caso su transmutacion, yo la aderezaré en el primer Lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo, y forjó el Dios de las herrerias para el Dios de las batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo, que nada; quanto mas, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exércitos, quando le santiguaron à vuestra merced las muelas, y le

rom-

rompieron la alcuza, donde venia aquel benditísimo brebaje, que me hizo vomitar las asaduras. No me dá mucha pena el haberle perdido, que yá sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere, ni le probáre mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas, que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir à nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir; y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte, y la manta nos llevâre. Mal Christiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria, que una vez te han hecho: pues sábete, que es de pechos nobles, y generosos no hacer caso de niñerías. ¿Qué pie sacaste coxo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no te se olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fue, y pasatiempo,

que à no entenderlo yo así, yá yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño, que el que hicieron los Griegos por la robada Helena: la qual si fuera en este tiempo, ò mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estár segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene. (Y aquí dió un suspiro, que le puso en las nubes, y dixo Sancho: Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras, y las burlas; y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas. Pero dexando esto à parte, dígame vuestra merced, ¿qué harémos de este caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aquí desamparado aquel Martino, que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás; y para mis barbas si no es bueno el rucio? Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar à los que venzo, ni es uso de Caballería quitarles los caballos, y dexarlos à pie, si yá no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal

tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Así que, Sancho, dexa ese caballo, ò asno, ò lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe, que quisiera llevarle, replicó Sancho, ò por lo menos trocarle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de Caballería, pues no se estienden à dexar trocar un asno por otro, y querria saber, si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda (hasta estár mejor informado) digo, que los trueques, si es que tienes de ellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los hubiera menester mas. Y luego habilitado con aquella licencia, hizo mutacion *caparum*, y puso su jumento à las mil lindezas, dexándole mejorado en tercio, y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real, que de la acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara à mirarlos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el mie-

do en que les habian puesto; y cortada la cólera, y aun la melancolía, subieron à caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de Caballeros Andantes el no tomar ninguno cierto), se pusieron à caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso (que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor, y compaña). Con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él à la ventura, sin otro designio alguno. Yendo, pues, así caminando, dixo Sancho à su amo: ¿Señor, quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él, que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malográse? Dila, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso, si es largo. Digo, pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias à esta parte he considerado quán poco se gana, y grangea de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos,

y encrucijadas de caminos, donde yá que se venzan, y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea, ni sepa, y así se han de quedar en perpétuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos à servir à algun Emperador, ò à otro Príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor, à quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar à cada qual segun su mérito, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpétua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles: aunque sé decir, que si se usa en la Caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote; mas antes que se llegue à ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando

algunas, se cobre nombre, y fama, tal, que quando se fuere à la Corte de algun gran Monarca, yá sea el Caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la Ciudad, quando todos le sigan, y rodeen, dando voces, diciendo: Este es el Caballero del Sol, ù de la Sierpe, ù de otra insignia alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas. Este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Maméluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años. Así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demás gente, parecerá à las fenestras de su Real Palacio el Rey de aquel Reyno: y así como vea al Caballero, conociéndole por las armas, ò por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: Ea, sus, salgan mis Caballeros, quantos en mi Corte están, à recibir à la flor de la Caballería que allí viene; à cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará

paz, besandole en el rostro; y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, à donde el Caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas, y acabadas doncellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra à duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego incontinente, que ella ponga los ojos en el Caballero, y él en los de ella, y cada uno parezca al otro cosa mas divina, que humana; y sin saber cómo, ni cómo no, han de quedar presos, y enlazados en la intrincable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar, para descubrir sus ansias, y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda à algun quarto del Palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata, con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien, y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola à furto de los circunstantes; y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad; porque, como tengo dicho,

es

es muy discreta doncella. Levantarsehan las tablas, y entrará à deshora por la puerta de la sala un feo, y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabáre será tenido por el mejor Caballero del Mundo. Mandará luego el Rey, que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin, y cima, sino el Caballero huesped en mucho pro de su fama; de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta, y pagada además por haber puesto, y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este Rey, ò Príncipe, ò lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él: y el Caballero huesped le pide (al cabo de algunos dias, que ha estado en su Corte) licencia para ir à servirle en aquella guerra dicha. Darásela el Rey de muy buen talante, y el Caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardin, que caen al aposento donde ella duerme,

por las quales yá otras muchas veces le habia fablado, siendo medianera, y sabidora de todo una doncella, de quien la Infanta mucho se fia. Suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho él, porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora. Finalmente la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al Caballero, el qual se las besará mil, y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos, ò malos sucesos; y rogarále la Princesa, que se detenga lo menos que pudiere: prometérseloha él con muchos juramentos. Tórnale à besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde allí à su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy de mañana, vase à despedir del Rey, de la Reyna, y de la Infanta. Dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el Caballero que es de pena de su

par-

partida: traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo: váselo à decir à su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice, que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su Caballero, y si es de linage de Reyes, ò no. Asegura la doncella, que no puede caber tanta cortesía, gentileza, y valentía, como la de su Caballero, sino en sugeto Real, y grave. Consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí à sus padres; y al cabo de dos dias sale en público. Yá es ido el Caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey: gana muchas Ciudades: triunfa de muchas batallas. Vuelve à la Corte, vé à su señora por donde suele, y conciértase, que la pida à su padre por muger en pago de sus servicios. No se la quiere dar el Rey, porque no sabe quién es; pero con todo eso, ò robada, ù de otra qualquiera suerte que sea, la Infanta viene à ser su esposa, y su padre lo viene à tener à gran ventura; porque se vino à averiguar, que el tal Caballero es hijo de un valeroso Rey de

de no sé qué Reyno, porque creo, que no debe de estár en el mapa. Muérese el padre, hereda la Infanta, y queda Rey el Caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes à su escudero, y à todos aquellos que le ayudaron à subir à tan alto estado. Casa à su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho: à esto me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la Triste Figura. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mesmo modo, y por los mesmos pasos que esto he contado, suben, y han subido los Caballeros Andantes à ser Reyes, y Emperadores. Solo falta ahora mirar, qué Rey de los Christianos, ù de los Paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda à la Corte. Tambien me falta otra cosa: que puesto caso que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fa-

ma incrible por todo el universo, ¿ no sé yo cómo se podrá hallar que yo sea de linage de Reyes, ò por lo menos primo segundo de Emperador? Porque no me querrá el Rey dar à su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos; así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion, y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio, que escribiese mi historia, deslindáse de tal manera mi parentela, y descendecia, que me halláse quinto, ò sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo: unos que traen, y derivan su descendencia de Príncipes, y Monarcas, à quien poco à poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al reves: otros tuvieron principio de gente baxa, è ván subiendo de grado en grado hasta llegar à ser grandes señores: de manera, que está la diferencia, en que unos fueron, que yá no son, y otros son, que yá no fueron: y podria ser yo de estos, que despues

pues de averiguado, hubiese sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro, que hubiere de ser. Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que à pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor, y esposo; y si no, aquí entra el robarla, y llevarla donde mas gusto me diere; que el tiempo, ò la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza. Aunque mejor quadra decir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dígolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar à entregar à mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, robarla, y trasponerla. Pero está el daño que en tanto que se hagan las paces, y se goce pacíficamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estár à diente en esto de las mercedes; si yá no es, que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala aventura, hasta que el cielo or-

ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos à Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encamináre. Hágalo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde eso me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote; y quando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde, cátate ahí Caballero, y digan lo que dixeren, que à buena fé que te han de llamar señoría, mal que les pese. ¡Y montas que no sabria yo autorizar el litado! dixo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza. Digo, que le sabria bien acomodar; porque por vida mia, que un tiempo fui munidor de una Cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de munidor, que decian todos, que te-

tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma Cofradía. ¿ Pues qué será quando me ponga un ropon Ducal acuestas, ò me vista de oro, y de perlas, à uso de Conde estrangero? Para mí tengo que me han de venir à ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote; pero será menester que te rapes las barbas à menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas, y mal puestas, si no te las rapas à navaja cada dos dias por lo menos, à tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas, dixo Sancho, sino tomar un Barbero, y tenerle asalariado en casa; y aun si fuere menester, le haré que ande tras mí, como Caballerizo de Grande. ¿ Pues cómo sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan tras de sí à sus Caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: Los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí ví, que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia à caballo à todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté, ¿ qué cómo aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras de él? Respondiéronme, que era su Caballerizo,

y que era uso de Grandes llevar tras sí à los tales. Desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que así puedes tú llevar à tu Barbero; que los usos no vinieron todos juntos, ni se inventaron à una, y puedes ser tú el primer Conde que lleva tras sí su Barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba, que ensillar un caballo. Quédese eso del Barbero à mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir à ser Rey, y el hacerme Conde. Así será, respondió Don Quixote; y alzando los ojos, vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote à muchos desdichados, que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUenta Cide Hamete Benengeli, Autor Arábigo, y Manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce, è imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha, y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas ra-

zo-


Em.l Monfort sculp.t

zones, que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, Don Quixote alzó los ojos, y vió, que por el camino que llevaban, venian hasta doce hombres à pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas en las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de à caballo, y dos de à pie: los de à caballo con escopetas de rueda, y los de à pie con dardos, y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que vá à las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó Don Quixote. ¿Es posible que el Rey haga fuerza à ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por delitos vá condenada à servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, ván de por fuerza, y no de voluntad? Así es, dixo Sancho. Pues de esa manera, dixo su amo, aquí entra la execucion de mi oficio, deshacer fuerzas, socorrer, y ayudar à los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la Justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza, ni agravio à

semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió à los que iban en su guarda, fuesen servidos de informarle, y decirle la causa, ò causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de à caballo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba à galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno de ellos en particúlar la causa de su desgracia. Añadió à estas otras tales, y tan comedidas razones, para moverlos à que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de à caballo le dixo: Aunque llevamos aquí el registro, y la fé de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo este de detenernos à sacarlas, ni à leerlas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte à ellos mismos, que ellos lo dirán, si quieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer, y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quixote se tomára, aunque no se la dieran, se llegó à la cadena, y al primero le preguntó que por

qué

qué pecados iba de tan mala guisa? El respondió, que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quixote: pues si por enamorados echan à galeras, dias há que pudiera yo estár bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quise tanto à una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que à no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote; el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo, que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste, y melancólico; mas respondió por él el primero, y dixo: Este, señor, vá por canario, digo, que por músico, y cantor. ¿Pues cómo? repitió Don Quixote: ¿por músicos, y cantores

ván tambien à galeras? Sí señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes yo he oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Acá es al revés, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: Señor Caballero, cantar en la ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confesó su delito: era ser quatrero, que es ser ladron de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años à galeras amen de doscientos azotes, que ya lleva en las espaldas: y vá siempre pensativo, y triste, porque los demás ladrones, que allá quedan, y aquí ván, le maltratan, aniquilan, escarnecen, y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque, dicen ellos, que tantas letras tiene un no, como un sí, y que harta ventura tiene un delinqüente, que está en su lengua su vida, ò su muerte, y no en la de los testigos, y probanzas; y para mí tengo que no ván muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote; el

qual

qual pasando al tercero, preguntó lo que à los otros, el qual de presto, y con mucho desenfado, respondió, y dixo: Yo voy por cinco años à las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros de esa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener à dónde comprar lo que ha menester. Dígolo, porque si à su tiempo tuviera yo esos veinte ducados, que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del Escribano, y avivado el ingenio del Procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca, que le pasaba del pecho; el qual oyéndose preguntar la causa por qué allí venia, comenzó à llorar, y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dixo: Este hombre honrado vá por quatro años à galeras, habiendo paseado las

acostumbradas vestido en pompa, y à caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, à lo que à mí me parece, haber salido à la vergüenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto quiero decir, que este Caballero vá por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas, y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas, y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecia él ir à bogar en las galeras, sino à mandarlas, y à ser General de ellas: porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la República bien ordenada, y que no le debia exercer sino gente muy bien nacida; y aun habia de haber veedor, y exâminador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado, y conocido, como corredores de lonja; y de esta manera se escusarian muchos males que se causan por andar este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas à menos, pagecillos, y truhanes de pocos años, y de poca experien-

riencia, que à la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar alguna traza que importe, se le hielan las migas entre la boca, y la mano, y no saben quál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la República habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello: algun dia lo diré à quien lo pueda proveer, y remediar. Solo digo ahora, que la pena que me ha causado vér estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero; aunque bien sé, que no hay hechizos en el mundo, que puedan mover, y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro alvedrio, y no hay yerba, ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mugercillas simples, y algunos embusteros bellacos, es algunas mixturas, y venenos, con que vuelven locos à los hombres, dando à entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero, que no tuve culpa; en

lo

lo de alcahuete no lo pude negar: pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgáse, y viviese en paz, y quietud, sin pendencias, ni penas: pero no me aprovechó nada este buen deseo, para dexar de ir à donde no espero volver, segun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato. Y aquí tornó à su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de à quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó à otro su delito, el qual respondió con no menos, sino con mucha mas gallardía que el pasado: Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay Sumista que lo declàre. Probóseme todo esto, faltó favor, no tuve dineros, vime à pique de perder los tragaderos, sentenciáronme à galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor

Ca-

Caballero, lleva alguna cosa con que socorrer à estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar à Dios en nuestras oraciones por la vida, y salud de vuestra merced, que sea tan larga, y tan buena, como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco. Venia diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas à la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ò pie de amigo; de la qual descendian dos hierros, que llegaban à la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar à la boca, ni podia baxar la cabeza à llegar à las manos. Preguntó Don Quixote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros? Respondióle la guarda: Porque tenia aquel

solo mas delitos, que todos los otros juntos, y que era tan atrevido, y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros de él, sino que temian que se les habia de huir. ¿ Qué delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no ha merecido mas pena, que echarle à las galeras? Vá por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil. No se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor Comisario, dixo entonces el galeote, váyase poco à poco, y no andemos ahora à deslindar nombres, y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta à la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el Comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que vá un hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, ò no. ¿ Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Sí llaman, respondió Ginés;

nés ; mas yo haré que no me lo llamen, ò me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor Caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo yá, y vaya con Dios, que yá enfada con tanto querer saber vidas agenas, y si la mia quiere saber, sepa que yo soy aquel Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el Comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la carcel en docientos reales. Y le pienso quitar, dixo Ginés, si quedára en docientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel género se han escrito, ò escribieren. Lo que les sé decir à voacedes, que trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen. ¿ Y cómo se intitula el libro? preguntó Don Quixote. La Vida de Ginés de Pasamonte, respondió él mismo. ¿ Y está acabado? preguntó Don Quixote. Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida. Lo que está escrito es desde mi nacimiento, hasta el punto que

que esta última vez me han echado à galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir à Dios, y al Rey, otra vez he estado quatro años, y yá sé à qué sabe el vizcocho, y el corbacho, respondió Ginés; y no me pesa mucho de ir à ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Habil pareces? dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen à los bellacos, dixo el Comisario. Yá le he dicho, señor Comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco à poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratáse à los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiáse, y llevá-se à donde su Magestad manda: si no por vida de.... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminemos, que yá es mucho regodeo éste.

Al-

Alzó la vara en alto el Comisario, para dar à Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogó que no le maltratáse, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algun tanto suelta la lengua: y volviéndose à todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais à padecer no os dan mucho gusto, y que vais à ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser que el poco ánimo, que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del Juez, hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia, que de vuestra parte teníades: todo lo qual se me representa à mí ahora en la memoria de manera, que me está diciendo, persuadiendo, y aun forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de Caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer à los menesterosos, y

opre-

opresos de los mayores. Pero porque sé, que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar à estos señores Guardianes, y Comisarios, sean servidos de desataros, y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hacer esclavos à los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre, y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y quando de grado no lo hagais, esta lanza, y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. ¡Donosa majadería! respondió el Comisario: ¡bueno está el donayre con que ha salido à cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ò

él

él la tuviera para mandarlo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin, que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, el rato, y el bellaco, respondió Don Quixote: y diciendo, y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas, y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano à sus espadas los de à caballo, y los de à pie à sus dardos, y arremetieron à Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasára mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuráran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la revuelta de manera que las guardas, yá por acudir à los galeotes, que se desataban, yá por acometer à Don Quixote, que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte à la soltura de Ginés de Pasamonte, que fue el primero que saltó

en la campaña libre, y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caído, le quitó la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin dispararla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los yá sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho de este suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso à la Santa Hermandad, la qual à campana tañida saldria à buscar los delinqüentes; y así se lo dixo à su amo, y le rogó, que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga: y llamando à todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al Comisario, hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos à la redonda para vér lo que les mandaba, y así les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque yá habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el

que de mí habeis recibido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena, que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais à la Ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y la digais que su Caballero el de la Triste Figura se le envia à encomendar; y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad: y hecho esto, podreis ir donde quisiéredes à la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos, y divididos, y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallados de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio, y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced;

y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia, huyendo, ò reposando, en paz, ò en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora à las ollas de Egypto, digo à tomar nuestra cadena, y à ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia; y es pedir à nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto à tal, dixo Don Quixote (yá puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Parapillo, ò como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido, estando yá enterado que Don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad), viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo à los compañeros, y apartándose à parte, comenzaron à llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos à cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube, y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que
no

no le acertasen no sé quántos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, quando fue sobre él el estudiante, y le quitó la vacía de la cabeza, y dióle con ella tres, ò quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que casi la hizo pedazos. Quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grevas no lo estorváran. A Sancho le quitaron el gabán; y dexándole en pelota, repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, è ir à presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rocinante, Sancho, y Don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oídos: Rocinante tendido junto à su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quixote mohinísimo de verse tan mal parado por

los mismos à quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fue una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIéndose tan mal parado Don Quixote, dixo à su escudero: Siempre, Sancho, he oido decir, que el hacer bien à villanos es echar agua en el mar. Si yo hubiera creído lo que me dixiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero yá está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy Turco; pero pues dice, que si me hubiera creído, se hubiera escusado este daño, creame ahora, y se escusará otro mayor; porque le hago saber, que con la Santa Hermandad no hay usar de Caballerías, que no se le dá à ella por quantos Caballeros Andantes hay dos maravedís: y sepa que yá me parece que sus saëtas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que

soy contumáz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida, ni en muerte has de decir à nadie que yo me retiré, y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer à tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello: y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ò lo dixeres: y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto, y retiro de algun peligro, especialmente de éste, que parece que lleva algun es, no es, de sombra de miedo, estoy yá para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente à la Santa Hermandad, que dices, y temes, sino à los hermanos de los doce Tribus de Israël, y à los siete Macabeos, y à Castor, y Polux, y aun à todos los hermanos, y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja à la esperanza; y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aven-

turarse todo en un dia. Y sepa, que aunque zafio, y villano, todavia se me alcanza algo de esto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante, si puede, ò si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice, que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, è ir à salir al Viso, ò à Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscáse. Animóle à esto haber visto, que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa, que sobre su asno venia: cosa que la juzgó à milagro, segun fue lo que llevaron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron à la mitad de las entrañas de Sierra Morena, à donde le pareció à Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, à lo menos todos aquellos que duráse el matalotage que llevaba: y así hicieron noche entre dos peñas, y entre mu-

muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fé, todo lo guia, guisa, y compone à su modo, ordenó, que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero, y ladron, que de la cadena por virtud, y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad (de quien con justa razon temia), acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte, y su miedo à la misma parte donde habia llevado à Don Quixote, y à Sancho Panza à hora, y tiempo que los pudiese conocer, y à punto que los dexó dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir à lo que se debe, y el remedio presente venza à lo por venir, Ginés, que no era, ni agradecido, ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno à Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lexos de poder ser hallado. Salió el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Panza, porque halló menos

nos su rucio; el qual viéndose sin él, comenzó à hacer el mas triste, y doloroso llanto del mundo; y fue de manera, que Don Quixote despertó à las voces, y oyó que en ellas decia: ¡O hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis, que ganaba contigo cada dia, mediaba yo mi despensa! Don Quixote, que vió el llanto, y supo la causa, consoló à Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia; prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa, de cinco que havia dexado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció à Don Quixote la merced que le hacía; el qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciánsele à la memoria los maravillosos acaecimientos, que en semejantes soledades, y asperezas habian sucedido à Caballeros Andantes. Iba

pen-

pensando en estas cosas, tan embebecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba; ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves, que del despojo clerical habian quedado; y así iba tras su amo, sentado à la mugeriega sobre su jumento, sacando de un costal, y embaulando en su panza; y no se le diera por no hallar otra aventura entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto, que estaba caído en el suelo, por lo qual se dió priesa à llegar à ayudarle, si fuese menester: y quando llegó fue à tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin, y una maleta asida à él, medio podridos, ò podridos del todo, y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apeáse à tomarlos, y mandóle su amo, que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y su candado, por lo roto, y podrido de ella vió lo que en ella habia,

que

que eran quatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo, no menos curiosas, que limpias, y en un pañizuelo halló un buen monton de escudos de oro; y así como los vió, dixo: Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura, que sea de provecho. Y buscando mas, halló un libro de memorias ricamente guarnecido. Este le pidió Don Quixote, y mandóle que guardáse el dinero, y lo tomáse para él. Besóle las manos Sancho por la merced; y desvalijando à la valija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por está sierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar, y le traxeron à enterrar en esta tan oculta, y tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexáran aquí este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote; y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémos si en este librillo de memorias hay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en cono-

nocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un Soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien le oyése, vió que decia de esta manera:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad; ò no es mi pena
Igual à la ocasion, que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento
Que nada ignora; y es razon muy buena,
Que un Dios no sea cruel. ¿Pues quién ordena
El terrible dolor, que adoro, y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo aquesta ruina:
Presto habré de morir, que es lo mas cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si yá no es que por ese hilo que está ahí, se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dixo Don Quixote. Paréceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dixe sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin

sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el Autor de este Soneto, y à fé que debe de ser razonable Poëta, ò yo sé poco del arte. ¿ Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende à vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y veráslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abaxo à mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ò los mas Caballeros Andantes de la edad pasada eran grandes trobadores, y grandes músicos; que estas dos habilidades, ò gracias (por mejor decir) son anexas à los enamorados Andantes. Verdad es, que las coplas de los pasados Caballeros tienen mas de espíritu, que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, quizá hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. ¿ Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho de estas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia ro-

rogado, vió que decia de esta manera:

Tu falsa promesa, y mi cierta desventura, me llevan à parte donde antes volverán à tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desecháteme ¡ò ingrata! por quien tiene mas; no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza, que se estimára, no envidiára yo dichas agenas, ni lloràra desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras. Por ella entendí que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo.

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: Menos por ésta, que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no. Pero lo que todos contenian eran quexas, lamentos, desconfianzas, sabores, y sinsabores, favores, y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros.

En

En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscáse, escudriñáse, è inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenáse, porque no se quedáse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento. Y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed, y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser algun principal enamorado, à quien desdenes, y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido à algun desesperado término. Pero como por aquel lu-

lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino, que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata con estraña ligereza. Figurósele que iba desnudo, la barba negra, y espesa, los cabellos muchos, y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró, y notó el Caballero de la Triste Figura; y aunque lo procuró, no pudo seguirle, porque no era dado à la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto, y flemático. Luego imaginó Don

Quixote, que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en sí de buscarle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó à Sancho, que se apeáse del asno, y atajáse por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos, y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco à poco, ò como pudieres, y haz los ojos lanternas, rodearémos esta serrezuela, quizá toparémos aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor sería no buscarle; porque si le

le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inutil diligencia, poseerlo yo con buena fé, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor; y quizá fuera à tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el Rey me hiciera franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote, que yá que hemos caído en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados à buscarle, y volvérselos: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone yá en tanta culpa, como si lo fuese. Así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscarle, por la que à mí se me quitára si le hallo: y así picó à Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento. Y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caída, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estándola mirando, oyeron un silvo como de pastor, que

 guar-

guardaba ganado, y à deshora à su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el Cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote, y rogóle que baxáse donde estaba. El respondió à gritos, que quién les habia traído por aquel lugar, pocas, ò ningunas veces pisado, sino de pies de cabras, ù de lobos, y otras fieras que por allí andaban? Respondióle Sancho, que baxáse, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el Cabrero, y en llegando à donde Don Quixote estaba, dixo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler, que está muerta en esta hondonada? pues à buena fé que há yá seis meses que está en ese lugar. ¿Díganme, han topado por ahí à su dueño? No hemos topado à nadie, respondió Don Quixote, sino à un coxin, y à una maleta, que no lexos de este lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el Cabrero; mas nunca la quise alzar, ni llegar à ella, temeroso de algun desman, de que no me la pidiesen por hurto, que es el diablo sotil, y debaxo de los pies le levanta al llombre cosa donde

de tropiece, y caya sin saber cómo, ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. ¿Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote, sabeis vos quién sea el dueño de estas prendas? Lo que sabré yo decir, dixo el Cabrero, es, que habrá al pie de seis meses, poco mas, ò menos, que llegó à una majada de pastores, que estará como tres leguas de este lugar, un mancebo de gentil talle, y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo coxin, y maleta que decís que hallasteis, y tocasteis: preguntónos que quál parte de esta sierra era la mas áspera, y escondida? Diximosle, que era esta, donde ahora estamos: y es así la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quizá no acertareis à salir; y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino, ni senda, que à este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lu-

gar donde le señalamos, dexándonos à todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le viamos caminar, y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí à algunos dias salió al camino à uno de nuestros pastores, y sin decirle nada se llegó à él, y le dió muchas puñadas, y coces, y luego se fue à la borrica del hato, y le quitó quanto pan, y queso en ella traía, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvió à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos Cabreros, le anduvimos à buscar casi dos dias por lo mas cerrado de esta sierra: al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de un grueso, y valiente alcornoque. Salió à nosotros con mucha mansedumbre, yá roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron à entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le conve-

ve-

venia para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quién era? mas nunca lo pudimos acabar con él. Pedímosle tambien, que quando hubiese menester el sustento (sin el qual no podia pasar), nos dixese à donde le hallaríamos, porque con mucho amor, y cuidado se lo llevaríamos: y que si esto tampoco fuese de su gusto, que à lo menos saliese à pedirlo, y no à quitarlo à los pastores. Agradeció nuestros ofrecimientos: pidió perdon de los asaltos pasados; y ofreció de pedirlo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna à nadie. En quanto à lo que tocaba à la estancia de su habitacion, dixo, que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchado le habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole cómo le habíamos visto la vez primera, y quál le viamos entonces. Porque, como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses, y concertadas razones mostraba ser bien nacido, y muy cortesana persona: que puesto que

éramos rústicos los que le escuchábamos su gentileza era tanta, que bastaba à darse à conocer à la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su plática, paró, y enmudecióse: clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos, y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacía de abrir los ojos, estár fixo mirando al suelo, sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió à entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo, donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto à sí, con tal denuedo, y rabia, que si no se le quitáramos, le matára à puñadas, y à bocados. Y todo esto hacía, diciendo: ¡Ah fementido Fernando! Aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste: estas manos te sacarán el corazon, donde alvergas, y tienes metidas todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño:

y

y à estas añadia otras razones, que todas se encaminaban à decir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y femenтido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre; y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales, y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguirle. Por esto conjeturamos, que la locura le venia à tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto le mostraba el término à que le habia conducido. Todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces (que han sido muchas) que él ha salido al camino: unas à pedir à los pastores le dén de lo que llevan para comer; y otras à quitárselo por fuerza: porque quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma à puñadas; y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios, cortés, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el Cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados,

dos, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos; y despues de hallado, yá por fuerza, yá por grado, le hemos de llevar à la Villa de Almodovar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura; ò sabremos quién es, quando esté en su seso, y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended, que el dueño de las prendas que hallasteis, es el mismo que visteis pasar con tanta ligereza, como desnudéz; que yá le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra: el qual quedó admirado de lo que al Cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que yá tenia pensado de buscarle por toda la montaña, sin dexar rincon, ni cueba en ella que no miráse hasta hallarle; pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba, ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quiebra de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba; el qual venia hablando entre sí cosas que no po-

podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado; solo que llegando cerca, vió Don Quixote, que un coleto hecho pedazos, que sobre sí traía, era de ambar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traía, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo à ellos, los saludó con una voz desentonada, y bronca; pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente, y donayre le fue à abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, à quien podemos llamar el Roto de la mala figura (como à D. Quixote de la triste) despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí; y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estubo mirando, como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle, y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle à él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.

DIce la historia que era grandísima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática, dixo: Por cierto, señor, quien quiera que seais, que aunque yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesía que conmigo habeis usado: y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda à las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto, que tenia determinado de no salir de estas sierras, hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio; y si fuera menester buscarle, buscárale con la diligencia posible. Y quando vuestra desventura fuera de aque-

llas

llas que tienen cerradas las puertas à todo género de consuelo, pensaba ayudaros à llorarla, y à plañirla como mejor pudiera; que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela de ellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplíco, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjúro por la cosa que en esta vida mas habeis amado, ò amais, que me digais quién sois, y la causa que os ha movido à vivir, y à morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadió Don Quixote) por la órden de Caballería que recibí (aunque indigno, y pecador), y por la profesion de Caballero Andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras à que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos à llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle, y remirarle, y tornarle à mirar de arriba à baxo; y despues que lo hubo

bo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darme à comer, por amor de Dios que me lo dén, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal, y el Cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron, como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia, que tragaba; y en tanto que comia, ni él, ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó à un verde pradecillo, que à la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando à él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo; y todo esto sin que ninguno habláse, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: Si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrumpireis el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo

ha-

hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto traxeron à la memoria à Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente. Pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: Esta prevencion que hago es, porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas à la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo; y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decirlas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna, que sea de importancia, para satisfacer del todo à vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demás; y él con este seguro comenzó de esta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una Ciudad de las mejores de esta Andalucia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor

toda la gloria que yo acertára à desearme. Tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble, y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que à mis honrados pensamientos se debia. A esta Luscinda amé, quise, y adoré desde mis tiernos, y primeros años; y ella me quiso à mí con aquella sencillez, y buen ánimo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba de ello, porque bien veían, que quando pasáran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage, y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, tanto que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado à negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto à los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poëtas. Y fue esta negacion añadir llama à la llama, y deseo à deseo; porque aunque pusieron silencio à las lenguas, no le pudieron poner à las plumas; las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar à entender à quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada tur-

turba, y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atrevida. ¡Ay, cielos, y quántos villetes la escribí! ¡Quán regaladas, y honestas respuestas tuve! ¡Quántas canciones compuse, y quántos enamorados versos, donde el alma declaraba, y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado, y merecido premio: y fue el pedírsela à su padre por legítima esposa, como lo hice. A lo que él me respondió, que me agradecia la voluntad, que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, à él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda; porque si no fuese con mucha voluntad, y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse, ni darse à hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixese. Y con este intento luego en

aquel mismo instante fui à decirle à mi padre lo que deseaba: y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixese palabra, me la dió, y me dixo: Por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como yá vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su Estado en lo mejor de esta Andalucia. Tomé, y leí la carta, la qual venía tan encarecida, que à mí mismo me pareció mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviáse luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba à cargo el ponerme en estado, que correspondiese à la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí, que mi padre me decia: De aquí à dos dias te partirás, Cardenio, à hacer la voluntad del Duque; y dá gracias à Dios que te vá abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces. Añadió à estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida: hablé

una

una noche à Luscinda : díxela todo lo que pasaba, y lo mismo hice à su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatáse el darla estado, hasta que yo viese lo que el Duque Ricardo me queria. El me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba: fuí de él tan bien recibido, y tratado, que desde luego comenzó la envidia à hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, habian de ser en perjuicio suyo. Pero el que mas se holgó con mi ida, fue un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado; el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir à todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hacía merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria, y trataba. Es, pues, el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta, que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando, dexaba de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno de enamorado, que

le traía con un poco de desasosiego. Quería bien à una Labradora, vasalla de su padre; y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en quál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajáse. Estas tan buenas partes de la hermosa Labradora reduxeron à tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarla (y conquistar la entereza de la Labradora) darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorvarle, y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas Don Fernando, como astuto, y discreto, se rezeló, y temió de esto, por parecerle que estaba yo obligado, en fé de buen criado, à no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía; y así por divertime, y engañarme, me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memo-

moria la hermosura, que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y que querria que la ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque que venía à vér, y feriar unos muy buenos caballos, que en mi Ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, quando (movido de mi aficion), aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobára yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por vér quán buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia de volver à vér à mi Luscinda. Con este pensamiento, y deseo aprobé su parecer, y esforcé su propósito, diciéndole, que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hace su oficio, à pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando él me vino à decir esto, segun despues se supo, yá habia gozado à la Labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse à su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría, quando supiese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como

tiene por último fin el deleyte, en llegando à alcanzarle, se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso à lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó à la Labradora, se le aplacaron sus deseos, y se le resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse, por no ponerlos en execucion: dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañáse. Venimos à mi Ciudad, recibióle mi padre como quien era, ví yo luego à Luscinda, tornaron à vivir (aunque no habian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales dí cuenta, por mi mal, à Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad, que me mostraba, no le debia encubrir nada. Alabéle la hermosura, donayre, y discrecion de Luscinda de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer vér doncella de tan buenas partes adornada. Cumplíselos yo, por mi corta suerte, enseñándosela una noche à la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos ha-

hablarnos. Vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido. Enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo, que à mí me zelaba, y al cielo à solas descubria, quiso la fortuna, que halláse un dia un villete suyo, pidiéndome que la pidiese à su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyéndolo, me dixo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demás mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veía con quán justas causas Don Fernando à Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé à temer, y à rezelarme de él, porque no se pasaba momento en que no quisiese que tratásemos de Luscinda; y él movia la plática, aunque la traxese por los cabellos: cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad, y de la fé de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer

mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo à Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, à título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de Caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula.........No hubo oído bien Don Quixote nombrar libro de Caballerías, quando dixo: Como me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced la señora Luscinda era aficionada à libros de Caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme à entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno, como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadís de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustára la

se-

señora Luscinda mucho de Darayda, y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinél, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas, y representadas por él con todo donayre, discrecion, y desemboltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta: y no durará mas en hacerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo à mi Aldea, que allí le podré dar mas de trescientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí, que yá no tengo ninguno, merced à la malicia de los malos, y envidiosos encantadores. ¡Y perdóneme vuestra merced el haber contravenido à lo que prometimos de no interrumpir su plática; pues en oyendo cosas de Caballerías, y de Caballeros Andantes, así ès en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Así que perdon, y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caído à Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente

pen-

pensativo. Y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra. Pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé à entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese, ò creyese, sino que aquel bellaconazo del Maestro Elisabet estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto à tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle como tenia de costumbre), y esta es una muy gran malicia, ò bellaqueria, por mejor decir. La Reyna Madasima fue muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré à entender à pie, ò a caballo, armado, ù desarmado, de noche, ù de dia, ò como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al qual yá habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera, segun le habia disgusta-

do





Em.l Monfort fe.t

do lo que de Madasima le habia oído. ¡Estraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo, pues, que como yá Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mientes, y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro, que halló junto à sí, y dió con él en los pechos tal golpe à Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar à su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él à sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy à su sabor. El Cabrero, que lo quiso defender, corrió el mismo peligro: y despues que los tuvo rendidos, y molidos, los dexó, y se fue con gentil sosiego à emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió à tomar la venganza del Cabrero, diciéndole, que él tenia la culpa de no haberles avisado, que à aquel hombre le tomaba à tiempos la locura: que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso

pa-

para poderse guardar. Respondió el Cabrero, que yá lo habia dicho, y que si él no lo habia oído, no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó à replicar el Cabrero, y fue el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el Cabrero: Déxeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo, y no está armado Caballero, bien puedo à mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano à mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió à preguntar al Cabrero, si sería posible hallar à Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díxole el Cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su morada; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dexaría de hallarle, ò cuerdo, ò loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo à la penitencia de Beltenebros.

DEspidióse del Cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó à Sancho que le siguiese, el qual lo hizo de muy mala gana; è ibanse poco à poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzáse la plática, por no contravenir à lo que le tenia mandado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, con los quales por lo menos hablaré, y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia, y de noche, y que no le háble quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si yá quisiera la suerte

que los animales habláran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasára mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Yá te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote: tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando à gozar de ese salvoconducto, digo: ¿Que qué le iba à vuestra merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ò como se llama? ¿O qué hacía al caso que aquel Abad fuese su amigo, ò no? Que si vuestra merced pasára con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasára adelante con su historia, y
se

se hubiera ahorrado el golpe del guijarro, y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fé, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras, como yo lo sé, quán honrada, y quán principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dixeras, que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un Cirujano. La verdad del cuento es, que aquel Maestro Elisabet, que el loco dixo, fue un hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y sirvió de Ayo, y de Médico à la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo, yá estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudára à vuestra merced, y encaminára el guijarro à la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. ¡Pues montas, que no se librára

Car-

Cardenio por loco! Contra cuerdos, y contra locos, dixo Don Quixote, está obligado qualquier Caballero Andante à volver por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa, y pro, como fue la Reyna Madasima, à quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas: y los consejos, y compañia del Maestro Elisabet le fue, y le fueron de mucho provecho, y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia, y paciencia: y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de decir, y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho: allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados, ò no, à Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas agenas; que el que compra, y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano:

¿Mas

¿Mas aunque lo fuesen, qué me vá à mí? Y muchos piensan, que hay tocinos, y no hay estacas. ¿Mas quién puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. ¡Valame Dios, dixo Don Quixote, y qué de necedades vás, Sancho, ensartando! ¿Qué vá de lo que tratamos à los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear à tu asno, y dexa de hacerlo en lo que no te importa: y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiciere, vá muy puesto en razon, y muy conforme à las reglas de Caballería, que las sé mejor que quantos Caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de Caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscando à un loco; el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado; no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced, y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote; porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el

deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpétuo nombre, y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello à todo aquello que puede hacer perfecto, y famoso à un Andante Caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estár en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote; porque si vuelves presto de à donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas, que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los mas perfectos Caballeros Andantes. No he dicho bien, fue uno, fue el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para Don Belianís, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro

cier-

cierto. Digo asimismo, que quando algun Pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos Pintores que sabe: y esta misma regla corre por todos los mas oficios, ò exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las Repúblicas: y así lo ha de hacer, y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente, y sufrido, imitando à Ulises, en cuya persona, y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente, y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser para dar exemplo à los venideros hombres de sus virtudes. De esta misma suerte Amadís fue el norte, el lùcero, el sol de los valientes, y enamorados Caballeros, à quien debemos imitar todos aquellos que debaxo de la vandera de amor, y de la Caballería militamos. Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el Caballero Andante que mas le imitáre, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la Caballería.

Y una de las cosas en que mas este Caballero mostró su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, à hacer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo, y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido. Así que me es à mí mas facil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se dexe pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dixo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Yá no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar à Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandío, y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro: de cuya pesadumbre se volvió loco, arrancó los árboles, enturbió

bió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, è hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar à Roldan, ù Orlando, ò Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo, y pensó, haré el bosquexo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales: y podrá ser que viniese à contentarme con sola la imitacion de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros, y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme à mí, dixo Sancho, que los Caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados, y tuvieron causa para hacer esas necedades, y penitencias: ¿pero vuestra merced qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado? ¿O qué señales ha hallado, que le dén à entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro, ò Christiano? Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un Caballero Andante con causa, ni grado, ni gracias:

el toque está desatinar sin ocasion, y dar à entender à mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como yá oiste decir à aquel pastor de marras Ambrosio: Quien está ausente, todos los males tiene, y teme. Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan feliz, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta, que contigo pienso enviar à mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual à mi fé se le debe, acabarseha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, seré loco de veras; y siéndolo, no sentiré nada. Así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflicto, y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me traxeres por cuerdo, ò no sintiendo el mal que aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que yá ví que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se pue-

puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: Vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo à imaginar, que todo quanto me dice de Caballerías, y de alcanzar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hacer otras mercedes, y grandezas, como es uso de Caballeros Andantes, que todo debe de ser cosa de viento, y mentira, y todo pastraña, ò patraña, ò como lo llamáremos: porque quien oyere decir à vuestra merced, que una vacía de Barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salgas de este error en mas de quatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice, y afirma, debe de tener güero el juicio? La vacía yo la llevo en el costal toda abollada; y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuvo escudero en el mundo: ¡que es posible que en quanto há que andas conmi-

go, no has echado de ver, que todas las cosas de los Caballeros Andantes parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al revés! Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, ù destruirnos; y así eso que à tí te parece vacía de Barbero, me parece à mí el yelmo de Mambrino, y à otro le parecerá otra cosa. Y es rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca vacía à todos lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino, à causa, que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguirá por quitármele; pero como ven que no es mas de una vacía de Barbero, no se curan de procurarle: como se mostró bien en el que quiso romperle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que à fé que si le conociera, que nunca él le dexára. Guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo, como quando nací, si es que me dá en voluntad de

se-

seguir en mi penitencia mas à Roldan que à Amadís. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde, y vicioso, que daba contento à los ojos que le miraban. Habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas, y flores que hacian el lugar mas apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia; y así en viéndole, comenzó à decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: Este es el lugar ¡ò cielos! que dipúto, y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas de este pequeño arroyo, y mis contínuos, y profundos suspiros moverán à la contínua las hojas de estos montaraces árboles en testimonio, y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. ¡O vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada! oid las quexas de este desdichado amante, à quien

una

una luenga ausencia, y unos imaginados zelos han traído à lamentarse entre estas asperezas, y à quexarse de la dura condicion de aquella ingrata, y bella, término, y fin de toda humana hermosura. ¡ O vosotras, Napéas, y Dríades, que teneis por costumbre habitar en las espesuras grandes de los montes! así los ligeros, y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudeis à lamentar mi desventura, ò à lo menos no os canseis de oirla. ¡ O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura! así el cielo te la dé buena en quanto acertares à pedirle, que consideres el lugar, y el estado à que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que à mi fé se le debe. ¡ O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañia à mi soledad! dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. ¡ O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos, y adversos sucesos! toma bien en la memoria lo que aquí me verás

ha-

hacer, para que lo cuentes, y recites à la causa total de todo ello. Y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno, y la silla; y dándole una palmada en las ancas, le dixo: Libertad te dá el que sin ella queda, ¡ò caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en la ligereza el hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó à Bradamante! Viendo esto Sancho, dixo: Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desalbardar al rucio, que à fé que no faltarán palmadicas que darle, ni cosas que decirle en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardára, pues no habia para qué: que à él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo quando Dios queria. Y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida, y la locura de vuestra merced vá de veras, que será bien tornar à ensillar à Rocinante, para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo

à mi ida, y vuelta; que si la hago à pie, no sé quando llegaré, ni quando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio: y digo, que de aquí à tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué mas tengo de vér, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de cabezadas por estas peñas, con otras cosas de este jaez, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced cómo se dá esas cabezadas, que à tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabáse la máquina de esta penitencia: y sería yo de parecer, que yá que à vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentáse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se contentáse, digo, con dárselas en el agua, ò en alguna cosa blanda, como algodon, y dé-

xe-

xeme à mí el cargo, que yo diré à mi señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña, mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras; porque de otra manera sería contravenir à las órdenes de Caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, so pena de relapsos; y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir. Así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleven nada de sofístico, ni de fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltáse el bálsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas, y todo; y ruégole à vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, no que el estómago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son yá pasados los tres dias que me ha dado de término para vér las locuras que hace, que yá las doy por vis-

vistas, y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas à mi señora, y escriba la carta, y despácheme luego; porque tengo gran deseo de volver à sacar à vuestra merced de este purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote: mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien há infierno, respondió Sancho, *nulla es retencio*, segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir retencio, dixo Don Quixote. Retencio es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale de él, ni puede: lo qual será al revés en vuestra merced, ò à mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar à Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo la diré tales cosas de las necedades, y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga à poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce, y melificada volveré por los ayres como bruxo, y sacaré à vuestra merced de este purgatorio, que parece infierno, y no lo

es,

es, pues hay esperanza de salir de él: la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura; ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y sería bueno, yá que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ò en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas yá me ha venido à la memoria dónde será bien, y aun mas que bien escribirla, que es en el librillo de memorias que fue de Cardenio; y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya Maestro de Escuela de muchachos; ò si no qualquiera Sacristan te la trasladará: y no se la dés à trasladar à ningun Escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amantes se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza for-

zosamente se ha de firmar; y esa si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplirla. Y en lo que toca à la carta de amores pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*: y hará poco al caso que vaya de mano agena; porque à lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra, ni carta mia; porque mis amores, y los suyos han sido siempre Platónicos, sin extenderse à mas que à un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando: que osaré jurar con verdad, que en doce años que há que la quiero mas que à la lumbre de estos ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces; y aun podrá ser, que de estas quatro veces no hubiese ella echado de vér la una que la miraba. Tal es el recato, y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Al-

donza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir, que tira tan bien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo. Vive el dador, que es moza de chapa hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo à qualquier Caballero Andante, ò por andar, que la tuviera por señora. ¡O, hi de puta! qué rejo que tiene, y qué voz: sé decir, que se puso un dia encima del campanario del Aldea à llamar unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre; y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron, como si estuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla, y de todo hace mueca, y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede, y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sinò que con justo título puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria yá ver-

me en camino; solo por verla, que há muchos dias que no la veo, y debe de estár yá trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso à vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien, y fielmente, que la señora Dulcinea debia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaba enamorado, ò alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del Vizcaino, como el de los galeotes, y otros muchos, que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado, y ganó en tiempo que yo aún no era su escudero. Pero bien considerado, qué se le ha de dar à la señora Aldonza Lorenzo, digo à la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan à hincar de rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced envia, y ha de enviar? Porque podría ser, que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese, y enfadáse del presente. Yá te tengo di-

dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quán necio eres tú, y quán discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre, rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo, y de buen tomo: alcanzólo à saber su mayor, y un dia dixo à la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota, como fulano, habiendo en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Este quiero, aqueste no quiero. Mas ella respondió con mucho donayre, y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy à lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por lo idiota que le parece, pues para

lo que yo le quiero tanta filosofia sabe, y mas que Aristóteles. Así que, Sancho, para lo que yo quiero à Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Sí, que no todos los Poëtas que alaban damas debaxo de un nombre, que ellos à su alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¿ Piensas tú, que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galatéas, las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los Barberos, los theatros de las Comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne, y hueso, y de aquellos que las celebran, y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen, por dar sugeto à sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y así bástame à mí pensar, y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa, y honesta; y en lo de linage importa poco, que no han de ir à hacer la informacion de él para darle algun hábito; y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo: porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan à amar mas que otras, que son

la

la mucha hermosura, y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagíno que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada: y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Helena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, Griega, Bárbara, ò Latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo, que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno; mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y à Dios, que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose à una parte con mucho sosiego comenzó à escribir la carta; y en acabándola, llamó à Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomáse de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha

todo se podia temer. A lo qual respondió Sancho: Escríbala vuestra merced dos, ò tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero con todo eso, dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oirla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

CARTA

De D. Quixote à Dulcinea del Toboso.

SOBERANA, Y ALTA SEÑORA.

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, ¡ dulcísima Dulcinea del Toboso! te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sofrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ¡ ò bella ingrata, amada enemiga mia! del

mo-

modo que por tu causa quedo: si gustáres de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho à tu crueldad, y à mi de deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamás he oído. Pesia à mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere; y qué bien que encaxa en la firma el Caballero de la Triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote para el oficio que yo traygo. Ea, pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote; y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar à Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco, que dexé en casa, y están à cargo de

vuestra merced; los quales tres pollinos se los mándo librar, y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena à veinte y dos de Agosto de este presente año.

Buena está, dixo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, que para tres asnos, y aun para trescientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déxeme ir à ensillar à Rocinante, y aparéjese vuestra merced à echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin vér las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero digo, que me veas en cueros, y hacer una, ù dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora; porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar à tu salvo en las demás que quisieres añadir: y asegúrote, que no dirás tú tantas quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no

vea

vea yo en cueros à vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar: tengo tal la cabeza del llanto que à noche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido breves, y las que le vinieren mas à cuento: quanto mas que para mí no era menester nada de eso; y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea, y merece: y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solemne à quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago à coces, y à bofetones: porque ¿dónde se ha de sufrir, que un Caballero Andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué, ni para qué, por una.......no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique, y lo eche todo à doce, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para eso: mal me conoce; pues à fé que si me conociese, que me ayunáse. A fé, Sancho, dixo Don Quixote, que à lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No

es-

estoy tan loco, respondió Sancho; mas estoy mas colérico. Pero dexando esto à parte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio à quitárselo à los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote; porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas, y frutos que este prado, y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. A esto dixo Sancho: ¿Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar à volver à este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme de estos contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por vér si te descubro quando vuelvas. Quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por ahí hay, y las vayas poniendo de trecho à trecho, hasta salir à lo raso, las quales te servirán de mojones, y señales, para que me halles quando vuelvas, à imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Así lo haré, respon-

dió

dió Sancho Panza ; y cortando algunas pidió la bendicion à su señor , y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió de él. Y subiendo sobre Rocinante , à quien Don Quixote encomendó mucho , y que mirase por él como por su propia persona , se puso en camino del llano , esparciendo de trecho à trecho los ramos de la retama , como su amo se lo habia aconsejado : y así se fue , aunque todavia le importunaba Don Quixote , que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos , quando volvió , y dixo : Digo , señor , que vuestra merced ha dicho muy bien , que para que pueda jurar sin cargo de conciencia , que le he visto hacer locuras , será bien que vea siquiera una , aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿ No te lo decia yo ? dixo Don Quixote. Espérate, Sancho , que en un credo la haré. Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes , y en pañales : y luego sin mas , ni mas dió dos zapatetas en el ayre , y dos tumbas la cabeza abaxo , y los pies en alto , descubriendo cosas , que por no verlas otra vez volvió Sancho la rienda à Rocinante , y se dió por contento,

to, y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco; y así le dexarémos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y Volviendo à contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ò vueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar à vér mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó à pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamás resuelto en ello; y era, que quál sería mejor, y le estaria mas à cuento, imitar à Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ò à Amadís, en las melancólicas; y hablando entre sí mismo, decia: Si Roldan fue tan buen Caballero, y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, si no era metiéndole un alfiler de à blan-

blanca por la punta del pie, y él traía siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dexando en él lo de la valentía à una parte, vengamos à lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un Morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante. Y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco. ¿ Pero yo cómo puedo imitarle en las locuras, si no le imito en la ocasion de ellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, así como él es en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió: y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa de ella, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadís de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta

fa-

ſama de enamorado como el que mas. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró à la Peña Pobre en compañia de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita, y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre à estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara de estos arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere, del qual se dirá lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometerlas. Y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, básteme, como yá he dicho, estár ausente de ella. Ea, pues, manos à la obra: venid à mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por dónde tengo de comenzar à imitaros. Mas yá sé que lo mas que él hizo fue rezar: así lo haré

yo ; y sirviéronle de Rosario unas agallas grandes de un alcornoque , que ensartó, de que hizo un diez : y lo que le fatigaba mucho , era no hallar por allí otro ermitaño , que le confesase , y con quien consolarse. Y así se entretenia , paseándose por el pradecillo , escribiendo , y grabando por las cortezas de los árboles , y por la menuda arena muchos versos , todos acomodados à su tristeza , y algunos en alabanza de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros , y que se pudiesen leer despues que à él allí le hallaron , no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Arboles , yerbas, y plantas,
Que en aqueste sitio estais,
Tan altos , verdes , y tantas,
Si de mi mal no os holgais,
Escuchad mis quexas santas.
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Es aquí el lugar à donde
El amante mas leal

De su señora se esconde;
Y ha venido à tanto mal
Sin saber cómo, ò por dónde.
Tráele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea;
Y así hasta hinchir un pipote,
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.
Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiciendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas
Halla el triste desventuras.
Hirióle amor con su azote,
No con su blanda correa;
Y en tocándole el cogote,
Aquí lloró Don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos la añadidura del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron, que debió de juzgar Don Quixote, que si en nombrando à Dulcinea, no decia tambien del Toboso, no se podria entender la copla: y así fue la verdad, como él despues confesó. Otros muchos escri-

cribió; pero, como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas de estas tres coplas. En esto, en suspirar, y en llamar à los Faunos, y Silvanos de aquellos bosques, à las Ninfas de los rios, à la dolorosa, y húmeda Eco, que le respondiesen, consolasen, y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas, con que sustentarse en tanto que Sancho volvia, que si como tardó tres dias, tardára tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedára tan desfigurado, que no lo conociera la madre que le parió. Y será bien dexarle envuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le avino à Sancho Panza en su mandadería. Y fue, que en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó à la venta, donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó à hora, que lo pudiera, y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar deseo de gustar algo caliente; que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó à que llegáse junto à la venta, todavia dudoso, si entraria,

ria, ò no: y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron; y dixo el uno al otro: ¿Dígame, señor Licenciado, aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dixo el Licenciado; y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote. Y conociéronle tan bien, como que eran el Cura, y el Barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio, y acto general de los libros. Los quales así como acabaron de conocer à Sancho Panza, y à Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron à él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: Amigo Sancho Panza, ¿à dónde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar, y la suerte dónde, y cómo su amo quedaba: y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia; la qual él no podria descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis dónde queda, imaginaremos, como yá imaginamos, que vos le habeis muer-

muerto, y robado: pues vais encima de su caballo, en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ò sobre eso morena. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato à nadie: à cada uno mate su ventura, ò Dios, que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta montaña muy à su sabor. Y luego de corrida, y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque yá sabian la locura de Don Quixote, y el género de ella, siempre que le oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle à Sancho Panza, que les enseñáse la carta que llevaba à la señora Dulcinea del Toboso. El dixo, que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegáse. A lo qual dixo el Cura, que se la mostráse, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza,

buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscára hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni à él se le acordó pedírsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro: y tornándose à tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó à echar de vér, que no le hallaba, y sin mas, ni más se echó entrambos puños à las barbas, y se arrancó la mitad de ellas: y luego apriesa, y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro, y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura, y el Barbero, le dixeron, ¿qué le habia sucedido, que tan mal se paraba? Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano à otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Cómo es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memorias, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba, que su sobrina me diese tres pollinos de quatro, ò cinco que estaban en casa: y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura,

y díxole, que en hallando à su señor, él le haría revalidar la manda, y que tornáse à hacer la libranza en papel, como era uso, y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamás se aceptaban, y cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquel lo fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la qual se podia trasladar donde, y quando quisiesen. Decidla, Sancho, pues, dixo el Barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza à rascar la cabeza, para traer à la memoria la carta: yá se ponia sobre un pie, y yá sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos à los que esperaban que la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: Por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: Alta, y sobajada señora. No dirá, dixo el Barbero, sobajada; sino sobrehumana, ò soberana señora. Así es, dixo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, proseguia diciendo: El lla-

gado, y falto de sueño, y el ferido besa à vuestra merced las manos, ingrata, y muy desconocida hermosa: y no sé qué decia de salud, y de enfermedad que le enviaba; y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura. No poco gustaron los dos de vér la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos asimismo la tomasen de memoria, para trasladarla à su tiempo. Tornóla à decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió à decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar. Dixo tambien como su señor en trayendo que le traxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino à procurar como ser Emperador, ò por lo menos Monarca, que así lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir à serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo, se habia de casar él, porque yá se-

ría

ría viudo, que no podia ser menos: y le habia de dar por muger à una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico, y grande estado de tierra firme, sin ínsulos, ni ínsulas, que yá no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando quán vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y à ellos les sería de mas gusto oír sus necedades; y así le dixeron que rogáse à Dios por la salud de su señor, que cosa contingente, y muy agible era venir con el discurso del tiempo à ser Emperador, como él decia, ò por lo menos Arzobispo, ù otra Dignidad equivalente. A lo qual respondió Sancho: Señor, si la fortuna rodeáse las cosas de manera que à mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, ¿querria yo saber ahora, qué suelen dar los Arzobispos Andantes à sus escuderos? Suélenles dar, respondió el Cu-

ra, algun beneficio simple, ò curado, ò alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar à Misa por lo menos; y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del a b c ¿Qué será de mí, si à mi amo le dá antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso, y costumbre de los Caballeros Andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogaremos à vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arzobispo, porque le será mas facil, à causa de que él es mas valiente, que estudiante. Así me ha parecido à mí, respondió Sancho, aunque sé decir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle à nuestro Señor, que le eche à aquellas partes donde él mas se sirva, y à donde à mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo hareis como buen Christiano. Mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar à vuestro amo

de

de aquella inutil penitencia, que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que yá es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba, ni le convenia entrar en ella: mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron, y le dexaron, y de allí à poco el Barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian: y fue, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procuráse ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian à donde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida, y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dexársele de otorgar como valeroso Caballero Andante: y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella, donde ella

ella le llevàse à desfacelle un agravio, que un mal Caballero le tenia fecho: y que le suplicaba asimismo, que no la mandáse quitar su antifaz, ni la demandáse cosa de su facienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal Caballero: y que creyése sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que de esta manera le sacarian de allí, y le llevarian à su lugar, donde procurarian vér si tenia algun remedio su estraña locura.

CAPITULO XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura, y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle à la Ventera una saya, y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia, ò roxa de un buey, donde el Ventero tenia colgado el peyne. ¿Preguntóles la Ventera, que para qué le pedian aquellas

llas cosas? El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde à la sazon estaba. Cayeron luego el Ventero, y la Ventera en que el loco era su huesped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion la Ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que vér. Púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecido con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos, y la saya en tiempo del Rey Bamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol; y cubriéndose con su herreruelo, subió en su mula à mugeriegas, y el Barbero en la suya, con

su

su barba que le llegaba à la cintura, entre roja, y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo, y tan christiano negocio, como era el que habian emprendido. Mas apenas hubieron salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él hiciese la doncella menesterosa: que él haría el escudero: y que así se profanaba menos su dignidad; y que si no le queria hacer, determinaba no pasar adelante, aunque à Don Quixote se le llevàse el diablo. En esto llegó Sancho, y de vér à los dos en aquel trage no pudo tener la risa. En efecto el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invencion, el Cura le fue informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir à Don Quixote,

te, para moverle, y forzarle à que con él se viniese, y dexáse la querencia del lugar, que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese leccion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuviese junto de donde Don Quixote estaba; y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiándolos Sancho Panza; el qual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia; que maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar donde estaba su señor: y en reconociéndole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar à su amo de aquella mala vida, que habia escogido; y que le encargaban mucho, que no dixese à su

amo

amo quién ellos eran, ni que los conocia; y que si le preguntáse, como se lo habia de preguntar; si dió la carta à Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese à vér con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle à mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir à ser Emperador, ò Monarca; que en lo de ser Arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria; y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar à su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes à sus escuderos mas podian los Emperadores, que los Arzobispos Andantes. Tambien les dixo, que sería bien que él fuese delante à buscarle, y darle la respuesta de su señora, que yá sería ella bastante à sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Pareciòles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las

las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quiebras de la sierra, dexando à los dos en una, por donde corria un pequeño, y manso arroyo, à quien hacian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora las tres de la tarde: todo lo qual hacía al sitio mas agradable, y que convidaba à que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados, y à la sombra, llegó à sus oídos una voz, que sin acompañarla són de algun instrumento, dulce, y regaladamente sonaba; de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantáse. Porque aunque suele decirse, que por las selvas, y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de Poëtas, que verdades: y mas quando advirtieron, que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron estos.

¿Quién

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los zelos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcanza,
Pues me matan la esperanza
Desdenes, zelos, y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El Cielo.
De ese modo yo rezelo
Morir de este mal estraño,
Pues se aunan en mi daño
Amor, Fortuna, y el Cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?
La muerte.
¿Y el bien de amor quién le alcanza?
Mudanza.
¿Y sus males quién los cura?
Locura.

De ese modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Quando los remedios son
Muerte, mudanza, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaba, causó admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuvieron quedos, esperando si otra cosa alguna oían; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determinaron salir à buscar el músico, que con tan buena voz cantaba. Y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo à sus oídos, cantando este

SONETO.

Santa amistad que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre à las Empyreas salas:
Desde allá (quando quieres) nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien à veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que à la fin son malas:
Dexa el cielo ¡ò amistad! ò no permitas

Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye à la intencion sincéra:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundísimo suspíro, y los dos con atencion volvieron à esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvieron mucho, quando al volver de una punta de una peña, vieron à un hombre del mismo talle, y figura que Sancho Panza les habia pintado, quando les contó el cuento de Cardenio; el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse, se estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho à guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos à mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como quien yá tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó à él,

y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó, y persuadió que aquella tan miserable vida dexáse, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estabâ Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan à menudo le sacaba de sí mismo; y así viendo à los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto: y mas quando oyó, que le habian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el Cura dixo así lo dieron à entender); y así respondió de esta manera: Bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo que tiene cuidado de socorrer à los buenos, y aun à los malos muchas veces, sin yo merecerlo, me envia en estos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas, y varias razones, quán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme de esta à mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo de este daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener

por hombre de flacos discursos, y aun, lo que peor sería, por de ningun juicio. Y no sería maravilla que así fuese, porque à mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte à estorvarlo, vengo à quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conocimiento, y vengo à caer en la cuenta de esta verdad, quando algunos me dicen, y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea; y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho, mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas à quantos oírla quieren, porque viendo los cuerdos quál es la causa, no se maravillarán de los efectos: y si no me dieren remedio, à lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, antes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tienen mis desventuras; por-

que

que quizá despues de entendido ahorrarais del trabajo que tomáreis en consolar un mal, que de todo consuelo es incapáz. Los dos, que no deseaban mas que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contáse, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio, ó consuelo. Y con esto el triste Caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras, y pasos que la habia contado à Don Quixote, y al Cabrero pocos dias atrás, quando por ocasion del Maestro Elisabet, y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro à la Caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin; y así llegando al paso del villete, que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadís de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia de esta manera.

LUSCINDA A CARDENIO.

CAda dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerzan à que en mas os estime: y así, si quisiéredes sacarme de esta deuda, sin executarme en la honra, lo podreis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad, cumplirá lo que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decís, y como yo creo.

Por este villete me moví à pedir à Luscinda por esposa, como yá os he contado: este fue por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas, y avisadas mugeres de su tiempo: y este villete fue el que le puso en deseo de destruirme, antes que el mio se efectuáse. Díxele yo à Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello: no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquiera otro linage de España;

si-

sino porque yo entendia de él, que deseaba que no me casáse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacía conmigo. En resolucion le dixe, que no me aventuraba à decírselo à mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quáles eran, sino que me parecia que lo que yo deseáse, jamás habia de tener efecto. A todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar à mi padre, y hacer con él que habláse al de Luscinda. ¡O Mario ambicioso! O Catilina cruel! O Sila facineroso! O Galalon embustero! O Vellido traydor! O Julian vengativo! O Judas codicioso! Traydor, cruel, vengativo, y embustero, ¿qué deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos, y contentos de su corazon? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dixe, ò qué consejos te dí, que no fuesen todos encaminados à acrecentar tu honra, y tu provecho? ¡Mas de qué me quexo, desventurado de mí! pues es cosa cierta que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto à baxo despeñándose con furor,

y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda. ¿ Quién pudiera imaginar, que Don Fernando, Caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupáse, se habia de enconar (como suele decirse) en tomarme à mí una sola oveja, que aún no poseía? Pero quédense estas consideraciones à parte como inutiles, y sin provecho, y anudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo, pues, que pareciéndole à Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinó de enviarme à su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y solo para este efecto de que me ausentáse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofreció hablar à mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿ Pude yo prevenir esta traicion? ¿ Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; antes con grandísimo gusto me ofrecí à partir luego, contento de la

bue-

buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y la dixe lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos, y justos deseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traicion de Don Fernando, que procuráse volver presto, porque creía que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardáse mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no la dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado de este nuevo accidente, hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablamos, las veces que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regocijo, y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ò temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora. Exâgeraba su belleza: admirábame de su valor, y entendimiento: volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia

cia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vecinos, y conocidos: y à lo que mas se estendia mi desenvoltura, era à tomarle casi por fuerza una de sus bellas, y blancas manos, y llegarla à mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baxa reja que nos dividia. Pero la noche que precedió al triste dia de mi partida ella lloró, gimió, y suspiró, y se fue, y me dexó lleno de confusion, y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuía à la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste, y pensativo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba. Claros indicios, que mostraban el triste suceso, y desventura que me estaba guardado. Llegué al lugar donde era enviado: dí las cartas al hermano de Don Fernando: fui bien recibido, pero no bien despachado; porque me mandó aguardar (bien à mi disgusto) ocho dias, y en parte don-

de el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviáse cierto dinero, sin su sabiduría. Y todo fue invencion del falso Don Fernando, pues no le fa'taban à su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en la ausencia de Luscinda: y mas habiéndola dexado con la tristeza que os hè contado. Pero con todo esto obedecí, como buen criado, aunque veía que habia de ser à costa de mi salud. Pero à los quatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra de él era suya. Abríla temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido à escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino. Díxome, que acaso pasando por una calle de la Ciudad à la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde

una

una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: Hermano, si sois Christiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encamineis luego esta carta al lugar, y à la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio à nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que vá en este pañuelo. Y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aquí traygo, con esa carta que os he dado; y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haría lo que me mandaba. Y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traherosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos à quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien; y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo à dárosla: y en diez y seis horas que há que se me dió, he hecho el camino que

que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido, y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera, que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

La palabra que Don Fernando os dió de hablar à vuestro padre, para que habláse al mio, la ha cumplido mas en su gusto, que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa; y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí à dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto, y tan à solas, que solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Quál yo quedo, imaginadlo: si os cumple venir, vedlo: y si os quiero bien, ò no, el suceso de este negocio os lo dará à entender. A Dios plegue que esta llegue à vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fé que promete.

Estas en suma fueron las razones que

la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entonces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido à Don Fernando à enviarme à su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios, y deseos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en un vuelo otro dia me puse en mi Lugar al punto, y hora que convenia para ir à hablar à Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula, en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta; y quiso la suerte, que entonces la tuviese tan buena, que hallé à Luscinda puesta à la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. ¿ Pero quién hay en el mundo, que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy

ves-

vestida : yá me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor , y mi padre el codicioso , con otros testigos , que antes lo serán de mi muerte , que de mi desposorio. No te turbes , amigo , sino procura hallarte presente à este sacrificio ; el qual si no pudiere ser estorvado de mis razones , una daga llevo escondida , que podrá estorvar mas determinadas fuerzas, dando fin à mi vida , y principio à que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondí turbado , y apriesa , temeroso no me faltáse lugar para responderla : Hagan , señora , tus obras verdaderas tus palabras ; que si tú llevas daga para acreditarte , aquí llevo espada para defenderte con ella , ò para matarme , si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones , porque sentí que la llamaban apriesa , porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza , púsoseme el Sol de mi alegria , quedé sin luz en los ojos , y sin discurso en el entendimiento. No acertaba à entrar en su casa , ni podia moverme à parte alguna ; pero considerando quánto importaba mi presencia para lo que su-

suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa: y como yá sabía muy bien todas sus entradas, y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de vér. Así que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas, y remates de dos tapices se cubria, por entre las quales podia yo vér, sin ser visto, todo quanto en ella se hacía. ¡ Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon, mientras allí estuve! ¡ Los pensamientos que me ocurrieron! ¡ Las consideraciones que hice! que fueron tantas, y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala, sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia traer. Venia por padrino un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí à un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre, y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada, y compuesta, como

mo su calidad, y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala, y vizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension, y arrobamiento para que mirase, y notáse en particular lo que traía vestido; solo pude advertir à los colores, que eran encarnado, y blanco, y à los bislumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hacian, à todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luces de quatro hachas, que en la sala estaban, la suya con mas resplandor à los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿de qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, yá que no la venganza, à lo menos perder la vida? no os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deban contarse sucintamen-

te, y de paso, pues cada circunstancia suya me parece à mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansaban con oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo, pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la Parroquia, y tomando à los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: ¿Quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando, que está presente, por vuesto legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia? Yo saqué toda la cabeza, y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos, y alma turbada, me puse à escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ò la confirmacion de mi vida. ¡O quién se atreviera à salir entonces, diciendo à voces: Ah Luscinda, Luscinda, mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tú Sí,

y

y el acabárseme la vida, ha de ser todo à un punto. ¡Ah traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres? Qué pretendes? Considera, que no puesdes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice. Ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como lo tengo para quexarme. En fin, pues fui entonces cobarde, y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido, y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y quándo yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ù desataba la lengua para decir alguna verdad, ù desengaño que en mi provecho redundáse, oygo, que dixo con voz desmayada, y flaca: Sí quiero; y lo mismo dixo Don Fernando: y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado à abrazar à su esposa, y ella

poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir quál quedé yo, oyendo el Sí, que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras, y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido. Quedé falto de consejo, desamparado, à mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándola su madre el pecho, para que le diese el ayre, descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso à leer à la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla, y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios que à su esposa se hacian, para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aven-

aventuré à salir, ora fuese visto, ora no, con determinacion, si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera à entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es posible que los haya) me debe de tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobráse el entendimiento, que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estár tan sin pensamiento mio fuera facil tomarla), quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usára, si entonces les diera muerte; pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin yo salí de aquella casa, y vine à la de aquel à donde habia dexado la mula: hice que me la ensilláse: y sin despedirme de él subí en ella, y salí de la Ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro à mirar-

la: y quando me ví en el campo solo, y que la obscuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba à quexarme, sin respeto, ò miedo de ser escuchado, ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de Don Fernando, como si con ellas satisfaciera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos de codiciosa; pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad, para quitármela à mí, y entregarla à aquel con quien mas liberal, y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga de estas maldiciones, y vituperios la disculpaba, diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, y acostumbrada siempre à obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto; pues le daban por esposo à un Caballero tan principal, tan rico, y tan gentilhombre, que à no querer recibirle, se podia pensar, ò que no tenia juicio, ò que en otra parte tenia su voluntad: cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena

opi-

opinion, y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculpáran; pues antes de ofrecérseles Don Fernando no pudieran ellos mismos acertar à desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso, y último de dar la mano, decir, que yá yo le habia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertára à fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas, hicieron que se olvidáse de las palabras con que me habia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanzas, y honestos deseos. Con estas voces, y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada de estas sierras, por las quales caminé otros tres dias, sin senda, ni camino alguno, hasta que vine à parar à unos prados, que no sé à qué mano de estas montañas caen; y

allí pregunté à unos ganaderos, que hácia dónde era lo mas áspero de estas sierras? Dixéronme, que hácia esta parte. Luego me encaminé à ella, con intencion de acabar aquí la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre se cayó mi mula muerta: ò lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inutil carga, como en mí llevaba. Yo quedé à pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto à mí unos Cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron; porque ellos me dixeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates, y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nom-

nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando: y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado, y molido, que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capáz de cubrir este miserable cuerpo. Los Baqueros, y Cabreros, que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar, y hallarlo; y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me dá à conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo à los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo dén de grado, à los pastores que vienen con ello del Lugar à las majadas. De esta manera páso mi miserable, y extenuada vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla à su último fin, ù de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de

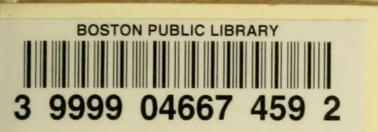
la

la traicion de Luscinda, y del agravio de Don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré à mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor, ni fuerzas, para sacar el cuerpo de esta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es ¡ò señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mí habeis visto: y no os canseis en persuadirme, ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser agena, siendo, ù debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion: yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad; y será exemplo à los por venir de que à mí solo faltó lo que à todos los desdichados sobra, à los quales

les suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí causa de mayores sentimientos, y males; porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio à su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia: y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de su consuelo, le suspendió una voz, que llegó à sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la quarta parte de esta narracion, que en este punto dió fin à la tercera el sabio, y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

FIN

DE ESTE PRIMER TOMO.


BOSTON PUBLIC LIBRARY
3 9999 04667 459 2

